

Hasta QUE NOS VOLVAMOS A *Encontrar*



JESSY CM

Hasta QUE NOS VOLVAMOS A *Encontrar*

JESSY CM

© Jessica Catalan, 2024

© Portada: Jessica Catalan, 2024

Portada diseñada por: MiblArt.

© Fotografía de la autora: Jessica Catalan

Primera edición: abril 2024

Título original: Hasta que nos volvamos a encontrar

Todos los derechos reservados.



Deposito Legal: 2403297520172

ISBN: 9798321346686

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

A mis padres,
Por mantenerme a flote
cuando todo mi mundo se hundió.
Os quiero

El mayor error del ser humano
es intentar sacarse de la cabeza
aquello que no sale del corazón.

Mario Benedetti

prólogo

Silvia

Escuché el sonido de la puerta mientras la abrían a mi espalda. No desvié la vista de la ventana. Tenía suerte de que la habitación contara con un estrecho alféizar en el que poder sentarme y observar el exterior, un pequeño lujo del que no pensaba quejarme. Las vistas no eran magníficas. Aun así, me permitían ver que la vida continuaba más allá de ese edificio, aunque la mía se hubiese detenido varios meses atrás. Una vida que veía a través de ese material translúcido, ya que las ventanas se abrían con llave, objeto que no estaba a nuestro alcance.

Me encogí sobre mí misma cuando los pasos se detuvieron a unos centímetros del lugar donde me encontraba. Llevaba varias horas en la misma postura, desde que la pesadilla me despertó cuando el cielo aún seguía oscuro. Esa noche la luna no se dejó ver. Y como mirarla solía tranquilizarme, me encontraba más inquieta de lo normal. Lo que sí conseguí vislumbrar fue el sol, que se asomó tímido antes de ocultarse entre las nubes. Parecía que iba a llover.

Dejé de contar las semanas que llevaba allí a partir del primer mes. Y quizás era lo mejor, pues era triste pensar en que los días no dejaban de pasar y yo seguía en ese lugar.

—Silvia. —La privacidad era algo que había perdido desde que esas cuatro paredes se convirtieron en mi nuevo hogar—. Tienes visita, cielo.

La enfermera, Lucía, no me caía del todo mal; sin embargo, cada vez que me llamaba «cielo» hacía que la detestara un poquito más. Nunca avisaba de su llegada ni preguntaba. Simplemente, entraba, me daba la medicación, confirmaba que todo estaba en orden y se marchaba, hasta la siguiente ronda. Ella y el resto de sus compañeras, pero, en ese caso, odiaba que usara ese apelativo porque denotaba confianza, y yo... yo no confiaba en ella, ni en... nadie. En realidad, esos meses sola hicieron que me diera cuenta de lo equivocada que había estado en cuanto a mi círculo cercano se trataba.

—Me ha dicho un pajarito que hoy es tu cumpleaños. —La miré y me encogí de hombros.

Suspiró ante mi falta de respuesta y emoción. Esa chica lo hacía mucho en mi presencia. Daba igual, no es que fuéramos a convertirnos en amigas. Además, para ella, yo era una paciente más a la que llamar «cielo». Así que, ¿qué le importaba cómo me comportara? A veces, me daba la sensación de que me exigía algo, aunque no supiera qué era lo que quería de mí exactamente.

Asistía a los grupos de ayuda y a mis visitas con el psicólogo, y me «tomaba» la medicación. No daba problemas, no me metía con nadie y tampoco las molestaba en el turno, ni siquiera cuando las pesadillas me acechaban. Había aprendido a gritar en silencio. Así que no comprendía el motivo por el cual no me dejaban en paz. Eso era lo único que quería, estar tranquila.

Y sola.

Sobre todo, eso último.

Quería estar sola.

A veces me sorprendía a mí misma y deseaba que una persona cruzara esa puerta, me sonriera y me sacara de allí. Sobra decir que nunca ocurrió. Al principio, durante los primeros meses, me levantaba pensando en que ese sería el día en que mi mellizo vendría a rescatarme. Como siempre habíamos hecho. Si uno estaba en apuros, el otro lo sabía sin necesidad de comunicarnos. Nunca vino, ni el primer mes, ni el segundo. Mis padres lo intentaron; pero, al

final, en una crisis de ansiedad en la cual tuvieron que sedarme, recomendaron que no vinieran más. «Hasta nuevo aviso», dijeron. De eso hacía más de tres meses. Al parecer se lo tomaron al pie de la letra. Pero quien yo necesitaba realmente que cruzara esa puerta nunca lo hizo.

—¿No quieres saber quién es? —Volví a encogerme de hombros.

Solo esperaba que no fueran mis padres, lo demás me daba igual.

Me miró durante unos segundos, supongo que esperando una reacción por mi parte que, al no llegar, hizo que girara sobre sus talones y, tras un «le diré que pase», se marchó. Volví a mirar por la ventana y pensé en leer un libro que había cogido prestado de la pequeña biblioteca que teníamos a nuestra disposición, aunque no me apeteciera demasiado, pero no es que tuviera muchas más opciones.

Me giré hacia la puerta, sin expectativas, cuando escuché un ruido.

Y lo vi.

Después de seis meses, lo tenía ante mí. No supe cómo reaccionar, pues lo que sentí me dejó descolocada. Rechazo. Un rechazo absoluto. Estuve tentada de decirle que se marchara sin mirar atrás.

Me rasqué el pulgar con la uña del índice para provocar que algo me doliera mucho más que el tenerlo delante de mí de nuevo.

Quise gritarle, reprocharle que hubiese tardado tanto, decirle que ya no era necesario, que ya no lo necesitaba. Que era tarde... No hice nada, me quedé en silencio, mirándolo con fijeza.

Lo primero que aprecié en él fue lo cambiado que estaba. La pérdida de peso era notable, sus ojos negros ya no brillaban y hacían juego con el surco oscuro que los rodeaba. De mí no quedaba nada, pero, por lo visto, mi hermano tampoco lo había pasado bien.

Volvió a sorprenderme que no me importara si había sufrido en esos meses o no. Se me aceleró el corazón y noté el cosquilleo en las manos, los primeros síntomas de un ataque de ansiedad, cuando comprendí que me aborrecía a mí misma por sentirme de esa manera con él. Además de que, si alguien era culpable de toda esa situación, era yo.

Quise retirar la mirada, no soportaba verlo allí, delante de mí, después de tantos meses, como si nada hubiera ocurrido, como si eso fuera una visita normal. Algo me impidió hacerlo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, y me mordí el carrillo con fuerza cuando las ganas de llorar se hicieron casi dolorosas. Yo ya no lloraba, lo había hecho, a diario, durante semanas, hasta que me sequé.

Llorar no servía, no ayudaba. Solo para que los que te rodeaban te miraran como lo hacían conmigo. ¿Cuántas veces oí eso de «llorar es bueno»? Muchas. Y, sin embargo, no había ayudado en absoluto. Porque lo que me afectaba seguía ahí, arraigado en mí, como las raíces de una mala hierba. Esas puedes arrancarlas, cortarlas de raíz, pero siempre vuelven a salir.

Quise esconderme de su escrutinio. Pedirle que se marchara. No quería tenerlo allí, él no pertenecía a ese lugar.

Qué poquito quedaba de lo que un día fuimos los dos.

Los primeros meses, cuando todavía creía en él, me levantaba pensando en que verlo me llenaría de alegría; que podría explicárselo todo y que, con él a mi lado, sobrellevaría lo ocurrido. En cambio, verlo allí de pie fue... duro. No fue un reencuentro lleno de risas y felicidad ni, mucho menos, bonito. Había miedo por parte de los dos y mucha desconfianza por parte de la mía.

Solo una cosa me hizo reaccionar hasta sacarme del estado de indiferencia en el que estaba sumida: la lágrima que se deslizó por su mejilla para acabar estrellada contra el suelo. Era la primera vez que veía a mi hermano llorar, ni siquiera lo hizo en el entierro de...

Sacudí la cabeza, no quería ni podía pensar en él. Pero ver de esa forma a mi mellizo reavivó ese instinto de protección que me nacía de las entrañas en todo lo referente a él. Me seguía faltando la conexión, ya no existía, pero el sentimiento de querer enfrentarme a cualquier cosa que lo dañara estaba intacto. Mi corazón cobró vida de golpe, la sangre volvió a recorrerme las venas y, sin ni siquiera pararme a pensar, me puse de pie y, de un salto, me encaramé a su cuerpo. Me agarró con fuerza.

Creo que, en ese momento, en cuanto me rodeó con sus brazos, parte del rencor acumulado hacia él desapareció.

Se sentó en la cama conmigo encima y seguramente pasamos más de treinta minutos en esa postura, sin hablar.

—Feliz cumpleaños, hermanita.

—Sácame de aquí. —No lo felicité de vuelta. No le dije que me alegraba de verlo, por fin, ni fui capaz de pronunciar toda la falta que me había hecho. Lo único que pude articular fueron esas tres palabras.

Se separó de mí para mirarme de nuevo a los ojos.

—Sácame de aquí —rogué—. No me dejes. Prometo que, si me llevas contigo, no te vas a arrepentir. No pienso hacer nada, te lo juro. Pero no me abandones aquí. —Parpadeé rápidamente para reprimir las lágrimas que amenazaban de nuevo con desbordarme. Estaba realmente desesperada.

Me soltó sobre la cama y se paseó nervioso por la habitación, con ese gesto tan familiar que disparaba su cabello en todas las direcciones.

—Ahora vengo —dijo al cabo de unos minutos que se me hicieron eternos.

Se disponía a salir de la habitación y, entonces, un miedo lacerante me atravesó al pensar que se marcharía sin mirar atrás. Estaba bastante segura de que, si volvía a abandonarme, no lo soportaría. No otra vez y no viniendo de él.

—Por favor —supliqué en un susurro.

Lo hice más para mí que para que él lo escuchara, pero lo hizo.

—Voy a volver. —Se acercó de nuevo a mí y se acuclilló, poniéndose a mi altura—. Confía en mí.

Me limité a asentir en respuesta, aunque no las tenía todas conmigo.

Mis esperanzas se debilitaron a medida que los minutos pasaban y la puerta de mi habitación seguía cerrada.

Tardó dos horas en regresar. Pero, cuando lo hizo, no quedaba ni rastro de los surcos oscuros bajo sus ojos, y juraría que parte de la seguridad que le faltaba al llegar había regresado.

—Recoge tus cosas. Nos largamos de aquí. —Siete palabras que jamás podré olvidar.

No sé qué tuvo que hacer, ni con quién habló. No sé si mis padres tuvieron que dar su autorización o no, ya que, a fin de cuentas, estaba en ese lugar «gracias a ellos»; tampoco lo pregunté. Simplemente me cogió de la mano y nunca más la volvió a soltar. Y yo... yo conseguí olvidar que en algún momento llegué a sentirme traicionada por él.

1 Silvia

Dicen que el tiempo lo cura todo, y en ese preciso momento, me di cuenta de cuánto distaba ese dicho de la realidad. El tiempo no cura. El tiempo adormece el dolor, y este espera el momento exacto para despertar, provocando un tsunami para el que nada te prepara.

Me estremecí a la entrada del hospital. Me apreté el pecho con una mano para intentar frenar los latidos de mi corazón, que estaban desbocados. Detestaba los hospitales, los odiaba profundamente. No pisaba uno desde hacía años. No desde la noche en la que Luis se «marchó».

Me paseé nerviosa, insuflándome de un valor que estaba bastante lejos de sentir, aun cuando el motivo de mi visita fuera una alegría.

Me encogí de hombros con indiferencia ante un matrimonio que me observaba con curiosidad delante de la entrada del edificio de maternidad. Si ellos supieran que, unas semanas atrás, una gripe me había dejado fuera de juego, y que ni la fiebre consiguió arrastrarme a un centro médico, seguro que no me mirarían de esa manera tan descarada.

Sin embargo, ese día era necesario que me adentrara en uno. No pude evitar pensar en lo extraño que era que la última vez fuera para despedir una vida y que, ese día, más de ocho años después, recibiríamos una nueva.

Sin darle más vueltas, me adentré en el edificio. Recorrí los pasillos a la carrera y me detuve en los ascensores. La suerte estuvo de mi parte y, nada más apretar el botón, las puertas se abrieron. Entré en ese cubículo y esperé impaciente a que me dirigiera a la planta número cinco. Solo deseaba que se elevara más rápido y llegar. Y, ante todo, dejar atrás ese olor a desinfectante que llevaba persiguiéndome años.

No sabía si mi sobrino había nacido o no. Si estaban bien o no, y tampoco quise pararme a pensar en todas las cosas que podrían salir mal en un momento así.

Ralentiqué el ritmo al ver a mis padres junto a los de Zoe. Eso me relajó bastante, ya que, si ellos estaban tranquilos, es que la cosa marchaba bien.

Mi padre se levantó e hizo ademán de acercarse a mí, hice un gesto con la cabeza dándole a entender que no lo intentara. No por encontrarnos en un hospital y en presencia de los padres de mi cuñada íbamos a fingir que todo estaba bien entre nosotros.

—Hola —saludé en general.

Me senté y miré un instante las puertas por las que supuse saldría mi hermano.

Julia y Candela llegaron en ese momento, acaloradas a causa de la carrera que se habían dado.

Ellas sí hicieron lo que yo no pude hacer: se acercaron, saludaron con educación y se sentaron a mi lado.

Empezaron una conversación, de la cual desconecté. Lo único en lo que era capaz de pensar era en que mi mellizo cruzara el pasillo y me dijera que todo estaba bien; que mi sobrino había llegado al mundo y que me permitieran conocerlo.

Salté de la silla un rato después, cuando mi hermano salió con los ojos brillantes y la sonrisa partiéndole la cara en dos. Di un suspiro de puro alivio. Miró a su alrededor hasta que se topó conmigo. Me lancé a sus brazos, importándome muy poco si mis padres, los de Zoe o nuestras amigas se morían por imitar mi gesto.

—Es igual a ti, Silvi —dijo con la voz tomada por la emoción antes de esconder el rostro en mi cuello.

Lo abracé fuerte.

El orgullo estalló en mi pecho al pensar en el hombre en el que se había convertido.

Me separé de él a regañadientes, sabía que no podía acapararlo. Di unos pasos atrás, dejando el espacio necesario para que todo el mundo lo felicitara. En ese momento solo había risas, abrazos y lágrimas de alegría por la llegada del nuevo miembro a la familia.

—Ven —dijo mi hermano dirigiéndose a mí.

Esperé a que alguien se quejara, pero todos habían vuelto a tomar asiento y no me pareció que les extrañara que Joel me tendiera la mano para que fuera con él.

Entrelacé nuestros dedos y lo seguí por el pasillo hasta que se detuvo delante de una puerta, que estaba entreabierta. Vi a Zoe por el pequeño resquicio acariciando la cabecita del que ya era mi sobrino. Se me aceleró el corazón cuando atisbé una mata de pelo castaña.

Hugo era real.

Tantos meses imaginando cómo sería, y estaba a solo unos segundos de poder ver su carita, por fin.

Entré seguida de mi hermano y me acerqué a los pies de la cama. Lo primero que llamó mi atención fue el que tuviera los ojos abiertos de par en par y observara a su madre con tanta curiosidad.

—Mira quién ha venido a conocerte. —Sonreí cuando detecté la ternura y el amor con el que Zoe hablaba a su bebé.

—Hola, Hugo —titubeé al saludarlo.

—¿Quieres cogerlo?

—¿Puedo?

Me lo pasó con sumo cuidado. Y, cuando por fin lo tuve en mis brazos, supe, sin temor a equivocarme, que tenía ante mí a una de las personas a las que más querría en el mundo, y que protegería a ese niño, aunque la vida me fuera en ello, sobre todo, cuando agarró mi pulgar con fuerza. No pude dejar de observar esos ojos de color indefinido, que me miraban con curiosidad.

—Se parece a... —comenté con el corazón acelerado.

—Nueve meses para que se parezca más a su tía que a mí. ¡Hay que joderse!

No pude controlar la sonrisa cuando escuché las quejas de mi cuñada. Porque sí, ese niño era un Ruiz, y yo no podía sentirme más orgullosa de ello.

Pasé unos minutos más con mi sobrino en brazos, sin dejar de observarlo. Los mofletes de mi hermano, mi nariz respingona. Ese niño de mayor iba a ser un rompecorazones, y estaba segura de ello, porque se parecía demasiado a Joel como para no serlo.

Me hubiese gustado compartir más tiempo con ellos, pero tampoco podía monopolizarlos, además de que toda la familia estaba deseando darle la bienvenida.

Hugo pasó de mis brazos a los de mi hermano. Y esa imagen, la de mi mellizo sosteniendo a su hijo, hizo que el orgullo y el amor que sentía hacia él se magnificara. Me rasqué el pulgar con la uña, evitando que las lágrimas se deslizaran por mis mejillas. Les hice una fotografía rápida con el teléfono y me despedí de ellos, no sin antes abrazar a Zoe, que parecía la gran olvidada. Y sin ella..., nada de lo que estábamos viviendo sería posible.

Zoe llegó a nuestras vidas cuando Joel más la necesitaba, en realidad, los dos, aunque ni siquiera fuéramos conscientes de ello. El cambio de mi mellizo había sido tan abismal, anímicamente hablando, que creo que jamás podré agradecerse lo suficiente.

Salí de la habitación avisándoles de que tenía que marcharme a trabajar.

Ya en el pasillo, me apoyé sobre la pared. En ese instante me di cuenta de la magnitud de lo que acababa de ocurrir.

La vida no pasaba, la vida era como una estrella fugaz. Un visto y no visto. Y si te despistabas, desaparecía.

Me quedé absorta, pensando precisamente en eso, en lo rápido que habían pasado los años, parecía que el día anterior estuviéramos aprendiendo a montar en bicicleta. Y de repente, mi hermano era padre y yo tía de la criatura.

Miré el reloj, quedaban menos de dos horas para que mi turno empezara. Más me valía darme prisa o llegaría tarde. Volví a la sala de espera y me despedí de todos levantando la mano. A nadie le extrañaba mi falta de interacción, estaban demasiado acostumbrados a mi «extraña» manera de actuar.

Llegué hasta la zona de ascensores. Apreté el botón de llamada repetidamente, como si de esa forma pudiera ir más rápido. Volví a mirar el reloj, no llegaba. Ni yo a trabajar ni el dichoso aparato que me ayudara en mi descenso. No me iba a quedar más remedio que pagar un taxi, si quería llegar medianamente tarde. Cansada de esperar, me desvié a la zona de escaleras.

En el momento en el que puse un pie en el primer peldaño, vi salir a dos chicos y estuve tentada de volver. Aunque no pude verles el rostro, estaba bastante segura de que uno de ellos era mi mejor amigo, Lucas. Al otro no lo reconocí, aunque había algo en él que me resultaba perturbador y... familiar. El corazón se me aceleró de manera descontrolada y me quedé estática sin poder apartar los ojos. El chico misterioso se detuvo abruptamente, tensando todos y cada uno de los músculos de su espalda.

¿Por qué no podía apartar la mirada?

Sacudió la cabeza, como si algo no encajara en esa situación y se puso de nuevo en movimiento.

Fue en ese momento en el que salí del trance en el que me había sumido y me lancé escaleras abajo.

Iba a llegar rematadamente tarde.

¿Qué era lo peor que podía ocurrir? Pues que me despidieran, y era algo que no me podría permitir, no cuando quería seguir siendo independiente. Me había costado muchísimo llegar al punto en el que me encontraba. Mi vida volvía a estar enderezada y no podía dar un simple paso atrás.

«Más o menos», me recordó mi subconsciente, y tuve que darle toda la razón. Ni mucho menos llegué a recuperar las riendas. Sin embargo, de cara a todas las personas que me rodeaban, estaba bien y era lo único con lo que contaba para que me dejaran vivir a mi manera.

La verdad era que el piso donde residía era de mis padres, con los que tuve que pelear para que me cobraran un alquiler. Ellos se negaron. Incluso mi hermano intentó disuadirme e insistió en que aceptara vivir allí haciéndome cargo solo de los gastos básicos, algo a lo que me negué rotundamente. Una cosa era aceptar que el precio medio de la vivienda en Madrid era muy elevado para el sueldo de una simple dependiente de ropa, y otra muy diferente, tolerar la caridad de mis padres, más aún cuando lo único que pretendían era controlarme. Y odiaba sentirme en el punto de mira, fuera el que fuera y viniera de quien viniera. Además de que, para bien o para mal, no quería deberles nada. Si realmente me lo hubiese podido permitir, viviría en cualquier otro lugar, pero, por desgracia, era una cruz a la cual nos enfrentábamos cada vez más personas. Así que no dejaba de repetirme que era una privilegiada por poder vivir sola en los tiempos que corrían, aunque eso fuera a costa de sentirme controlada.

Conseguí llegar a trabajar con diez minutos de retraso. Pasé por alto la mirada de mi jefa y mi compañera, a la cual no le caía especialmente bien, aunque no tuviera muy claro el motivo.

—Silvia. —Me detuvo justo antes de cruzar la puerta para acceder al cuartito de personal,

aunque llamarlo «cuartito» era ser del todo optimista. Más bien era un habitáculo de dos metros cuadrados que hacía las veces de cuarto de la limpieza y lugar donde ponernos el uniforme—. Te toca el almacén.

—Claro. —Intenté que mi voz no denotara la emoción que eso suponía.

Sé que lo hacían para castigarme. A veces sentía que había retrocedido a la época escolar. Lo que ellas no imaginaban es que, cada vez que me mandaban al almacén a organizar las prendas, yo disfrutaba, ya que eso suponía trabajar a mi aire y, ante todo, dejar de ser el centro de atención de mis compañeras, a las que en más de una ocasión había cazado cotilleando sobre mí.

«Es rarita», decían.

No, no me consideraba «rarita», ni muchísimo menos, pero había pasado demasiado en los últimos años como para que unos comentarios malintencionados me afectaran. Simplemente, era celosa de mi intimidad. Aunque tampoco me gustaba relacionarme con desconocidos. Y todas y cada una de las compañeras con las que trabajaba eran unas completas desconocidas para mí. Tenía que reconocer que quizás se debiera a mi manera de ser, y que, a lo mejor, si fuera de otra forma, hubiera conseguido congeniar con ellas.

Pasé la tarde organizando las camisetas por colores, doblando pantalones y arreglando las estanterías. Cuando quise darme cuenta, era hora de volver a casa. Salí del almacén, me cambié la camiseta deprisa y me detuve de golpe en la entrada de la tienda cuando vi a mis dos amigas esperándome mientras hablaban animadamente.

—¿Habíamos quedado? —pregunté.

—No, pero vamos de compras.

Miré el reloj, eran cerca de las ocho y media. Fruncí el ceño, era demasiado tarde como para que a Julia le diera tiempo a adquirir todo lo que suponía «irse de compras» con ella. La última vez estuvimos más de cinco horas para elegir unos zapatos de tacón que hicieran juego con su vestido para una cita con Carlos, el idiota de su novio.

Y sí, idiota. Un hombre al que yo conocía, ya que, cuando mi hermano y yo regresamos a Madrid, entré a trabajar en el centro de estética donde lo hacía ella, y del cual Carlos era el dueño. El problema vino cuando se descubrió que el susodicho estaba casado y las dos nos vimos de patitas en la calle. Julia se aisló, y no sé en qué momento, entre el que nos despidieron y su aislamiento, Carlos volvió a escena y la encandiló con falsas promesas. En fin..., un drama. Algo que todos los que la rodeábamos veíamos. Ella no, y no había forma humana de hacer que cambiara de opinión.

—Si es para una cita con Carlos, conmigo no cuentas —dije al mismo tiempo que me despedía con la mano de mi jefa y compañera, y empezaba a caminar de regreso a casa.

Estaba cansada, había sido un día lleno de sobresaltos y lo único que deseaba era meterme en la cama y dormir hasta que...

—Son para Hugo. —Mi percepción cambió al instante.

—¿Por dónde empezamos? —Sonreí débilmente al formular esa pregunta.

Cansancio o no, me hacía una ilusión tremenda el poder comprar el undécimo regalo a mi sobrino. Aunque no dispusiéramos de mucho tiempo para hacerlo, apenas una hora hasta que cerraran el centro comercial.

Cuando quisimos darnos cuenta, la cosa se nos había ido de las manos.

Entre trajecitos, peluches, biberones e incluso una trona, nos las vimos y nos las deseamos para poder cerrar el maletero del coche.

—Zoe va a matarnos —dije intentando hacerme un hueco entre las bolsas y ponerme el cinturón de seguridad.

Aproveché para contestar a mi hermano, que me había mandado una foto de Hugo. ¡Qué bonito era!

Con la tontería, llegué a casa cerca de las once de la noche. Me hice un sándwich de mantequilla y mermelada de fresa, y me lo comí en la misma cocina. Lo único que tuve que hacer cuando acabé fue limpiar la encimera.

Y, por fin, pude meterme en la cama. Me dormí a los pocos minutos.

Dos horas después, me despertó mi propio grito de terror.

2 Silvia

7 meses después

Acaricié la manita de mi sobrino. ¡Qué calma me daba ese pequeñín! No podía creer que esa personita fuera hijo de mi mellizo. Nunca hubiese apostado porque sentara la cabeza y formara su propia familia. Y no solo tenía un hijo, Hugo, sino que, además, estaba total y completamente enamorado de Zoe.

Tuvieron un inicio algo atípico. Se conocieron cuando decidimos que era hora de volver a Madrid, después de nuestros cinco años dando tumbos por España, pero la tierra pesa. Y a mí, Madrid me había quitado mucho, pero en su momento también me lo dio, por eso me animé a regresar.

El caso es que, al hacerlo, mi tío le ofreció un puesto que ya ocupó con anterioridad y que, aunque no quisiera reconocerlo, tanto le apasionaba. De esa manera empezó su historia de amor. Se detestaron, o eso creo, ya que no era algo de lo que hubiese hablado con Joel. Por aquel entonces, no nos comunicábamos demasiado. Pasábamos todo nuestro tiempo juntos, eso sí, pero los silencios rellenaban parte de nuestro día a día. Así que, después de que mi tío les ofreciera un reportaje alrededor del mundo durante seis meses, se marcharon. En ese tiempo se enamoraron, aunque no fue tan fácil como eso. Solo sé que, en su ausencia, yo empecé a despegar, y me sirvió para darme cuenta de que mi mellizo merecía una vida sin tener que cargar conmigo. Ahí comenzó mi gran actuación. Creo firmemente que, si me hubiese gustado, podría haberme dedicado a la interpretación, ya que eso era lo que hacía, fingir. Fingir que las sonrisas eran sinceras, fingir que no me dolía el corazón y fingir que las pesadillas ya no me asustaban o que los ataques de ansiedad eran esporádicos. Fingía que era «feliz» y, sobre todo, que estaba bien, aunque nada se alejaba más de la realidad.

Me había vuelto la actriz principal de la película de mi vida.

Suspiré dejándome caer en el sofá con cuidado de no hacer daño a mi sobrino, intentando apartar todos esos pensamientos.

Me centré en el bebé que me miraba con curiosidad. Bebé que, por cierto, ya no lo era tanto. Me asombraba la rapidez con la que pasaba el tiempo. Parecía que fuera el día anterior cuando esperaba a mi hermano en el aeropuerto después de estar viviendo en Nueva York y, tras fundirnos en un abrazo, me dio la gran noticia. No pudo callarse. Y yo, interiormente, agradecí ser la primera persona de la familia en saber de su llegada.

Y de eso hacía ya más de un año. Hugo estaba a punto de cumplir siete meses y, a ese ritmo, cualquier día me abriría él mismo la puerta.

—No crezcas tan deprisa —dije cariñosa.

—Eso le digo yo cada día. Pero es digno hijo de su padre. Ni puñetero caso me hace.

Sonreí al escuchar la réplica de Zoe.

Una chica pequeñita, pero con un mal genio que haría temblar al peor asesino en serie mundial. Poco quedaba de esa Zoe, que ella se empeñaba en traer de vuelta para no perder la costumbre. Sin embargo, con la llegada de Hugo, su humor se había suavizado bastante. Le tenía mucho cariño, primero porque era un amor de chica que me había recibido en su vida con los brazos abiertos y lo segundo y más importante: hacía feliz a mi hermano.

—¿Habéis pensado en algo para el cumpleaños de Lucas?

—No, he hablado con Julia y me ha dicho que ha encontrado el plan perfecto. Viene de camino, ha pasado a recoger a Candela.

Hugo se había quedado dormido en mis brazos. Me levanté cuidadosamente, subí a la planta superior y lo dejé acostado en su cunita. Encendí la cámara que mi hermano había instalado junto a ella y cogí el monitor para volver a la sala de estar.

No esperamos mucho a que llegaran nuestras amigas. Julia entró como un vendabal, soltó el bolso, se quitó la chaqueta de cualquier manera y, al grito de «me meo», subió las escaleras, desesperada.

Sonreí cuando Zoe maldijo en susurros a su mejor amiga.

Candela entró muchísimo más tranquila y, dándonos un beso en la mejilla a cada una, soltó sobre la mesa una serie de bolsas que provocaron que Zoe y yo nos miráramos con el ceño fruncido.

—Oh, no —me lamenté.

—Oh, sí —contestó Julia entrando en la habitación. Ni nos miró cuando vació el contenido sobre la mesa del comedor.

¿Qué le ocurría?

Hasta donde yo sabía, seguía con el indeseable de Carlos, y ella era la única que no parecía darse cuenta de que los meses pasaban y lo prometido no se hacía realidad.

—¿Qué sucede? —preguntó Zoe sentándose en el sofá.

—Nada.

Ese «nada» era algo que, viniendo de ella, significaba un «pasa de todo y no quiero decirlo»; además, habló sin mirarnos a ninguna de las tres.

—Julia...

Esta resopló, apartándose el flequillo de la cara, y se dejó caer a mi lado, cruzándose de brazos, enfurruñada. El problema era que sus ojos decían que no era enfado, sino miedo. Esperamos en silencio a que se animara a hablar.

—La he liado —confesó—. La he liado mucho, y ahora voy a tener que irme a vivir a Laponia y hacerme paje de Santa Claus para poder sobrevivir.

Zoe puso los ojos en blanco ante el dramatismo de nuestra amiga.

—Punto número uno, los ayudantes de Papa Noel son elfos; y punto número dos, nada puede ser peor que liarte con el idiota ese que tienes por novio. Así que tranquila, no nos vamos a espantar.

—He dejado a Carlos y me he acostado con Lucas —dijo cruzándose de brazos. Y aunque su pose denotaba altanería, pudimos detectar el temblor en su voz.

La verdad era que, de todos los escenarios, ese era el que menos esperábamos.

La miramos con los ojos abiertos de par en par.

—Ya, ya lo sé, voy a arruinar la relación con mi mejor amigo.

—¿Quién se lo dice? —preguntó Candela.

—Silvia —contestó Zoe gesticulando con la mano, pasándome a mí el marrón.

—¿Por qué yo?

—Porque a nosotras no nos va a creer.

—Y..., ¿qué te hace pensar que a mí sí? —cuestioné.

Yo no quería tener nada que ver en esa historia, los quería a los dos por igual, y hacían una pareja estupenda, de verdad que sí. Aunque no sería yo la que pusiera en palabras lo que todos veíamos cuando interactuaban entre ellos.

—¿Decirme el qué?

—Julia, tú estás enamorada de Lucas —contestó Candela condescendiente.

—No, ni hablar.

—Y él está loco por ti.

Se quedó en silencio, con la mirada perdida en el suelo.

—¿De verdad? —preguntó al cabo de unos minutos.

Candela negó con la cabeza, divertida, cuando detectó la esperanza en la voz de Julia.

—De verdad —aseguré.

Nunca había estado tan segura de algo en mi vida. Esos dos estaban locos el uno por el otro. Era un secreto a voces.

—¿Y cómo folla? —Creo que sobra decir quién fue la que hizo esa pregunta.

—¡Por Dios!

Me levanté y me acerqué a la cocina para preparar las bebidas.

La facilidad que tenían esas tres para airearse sus facetas sexuales era algo que no dejaba de asombrarme. El problema era que esas conversaciones incluían a mi hermano mellizo y, por lo visto, a partir de ese momento, a mi mejor amigo. El sueño de cualquier chica: saber cómo follan su hermano y su casi hermano.

—¿Qué habéis pensado para el cumpleaños de Lucas? —pregunté entrando de nuevo con una bandeja y las cuatro copas, intentando reconducir la conversación.

Quedaban apenas dos semanas y no conseguíamos ponernos de acuerdo.

—Yo tengo una idea —contestó Julia antes de hacerse con su bebida y darle un trago más que generoso—. He pensado que podríamos irnos de fin de semana a la sierra. He encontrado una casita rural muy chula. Hay disponibilidad y creo que le puede gustar.

—Pues ya tenemos plan. ¿Regalo?

—¿De verdad pensáis que está enamorado de mí?

Escondí mi sonrisa detrás de la copa que había rellenado de zumo.

—Sí, Julia —afirmó Zoe con convicción.

—Pues voy a comprarme el mejor conjunto de lencería y un lazo. Yo voy a ser su regalo. Les iría bien juntos, estaban hechos el uno para el otro.

3 Liam

Me incorporé en el asiento de la ambulancia y saqué el teléfono móvil del bolsillo lateral de mi pantalón. Era Joel. Me extrañó recibir una llamada de él, precisamente, porque Lucas estaba sentado a mi lado. Nos llevábamos bien, aunque no podíamos considerarnos amigos. Habíamos coincidido en varias ocasiones en el gimnasio o de vez en cuando a la hora de tomar una cerveza, pero hasta ahí llegaba nuestra relación. Me caía bien, sin embargo, me daba la sensación de que algo, no sabía el qué, provocaba que marcara distancias conmigo.

—Dime —contesté mirando de reojo a mi compañero de trabajo.

—¿Estás con Lucas?

—Sí.

—No le digas que soy yo. En dos semanas nos vamos el fin de semana a la sierra para celebrar su cumpleaños. ¿Contamos contigo? Le gustará que te unas.

Esa petición me sorprendió, ya que no solían incluirme en sus planes. Por lo tanto, que me invitara a pasar el fin de semana con ellos no dejaba de ser... raro.

—¿Puedo decirte algo en unos días? Tengo que ver cómo lo coordino.

—Claro.

Nos despedimos y volví a guardarme el teléfono en el pantalón.

Miré al cumpleaños, que tenía el día taciturno y estaba más callado de lo normal. Lucas no era alguien parco en palabras, así que era extraño verlo en ese estado.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

Lucas resopló en respuesta al escuchar la pregunta.

—La he cagado, Lolo. La he cagado a lo grande.

Dejó caer la cabeza sobre el volante cuando detuvo el vehículo en un semáforo. Acabábamos de terminar nuestro turno y nos encontrábamos de camino a la central. No lo presioné, ya me lo contaría cuando estuviera preparado.

—Me he acostado con Julia. Y no debería haber ocurrido —murmuró con la vista perdida en la luna delantera.

—¿Por qué? Estás loco por ella, Lucas.

Me había pasado meses escuchando las virtudes de su vecina. Julia esto, Julia, lo otro. Julia, Julia, Julia. Así que sabía que solo era cuestión de tiempo que esos dos cayeran en la tentación.

—Ya, ya lo sé. Pero no debería de... ¡Tiene novio, joder! La conozco, Lolo, esto va a irse a la mierda.

Lucas me había hablado del impresentable del «novio», un hombre casado y con hijos, que solo pensaba con la polla y que lo único que hacía era manipular a Julia con el típico: «estoy enamorado de ti, pero no puedo divorciarme ahora. Dame tiempo».

Dejamos las llaves en la central y nos cambiamos en los vestuarios. Cogí mi mochila, haciendo algo de tiempo para despedirme de él.

—¿Nos tomamos algo?

—No. Me voy para casa.

Lo vi marcharse con la cabeza gacha. Esperaba que consiguieran arreglarlo. No la conocía en persona, pero sí había visto el cambio de mi compañero, y amigo, desde que esa chica llegó a su vida.

Conocí a Lucas cuando estaba por rendirme y regresar a mi país de origen. No fue, ni de lejos, mi mejor época. Para no faltar a la verdad, aquellos tiempos fueron una mierda. El caso es que, cuando ya lo tenía todo organizado, me ofrecieron el puesto que ostentaba y, de esa manera, mi compañero llegó a mi vida. Él tampoco estaba en su mejor momento, nunca supe el porqué.

Arranqué el coche y me puse en marcha para llegar a casa, pensando en lo jodido que era enamorarse de la persona equivocada. Alguien que ya tiene una vida en pareja. En cómo cuesta alejarse, creyendo que es mejor tenerla de la forma que sea antes que perderla. El problema es que, cuando esa persona toma una decisión, puedes acabar muy jodido, ya que tienes muchos números para no ser el elegido.

Y sí, sabía muy bien de lo que hablaba.

Cuando quise darme cuenta de lo que ocurría con Lucas, ya era demasiado tarde. Mi amigo había caído con todo el equipo. El problema era que no se había puesto una armadura lo suficientemente resistente como para aguantar el envite. Ojalá no acabase como yo terminé: sin la chica y tan tocado emocionalmente, que ni siquiera ocho años después era capaz de relacionarme más allá de una noche esporádica con el sexo opuesto.

Me di una ducha de agua caliente nada más llegar a casa y encendí la televisión, dejándola de fondo mientras me preparaba algo de cenar.

Lucas: No está en casa.

Lucas: ¡La he jodido!

Yo: Tendrá cosas que hacer.

Ten paciencia y, cuando podáis, lo habláis.

Lucas: Como consejero, eres acojonante.

Solté una carcajada ante su mensaje. Ojalá pudieran arreglarlo y salvar su amistad. Por si acaso, y con la única idea de animarlo, confirmé mi asistencia para unirme al plan de pasar un fin de semana en la sierra. Ya me las apañaría en caso de que me tocara trabajar, ya fuera pidiendo favores o cambiando turnos con algún alma caritativa.



Las siguientes semanas pasaron sin darme cuenta mientras intentaba animarlo. La situación con Julia no pintaba nada bien. «Lo esquivaba», palabras textuales de mi compañero. Y cuando le pedía hablar, siempre obtenía un «mañana», que por lo visto no llegaba.

Me encontraba esperándolo para llevarlo a la casa rural, donde pasaríamos el fin de semana en el que celebraríamos su cumpleaños. El resto ya se encontraba allí, de los cuales no conocía ni a la mitad. No es que me importara, ya que, ese día, lo primordial era hacer de apoyo moral a mi amigo, aunque debía reconocer que no era plato de buen gusto ser el nuevo en un grupo reducido y afianzado por la clase de lazos que los unía y que, además, se remontaban a muchos años atrás.

—Feliz cumpleaños, princesa.

Sonrió negando con la cabeza cuando lo llamé por ese apelativo. Ya fuera porque era un día de celebración o por cualquier otro motivo, no parecía tan apesadumbrado como los días anteriores.

Nos pusimos en marcha, y antes del mediodía, estaba aparcando en frente de la casa donde se encontraban sus amigos.

Nos bajamos del coche mientras Lucas silbaba mirando a su alrededor.

—Menuda choza.

Llamé al timbre. No tuvimos que esperar demasiado, ya que, al cabo de unos segundos, la pesada puerta de madera se abrió y...

Tuve que mirar dos veces para asegurarme de que mi mente no me estaba jugando una mala pasada. También podría ser que me hubiera vuelto completamente tarumba, porque era imposible que fuera la única persona a la que jamás pensé volver a ver.

—Liam... —susurró en un murmullo apenas audible.

Apreté la mandíbula al escuchar mi nombre. El real, aunque en ese momento no estuviera en condiciones de explicar por qué la mayoría de las personas me conocían como Lolo y ella fuera la única que me llamara de esa manera.

—Pero que cojo...

—¡Sorpresa! —El grito proveniente del interior cortó mi réplica de raíz.

Lucas sonrió ampliamente y se lanzó dentro de la vivienda con una estruendosa carcajada.

Yo, sin embargo, me había quedado congelado en el sitio. Creo que, si en ese momento me hubiesen empujado con un simple dedo, habría caído al suelo sin ningún tipo de problema. Ella no es que estuviera muchísimo mejor que yo. Estaba agarrada a ese trozo de madera como si la vida le fuera en ello.

Escuché risas, felicitaciones e incluso algún que otro juramento. Sin embargo, fui incapaz de desviar la mirada de esos dos ojos azules que me observaban aterrorizados.

—Me largo. —Es lo único que atiné a decir después de la sorpresa inicial.

Ni de coña pensaba quedarme.

—Vamos, tío.

Lucas apareció de nuevo en mi campo de visión, me agarró de la nuca instándome a entrar al interior de la vivienda y dejé que me guiara como un autómata.

—Hola, peque. —Le dio un beso en la mejilla con una confianza demasiado evidente como para que no me diera cuenta de la relación tan estrecha que los unía.

Tenía que largarme a la voz de ya.

4 Silvia

Abrí los ojos y me senté en la cama con el corazón martilleándome en los oídos. Intenté que mis latidos volvieran a un ritmo regular, inspirando hondo y reteniendo el aire para expulsarlo poco a poco. Finalmente, tras unos minutos que se me hicieron eternos, mi respiración volvió a calmarse. No me molesté en mirar la hora. Ya la sabía, pasadas las cuatro de la madrugada, minuto arriba, minuto abajo. Un ritual al cual me había acostumbrado desde hacía años. Las pesadillas nunca fallaban y, aun después de sufrirlas cada noche, me superaban.

Salté de la cama y, a oscuras, salí al pasillo. Bajé despacio las escaleras, intentando no hacer ruido para no despertar al resto de los ocupantes de la casa. Sobre todo, a mi sobrino. Ese niño tenía unos pulmones capaces de poner en evidencia a Plácido Domingo, además de un despertar terrible, casi a la altura del de su madre.

Un poco más repuesta y tratando de ser silenciosa, entré en la cocina, sin necesidad de encender la luz. Aunque era de madrugada, entraba la claridad suficiente por las ventanas como para que pudiera prepararme una infusión sin problemas. Calenté el agua en la vitrocerámica, puse la bolsita en la taza y volqué el líquido humeante en ella cuando estuvo listo.

Ya con la infusión preparada, salí y me senté en uno de los tres escalones que delimitaban el pequeño porche del jardín. Levanté la vista, abrazándome las rodillas, e inspiré hondo.

Daba igual cuán oscuro estuviera el cielo, la cantidad de nubes que intentaran cubrirla, la luna siempre salía.

Durante muchos meses, fue mi única compañía.

Sacudí la cabeza intentando pensar en cosas más alegres. En unas horas partiríamos a la sierra para pasar el fin de semana y celebrar el cumpleaños de Lucas y el inicio de las vacaciones. En realidad, las de ellos; las mías, no sabía cuándo llegarían. La verdad era que intentaba no tener tiempo libre, así que, una temporada sin trabajar era algo que no entraba en mis planes. No me lo podía permitir, emocionalmente hablando.

Candela, Julia y Ramón ya se encontraban allí. Nosotros, llegaríamos a lo largo de la mañana. Habíamos esperado, ya que mi cuñada se mostraba más que reacia a dejar a Hugo con sus padres. Tuvimos que convencerla. Era la primera vez que iban a separarse, y eso la tenía nerviosa y estresada. La entendía, pero también se merecían un fin de semana de descanso y desconexión. Desde el nacimiento de mi sobrino, no se habían separado de él. Les vendría bien un par de días para ellos solos, aunque estuvieran rodeados por todos nosotros.

—¿Otra pesadilla? —Di un respingo, provocando que el té se derramara sobre el escalón donde estaba apoyado.

Mi hermano estaba en el quicio de la puerta, cruzado de brazos y con el cabello disparado en todas las direcciones. Me aparté lo suficiente para dejarle espacio y que pudiera acompañarme. Los dos sabíamos que no íbamos a volver a la cama. Anduvo los pocos pasos que nos separaban con la cara cargada de sueño y se dejó caer a mi lado. Me rodeó los hombros, dándome beso en la cabeza. Daba igual la edad que tuviéramos, el que ya no compartiéramos el día a día. Si mi hermano estaba cerca, me asaltaba la sensación de que nada malo podía pasar.

Joel era mi ancla con el mundo real.

—Pasarán —dijo convencido al cabo de unos minutos.

—No lo harán —susurré.

Estaba segura de que jamás desaparecerían. Si después de todo el tiempo transcurrido

desde aquella noche no lo habían hecho, no lo harían nunca.

—Haremos que desaparezcan —contestó en respuesta.

—¿Haremos?

—Si tengo que meterme en tus sueños para protegerlos, lo haré —sentenció.

Por eso era mi persona favorita en el mundo. No me cabía ninguna duda de que, si hubiera una forma de hacerlo, él la encontraría.

Nos quedamos en silencio, viendo en calma como el cielo se aclaraba para dar comienzo a un nuevo día. Recordé todas las noches que pasamos en esa misma postura durante los cinco años en los que fuimos solos él y yo. Siempre fue así: él abrazándome por los hombros y yo mirando la luna. El problema fue que nunca pude hablar con nadie de lo que me atormentaba, de todo lo que me rondaba por la cabeza, ni siquiera con él. Lo intenté. Muchas noches traté de armarme de valor y confesar la verdad. En cierto modo, me hubiera gustado hacerlo, pero el miedo me tenía tan paralizada que preferí callar. Y, con el tiempo, pude incluso fingir que todo estaba bien, que yo estaba bien, o todo lo bien que una persona en mi situación podía estar.

Lo último que quería era darle más motivos para preocuparse por mí. Nos había costado mucho llegar al punto en el que nos encontrábamos. Vivía sola y él tenía su propia familia, además de que, si sospechaba que seguía exactamente igual que al principio, me arrastraría a su casa, y era lo último que quería.

—Quedan dos horas para que se levanten, ¿una carrera?

Asentí en respuesta poniéndome de pie.

—Dame cinco minutos —dije antes de ir a cambiarme.

Me vestí rápidamente, cogí el reproductor de música, me hice una cola de caballo y bajé las escaleras.

Puse los ojos en blanco cuando lo vi esperando por mí en el jardín mientras calentaba los músculos. No entendía cómo lo hacía. De pequeña llegué a creer que tenía algún tipo de superpoder o algo por el estilo. Por mucha prisa que me diera, por mucho que me esmerara, él siempre conseguía dejarme como una tortuguita.

—Sigues siendo una tortuga —dijo con petulancia y sin ningún rastro de sueño en la voz.

No me molesté en contestarle. Lo ignoré mientras él se reía con suficiencia.

Estiré los músculos antes de emprender la carrera.

Corrimos por más de media hora y, para cuando volvimos a casa, Zoe estaba cantando con Hugo en brazos, que se reía a carcajadas.

Mi sobrino elevó los brazos en cuanto me vio en la cocina con un alegre gorgojeo para que lo cogiera. No me lo pensé. Adoraba a ese pequeñajo que se reía mientras yo le hacía pedorretas en el cuello.

Por el rabillo del ojo vi cómo mi hermano se acercaba a su mujer y le plantaba un besazo en la boca. A esos dos les daba igual quien estuviera alrededor. Si uno entraba en el radar del otro, los demás desaparecíamos. Era algo digno de ver.

Me centré en Hugo, tan parecido a su padre, pero con el mismo color de ojos que yo. Lo quería con todo el corazón desde el momento en que supe que venía en camino. No soy capaz de expresar lo que sentí cuando lo sostuve por primera vez en brazos y me sujetó el pulgar con fuerza. Quería a ese pequeño más que a mí misma.

Devolví a mi sobrino a los brazos de su madre y subí las escaleras dejándoles algo de intimidad. A veces..., bueno, la mayoría de ellas me sentía una carga. Al fin y al cabo, ellos habían formado su propia familia y yo era más una obligación que otra cosa. Sé que me querían, lo sabía, no daban un paso sin incluirme o pensar más en mi bienestar que en el suyo propio.

Cuando volvieron de Nueva York, me ilusioné por tenerlos cerca. A mi hermano por motivos obvios, y también porque me permitiría conocer más a Zoe, aunque me daba un poco de miedo cómo me trataría, o si sería capaz de respetar mi manera de ser. Y no solo lo hizo, sino que era la persona que más me dejaba a mi aire. Insistieron en que me fuera con ellos a vivir, me negué, por supuesto. Después de mil discusiones, de millones de maldiciones, llegamos a un acuerdo, no porque realmente me apeteciera: montaron una habitación en su casa para mí. No voy a negar que, cuando quería ver a Hugo, me iba genial, pero no dejaba de ser rocambolesco que, en vez de un sofá cama, yo contara con mi propio cuarto.

Al rato de estar tumbada mirando el techo, escuché a mi hermano despedirse de Zoe y pegar una voz con un «nos vemos luego, Silvi». Suponía que llevaría a Hugo a casa de sus abuelos y regresaría a por nosotras.

Me di una ducha rápida y volví a vestirme con ropa cómoda.

Realmente no sabía si me apetecía demasiado el plan elegido. Además de que había tenido que suplicar para que me dieran el fin de semana libre, algo que odiaba. No me gustaba deber nada a nadie, aun cuando esos dos días me pertenecieran por derecho, ya que, en más de un año, jamás había solicitado uno. El caso era que iba a pasar un fin de semana con tres parejas, si todo salía como era de esperar con Julia y Lucas y, entonces, yo sería la descolgada del grupo. Y eso hacía que me sintiera un poco fuera de lugar. Más de lo que ya lo solía hacer.

Bajé las escaleras sin dejar de darle vueltas al asunto. A veces sentía que me incluían en los planes por ser quien era, la melliza de Joel. Hacía mucho tiempo que había perdido mi identidad. Pasé de ser Silvia, a ser la hermana, la amiga o la prima de... Me mordí el labio con culpabilidad al sentirme de esa manera, adoraba a mi hermano, pero...

—¿Estás bien? —Alcé la vista de golpe y me encontré a Zoe al pie de la escalera mirándome con el ceño fruncido.

—Sí. —Sonreí para dar un poquito más de énfasis a mi fingida felicidad.

—Por cierto, no sé si te lo ha dicho tu hermano, pero ha invitado a un compañero de Lucas. —Me tensé en el acto. Fue automático y, aunque no pasó desapercibido para ella, no pude relajar la postura—. Son amigos desde hace tiempo...

La miré horrorizada, no me gustaba conocer a gente nueva. Con ellos era diferente, me daban espacio cuando necesitaba evadirme. No me sentía cuestionada en su presencia, pero incluir a alguien podía conllevar miradas, preguntas y sentirme observada. Y sabía bien de lo que hablaba, ya que lo vivía a diario en mi puesto de trabajo.

—No pasa nada —agregué después de la sorpresa inicial.

—No voy a separarme de ti, y si te mira raro, le doy un puñetazo y tan contentos.

Sonreí negando con la cabeza. La veía muy capaz, la verdad.

—No creo que sea necesario —dije, terminando de bajar e intentando que no notara como los nervios habían empezado a agarrarse a mi estómago.

Mi hermano llegó cinco minutos después, cargamos el coche y nos pusimos en marcha.

La mayor parte del trayecto la pasé mirando por la ventanilla, ensimismada ante la estampa que, kilómetro a kilómetro, se mostraba ante nosotros. Adoraba la sierra madrileña.

—Voy a llamar a mi madre, a ver cómo está Hugo. —Escuché decir a Zoe.

—Suspiritos, hace una hora que hemos salido. Está bien —dijo mi hermano, apoyando la mano en su muslo.

Esta suspiró, entrelazando los dedos con los de él, girándose en su asiento para poder mirarlo.

—Ya lo echo de menos —comentó haciendo un puchero.

Miré la sillita vacía a mi lado. ¿Cómo habíamos podido vivir sin él toda la vida? La manera en la que nos acostumbramos a él no dejaba de sorprenderme. No podía imaginar los días sin la presencia de Hugo.

Llegamos cerca del mediodía, nos bajamos veloces del vehículo y nos precipitamos a la vivienda, no fuera a ser que Lucas llegara antes de lo previsto y nos sorprendiera él a nosotros.

Me quedé prendada de la fachada que se levantaba imponente ante mis ojos. Un gran portón daba la bienvenida a una edificación de piedra rustica. Las ventanas eran de madera y le otorgaba un aspecto hogareño precioso. El conjunto era una belleza, y lo mejor de todo era que estaba aislada. Lo único que se veía alrededor era un bosque plagado de encinas.

Me encantaba la naturaleza. Siempre soñé con tener una casa en el campo donde poder despertarme con el sonido de las aves y no el ajetreado tráfico madrileño.

La gran puerta se abrió dando paso a una Julia que, a juzgar por la expresión de su cara, estaba completamente histérica.

—Están de camino, deberían llegar en unos veinte minutos. Daos prisa.

Volví a ignorar ese ramalazo de pánico ante ese desconocido. Solo esperaba que lo entretuvieran lo suficiente como para que no reparara en mi presencia. Yo pondría de mi parte haciendo lo que mejor se me daba, que era ser invisible.

Ya en el interior me di cuenta de que no sabía qué más quería que hicieramos. Estaba toda la casa decorada. Una mesa en el jardín con carne para la barbacoa y otra justo al lado con bebidas. Y un gran cartel donde podía leerse: «Feliz cumpleaños, Lucas».

—¿Ya sabes cómo lo vas a hacer?

—No. Y no me pongas más nerviosa.

—¿Cuál es mi habitación? —pregunté para poder dejar mi pequeña maleta.

—Hay cuatro en la planta de arriba y dos aquí abajo. Elige la que quieras.

Barajé mis posibilidades. La planta de arriba muy posiblemente sería ocupada por las tres parejas. Así que me decanté por una de la planta inferior, además de que me iría bien estar un poco aislada del resto cuando me desvelara por la noche.

Dejé mis pertenencias sobre la cama y escuché cómo golpeaban la puerta. Salí y me di cuenta de que los demás estaban ya en el jardín con unas cervezas en la mano. Suspiré, armándome de un valor que no sentía ni de lejos. Era la que más cerca estaba de la entrada, así que era ridículo que volviera al jardín para que otro abriera en mi lugar. Podía haberlo hecho, estoy segura de que no le darían importancia a eso. Puede que mi hermano o, incluso Julia, hubiesen ocupado mi lugar, pero era adulta, y era un buen momento para empezar a enfrentarme a ese tipo de situaciones.

«Todo esto es por Lucas», me repetí, agarrando el pomo con más fuerza de la necesaria. Dibujé una sonrisa en mi rostro y tiré del gran portón. Lo que me esperaba al otro lado de la puerta consiguió dejarme fuera de juego.

—Liam —susurré incapaz de pensar en otra cosa que en esos dos ojos verdes que me miraban como si fuera un fantasma.

Y quizás lo era, porque en ese instante mi alma abandonó mi cuerpo.

—Pero que cojon...

Su frase quedó amortiguada por el «sorpresa» que escuché a mi espalda. Lucas pasó por nuestro lado con una sonrisa que le partía la cara en dos, después de soltar una carcajada. Sin darse cuenta de las dos personas que se habían quedado enganchadas con la mirada.

Seguí agarrada a la puerta, estaba segura de que, si me soltaba, me caería al suelo.

—Me largo —dijo dando un paso atrás.

La animadversión y el desdén con el que pronunció esas palabras consiguió que me tambaleara sobre mis pies.

—Hola, peque. —Lucas me dio un beso en la mejilla—. Vamos, tío.

Cogió a Liam de la nuca y de un tirón lo obligó a entrar en la casa. Me quedé en la misma postura mirando al exterior con unas ganas enormes de salir corriendo y no parar hasta llegar a la seguridad de mi casa.

¿Qué hacía allí? ¿Liam era amigo de Lucas?

Sentí ganas de vomitar. Con el corazón acelerado, me encerré en la habitación intentando asimilar lo que acababa de ocurrir. Liam... No podía creer que, después de tanto tiempo, nos hubiésemos vuelto a mirar a los ojos.

Observé a través de la seguridad que me otorgaba la ventana, pensando que quizás me lo había imaginado, que mi subconsciente me estaba jugado una mala pasada. Tenía que ser eso.

Se encontraba al lado de Lucas, Ramón y mi hermano. Desde la distancia percibí la incomodidad que irradiaba su cuerpo. No quería estar allí.

Como si hubiera detectado que lo estaba observando, levantó la vista. Nos miramos a los ojos durante un periodo que se me hizo eterno. Hasta que apretó la mandíbula. Hasta que la rabia que emanaba de su cuerpo me golpeó de lleno, vaciándome los pulmones de aire.

Necesitaba salir de allí.

Me quité los pantalones anchos que llevaba con movimientos torpes y me puse unas mallas para correr. Cogí mi teléfono, mis auriculares y me recogí el pelo en una coleta de caballo mientras salía de la habitación.

Solo necesitaba abrir la pesada puerta que me otorgaría la libertad, aunque fuera durante una hora. Me daba exactamente igual quedar como la antisocial, la rara o la que siempre era la nota discordante en este tipo de reuniones. Solo..., solo necesitaba aire puro y allí encerrada, a pocos metros de distancia de él, no lo iba a conseguir.

—¿Dónde vas? —Me giré y me encontré a mi mellizo con los brazos cruzados en el pecho, mirándome con el entrecejo fruncido—. ¿Estás bien?

Asentí e intenté sonreír para dar algo de veracidad a ese gesto.

«Fingir, fingir, fingir», el mantra que solía repetirme a diario y que normalmente funcionaba, no sirvió para que mi sonrisa fuera sincera. Aunque fue inevitable que mi vista se desviara hacia el jardín. Me estremecí cuando levantó la mirada y la volvió a conectar con la mía.

—Ahora vuelvo, de verdad. Solo..., necesito recoger algo que me he dejado en el coche.

Asintió y yo me precipité al exterior.

—Silvia... —Volteé sobre mí misma—. ¿No se te olvida algo?

—No.

—Anda, vamos. —Se acercó a mí y me rodeó los hombros—. ¿Qué pensabas coger del coche? —cuestionó mientras balanceaba la llave delante de mis ojos.

—Me pone nerviosa...

—Lo sé, eso lo sé. Aunque no lo entiendo, antes...

Antes...

Antes yo vivía.

Antes reía.

Antes era feliz.

Había muchas cosas que había sido «antes», pero no podía vivir del antes. Vivía en el ahora, por muy poco que me gustara. Y me ponía nerviosa relacionarme con desconocidos, algo que, por mucho que lo intentara, no había conseguido mejorar.

Supongo que a mi estado de nervios también se le sumaba el miedo a que no podía contar quién era Liam. Pero... ¿y si era él quien les decía qué le unía a mí? Volví a estremecerme al pensarlo. ¿Cómo me iba a justificar?

—¿Hace mucho que lo conoces? —pregunté.

—Desde que regresé de Nueva York.

Hice cálculos mentales, casi un año y medio. Mi hermano llevaba todo ese tiempo relacionándose con Liam. Aunque estaba bastante segura de que él lo conocería como...

—¿Cómo se llama?

—Lolo.

Retiré la mirada. No, no se llamaba Lolo, su nombre era Liam Manuel, aunque nadie se dirigiera a él por la primera opción. No sé por qué conmigo fue diferente. Nunca me lo planteé, a mí me gustaba ser la única que lo llamara así, me hacía sentir... especial, como si él y yo compartiéramos un secreto que era solo nuestro.

En el poco más de una hora que se alargó nuestro paseo, pensé que me había relajado lo suficiente como para enfrentarme a lo que estuviera por venir.

Nada más lejos de la realidad. Fue otear los altos muros, y los nervios volvieron a apretarme el estómago.

—Es un buen tío, Silvi.

—Ya —contesté, y nunca sabría cuánta verdad escondía esa palabra—. No te preocupes, estaré bien —dije, deteniéndome en la entrada de la casa, porque ¿qué otra cosa podía hacer?

Tuve que respirar profundamente antes de internarme en la vivienda.

5 Liam

Me encontraba entre Joel y Lucas, que no dejaban de gesticular y reírse a carcajadas por alguna tontería que no había llegado a escuchar. Lo único de lo que tenía ganas era de coger el coche y marcharme cagando leches de allí.

Miré entumecido al interior de la casa. Silvia no volvió. Y casi mejor así. No me creía capaz de disimular que no nos conocíamos. Que no había significado un todo para mí, aunque de eso hiciese una eternidad.

Lo único que me consoló fue darme cuenta de que, realmente, la olvidé, ya que, lo único que había sentido al verla fue rencor y una decepción apabullante.

—¿Dónde está Silvia? —preguntó Joel, un rato después.

—No ha vuelto a salir —contestó Lucas, frunciendo el ceño.

—Mierda.

Observé cómo mantenían una conversación silenciosa. Lucas asintió de forma sutil y, Joel, ante esa leve señal, se encaminó al interior de la vivienda.

A través del enorme ventanal pude vislumbrar como Silvia salía de una de las habitaciones y se apresuraba hacia la puerta. Su hermano la alcanzó en el momento en el que agarraba el picaporte.

Levantó la mirada y en el instante en el que nuestros ojos conectaron, me di cuenta de lo poco y lo mucho que había cambiado.

Físicamente podía asegurar que seguía igual, pero había algo en ella que..., algo que no conseguía identificar. Era como si ya no fuera la misma persona.

¡Claro que no era la misma chica, habían pasado casi nueve años!

No sé quién de los dos rompió el contacto visual primero, si ella o yo.

Salió de la casa, seguida de Joel. Y lo más sorprendente es que a nadie le extrañó que se escaparan de ese modo.

—Me ignora, Lolo.

Sacudí la cabeza devolviendo la atención a mi amigo. Miré a mi alrededor hasta que observé cómo Julia no dejaba de ojear en nuestra dirección. Se notaba a distancia que disimulaba, sin conseguirlo.

—No le eres tan indiferente —intenté reconfortarlo.

En realidad, la actitud de Julia me parecía de lo más infantil. Eran amigos, lo mejor que podían hacer era hablar, exponer sus puntos de vista e intentar llegar a una solución para que esa relación no se fuera al garete. Cosa que iba camino de ocurrir, si ninguno de los dos daba el primer paso, y aclaraban las cosas.

«Consejos vendo que para mí no tengo», pensé. Mandaba narices que hasta mi subconsciente se mofara de la situación tan surrealista en la que me encontraba.

Nunca reconocería que me pasé la siguiente hora mirando hacia la puerta de entrada, hasta que los vi regresar abrazados, Joel le rodeaba los hombros con protección.

En los encuentros que habíamos mantenido, jamás mencionó a Silvia, y en ese instante me di cuenta de que no hacerlo era su manera de cuidarla.

¿De qué? No lo sabía.

En el momento en el que volvieron al jardín, Silvia me buscó con la mirada, y aunque quise suavizar la mía, supe que no lo había conseguido cuando su cuerpo se pegó al de Joel,

usándolo como escudo protector.

Me enfurecí, ¿de verdad era ella la que necesitaba protegerse de mí? Era ridículo.

—¡A la mierda! —exclamó Lucas antes de dirigirse con seguridad hacia Julia.

Llegó a su altura, la levantó con delicadeza y, sin mediar palabra, la cogió por las mejillas y la besó.

—¡Lo has estropeado todo! —gritó la susodicha, apartándolo de un empujón. Los demás contuvimos el aliento—. Era yo la que tenía que decirte que dejé a Carlos antes de acostarme contigo, y llevo toda la semana aguantándome las ganas de confesarte que creo que me he enamorado de ti, como una idiota, he de añadir. Y que tengo miedo de fastidiar nuestra amistad por si tú no sientes lo mismo.

Sonreí mirando al suelo. Por lo menos, para ellos, la cosa no terminaría tan mal, después de todo.

—¿Crees o te has enamorado de mí, Julia?

Lucas se acercó y juraría que ella tembló al sentir la proximidad de mi amigo.

—Porque yo no lo creo, yo lo sé —dijo con una seguridad aplastante.

Explicaría lo que ocurrió después entre gritos de los que los rodeaban. Pero no estaba presente, ya que, cogiéndola a pulso, se la llevó dentro de la casa.

—Lolo, ¿has conocido al resto?

Asentí, ya que mi amigo me había presentado a Julia, Zoe y Candela. Con Ramón había coincidido en un par de ocasiones. Solo quedaba disimular en todo lo referente a Silvia y, de paso, enterarme del tipo de unión que tenían.

—Ella es Silvia, mi hermana.

Había que joderse, con la cantidad de personas que vivían en Madrid, yo tenía que ser medio amigo de su hermano.

—Encantado —dije sin ningún tipo de emoción en la voz.

Las ganas de largarme se incrementaron.

No asimilaba que la persona que estaba frente a mí fuese Silvia.

Mi Silvia.

«Nunca fue tuya, campeón». Me cagaba en mi puto subconsciente.

Aunque no le faltaba razón. Nunca fue mía, sin embargo, lo llegó a ser todo.

Alargué la mano y estreché la que ella me había tendido. La aparté de golpe al sentir la calidez de su piel y la manera en la que temblaba.

—Voy al baño —murmuré pasando por su lado.

Noté el ceño fruncido de Joel. Me importaba bien poco. La situación era demasiado bizarra como para que realmente pudiera disimular el resquemor. Lo único que faltaba es que apareciera su novio.

Me pasé la mano por la cara con frustración una vez encerrado. Lo que menos imaginé al levantarme esa misma mañana, mientras preparaba el petate para el fin de semana, era que me encontraría con la única mujer de la que me había enamorado. Con la que me llegué a plantear un futuro, y que pisoteó mi corazón sin miramiento. La misma que, después de proclamar su amor por mí, desapareció de la noche a la mañana. Nunca más supe de ella.

Fue una época dura. Jamás entendí el motivo, ni intentó ponerse en contacto para decir que, sencillamente, cambió de opinión. Solo debió decírmelo, me hubiera jodido, pero lo hubiese entendido. No obstante, optó por la opción más cobarde. No contestó a mis llamadas. Su teléfono siempre estaba apagado, hasta que, un día, dejó de existir. Lo único que me demostró esa época fue lo gilipollas que me volví en cuanto a ella se refería. Me dejó tan hecho polvo que incluso me

planteé renunciar a mi vida en Madrid y volver a Escocia de manera indefinida. Quiso la casualidad que, en esa época, me ofrecieran una plaza como técnico de emergencias sanitarias, que era para lo que yo había estudiado realmente. Poco tiempo después, conocí a Lucas y, desde entonces, trabajamos juntos. Es lo único bueno que saqué de aquella época. Aunque si hubiese sabido el tipo de unión que tenían, quizás nuestra relación no sería ni la mitad de estrecha de lo que era.

Y lo más desconcertante de todo era saber lo cerca que siempre estuvo y lo fácil que hubiera sido buscar respuestas.

—¿Todo bien? —Joel me miraba interrogante una vez volví al exterior.

—Sí. —«Solo quiero largarme cagando hostias de aquí»—. Estoy agotado. Creo que voy a irme a casa.

—No te vayas, cuando terminen lo que sea que estén haciendo, querrá celebrar su cumpleaños a lo grande.

Y aunque era lo que menos me apetecía en ese instante, supe que no podía marcharme. Tendría que hacer un sobreesfuerzo por Lucas, por la única persona que, sin saberlo, me tendió una mano cuando más la necesitaba. En realidad, no nos hicimos amigos de buenas a primeras, sin embargo, con su humor, su sonrisa fácil y su manera de ser, consiguió que mis días fueran mucho más sencillos, y que, con el tiempo, me descubriera no pensando en ella.

Así que ya me plantearía al día siguiente qué hacer en relación con Silvia.

Lo que tenía claro es que no la quería de vuelta en mi vida.

6 Silvia

Aproveché que dejaron de prestarme atención para escabullirme al interior de la casa. No pude pasar por alto el petate que descansaba en el sofá.

¿Se iba a quedar todo el fin de semana? No acababa de llegar y ya estaba deseando que desapareciera o ser yo quien lo hiciera.

Me encerré en el baño, asegurándome de que el cerrojo estuviera echado. Me agarré con fuerza al lavamanos, intentando recuperar la respiración. Llevaba muchos años fingiendo que estaba muchísimo mejor, sin embargo, solo había necesitado mirarlo a los ojos para que todo eso se derrumbara.

Me encontraba a unos segundos de sufrir un ataque de pánico. El paseo con mi hermano no había resultado suficiente, a juzgar por el estado en el que me encontraba. Necesitaba relajarme.

«Respira, Silvia, respira», me dije en un burdo intento por templar mis nervios, pero cada vez que recordaba la manera tan despectiva con la que me había mirado y la brusquedad con la que me había apartado al darle la mano, se me nublaba la visión. Me mordí el carrillo con fuerza cuando sentí los ojos anegados en lágrimas. Lágrimas que no podía derramar.

Me dejé caer en el suelo y me abracé las rodillas cuando todo lo que llevaba luchando por enterrar los últimos ocho años me arrasó como un ciclón. Tan violento que consiguió desestabilizar los cimientos en los que se sostenía mi vida. Llegué a plantearme salir de esas cuatro paredes en las que me había recluido, cruzar la puerta y marcharme.

Correr todo lo rápido que me permitieran mis piernas.

Quise desaparecer.

Abrí los ojos de nuevo pensando que mi mente estaba jugándome una mala pasada, no sería la primera vez. Aunque yo ya estuviera diciéndome que lo que había vivido minutos atrás era muy real.

Me levanté de un salto cuando la respiración se me volvió a acelerar. Abrí el agua fría y me lavé la cara frenéticamente.

«Cálmate, cálmate, cálmate», me repetí cuando me di cuenta de que el temblor de manos apenas me dejaba sujetar la toalla con la que secarme, y que mis piernas empezaban a ceder.

No podía permitir que me vieran así, ni que supieran lo que en el pasado me había unido a la persona que había aparecido ante mí como un fantasma.

No sabía el tiempo que había transcurrido desde que me había encerrado hasta que sentí la energía suficiente como para enfrentarme al pelotón que, seguramente, empezaba a preguntarse de nuevo dónde me encontraba.

Abrí la puerta y me detuve en el salón mirando, indecisa, al exterior.

—¿Qué hacías ahí encerrada? —me reprendió Zoe, apareciendo a mi espalda.

Mi cuñada había cogido la costumbre de hablarnos como si fuera nuestra madre. No solo a mí, a todos en general. Papel que ejercía a la perfección con Hugo y con su marido, aunque este se pasaba por el forro de los cojones las reprimendas de su mujer. Lucas se partía de risa en su cara y Julia solía resoplar en respuesta, pero ella, si se daba cuenta, nos ignoraba por completo.

—En el baño —contesté al darme cuenta de que me encontraba más repuesta.

—¿Una hora?

Me encogí de hombros. Poco podía hacer, y mi cabeza no estaba como para elaborar una

excusa creíble.

—¿Estás bien? —preguntó Candela con preocupación, apareciendo a su espalda—. Llevas desde que has llegado como ida.

—Sí. —Desvié la vista y respiré hondo—. Sí, estoy bien.

Conseguí a duras penas que mis ojos no se cruzaran con los de «Lolo». Y casi... lo logré.

Comimos a media tarde. Por suerte, Liam se sentó lo más alejado de mí posible. No comprendía que los demás no detectaran la incomodidad que se había apoderado de nuestros cuerpos. En mi caso era algo normal. En la suya no, o por lo menos, no en la parte que yo recordaba de él.

«Ya no lo conoces», pensé, y a mi subconsciente no le faltaba razón.

Su inesperada aparición había supuesto un revés del que sabía me iba a costar reponerme. Mi estabilidad emocional y mental no es que estuvieran muy equilibradas. ¿A quién quería engañar? Estaban pendiendo de un hilo, y si a eso le sumábamos que una de las personas a las que más había amado en mi vida había reaparecido por arte de magia, pues...

Nunca engañé a Luis. Jamás le fui infiel, al menos, no físicamente. Quizás un encuentro fruto de un momento puntual podía perdonarse, siempre dependiendo de las circunstancias. No fue mi caso, mi traición fue con premeditación y alevosía. Y eso derivó al caos en el que se había convertido mi vida. Hubo muchos efectos colaterales por mi egoísmo.

Me enamoré de Liam, Luis murió, y eso yo jamás me lo podría perdonar. Dañé a Liam de manera involuntaria. Destruí a todo el que me rodeaba en aquel momento, pero, sobre todo, a quien más dañé fue a mí misma, así que quizás, me merecía que me mirara con la frialdad con la que lo hacía.

Ese día se me estaba haciendo eterno y parecía que no iba a acabar nunca, sobre todo, a juzgar por las risas que nos rodeaban. Aunque no provinieran de mí o de Liam.

—¿Bailamos? —Salí de mis pensamientos y me giré hacia mi hermano, que sonreía tendiéndome la mano.

Me dejé guiar por él, agarrándole con más fuerza de la necesaria.

Nos llevó al extremo opuesto del jardín y me abrazó por la cintura, apoyó la cabeza en sus pectorales. Me centré en el latido regular y seguro de su corazón. Mi hermano era mi ancla, la persona en la que más confiaba, aunque tuviera tantísimos secretos con él que no tendría vida suficiente como para empezar a enumerarlos. Sin embargo, era la persona que me salvó a todos los efectos cuando...

Nos meció al ritmo de una canción, a la cual no presté atención. Ya no escuchaba música, bueno, miento. Sí lo hacía, la más estridente y estrambótica que encontraba. Esa clase que hacía ruido. Sin letra que me hiciera pensar, sin letra que me hiciera sentir. El problema era que, desde esa misma mañana, sentía de todo en mi interior y no sabía si era bueno o malo.

—¿Qué te preocupa? —preguntó sin dejar de moverse.

—Nada.

—¿Segura? —Asentí en respuesta y volví a esconder la cabeza en sus pectorales.

Supongo que el hecho de vernos bailar animó al resto a empezar la verdadera fiesta. Aun así, nadie se acercó a nosotros.

Fui yo misma la que se separó de él, aunque eso supusiera quedarme sola; y que pudiera bailar con Zoe. Esta suspiró en el momento en el que mi hermano la abrazó inclinando su espalda para poder besarla. Miré a mi alrededor sin saber hacia dónde dirigirme. Julia bailaba abrazada a Lucas mientras este le decía algo al oído. Candela hacía ídem de lo mismo con Ramón, y yo...

En ese momento es cuando me di cuenta de que todo iba a cambiar para mí.

¿Cuál sería mi lugar entre ellos?

Volví a sentir la soledad que tanto daño me hizo años atrás.

Podía parecer una locura, pero precisamente en ese instante y en ese lugar, rodeada de todos los que me importaban, me sentí desamparada. No quiero decir que no fuera feliz al ver sus sonrisas y sus ojos llenos de luz, no era eso. Es solo que me daba cuenta de lo poco que encajaba yo entre todos ellos, aunque fueran mi familia. ¿Qué aportaba yo en ese grupo?

No sé cuánto rato pasé allí, en medio del jardín, perdida en el laberinto en el que se había convertido mi mente. No recuerdo pensar en nada en concreto. Desconecté de la realidad. Algo que me ayudaba en momentos en los que me sentía desequilibrada emocionalmente, como era el caso.

Al final, opté por sentarme en una hamaca, lo más alejada posible. Pasar desapercibida fue mi prioridad.

Supliqué que el tiempo pasara lo suficientemente deprisa para poder escabullirme sin sentirme cuestionada.

—Hola. —Levanté la vista de golpe.

Encogí las piernas cuando hizo un movimiento de cabeza para que le dejara espacio.

Me tensé, no solo debido a su presencia, ya que era la última persona que esperaba que se acercara a mí, más bien, porque percibí dulzura en su voz. No la misma con la que se dirigía a mí en su momento.

Mi corazón salió galopando cual caballo de carreras. Tuve que refrenar el impulso de ponerme la mano en el pecho.

Me dieron ganas de apartarle el mechón de pelo que caía sobre su frente, aunque fuera una guerra perdida. ¿Cuántas veces lo vi en el pasado intentando luchar contra esa porción de cabello?

Miré a mi alrededor, pensando en que, si no estaba preparada para verlo, mucho menos lo estaba para hablar a escasos centímetros de distancia. Sé que vio la duda en mi mirada, el miedo quizás.

—Hazlo por ellos —comentó sin hacer contacto visual conmigo.

Ojeé a mi alrededor, todos parecían ajenos a lo que pasaba en nuestro lugar de reunión.

—¿Qué tal te ha ido estos años? —preguntó, apoyando los codos en las rodillas.

Quise gritarle que se callara, que no era necesario entablar una conversación cordial como si siguiéramos siendo amigos, por mucho que pudiera parecer lo contrario al vernos en esa tesitura.

—Bien. —Mi corazón seguía latiendo como un loco.

Volvimos a sumirnos en un silencio que se me antojó de lo más absurdo. Siendo sincera, no más absurdo que el hecho de estar manteniendo una conversación con él.

—¿Y a ti? —añadí, no sé si con curiosidad o como mera formalidad.

—Bien, supongo. No hay mucho que contar. —Una respuesta escueta para evitar entrar en terrenos pantanosos.

—Liam, escucha, yo...

Noté el momento exacto en el que se tensó. Cerré los ojos, mortificada, sabiendo que venía el golpe mortal y deseando que los demás no se dieran cuenta de nada.

—No vuelvas a llamarme así —dijo con desprecio en la voz. Asentí, haciéndome pequeña—. Perdiste el derecho a llamarme por mi nombre el día en el que desapareciste. ¿Dónde has dejado a tu novio? —El menosprecio se hizo más patente ante esa pregunta.

Salté de la hamaca y me alejé de él. Pero algo, algo que nació dentro de mí y que hacía

años perdí, provocó que me volteara para enfrentarle. Abrí la boca dispuesta a defenderme. Su mirada fría y llena de rabia me detuvo. Creo que el escudo con el que me había resguardado durante todo ese tiempo se tambaleó.

No merecía la pena.

Ya no.

Me di la vuelta y, dándome cuenta de que no nos prestaban atención, me adentré en la casa y en la que sería mi habitación.

El día había acabado para mí.

7 Liam

Me permití observarla mientras bailaba con su hermano. Dejé que esas barreras que me habían costado construir bajaran por unos minutos. Fui consciente de que la tensión que la acompañaba desde mi estelar aparición desaparecía al verse entre los brazos de Joel.

No dejaba de pensar en lo caprichoso que podía ser el destino. Cuando una tarde cualquiera, Lucas me llamó para tomar unas cañas y se presentó acompañado de Joel, jamás llegué a imaginar que estuviera emparentado con ella. Y viéndolos el uno junto al otro, podía decir que se parecían, aunque los ojos no tuvieran nada que ver. Los de Joel eran negros, los de Silvia, azules, de una tonalidad tan intensa que era muy fácil perderte en ellos. Aun así, nunca relacioné esa manera en la que cruzaban los brazos con socarronería, la forma en la que se les alzaba la misma ceja o lo mucho que se parecían sus sonrisas. Quizás porque me esforcé lo suficiente como para olvidarme de todos esos gestos que tan loco me habían vuelto por ella.

Seguía igual de preciosa que siempre, tal y como la recordaba. Sonrió a algo que le dijo Joel, y tuve que pinzarme el puente de la nariz cuando un fogonazo me llegó a la mente, evocando esa misma risa cuando el receptor era yo.

Creía que todos esos recuerdos estaban más que enterrados en algún punto de mi cerebro. Llevaba muchos años sin pensar en ella, sin detenerme a recordar a esa chica que me hizo pedazos. Y de repente, en cuestión de horas, todo se había ido a la mierda. Sin embargo, eso no impidió que dejara de observarla mientras el resto bailaba y reía a mi alrededor.

Me di la orden mental de detenerme, aunque parecía que mi cuerpo había tomado el control de mis acciones, ya que, al verla parada en medio del jardín, sola y fuera de lugar, removió algo dentro de mí. Algo a lo que no estaba dispuesto a dar nombre y mucho menos, interpretar.

—Hola —saludé, tomando asiento en la hamaca en la que se acababa de sentar cuando encogió las piernas.

Noté el momento exacto en el que se tensó. Tardó unos segundos de más en levantar la mirada y en hacer contacto visual conmigo. Vi la duda reflejada en sus ojos, pero, por encima de todo eso, vi el ¿miedo? que le daba mi acercamiento. No lo entendía, no era ella la que debía sentir temor de mí.

—Hazlo por ellos. —Levanté la barbilla señalando a los que nos rodeaban—. ¿Cómo te ha ido estos años?

Empezaba a resultar patético. Me repetí que eso lo hacía por mi amigo, por no fastidiarle el día viendo cómo ni nos acercábamos y la incomodidad ganaba terreno. No tenía nada que ver la sensación que me embargó cuando la burbuja de complicidad se creó a nuestro alrededor, la misma que construimos para nosotros muchos años atrás, donde nunca dejamos que nada ni nadie pudiera entrar.

Hasta que ella se encargó de romperlo todo.

—Bien. —No pude reprimir la sonrisa al notarla tan nerviosa.

—¿Y a ti?

—Bien, supongo. No hay mucho que contar —contesté, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Liam, escucha, yo...

Me tensé al escucharla pronunciar mi nombre. Cerró los ojos, y yo quise darme de hostias

al percatarme de cómo me afectaba el oírle llamarme de esa manera.

¡Joder, aún seguía doliendo!

—No vuelvas a llamarme así. —Asintió—. Perdiste el derecho el día en el que desapareciste. ¿Dónde has dejado a tu novio? —pregunté abandonándome a la rabia y el resentimiento.

Hasta a mí me sorprendió el desprecio en mi voz.

Saltó alejándose, dándome la espalda, pero se detuvo en el último segundo y volvió a encararme.

Me desarmó por completo que me dejara atisbar el tormento en su rostro. Jamás en toda mi vida había contemplado tanto dolor en una mirada. No lo ocultó, ni bajo una máscara de fría indiferencia, ni ante una sonrisa fingida. Me dejó bloqueado y sin saber reaccionar. Y para cuando pude hacerlo, había desaparecido de mi vista. Nadie prestaba atención a lo que acababa de ocurrir.

—¿Dónde está Silvia? —preguntó Lucas acercándose a mí.

—No lo sé. —Intenté por todos los medios que mi voz sonara indiferente—. Creo que hace un rato entró en la casa.

Sin añadir nada más, siguió el mismo camino que Silvia. Tardó unos minutos en salir. Esperé a verlo regresar con ella, sin embargo, lo hizo solo.

Sentado en la misma silla que ella había ocupado, me dio por pensar que Silvia se comportaba de forma extraña, o por lo menos, no de la misma manera en la que yo recordaba. Y lo más raro era que a nadie parecía extrañar esa clase de comportamiento, así que quizá era que los dos habíamos evolucionado en todos esos años. Decidí que era un buen momento para intentar centrarme en la fiesta y dejar lo que sucedió donde debería haberse quedado, en el pasado. Eso era lo que ella debería ser para mí, pasado. Así que, con aires renovados, me integré en la conversación de las personas que había a mi alrededor.

Eran cerca de las nueve de la noche y, muy a mi pesar, no podía volver a casa, sería una auténtica locura coger el coche con dos copas de más. No es que estuviera borracho, pero tampoco en condiciones de conducir.

La fiesta se alargó hasta pasada la medianoche y supe que era el momento de escapar cuando cada oveja se unió a su pareja. Y en lo referente a Silvia, agradecí no volver a verla; con suerte, a la mañana siguiente conseguiría marcharme sin tener que hacerlo de nuevo.

Cogí la mochila, que había dejado de cualquier manera en el sofá, y miré mis opciones para pasar la noche. Por las risas que se escuchaban en la planta superior, lo mejor que podía hacer era quedarme en la inferior. A fin de cuentas, en cuanto me despertara me marcharía, y de esa manera no molestaría a nadie. Entré en la habitación que tenía la puerta entornada.

Solté mi petate a los pies de la cama y me dejé caer sobre el colchón. Miré el techo pensando en que, por fin, ese día había finalizado.

«Eres imbécil, Lolito», me reocriminé levantándome como un resorte para desnudarme y poder meterme en la cama en condiciones. Me quité los calcetines, los pantalones y la camiseta. A pesar de estar en la sierra, las temperaturas eran elevadas y hacía muchísimo calor.

Aproveché y, a sabiendas de que podían mandarme a pastar, llamé a mis mejores amigos, Lucien y Niamh. Estaba deseando volver a casa y reunirme con ellos.

Quedaban poco más de dos semanas para coger un avión y empezar las vacaciones.

—¿Tanto nos echas de menos? —La voz cantarina de Niamh inundó la línea haciéndome sonreír.

—Ni te imaginas cuánto.

—¿Cuándo llegas?

Hablamos de los días que quedaban para mi regreso y de los planes que tenían pensados para cuando pudiéramos coincidir. El más importante y quizás el que más me apetecía, aparte de verlos, era surfear. Las playas escocesas eran perfectas para ello. No era el destino predilecto de los surfistas, por lo que, si sabías donde ir, podías disfrutar de playas desiertas en las que subirte a una tabla. Las mareas del Atlántico y del mar del Norte hacían de las costas escocesas un gran destino para los amantes del surf.

Las olas eran pura magia.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lucien cuando fruncí el ceño al percibir un sonido al otro lado de la pared.

—Nada.

Volvimos a sumergirnos en una conversación que monopolizaba Niamh, sobre un chico que acababa de conocer y con el que se había encaprichado.

—Sabes que, hasta que no tenga nuestro visto bueno, no puedes hacer nada, ¿verdad?

Asentí solemne a las palabras que había pronunciado Lucien.

—Sois un par de neandertales. Tengo casi treinta años.

—Como si son cincuenta, o pasa el filtro o no hay polvo.

Solté una carcajada ante las palabras de Lucien. Niamh nos miró indignada, a puntito de mandarnos al infierno, aunque no pudiera hacerlo, ya que siempre había sido así. Ella también daba el visto bueno con nuestros potenciales ligues o, mejor dicho, los de Lucien, ya que, en mi caso, solo había sido una única vez, y no acabó muy bien.

Niamh era la más joven de los tres, pero eso nunca fue un impedimento para que hiciésemos un equipo increíble. Cuidábamos los unos de los otros sin importar nada más, a pesar de la distancia geográfica que nos separaba.

—Os tengo que dejar. Nos vemos pronto.

No di opción a que respondieran a mis palabras, simplemente colgué el teléfono. Si nos daban la oportunidad, nuestras conversaciones podían durar horas.

Caí rendido en la cama.

Me desperté sobresaltado, aunque no pude identificar el motivo de mi desvelo. Cuando volví a cerrar los ojos, un grito me puso en alerta.

Salí de la habitación y agudicé el oído. El silencio reinaba en la casa. Me di la vuelta, dispuesto a volver a la cama, pensando en que, seguramente, sería algún animal, cuando otro alarido me paralizó.

Giré la cabeza hacia la puerta contigua a la mía y me acerqué intentando averiguar qué ocurría. Otro grito hizo que agarrara el pomo con incertidumbre. Sin embargo, algo me decía que esos lamentos no eran normales. No me lo pensé y abrí ante otro alarido. No me dio tiempo a encender la luz cuando un cuerpo impactó contra el mío.

La sujeté por la cintura cuando me desestabilicé con la potencia del choque.

—Suéltame —pidió con la voz acelerada y aterrorizada.

No esperó a que lo hiciera, me empujó con fuerza y corrió al exterior, abriendo la puerta del jardín de un tirón. La perdí de vista. Fue un borrón que desapareció en la oscuridad de la noche.

Salí como una bala detrás de ella.

La encontré agazapada sobre la misma hamaca que habíamos compartido esa tarde. Estaba encogida, abrazándose las rodillas. Su espalda se movía al compás de su respiración acelerada.

Di un paso en su dirección y me puse en cuclillas, justo a su lado.

—Tranquila —susurré acariciando su espalda con sumo cuidado.

Levantó la vista, sobresaltada, provocando que de esa manera, el temblor de sus extremidades se propagara por todo su cuerpo.

Mi profesión era dura de cojones, y no me refería a los turnos interminables. Los días tranquilos brillaban por su ausencia. Había visto y estado en situaciones que no le desearía ni a mi peor enemigo. Y, aun así, nada me había preparado para ver a Silvia de esa manera.

—¿Qué ha ocurrido?

¡Mierda! Estaba hiperventilando. Le temblaban las manos y se sacudía violentamente. La luna solo acentuaba el tono blanquecino de su piel.

—Li... —Se detuvo, no sé si debido a su caótica respiración o haciendo caso a lo que le había pedido horas atrás—. Vete.

No pasé por alto lo que le costó pronunciar esa palabra sin trastabillar sobre ella.

No pensaba marcharme dejándola sola y en ese estado.

Me senté para quedar frente a frente. Jamás, en el tiempo que compartimos la había visto en esa tesitura.

La chica que yo recordaba irradiaba luz, siempre sonreía. Era como si la persona que conocí hubiese desaparecido. Por lo menos en ese preciso instante.

—Mírame, Silvia. —Sujeté su barbilla con el índice y elevé su rostro—. Estás hiperventilando. Tienes que respirar más despacio. Hazlo como yo.

Intenté que mi voz no mostrara la preocupación que empezaba a sentir.

Estaba acostumbrado a lidiar con situaciones similares. Aunque, debía reconocer que tratar a un completo desconocido lo hacía muchísimo más llevadero.

No conseguí que se calmara, me estaba empezando a preocupar, ya que, en vez de ver mejoría en ella, cada vez respiraba más y más deprisa. Toqué su cuello y percibí que su pulso latía descontrolado. Se me pasó por la cabeza llamar a su hermano o incluso a Lucas, aunque algo me detuvo. No quería dejarla sola, por mucho que ella lo hubiese pedido.

—Tienes que calmarte y respirar como yo. Mira... —Sujeté su mano y tuve que ejercer algo de fuerza, ya que la tenía cerrada en un puño—. ¿Ves? Yo estoy tranquilo.

Aunque realmente estuviera a punto de sufrir un puto ataque de nervios, necesitaba transmitirle calma y que se relajara. El problema es que se trataba de ella, y todos los conocimientos sobre actuación en una situación así se fueron al garete. Me tocó improvisar, por lo que acerqué su mano a mi pecho.

—¿Lo sientes? —Asintió sin dejar de mirar su mano—. Vale, pues necesito que tu respiración vaya al ritmo de mis latidos. ¿Puedes hacerlo?

Noté el momento exacto en el que su cuerpo empezó a relajarse tras lo que me pareció una eternidad.

Creo que pasamos más de una hora en la misma posición. Sentados uno frente al otro, ella abrazándose las rodillas con un brazo y el que tenía libre apoyado en mi pecho.

—Gracias —apeló en un murmullo casi imperceptible.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí.

—¿Necesitas que te traiga algo? ¿Quieres que llame a tu hermano? —Negó con la cabeza.

Aparté un mechón de cabello que se le había escapado de la coleta baja que lo sujetaba. Abrió los ojos con sorpresa cuando lo pasé por detrás de su oreja. Retiré la mano con

incomodidad.

Esperé unos minutos por si su estado de nervios se agravaba, no lo hizo, así que supuse que fue solamente producto de un mal sueño.

—Deberíamos volver a la cama.

No me pasó inadvertida la manera en la que su cuerpo se tensó de nuevo, como si la sola mención de regresar a la habitación la atemorizara.

—Ve tú, ahora voy.

Se acomodó en la hamaca sin mirarme mientras yo me incorporaba.

—Buenas noches —musité encaminándome hacia la casa.

—Buenas noches, Liam. —No me giré cuando pronunció mi nombre.

Me dejé caer sobre el colchón con la idea de olvidarme del tema y, sobre todo, de olvidarme de ella. Y aun sabiendo que era lo que debía hacer, no pude evitar mantenerme alerta, por si volvía a necesitarme o asegurarme de que regresaba a la cama.

—Imbécil —murmuré para mí mismo, saliendo de nuevo de la habitación cuando, veinte minutos más tarde, me di cuenta de que eso último no iba a ocurrir.

Esa vez tuve la decencia de vestirme con unos pantalones.

Me detuve en el umbral del gran ventanal, sobrecogido. Su postura seguía siendo la misma, encogida abrazándose las rodillas y con una mejilla descansando sobre ellas. Escuché movimiento en la planta superior, así que no sé por qué cerré la cristalería evitando de esa manera que nadie la viera en una situación tan vulnerable. Todavía me pregunto por qué actué de esa forma.

Me interné en la cocina y me encontré con Joel, que miraba con el ceño fruncido hacia la habitación de Silvia. Debería habérselo dicho, contarle lo que acababa de ocurrir. No lo hice, me quedé en silencio.

—¿Todo bien?

—Sí, solo necesito agua. —Me dio la espalda, bebió y salió de la cocina sin añadir nada más.

Se detuvo junto a la puerta entreabierta donde su hermana debería estar durmiendo y, segundos después, desapareció por la escalera. No me moví hasta que escuché el sonido que hizo la puerta de su habitación al cerrarse.

Volví al jardín.

—Hazme un sitio.

El sobresalto que provocaron mis palabras fue casi cómico, si no fuera por los surcos oscuros que rodeaban sus ojos. Se notaba a leguas que estaba agotada.

—No vas a dejarme en paz, ¿verdad?

Me encogí de hombros en respuesta y me senté a su lado, provocando que tuviera que moverse hacia la izquierda para que pudiéramos tumbarnos los dos.

Me miró indignada, y reprimí una sonrisa cuando se dio por vencida y acabó tumbándose a mi lado, no sin antes resoplar dejando patente su malestar. No habían ni pasado diez segundos cuando la tensión se apoderó de los dos. Ese espacio era realmente estrecho y la postura en la que nos encontrábamos no ayudaba a que, en mi caso, no sintiera la cercanía de su cuerpo, su respiración acariciándome el hombro. Y a pesar de que mi instinto me pedía que me alejara lo máximo posible de ella, no me moví hasta que el sueño se fue apoderando de nosotros y cerré los ojos.



Los primeros rayos de sol que empezaban a despuntar me despertaron. Silvia tenía la mano apoyada en mi estómago, y mi brazo le rodeaba los hombros.

¿Cómo narices habíamos acabado totalmente abrazados?

Si el día anterior me hubiesen dicho que no solo me iba a reencontrar con la que en su momento llegué a considerar la mujer de mi vida, sino que iba a compartir cama con ella, me hubiese reído, pero bien.

Me levanté con cuidado de no molestarla. Se removió, aunque no llegó a despertarse.

La cogí en brazos, después de llamarme gilipollas en todos los idiomas que conocía por no poder, simplemente, dejarla allí.

La deposité sobre su cama y cerré la puerta.

Me di una ducha rápida para terminar de despejar la mente y, media hora después, estaba de camino a casa.

8 Silvia

Abrí los ojos cuando un rayo de sol impactó de lleno sobre ellos. Parpadeé ante el estallido de luz a mi alrededor. Me desperecé desorientada. ¿Qué hora era?

Me senté sobre la cama, confundida. Lo último que recordaba era estar en el jardín intentando borrar de mi mente las imágenes de mi pesadilla.

Y Liam... Liam apoyando mi mano en su pecho. Liam tumbándose a mi lado, y después caer vencida por el cansancio y el sueño.

Miré el teléfono, era cerca de la una del mediodía. Me encontraba realmente descansada y, solo de pensar en ello, me asusté. Salté de la cama y di vueltas por la habitación. No quería salir y enfrentarme a él. ¿Qué iba a explicarle?

«Mira, es que ahora sufro pesadillas todas las noches, sin excepción. Ah, y por si no te has dado cuenta, también de estrés postraumático (o eso dicen) y ataques de pánico». Pensaría que me había vuelto tarumba, y no le faltaría razón.

Me dejé caer de nuevo en la cama. Me quedaría a vivir en esa habitación hasta que el sol se deshiciera a causa de su propia temperatura o hasta la próxima glaciación. Lo que llegara antes. Y al ritmo que nos estábamos cargando el planeta, era algo que no tardaría en ocurrir.

Lo que sí que no pensaba hacer era salir y encontrarme con Liam. No quería volver a verlo.

«Mentirosa», gritó mi subconsciente, al que ignoré completamente. Me levanté de la cama y saqué mi mochila del armario.

«No lo hagas, no lo hagas», supliqué mentalmente para no abrir las compuertas a mis recuerdos. No es que no me hubiese permitido pensar en él durante esos años. Pero los recuerdos, todos los momentos que viví a su lado, los escondí en un rincón de mi mente y los encerré bajo llave.

Y, aun así, me fue imposible no recordar la primera vez que lo vi.



Había quedado con Luis y Joel en que me vendrían a buscar al finalizar mi turno. Me afané en terminar de recoger la cafetería donde trabajaba y limpiar las mesas, para que mi compañera lo encontrara todo en condiciones cuando empezara su turno.

Esa tarde iríamos a la bolera, y aunque me encantaba el juego, la realidad era que lo que más me gustaba era compartir mi tiempo con ellos, lo pasábamos bien. Luis era mi novio y Joel mi hermano. Me reía muchísimo en compañía de los dos, aunque estuviéramos viendo una película de miedo.

Lucas no podría unírseles, era una pena que tuviese que trabajar.

Hacía poquitos meses que había regresado de nuevo a nuestras vidas. La alegría que me dio el día en que sonó el teléfono de casa y reconocí su voz al decir: «hola, peque» me hizo propinar un grito que debió escucharse hasta en la Antártida. Seguro que un pingüino cayó desmayado del sobresalto. El caso es que volvíamos a estar los cuatro juntos de nuevo.

Todavía recordaba su cara de sorpresa cuando nos vio a Luis y a mí, acercarnos

agarrados de la mano al lugar de reunión. Nos miró frunciendo el ceño. Lo único que atinó a decir antes de que yo me lanzara como una kamikaze sobre él, fue un:

—¿Estáis juntos? —Asentí, contenta, agarrada a su cuello.

—¡Te he echado de menos!

Hacía diez años que Luis y yo éramos pareja. Nos conocíamos desde pequeños. Un día me besó y no nos habíamos vuelto a separar. Tanto mis padres como mi hermano lo aceptaron con naturalidad, así que Lucas también lo haría, estaba convencida.

Miré el reloj. La puerta se abrió, sin que me diera cuenta.

—¡Cómo llueve! —dijo un chico apartándose el cabello mojado de la frente—. ¿Me pones un café, por favor?

—¿Solo o con leche?

—Solo, gracias. —Fruncí el ceño cuando, en vez de dirigirse a una mesa, se sentó en la pequeña barra.

Me alucinó que en dos míseras frases hubiese pronunciado un «por favor» y un «gracias». Algo que no era muy común.

Le serví el café y sonreí al ver el mechón de pelo, que tanto se había afanado en apartarse anteriormente, pegado de nuevo a su frente. Era alto. Llevaba una camiseta de manga larga remangada hasta los codos. Estaba empapado. Y era... guapísimo. Demasiado para ser real. Tenía el pelo castaño, casi negro, o quizás solo era el efecto del agua. Una barba descuidada de dos o tres días, que hizo que me diera cuenta de que se la arreglaba a conciencia. Era ancho de espaldas, pero no resultaba excesivo, lo que me dio la pista de que se cuidaba haciendo deporte. Aunque lo más llamativo de todo el conjunto eran sus ojos. Unos ojos de un verde que yo no había visto jamás, era como perderse en un bosque después de la lluvia. Esa tonalidad hacía imposible que pudieras apartar la mirada de ellos.

Sacudí la cabeza cuando reparé en que me había quedado observándolo mucho más de lo estrictamente necesario. Me di la vuelta, aturullada y limpié la cafetera.

Miré de soslayo la hora, un minuto para que terminara mi turno. De repente, sentí la necesidad de salir escopeteada de allí. Pero mi compañera todavía no había llegado, supongo que a causa de la lluvia.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, haciendo que levantara la vista de golpe.

—Tengo novio —contesté a la defensiva.

Sonrió en respuesta y yo... me ruboricé.

—Y yo un hámster —contraatacó con diversión.

Quise evitarlo, no darle munición para continuar con esa charla sin sentido, me resultó imposible. La carcajada brotó de una manera tan espontánea que hasta me sorprendió.

Era lo último que me esperaba escuchar, la verdad. Llevaba unos cuantos meses sirviendo a todo tipo de clientes. Educados, simpáticos, maleducados y otros muy muy pesados, pero ninguno de ellos me había hecho reír con solo unas pocas palabras.

Me giré cuando me miró con la sonrisa aún bailando en sus labios. Me afané en terminar de limpiar la cafetera como si fuera la tarea más importante de mi vida. Aunque lo primordial era no dejarme atrapar por esos ojos del color de los bosques.

¿Qué tenía ese chico? ¿Por qué mi corazón se había revolucionado de esa manera cuando me había sonreído de vuelta?

No lo entendía, era la primera vez que mi cuerpo respondía de esa manera ante un chico atractivo, y eso sí que era anormal. Nunca, nada ni nadie me había trastocado tanto en tan poco espacio de tiempo.

Saqué mi bolso de debajo de la barra, acostumbraba a dejarlo ahí para no perder tiempo en ir a buscarlo cuando los chicos venían a recogerme.

Corrí hacia el coche para no acabar calada hasta los huesos.

Ya vería como lo haría, pero tenía que salir de esa casa.

—¿Dónde vas? —Me giré sobresaltada ante el tono de voz de mi hermano.

—A casa.

—Estabas durmiendo —contestó, ignorando completamente mi respuesta.

Asentí, tampoco es que tuviera mucho más que añadir, a no ser que dijera el motivo por

el cual había sido capaz de conciliar el sueño.

Miré de soslayo la habitación que permanecía cerrada a mi derecha.

¿Seguiría ahí?

—¿Has tenido pesadillas? —Asentí, claro que sí, como cada maldita noche.

Esa fue especialmente siniestra, ya que era Liam, en vez de mis padres, el que firmaba la autorización para que me ingresaran en la clínica. Algo que mi subconsciente no había sido capaz de soportar.

Sacudí la cabeza, intentando apartar la imagen de Liam dándome la espalda y marchándose sin mirar atrás.

—¿Vamos a desayunar?

—Quiero irme a casa —supliqué.

Ya daba igual si él seguía allí o no, necesitaba volver a la seguridad de mi diminuto apartamento.

—Silvi... —Hizo una pausa—. ¿Qué te ocurre? Estás más alterada de lo normal, ayer apenas te acercaste a nosotros.

Debía de hacer algo para tranquilizarlo, cosa harto difícil, si teníamos en cuenta el estado en el que me encontraba.

—Estoy bien, de verdad. Quizás algo más estresada de lo normal a causa del trabajo. Pero nada más.

—Odias ese trabajo.

Era una certeza universal. Yo era consciente de eso, él lo era, de la misma manera que el resto de mi círculo.

—Es lo único que tengo y lo que me ayuda a pagar el alquiler —repliqué.

—Sabes que...

Resoplé, cansada. Esa conversación se repetía por lo menos una vez al mes desde que había regresado de Nueva York, era exasperante. Sé que quería ayudarme, pero una parte de mí también sabía que lo hacía para asegurarse de que no cometiera ninguna locura o de que no me lanzaría por el primer precipicio que encontrara a mi disposición. Y no se daba cuenta de que, si hubiese querido ese final, no estaría hablando conmigo.

—Quiero estar sola y mañana volveré a ser la de siempre. Te lo prometo.

Necesitaba asimilar lo que había ocurrido, darle vueltas durante todo el día para poder olvidarme del tema.

—Te llevo.

—Solo hasta que pueda coger transporte urbano.

—Voy a recoger a Hugo, ¿te importa si nos quedamos un par de días más?

No tendría que preguntarme eso, no debería basar sus decisiones en mí o en mi bienestar, por lo que asentí para tranquilizarlo.

Durante todo el trayecto, mi hermano respetó mis pocas ganas de hablar, aunque no dejó de observarme de reojo. Fingí que no me daba cuenta. En el fondo, agradecí que se prestara a llevarme a casa, el trayecto podía demorarse demasiado en transporte público.

—¿Estarás bien? —Asentí abriendo la puerta del coche.

—Nos vemos en unos días. Te quiero. —Le di un beso en la mejilla a modo de despedida y entré en mi portal.

Ya en casa, solté la mochila de cualquier manera y me metí en la ducha. Hacía un calor horrible en Madrid.

Me sequé con movimientos torpes, no sé si a causa del bochorno o del «encontronazo»,

en el que no quería volver a pensar, aunque era inevitable rememorarlo una y otra vez.

Me sentía inquieta, nerviosa y con una sensación extraña.

Llegué a pensar que la vida volvía a reírse de mí, como si algo me dijera: no te olvides de que esto es lo que querías y nunca podrás tener.

Volví a abrir la puerta que mantenía mis recuerdos a raya.



—Hola, Chica con novio. —Me giré sobresaltada.

Era domingo, y en la zona donde estaba ubicada la cafetería apenas había clientes los fines de semana. Me sorprendí al encontrar al mismo chico que hacía unos quince días entró empapado.

Por normal general, no solía recordar las caras de los clientes, y aún menos, si no eran habituales. En cambio, ese chico tenía algo que hizo que lo recordara a la perfección, también puede ser que me hubiese acordado de él a lo largo de los días. Más de una vez. Y de sus ojos, sobre todo, de sus ojos.

—Hola, Chico del hámster —respondí, contagiándome de su sonrisa.

—Napoleón.

—¿Qué?

—Mi hámster, se llama Napoleón.

—Un nombre muy grande para un animal tan pequeño.

—Grande como su espíritu. —Mi sonrisa se ensanchó ante su respuesta.

—¿Un café? —Asintió en respuesta volviéndose a sentar en la barra.

—¿Siempre es así? —preguntó cuando deposité el café frente a él—. Este sitio..., ¿es siempre tan tranquilo?

—Entre semana hay algo más de movimiento, aunque, por norma general, no hay mucho ajetreo.

Nos miramos en silencio, y un cosquilleo del todo desconocido, empezó a trepar por la boca de mi estómago. Me giré inquieta y agarré el trapo, ¿para qué? Ni la más remota idea. Necesitaba mantener mis manos ocupadas. De espaldas a él, lo escuché trastear con su mochila. Lo observé a través del reflejo de la cafetera, había dispuesto su ordenador en la barra.

La siguiente hora la dediqué a limpiar sobre limpio y a mirarlo de reojo. Lo vi fruncir el ceño y pinzarse el puente de la nariz con frustración.

—¿Estás bien? —La pregunta escapó de mis labios sin que pudiera remediarlo.

—Necesito un empleo. Pensé que mudándome a Madrid sería más sencillo.

Miré instintivamente a su derecha. Hacia el lugar donde descansaba un folleto, pegado con celo en la caja registradora. Siguió el recorrido de mi mirada y se le dibujó una sonrisa en los labios al leer un: «Se busca personal».

—¿Se lo darás al dueño? —preguntó sacando un folio de su mochila y tendiéndomelo. En ese momento detecté un ligero acento que fui incapaz de ubicar.

—¿De dónde eres? —pregunté, curiosa, mientras cogía su currículum.

—Escocia, pero he crecido en Zaragoza.

Asentí y miré la hora, sobresaltada, cuando escuché el claxon de Luis. Hacía diez minutos que la cafetería debería de estar cerrada. ¿Cómo se me había ido el santo al cielo? Por

norma general, lo tenía todo preparado para que, en el momento en el que el reloj marcara la hora establecida, pudiera salir por la puerta como alma que lleva el diablo. En cambio, en esa ocasión, aún tenía que recoger, apagar la cafetera y cuadrar la caja.

—Espera, te ayudo. —Metió sus cosas en la mochila y, ante mi asombrada mirada, cogió el trapo que yo tenía en las manos y, sin perder tiempo, limpió las mesas y puso las sillas sobre ellas.

Mientras yo apagaba la cafetera, ese chico barrió todo el suelo. Y se quedó a mi lado mientras cuadraba la caja.

—Muchas gracias —dije con sinceridad, cuando me di cuenta de que en menos de veinte minutos ya estábamos listos para salir.

—Así cojo experiencia. —Se colgó la mochila al hombro mientras se dirigía hacia la puerta—. No te olvides de darles mi currículum, ya ves que se me da bien —dijo, abriendo la puerta para marcharse—. Nos vemos pronto, Chica con novio.

—Adiós, Chico del hámster.

Me miró divertido, guiñándome un ojo, y salió del establecimiento.

Apagué las luces y, antes de nada, mandé ese documento a mi jefa. No sabía si lo pondrían en mi turno y, sinceramente, esperaba que no, aunque no tuviera muy claro el motivo.

Salí a la carrera al escuchar de nuevo el claxon del coche de mi novio.

Corrí y me senté en el asiento del copiloto. Le di un beso rápido mientras él se incorporaba a la circulación.

—Has tardado.

—Lo sé, lo siento. Mi jefa me ha entretenido al teléfono —mentí—, y se me ha echado el tiempo encima.

Me sentí morir al detectar la facilidad con la que había pronunciado ese embuste. Y, aun así, no pude evitar mirar hacia todos lados con la esperanza de ver caminar a ese chico del que todavía no conocía ni su nombre.

9 Liam

Saqué la llave del contacto y me precipité fuera de la ambulancia. Era eso o acabaría por matar a mi compañero con premeditación y alevosía. Ningún juez me declararía inocente.

Vaya día de mierda me había dado. O, simplemente, era yo, que amanecí con el pie izquierdo y él no ayudaba. El muy capullo había estado todo el santo día tocándome los cojones. En serio, ni siquiera en el único aviso que tuvimos consiguió comportarse, quizás, ante la certeza de que la persona a la que habíamos atendido no hablaba ni una palabra de español, un turista alemán al que le había dado un golpe de calor en plena Plaza Mayor. Al muy idiota no se le ocurrió nada mejor que, en ese preciso momento, relatarme sus andaduras sexuales del fin de semana. Como si a mí o al pobre señor, que estaba al borde de perder el conocimiento a causa de la elevada temperatura de la capital española, nos interesara en lo más mínimo.

—¿Una cervecita?

Lo ignoré completamente. Era eso o descuartizarlo y tirarlo al Manzanares.

Dejé las llaves en la central y me afané en llegar al coche, lo que no me llevó más de unos minutos. No me molesté ni en quitarme el uniforme.

Me dirigí a casa pensando en que las dos semanas escasas que me quedaban para regresar a Escocia, iban a resultar una tortura a su lado.

Manipulé los mandos cuando los altavoces del vehículo me avisaron de una llamada entrante. Lucas.

—¿Me has echado de menos hoy? —Puse los ojos en blanco, aunque no pudiera verme.

—Más de lo que te imaginas, princesa.

Nos quedamos en silencio hasta que no aguantamos más y nos echamos a reír.

—Está siendo una pesadilla —terminé por sincerarme.

—¿Tan mal ha ido? —preguntó curioso.

—El jodido Manu me ha relatado con todo lujo de detalles los polvos que ha echado este fin de semana. Así que abandona a tu novia y vuelve de una vez. O cuando lo hagas yo estaré en la cárcel y el muy idiota, bajo tierra.

Soltó una carcajada que a mí no me hizo ni puñetera gracia.

—¿Qué te parecieron las chicas?

Supe sin temor a equivocarme que hablaba expresamente de Julia. Aun así, la imagen de Silvia se proyectó en mi mente.

—¿Lolo?

—Sí, perdona, hacéis buena pareja.

No supe que más añadir mientras aparcaba en el primer sitio que encontré disponible. Beneficios de que medio Madrid estuviera refugiándose en la costa.

—Tío, acabo de aparcar el coche.

—Vale, lo pillo. Hablamos en unos días.

Me despedí de él y guardé el teléfono en el bolsillo antes de apearme del vehículo. Puñetero Lucas, casi no había pensado en mi encontronazo con su amiga, ni en la noche que pasamos «juntos». También podía ser que, con Manu a mi lado, mi cerebro estuviera más ocupado buscando un motivo para no sacarlo de la ambulancia de una patada. Sin embargo, conseguí olvidarme de ella por unas horas.

Hasta ese momento.

Caminaba distraído cuando, al doblar una esquina, me tropecé contra alguien.

—Lo siento —dijo una chica que me esquivó y siguió su camino sin mirarme.

Jodido universo, karma o quien fuera que se estuviese riendo de mí desde allá arriba, si es que existía algo de eso.

Ocho años. OCHO. Sin saber de ella. Era como si la tierra se la hubiese tragado sin dejar rastro de su existencia y, de repente, no podía ir tranquilo por la calle, sin encontrármela de nuevo.

Di la orden a mi cerebro de dar media vuelta y proseguir mi camino, sin embargo, mis piernas se la pasaron por el arco del triunfo y, cuando quise darme cuenta, la agarré de la muñeca para detenerla.

«I.D.I.O.T.A.», gritó mi subconsciente cuando sus ojos azules impactaron con los míos.

—Liam...

Joder, ¿qué necesidad tenía de detenerla? Ninguna. Ni de volver a escuchar mi nombre saliendo de sus labios. Apreté los míos, ante la réplica que se me quedó atascada en la punta de la lengua.

—Lo siento, no te había visto. Tengo algo de prisa. Ya nos veremos —dijo, acelerada, antes de dar media vuelta y empezar a caminar.

De nuevo debería haberla dejado marchar, pero estaba claro que mi cerebro ese día estaba frito a causa del calor. Volví a frenarla, repitiendo el gesto de agarrarla de la mano.

—¿Qué quieres?

—No lo sé —respondí, frustrado.

Pero era la pura y dura verdad. No tenía ni la más mínima idea del motivo por el cual no la había dejado ir.

—De verdad, tengo que irme. Que te vaya bien, Liam.

—Lolo.

—¿Qué?

—Mi nombre, es Lolo.

Me fulminó con la mirada, pero detrás de toda esa animadversión con la que me observaba, detecté la pena que la acompañaba.

Quizás fuera un capullo por el dichoso nombre. Al fin y al cabo, fui yo quien le pidió en su momento que se dirigiera a mí de esa manera. Sin embargo, creo que solo buscaba protegerme de ella. Marcar las distancias y dejarla en el grupo del resto de los mortales.

—¿Lolo? —Me miró con irritación—. Vete a la mierda, Liam, Lolo o como narices quieras llamarte. Eres tú quien me ha detenido. Dos veces y sin motivo aparente. Así que olvida este encontronazo. Olvida que alguna vez existí y olvídame a mí en el proceso. —Respiró profundamente antes de continuar—: Entiendo que me odies, ha quedado más que claro. Te hice daño, lo asumo. Lo siento. Siento lo que pasó. Ahora ya puedes volver a tu vida y dejarme a mí en paz.

Verla tan ofendida y echando chispas por los ojos me hizo sonreír. Estaba para que me analizaran. En mi defensa diré que siempre que se había tratado de ella, fue así. Loco, abrumador y divertido. Y muy intenso.

—¿Tregua? —pregunté, alzando las manos en señal de paz sin dejar de sonreír—. Te invito a un café.

No le aclaré que no la odiaba, aunque debo decir que no despertaba en mí ese sentimiento.

¿Rencor? Sí.

¿Decepción? Quizás.

Pero no odio.

Me hubiera gustado que, en su momento, fuera sincera, que me diera una explicación y no que desapareciera de la forma en la que lo hizo. Aunque ya no podíamos cambiarlo.

—No sé si es buena idea.

—¿Tienes algo mejor que hacer?

Se mordió el labio inferior y tuve que tirar de toda mi fuerza de voluntad para no alargar la mano y liberar ese pedazo de carne. Eso debería haberme dado una pista de lo mala idea que era invitarla a casa. Hacía muchísimo tiempo que no nos veíamos, que no teníamos trato. Así que no entendía esa necesidad de retenerla a mi lado.

—No.

Los pocos minutos que caminamos hasta mi portal, los hicimos en silencio, al igual que subir los dos tramos de escalera.

Me di cuenta del error que había cometido cuando la vi adentrarse en el interior del comedor.

Su sola presencia lo llenaba todo.

Me miró incómoda, aunque no más de lo que me encontraba yo.

10 Silvia

Mi día había resultado un auténtico desastre. Nada más salir a la calle, perdí el autobús. Todos los días, sin excepción, se retrasaba, sin embargo, ese día lo hizo con antelación. Esperé veinticinco minutos para el siguiente y un terrible atasco provocó que llegara con más de media hora de retraso. Mi compañera, Lourdes, me fulminó con la mirada y no me dirigió la palabra en toda la jornada. Para colmo de males, me había dejado el túper con la comida en casa, así que no me quedó más remedio que almorzar un bocadillo de chorizo en el bar de la esquina.

Ese pan debía de ser de la postguerra, y del embutido ya ni hablemos.

Menos mal que terminaba a las cinco para no alargar más ese dichoso día.

Decidí caminar parte del recorrido a casa, hacía calor, pero era soportable, además de que era una gozada disfrutar de la capital en la temporada estival.

Me despisté con la llegada de un mensaje. Supuse que sería Julia, ya que, desde bien temprano, no paraba de enviar audios diciéndonos lo feliz que estaba y lo semental que era Lucas. Yo no hacía más que replicarle que no necesitaba ese tipo de información sobre él, la verdad sea dicha.

Juraba que, si recibía un solo mensaje más de índole sexual en el cual se incluyera a mi mellizo y a mi mejor amigo, tiraba mi teléfono a la calzada para que lo atropellara un camión.

Iba totalmente distraída cuando suspiré aliviada al ver el remitente de ese mensaje de texto. Mi jefa quería saber si podría trabajar el domingo, ya que tocaba inventario. Acepté, no es que me apeteciera demasiado, pero tampoco es que tuviera nada mejor que hacer.

—Lo siento —murmuré al tropezar con otra persona y seguí mi camino.

Me giré, sobresaltada, cuando me agarraron por la muñeca evitando que siguiera andando.

—Liam... —susurré con miedo de que el corazón se me escapara por la boca. Me latía furiosamente—. Lo siento, no te había visto. Tengo algo de prisa. Ya nos veremos —dije acelerada.

Me di la vuelta deseando desaparecer lo antes posible de su campo visual. Su mirada quemaba, y me dolía de una manera inhumana que lo hiciera de una forma nada amable.

Volvió a detenerme de la misma manera.

—¿Qué quieres? —repliqué, nerviosa.

—No lo sé.

¿De verdad?

Nadie sabía lo que me alegraba que nos hubiésemos vuelto a encontrar. Por lo menos, podía dejar de preguntarme cómo estaría, si seguiría en Madrid o si, por el contrario, había regresado a Escocia. Lo que no llegaba a entender era esa dualidad con él.

—De verdad, tengo que irme. Que te vaya bien, Liam.

—Lolo.

—¿Qué?

—Mi nombre. —Se encogió de hombros—. Es Lolo.

Pero ¿qué narices le pasaba? Yo era como un burrito, no podía cambiarle el nombre así porque sí. Era imposible, ni esforzándome conseguiría hacerlo. Siempre sería Liam.

«Mi Liam».

De todas maneras y volviendo al tema que nos ocupaba, me enfadé. Un sentimiento al

cual ya no estaba acostumbrada, así que no supe medir mis palabras.

—¿Lolo? —dije irritada—. Vete a la mierda, Liam, Lolo o como narices quieras llamarte. Eres tú quien me ha detenido. Dos veces y sin motivo aparente. Así que olvida este encontronazo. Olvida que alguna vez existí y olvídate a mí en el proceso. —Di una bocanada para poder tranquilizarme—. Entiendo que me odies, ha quedado más que claro. Te hice daño, lo asumo. Siento lo que pasó. Ahora ya puedes volver a tu vida y dejarme a mí en paz.

Sonrió en respuesta. ¡SONRIÓ!

Me daba la sensación de que no era la única que necesitaba algún tipo de terapia.

No sé qué pasó en los siguientes minutos. Cuando quise darme cuenta, me encontraba en el interior de su piso. Quizás, se debía a que, para bien o para mal, Liam siempre había sido mi debilidad. Y, cuando sonreía, lo demás dejaba de existir a mi alrededor. Por lo visto, seguía siendo así después de tanto tiempo.

—¿Café?

—No, gracias.

No podía beberlo a partir de las cinco de la tarde. Me aceleraba y me generaba ansiedad. Si a eso le sumábamos las noches moviditas de las que disfrutaba a diario, no era algo que pudiera permitirme.

Apreté las manos en sendos puños cuando vi esa porción rebelde de cabello caída sobre su frente. No podía dejar de observarla. Las ganas de retirársela y que sus ojos quedaran a la vista se incrementaban. La diferencia es que antes éramos amigos y ahora solo dos extraños con una historia pasada y mucho rencor acumulado por su parte. Así que imaginaba que, si me atrevía a levantar la mano, me iba a llevar un «vete a la mierda, Chica con novio».

Opté por mirar a mi alrededor. La cocina estaba integrada en el salón, lo que le daba a la estancia una amplitud que no tenía. Lo más llamativo era la televisión, que ocupaba gran parte de la pared que quedaba frente al sofá y las dos consolas de videojuegos de última generación. Aún recordaba cuando me confesó su adicción a esos aparatos y las horas que podía desperdiciar por la noche mientras el resto de los españoles dormíamos. ¿Cuánto quedaba de ese chico? Habían transcurrido muchísimos años e imaginaba que, para bien o para mal, los dos evolucionamos. Y por separado.

Hacía un calor sofocante, debido a las altas temperaturas y a que su piso permaneció cerrado hasta ese momento. Se me perló la frente de sudor. Cogiendo un mando a distancia encendió el aire acondicionado. El alivio fue instantáneo, ya que el primer chorro de aire frío me dio de lleno en el rostro.

Caminé a mi alrededor, sin dejar de observarlo todo con atención.

Estaba realmente nerviosa y necesitaba mantenerme en movimiento.

—¿Una cerveza?

Asentí parándome a los pies de una estantería llena de libros, otra de las muchas aficiones con las que contaba el escocés. Ojeé distraídamente los tomos, buscando algo que sabía que no tenía ningún sentido encontrar. Estaba por darme la vuelta y sentarme en el sofá, cuando, en una de las baldas inferiores, la vi. Se me aceleró la respiración y me mareé de la impresión. Siguiendo un impulso, me agaché y seguí el contorno de ese tomo.

Me levanté rápido, con una sola idea en la cabeza: salir de allí. Me giré, dispuesta hacerlo, y lo vi con las cervezas en la mano mientras miraba hacia mí y a los libros alternativamente, incómodo. Yo no sentía incomodidad, yo... estaba abrumada y perdida.

—Tengo que marcharme —dije desesperada, pasando por su lado, intentando no tocarlo.

No fui lo suficientemente rápida. Creo que, lo que esperaba era que me detuviera.

Se apresuró a dejar las bebidas sudadas por la condensación y el cambio de temperatura, me sujetó por las muñecas e hizo que volteara sobre mis propios pies.

Lo miré mordiéndome el labio. Porque, después de la sorpresa inicial, volver a tenerlo delante de mí despertó algo a lo que no quería ponerle nombre. Y quería abrazarlo, decirle que le había echado de menos, aunque nunca pudiera decirlo en voz alta. Y que... Sacudí la cabeza, confundida, cuando sin dejar de mirarme dio un paso en mi dirección. Mi corazón estalló con algo que no logré identificar, en el instante en el que me rodeó con sus brazos. El calor de su cuerpo traspasó mi ropa y una sensación abrumadora se apoderó de mí. Hacía demasiado que no sentía nada parecido.

Y allí de pie, entre la cocina y el comedor, abrazada a él mientras agarraba su camiseta con miedo a que desapareciera y todo fuera producto de mi loca cabeza, recordé cómo empezó nuestra aventura de intercambio de lecturas.



Era el cumpleaños de Liam, aunque, a decir verdad, no nos dirigíamos por nuestros nombres a no ser que hubiese algún cliente en la cafetería. No creo que fuera prudente llamarlo «Chico del hámster».

Solté una risita al imaginar al señor Claudio, tomándose su café diario, mientras Liam me pedía que limpiara la mesa a la voz de «Chica con novio, limpia la mesa». Quizás deberíamos probarlo. Sería divertido.

Hacía un mes que mi nuevo compañero se había incorporado a la plantilla. Plantilla que solo constituíamos él, otras dos más (Sara y Marta) y yo. Aunque siempre trabajaba con él, supongo que ser quien facilitara su currículum provocó que lo adjudicaran en mi turno.

Me caía bien, solía hacerme reír y nos divertíamos juntos. No podía tener un compañero mejor. Además de que, a medida que pasaban los días, esas tonterías como las sacudidas en el estómago o el nerviosismo habían desaparecido por completo.

El caso es que era su cumpleaños. Me enteré de casualidad.

Unos días atrás, revisando los papeles en la oficina, o más bien, haciendo limpieza de ellos, encontré la ficha con sus datos. Así fue como lo descubrí. Y también fue fortuito que el día anterior, de camino a casa, pasara justo enfrente de una librería y en el escaparate hubiese una preciosa guía sobre Escocia. Llevada por un impulso, entré y la compré.

No sabía si éramos esa clase de amigos que se hacían regalos en fechas señaladas, pero me encariñé con él a los pocos días de empezar a trabajar juntos, y no había más que hablar.

Lo vi acercarse a la cafetería con pasos distraídos y tecleando en su teléfono, estaría respondiendo a las felicitaciones que le irían llegando a lo largo del día.

—¡Feliz cumpleaños, Chico del hámster! —grité cuando cruzó el umbral de la puerta.

Levantó la vista de golpe y sonrió ante mi arrebató. Me removí, incómoda, cuando esa sonrisa impactó en mis ojos.

Que era guapo era una verdad universal.

—Espera, no te muevas —pedí, corriendo al interior de la oficina para coger su regalo y un croissant (su favorito) al que puse una vela. Volví sobre mis pasos al ritmo de la melodía de cumpleaños feliz que sonaba por el altavoz de mi teléfono.

Su sonrisa se amplió y no abandonó su cara hasta que sopló sobre la vela pidiendo un

deseo.

—Muchas gracias, Chica con novio.

Le tendí el regalo que con tanto mimo habían envuelto en la librería.

Cambié el peso de un pie a otro mientras abría el envoltorio con cuidado, como si fuera algo realmente frágil que se pudiera romper.

A mí esas cosas me ponían nerviosa. Le arrebaté el paquete de las manos y lo desenvolví, destrozando el papel en pequeños pedacitos que acabaron esparcidos por el suelo.

—Así se abre un regalo, Liam.

Negó con la cabeza, observando el desastre que había formado a sus pies. Ya lo limpiaríamos más tarde.

—Es una guía de viaje de tu país. Vienen lugares que seguramente ya habrás visitado, pero también vienen todas las leyendas escocesas y las localizaciones y...

¿Por qué estaba tan nerviosa? Quizás era por su falta de respuesta, o a lo mejor es que le parecía una estupidez el regalo que le había comprado.

—Muchísimas gracias.

Para lo que sí que no teníamos una relación era para las demostraciones de cariño. O sí. O yo qué sé. Sin darme tiempo a reaccionar, me envolvió entre sus brazos y me refugió en ellos. Estaba totalmente convencida de que fue solo gratitud. Aun así, lo que más me descolocó fue la certeza de estar en el lugar y momento adecuados. Una idiotez dadas las circunstancias.

Nos separamos los dos algo incómodos, yo por lo mencionado anteriormente y él ni idea del motivo.

Sin mediar palabra, nos pusimos a trabajar. Barrí todos los trocitos de papel de regalo mientras él disponía las mesas. No me atreví a desviar la mirada ni una sola vez.

—Este verano, cuando vuelva a casa, voy a visitar un par de sitios que nombran por aquí y de los que no conocía su existencia —dijo pasando las páginas distraídamente.

Lo observé sonriendo, me alegraba muchísimo que mi arrebato le hubiese gustado y me hacía ilusión que pudiera visitar esos lugares gracias a la guía.

Se apartó el flequillo con un gesto que parecía aprendido y que me resultó hasta cómico. No se daba cuenta, pero... ¡era tan típico de él! Había perdido la cuenta de las veces que se lo apartaba al cabo del día.

No sé si era debido a que era su cumpleaños, pero estaba especialmente guapo. Vestía la camiseta con el logotipo y unos vaqueros oscuros, y sus ojos brillaban de una manera especial.

—¿Qué vas a hacer por tu cumpleaños?

—Nada importante.

Su mirada se oscureció y supe que era un tema espinoso. Supongo que tenía que ser bastante duro pasar el día lejos de las personas que más quería. Yo no imaginaba un cumpleaños lejos de mi hermano, también podía ser porque era a quien más unida estaba y cumplíamos años el mismo día. Fuera como fuere, para mí era algo inconcebible.

Me sobresalté cuando mi teléfono vibró en el bolsillo trasero de mi pantalón.

—Necesito tu ayuda. —Puse los ojos en blanco ante el tono nervioso de mi hermano.

Sabía lo que venía a continuación. Mi mellizo era guapísimo: pelo moreno desordenado, ojos negros como el carbón, una sonrisa de medio lado que las volvía locas y un cuerpo de escándalo acompañado de un tatuaje que cualquier mujer que estuviera en su radar se moría por desentrañar. Era el mejor hermano del mundo, pero como chico, era de los que más valía mantenerse alejada si no querías acabar con el corazón roto. Más de una vez había tenido que consolar a alguna incauta o hacerme pasar por su posesiva novia y montar una escena.

Era un capullo encantador. Pero capullo, al fin y al cabo. Qué ganas tenía de que perdiera la cabeza por alguien. Sería divertido de ver. Y, ojalá, la elegida, se lo pusiera complicado. No se merecía otra cosa.

—Define nivel de ayuda.

—Ni siquiera me la he tirado y ya quiere presentarme a sus padres. ¡A sus padres! — Solté una risotada ante su desesperación.

—¿Qué vas a darme a cambio?

—Fin de semana en Tarifa, tú y yo. Y las tablas de surf.

—No sé...

—Y tirarnos en paracaídas.

—Umm...

—¿Puenting?

—Mándame la dirección.

—Eres la mejor. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Me despedí colgando el teléfono.

Me llegó en cuestión de segundos. No estaba muy lejos, a menos de diez minutos caminando, así que podría escaparme en mi descanso y volver antes de que terminara.

Miré a Liam, que me observaba con una mezcla de curiosidad y algo que no supe cómo interpretar.

—Vuelvo cuando acabe mi descanso. —Se limitó a asentir mientras pasaba por su lado para ir en rescate de mi mellizo.

—Gracias por la guía, Chica con novio. —Creo que en ese momento no quise darme cuenta con la acidez con la que pronunció esas palabras.

—No hay de qué, Chico del hámster. Vuelvo en cuanto termine con mi hermano.

—No te preocupes si necesitas más tiempo. —Sonreí en respuesta y, entonces sí, me precipité al exterior.

No sé qué cambió ese día, no sé si fue el regalo que le hice, el abrazo que nos dimos o si hubo algún otro motivo, simplemente nuestra amistad empezó a despegar.



Salí de mis recuerdos cuando dio un paso atrás deshaciendo el abrazo.

—Vamos a por esa cerveza.

Aturdida, lo seguí y me senté en el sofá, en el extremo contrario al que lo había hecho él. Bebí de mi botellín, tenía la garganta seca.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me hablaba a mí, pero miraba a un punto de la televisión apagada. Asentí animándolo a continuar—. ¿Qué pasó?

Su voz fue un susurro apenas imperceptible, pero el único sonido que salía de esa habitación era el del aparato de aire frío, así que no fue difícil escucharlo.

—No puedo contestarte a eso. Sé que debería darte una respuesta, pero no me pidas que lo haga.

Asintió volviendo a apretar la mandíbula, supongo que no era la respuesta que esperaba, sin embargo, era la única que podía darle.

—¿Sigues con...?

—No.

No podía aclarar lo sucedido sin entrar en detalles. Y no estaba lista para hacerlo

—Li... Lolo —me corregí cuando me miró alzando las cejas—. ¿Cómo quieres que te llame? —cuestioné exasperada.

—No lo sé.

Que yo estaba medio tarada era un hecho conocido por todos, pero es que, por lo visto, él no es que estuviera mucho más cuerdo que yo.

—Pues avísame cuando lo sepas.

No sabía qué me estaba ocurriendo, era como si una parte pequeñita de mi yo anterior se abriera paso en su presencia. Me sentía descolocada y enfadada. Muy muy enfadada. Con él y conmigo misma por dejar que mis emociones salieran a relucir en su presencia.

Me puse de pie, me limpié las palmas de las manos en las perneras del pantalón y... me senté de nuevo en el sofá.

—Lo pillo, nada de conversar sobre lo que nos unió en el pasado —dijo mirándome con una media sonrisa asomando a sus labios.

Desde ese momento, pudimos relajarnos los dos, o por lo menos, lo suficiente para poder mantener una conversación, que no sabía hacia dónde nos llevaría; entre dos amigos que hacía muchos años que no se veían. Aunque fue inevitable que, en un momento de esa charla trivial, saliera a relucir algún detalle de nuestro pasado en común.

—Vale. —Se acomodó, subiendo una rodilla al sofá para mirarme de frente—. ¿*Juego de Tronos* o *Walking Dead*?

Una conversación insustancial era lo único que necesitábamos para relajarnos. Aunque algo dentro de mí me dijera que una sombra planeaba sobre nosotros, esperando el momento oportuno para engullirnos, como la niebla que aparece poco a poco y, cuando te das cuenta, no eres capaz de ver lo que tienes a tu alrededor. Así me sentía yo en ese momento sentada junto a él. En guardia, esperando el momento en que todo lo que habíamos compartido explotara de una manera o de otra.

—*Walking Dead*, por supuesto.

—Venga ya. *Juego de Tronos* es la serie, Silvia.

—No me gustan de ese tipo.

—Antes te gustaba *Harry Potter*.

Y ahí lo teníamos, el punto al que ninguno de los dos queríamos y al que, por supuesto, debíamos llegar.

«Y lo sigue haciendo», pensé, aunque hiciera muchos años que no me acercaba a los libros que aún deberían de estar en alguna caja en el fondo de mi armario. Ni siquiera fui capaz de ver las películas.

—¿Terminaste la saga?

«No, tú tenías que pasarme el quinto libro y nunca pudiste hacerlo». Por supuesto, no verbalicé esas palabras.

—No.

¿Debería marcharme? Seguramente, sí.

¿Quería hacerlo? No lo tenía muy claro.

Complicado, esa sería la palabra exacta para explicar esa situación.

—¿Qué haces? —pregunté cuando lo vi con el teléfono en el oído.

¿Estaba pidiendo la cena?

—¿Te gusta la pizza de pepperoni? —Moví la cabeza en un gesto afirmativo—. Una

familiar con extra de queso y peperoni —dijo a su interlocutor mientras se acercaba a la nevera y regresaba con otras dos cervezas.

Esa tarde había bebido más cervezas que en los últimos años, era la tercera, creo.

¿O la cuarta?

Una hora después, con el estómago saciado y los niveles de alcohol en sangre por las nubes, me dejé caer hacia atrás totalmente satisfecha. Esa pizza estaba riquísima. Cerré los ojos, solo necesitaba un segundo para bajar la comida y poder marcharme a casa.

Solo eso, un segundo.

11 Liam

Se había quedado totalmente dormida, me levanté con cuidado para no molestarla. Recogí los restos de la cena y los tiré a la basura. Me deshice de los botellines que acumulamos con el paso de las horas.

No sé qué se me pasó por la cabeza como para que la tarde hubiese transcurrido en su compañía, o lo más correcto sería decir: en mi casa. Quizás sí sabía el motivo y no era otro que la falta de respuestas. Que no estaba enamorado de ella era innegable, pero algo dentro de mí quería saber qué ocurrió. Algo que, por lo visto, no iba a suceder, ya que se negaba a contestar. Además, de que escucharla llamarme por mi segundo nombre había revuelto algo dentro de mí. No podía culparla y tampoco pude evitar que se levantara enfadada.

¿Cómo iba a entenderme si no lo hacía ni yo mismo?

Silvia siempre despertó algo dentro de mí, desde el mismo instante en que la vi por primera vez. Y debía de seguir siendo así, si no, no me explicaba cómo había terminado con ella dormida en el sofá.

Al día siguiente tenía turno de tarde, así que tampoco me preocupaba demasiado. No me suponía un problema llevarla a casa cuando se despertara, y algo me decía por la manera en la que había caído que necesitaba descansar.

Fue en el momento en el que volví a sentarme a su lado cuando realmente fui consciente de su presencia. La observé en silencio. Seguía igual, quizás sus rasgos eran más maduros. Su melena era larga y espesa, de un negro tan intenso que no hacía otra cosa que resaltar sus ojos azules. Silvia seguía siendo físicamente la misma persona que años atrás. En cambio, su actitud distaba muchísimo de la chica alegre que conocí en su día. Su luz se había apagado. No sonreía con los ojos, estaba cohibida, no solo conmigo, ya que eso lo podía llegar a entender, sino con todo el mundo. En el cumpleaños de Lucas había sonreído y bailado, aunque realmente creo que fue llevada porque era lo que se esperaba de ella y no porque realmente quisiera. Se sentía fuera de lugar, incluso con su hermano y amigos más cercanos.

¿Cómo podía saber cómo se sentía después de tantos años?

Silvia me destrozó en el pasado, me dejó tan hecho polvo que hizo de mí un chico que rehuía cualquier lazo afectivo con el género femenino. Me enamoré como un idiota. Caí tan rendido a sus pies, que ocho años después seguía afectándome la manera en la que desapareció de mi vida sin un triste mensaje.

¿La había perdonado? No lo tenía muy claro, la verdad. Quizás solo necesitaba que me dijera porqué, para poder seguir adelante.



Volví a abrir los ojos desorientado y con dolor de cuello, debido a la postura en la que me había quedado dormido. Miré a mi alrededor, intentando averiguar el motivo por el que me sentía tan agitado.

La razón no era otra que una Silvia totalmente encogida en el sofá respirando con

dificultad. Un quejido lastimero propulsó mi siguiente movimiento. Eran cerca de las cinco de la mañana. Me acerqué a ella. No entendía qué estaba ocurriendo ni por qué volvía a tener una pesadilla.

Seguía totalmente dormida y yo totalmente aturdido por no saber cómo volver a enfrentarme a una situación parecida. Era Silvia, joder, y no me gustaba verla en esa tesitura. Estaba sufriendo, no había que ser muy inteligente para darse cuenta.

Ante un nuevo grito lleno de terror, la cogí en brazos con cuidado de no despertarla y que se asustara más de lo que ya parecía estar en algún rincón de su mente.

—No pasa nada, Chica con novio —susurré dejando que su peso recayera sobre mi pecho cuando abrió los ojos, aterrorizada. Temblaba como una hoja mecida por el viento—. Vuelve a dormir, solo ha sido una pesadilla.

Escondió el rostro en mi cuello y cerró los ojos de nuevo. Me quedé en medio del salón con ella en brazos sin saber cómo proceder.

Cuando conseguí salir del estado en el que me había sumido, decidí que lo mejor que podía hacer era acostarla en la cama. Era demasiado tarde, y no quería despertarla.

La tumbé con delicadeza sobre el colchón, sobrepasado.

«¿Qué estás haciendo?», me reproché mentalmente al verla con el pelo desparramado en la almohada.

Por lo menos parecía mucho más tranquila que minutos atrás.

Me alejé un paso, intentando poner distancia y volver al sofá, cuando su mano me sujetó para que no lo hiciera. Fue de manera inconsciente, ya que seguía dormida, o eso quería creer. Aun así, me descalcé y me tumbé a su lado.

De todas las malas ideas que había tenido a lo largo de mi vida, esa, sin duda, era la peor de todas.

Me tapé los ojos con el antebrazo intentando dejar de pensar. La culpa no era suya, era mía. No debería haberla invitado a subir, y mucho menos, permitir que entrara de nuevo en mi vida. Sin embargo, ahí estábamos, con su perfume inundado mis fosas nasales y mis sábanas.

Pasé la noche en vela, cuidándome mucho de hacer movimientos bruscos por si volvía a sobresaltarse.

Creo que el darle tantas vueltas al asunto acabó por fundirme el cerebro y me dormí cuando el sol despuntaba dando paso a un nuevo día, pero con la certeza de que, si la dejaba entrar de nuevo en mi vida, iba a acabar trasquilado, otra vez.



Me despertó el sonido de mi teléfono. Escondí la cabeza debajo de la almohada hasta que dejó de sonar. Comenzó de nuevo segundos después y no se detuvo.

Agarré mi móvil de mal humor.

Era Lucas, y tenía bastantes llamadas suyas. Contesté cuando volvió a iluminarse la pantalla. Como quisiera contarme sus avances con Julia, lo bloquearía para que no pudiera ni siquiera mandarme un bizum.

—¿Estás trabajando?

—No, estaba durmiendo —gruñí.

—Necesito un favor. —Su voz denotaba urgencia—. ¿Recuerdas a Silvia?

Me giré buscándola con la mirada y lo único que encontré fue un hueco vacío y las sábanas revueltas. Me puse en alerta al instante.

—¿Qué pasa con ella?

—Está en el hospital.

¿Qué? ¿En qué momento había ocurrido?

Me calcé, cogí las llaves del coche y salí de casa de manera mecánica, ni siquiera me planteé otra opción que no fuera encontrarla. No me molesté en llamar y esperar el ascensor, además de que no quería perder la cobertura.

—¿En qué hospital? —Escuché el suspiro de alivio a través de la línea.

—Doce de octubre. Oye, solo queremos saber qué ocurre. Estamos de vuelta, el fin de semana se nos ha alargado.

—Voy de camino.

—Gracias.

Asentí mientras emprendía la carrera hacia el coche.

—Llama a Joel cuando sepas algo, está histérico. Y di que eres familiar o no te darán información.

Ni que no lo supiera.

—Os aviso cuando sepa algo.

Conduje como un loco por la M-40 sin dejar de preguntarme cómo había acabado en un hospital si hacía unas horas estaba en mi cama.

Aparqué de cualquier manera, importándome una mierda si me multaban o no por no pagar el espacio ocupado. Ya me encargaría de eso más tarde.

—Silvia Ruiz —dije al llegar al mostrador de urgencias—. La han traído hace un rato.

—¿Es usted familiar?

—Su novio.

—Espere un momento.

Me dijeron que estaba en observación a causa de un desmayo por lipotimia y al estar sola (me maldije interiormente por haberme quedado dormido) se había golpeado la cabeza.

Me derivaron a una sala de espera.

¿Dónde cojones estaban los doctores? ¿Por qué no me daban información?

«Sabes los protocolos, cálmate».

¡Y una mierda!

—Perdona, llevo una hora esperando y nadie ha salido a explicarme el estado de mi novia —gruñí a la pobre recepcionista que posiblemente era quien menos culpa tenía de todo.

—Enseguida sale el doctor.

No me miró al responder. Debía de estar acostumbrada a tratar con familiares y pacientes impacientes de noticias. Yo todo eso lo sabía.

Estaba preocupado, jodidamente preocupado.

Y por eso no debería dejarla entrar de nuevo. Yo no tenía que sentirme así de ansioso por alguien a quien no quería en mi vida.

Me levanté con la idea de marcharme a casa y olvidarme del tema cuando me llegó un mensaje de Joel.

Joel: Estamos llegando.

12 Silvia

Me desperecé y miré por la ventana. El sol brillaba con fuerza desde el exterior. Me tense cuando me di cuenta de que un brazo descansaba en mi cintura. ¿Cómo había acabado de nuevo en esa situación? Por lo visto, me dormí sin darme cuenta.

Se me aceleró la respiración al recordar el miedo, la soledad y la incertidumbre que me asolaron en sueños.

Las pesadillas eran tan reales que, aunque lo sabía, conseguían desestabilizarme. Normalmente esas sensaciones duraban horas después de despertarme, sin embargo, esa vez desaparecieron por arte de magia, al descubrirme entre sus brazos. Su aroma me reconfortó como nada lo había hecho en años.

Sacudí la cabeza, aturdida y sin entender nada.

Salté de la cama, nerviosa. Miré a mi alrededor y localicé mi teléfono en la mesita de noche. Eran pasadas las diez de la mañana. Tenía varias llamadas perdidas de la tienda de ropa en la que trabajaba, no me planteé devolverlas.

¿Por qué con él alrededor conseguía dormir? Era la segunda vez que ocurría. No tenía ningún sentido.

Supe que era el momento de marcharme cuando noté la presión en el pecho que tanto conocía. Me puse las zapatillas a trompicones. Noté los síntomas y... Debía salir de allí antes de que se desatara la tormenta en mi interior.

Me fui de su casa como una delincuente. Bajé las escaleras de dos en dos, ni siquiera esperé al ascensor. No podía perder el tiempo en eso.

Agradecí el bochorno que me recibió ya en el exterior y arranqué a correr.

Tuve que detenerme cuando noté un pinchazo en el pecho. Me doblé y me agarré las rodillas intentando calmarme. Me ardían los pulmones a causa del esfuerzo. Mi respiración estaba descontrolada. Me temblaban las manos y me asusté cuando se me nubló la visión. Hacía muchísimo calor, me aparté la camiseta en un intento de que el aire volviese a entrar con normalidad en mi interior. Debía llegar a mi casa cuanto antes, el problema era que no sabía dónde estaba, y eso me alteró muchísimo más. Ni siquiera me dio por mirar una maldita señal para ubicarme. Los árboles se mecían de una manera preocupante o, quizás, era yo la que se estaba tambaleando. Me encontraba muy mareada. Ni con esos síntomas conseguí detenerme por lo que me puse de nuevo en movimiento. Necesitaba alejarme lo máximo posible de allí.

No pude dar más de dos pasos antes de que todo se volviera negro a mi alrededor.



Tuve un *déjà vu* cuando volví a abrir los ojos, desorientada. Tenía la garganta seca. Parecía que hubiese tragado tierra. Necesitaba hidratarme con urgencia. Me incorporé con cuidado, ya que me dolía horrores la cabeza.

¿Qué había ocurrido? Miré al frente, intentando averiguar dónde me encontraba, cuando vi a mi hermano, con ojeras y el pelo totalmente despeinado, sentado en una silla y con los codos apoyados en las rodillas. Su mirada irradiaba una preocupación extrema. Quise hablar, pero las

palabras se me atascaron en la garganta. Aunque lo más probable era que tampoco supiera qué decirle.

Me miró por un tiempo indefinido, sin que ninguno de los dos pronunciara una palabra. Era como si quisiera penetrar en mi cabeza y descubrir todos mis secretos. Algo que acostumbraba a hacer desde bien pequeño, quizás por eso nunca pude ocultarle nada. Si a eso le añadíamos lo unidos que siempre estuvimos, tenerlos con él, era misión imposible.



—¿Por qué me miras así? —cuestioné, sin dejar de removerme nerviosa en la cama. No sabía cómo explicarle lo sucedido el día anterior.

Luis me había besado, y después de la sorpresa inicial y de la explosión de fuegos artificiales en mi estómago, había llegado a la conclusión de que me había gustado.

Mucho, diría yo.

Lucas acababa de marcharse, mi hermano estaba triste y, aunque Luis y yo también..., nos habíamos besado. Y eso me mantuvo toda la noche en vela, planeando cómo hacer para que volviese a suceder.

Nunca había mirado a Luis de otra manera que la de mi mejor amigo, jamás. Tampoco había sentido atracción por otros compañeros de clase, ni los nervios previos al ver al chico que me gustaba. Pero eso había cambiado con ese inesperado beso, o más bien besos, porque, después del primero, vinieron más. Y cuanto más nos besábamos, más quería que siguiera. Todavía sentía el cosquilleo en las manos cuando entrelazó nuestros dedos para volver a casa. Cómo me hubiese gustado no tener quince años para poder quedarme toda la noche con él.

Creo que fue la primera vez que fui consciente de sus hoyuelos cuando sonreía, de su cabello castaño con reflejos dorados o de lo alto y guapo que era.

Me toqué los labios, emocionada y sin poder creerme que ya me hubiesen besado por primera vez y en ese momento Joel entró en mi habitación.

Desde entonces, lo único que hacía era mirarme con el ceño fruncido.

Volví a removerme, nerviosa y desvié la mirada. En realidad, quería contárselo, mi mellizo y yo no teníamos secretos. Nos lo explicábamos todo. Pero estaba asustada, pues no sabía si se enfadaría conmigo o con Luis. No quería que lo hiciera con ninguno de los dos, ni que pensara que lo íbamos a estropear todo. Porque si él me lo pedía, por mucho que me doliera, no volvería a acercarme a Luis. No por lo menos con la intención de besarlo de nuevo. Aunque me burbujeara la tripa por las ganas de repetir.

—¿Qué te pasa?

—Nada. —Torció la cabeza.

Treinta segundos es lo que tardó en desaparecer mi determinación cuando lo vi alzar las cejas, interrogante.

—Luis y yo nos hemos besado, me ha gustado y no quiero que te enfades con nosotros, porque no sé si va a volver a pasar, aunque yo...

—¿Vais a dejar de hacer planes conmigo?

—¿Qué? —Fue mi turno de fruncir el ceño ante esa pregunta—. ¡Claro que no! Además, no hemos hablado de qué va a pasar.

Se dejó caer de espaldas y miró al techo. Yo lo hice a su lado y apoyé la cabeza en su

pecho.

—¿Estás enfadado?

—No.

Suspiré mentalmente. No me había dado cuenta hasta ese «no» de lo importante que era su opinión en toda esa situación, si entendemos por «situación» el que hubiese besado a mi mejor amigo.

—¿Te gusta Luis?

Hice un gesto afirmativo con la cabeza pensando en que los fuegos artificiales, el hormigueo en los labios, la manera en la que me cosquillearon las manos cuando lo abracé por el cuello... eran señales inequívocas de que Luis me gustaba de una forma diferente a, por ejemplo, como lo hacía Lucas. Aunque tampoco tuviera con quien más compararlo. Ya que la sola idea de besar a Lucas de igual manera a como lo había hecho con Luis me revolvía las tripas de un modo bastante desagradable.

—¿Por qué no querías contármelo?

—No quiero que te enfades con nosotros —dije rascándome el brazo—. Conmigo.

—Yo nunca podría enfadarme contigo, Silvi. Puedes contármelo todo, siempre.

Sonreí feliz y le di un beso en la mejilla antes de incorporarme y arrastrarlo de la mano para que preparáramos el desayuno.



«Puedes contármelo todo, Silvi». No sé por qué ese día recordé esas palabras, a lo mejor es que me miraba de la misma manera. O por todos los secretos que le ocultaba y me empezaban a pesar demasiado, y que no me planteaba decir, ya que su reacción era la que más temía. Nunca había tenido miedo en presencia de mi hermano, sin embargo, estaba aterrada de pensar en perderlo si le contaba todo lo que ocurrió.

—¿Qué haces aquí? —pregunté intentando escapar de su mirada.

Se levantó y, acercándose a mí, me tendió una botellita que me afané en abrir. Me la bebí de un trago.

—¿Te acuerdas de algo?

Negué con la cabeza y me arrepentí al momento cuando un pinchazo me atravesó de sien a sien.

—Te ha dado una lipotimia. Te han tenido que sedar porque has despertado muy nerviosa y desorientada.

No recordaba nada.

Salté de la cama cuando una arcada me subió por la garganta. No llegué muy lejos, me doblé sobre mí misma y vomité en el suelo de la habitación.

Mi hermano se apresuró a llegar a mi lado. Me sujetó el pelo con suavidad mientras yo intentaba dejar de vomitar. Por desgracia, no era el primer episodio en el que estábamos en una tesitura similar.

Me cogió en brazos, después de vaciar el contenido de mi estómago sobre el aséptico suelo, y me depositó en la cama con cuidado.

¡Odiaba los hospitales con toda mi alma!

—¿Estás mejor? —preguntó sentándose a mi lado en la cama.

Cerré los ojos cuando la culpabilidad me asaltó. ¡Otra vez detenía su vida para hacerse cargo de mí!

—Voy a llamar a un médico —dijo ante mi falta de respuesta.

Tras varias pruebas, el doctor que me visitó decidió que lo mejor era que pasase esa noche allí, sobre todo, después del golpe en la cabeza y la vomitona, por lo que, sin poder oponerme, me vi mirando el techo de esa dichosa habitación.

Detestaba todo lo que conllevaba estar en uno de ellos. Por lo menos, esa vez sabía que al día siguiente volvería a casa.

—Voy a salir para que pueda entrar Lucas. —Me dio un beso en la frente.

—Estoy bien —informé en voz baja, al darme cuenta de la preocupación que no podía evitar mostrar.

«Eres un auténtico desastre, Silvia».

—Ey, peque.

Lucas entró en la habitación y, aunque lo hizo con su interminable sonrisa, la preocupación era patente en su rostro.

—Lo siento —murmuré, avergonzada.

Debería haberme detenido ante la primera señal. Parar, intentar respirar y entonces, continuar. Sin embargo, todas y cada una de las veces que ocurría, solo pensaba en llegar a casa, o ponerme a resguardo y que nadie notara lo que sucedía.

Los ataques de pánico eran algo de lo que me avergonzaba, sobre todo, si ocurrían en público.

La sociedad no está preparada para entenderlos ni, mucho menos, para actuar en una situación así. Como si quienes los sufríamos no fuéramos más que personas con la cabeza llena de pájaros y nos preocupáramos por cosas sin importancia. Cuando la realidad es que era más profundo que todo eso. Miedos, incomprensión, perder la batalla con tu mente y los pensamientos intrusivos, que aparecen cuando menos lo esperas. Los ataques de pánico o ansiedad no dejan de ser un cóctel de sentimientos, nunca buenos, que mantienen una constante guerra con tu mente.

Me miró como si fuera una auténtica imbécil y, a lo mejor, lo era. Quizás para ellos no fuera llamativo el detener de esa forma el inicio de sus vacaciones, pero, sí, para mí, era algo importante.

La versión oficial era clara: lipotimia por las altas temperaturas. Aunque yo sabía la realidad, no me detuve a intentar tranquilizarme cuando mi cuerpo me alertó de lo que estaba ocurriendo. Agradecí que mi hermano hubiese dado por buena la interpretación del personal sanitario.

Poquito a poco, mi mente se había aclarado lo suficiente como para recordar lo ocurrido. Y lo único en lo que pensaba cuando las alarmas aparecieron fue en alejarme de Liam y de todo lo que me hacía sentir.

Lucas me contó que las chicas se habían quedado en la sierra recogiendo para poder regresar a Madrid.

En ese momento en que estábamos solos él y yo, le pedí y supliqué que iniciaran sus merecidas vacaciones. Al final, y tras mucho insistir, puede que incluso tuviera que amenazarlo con cortarles las joyas de la corona. Conseguí que, si al día siguiente me dejaban regresar a casa, ellos volverían para terminar los días que les quedaban en la montaña. Me sirvió, pues Lucas nunca había roto una promesa.

El problema llegó con Joel, claro. A él, me costó un poco más convencerlo. Quien dice

un poco más, dice muchos gritos por su parte, ya que, como venía siendo habitual, me mantuve en silencio sin entrar en disputas. No iban conmigo, y tampoco estábamos en la preadolescencia, cuando discutía con mi mellizo, por el simple motivo de ser mi hermano.



Al día siguiente, me acompañaron a casa. No se marcharon hasta estar seguros de que estaba bien. Mi hermano se había encargado de informar de lo ocurrido en mi puesto de trabajo. Me quedaban un par de días para descansar y reponerme.

Cuando, por fin, se fueron de vuelta a la sierra, me asaltó la sensación de que me ocultaban algo. No sabía el qué, pero tenía un runrún dentro de mí que me decía que ese «algo» había equilibrado la balanza a mi favor, ya que de otra manera era impensable que mi mellizo hubiese sucumbido con tanta facilidad a dejarme sola.

Esa sensación me duró unos días hasta que, simplemente, me olvidé del asunto.

No volví a ver a Liam, tampoco es que tuviéramos manera de ponernos en contacto. Lo agradecí.

Regresé a mis rutinas y recuperé un poco la calma. Fue lo mejor que me podía pasar. Mi estabilidad emocional no estaba preparada para incluir al escocés en la ecuación de mi vida.

13 Liam

Me paseé nervioso por la sala de espera de nuevo.

Habían pasado unos veinte minutos desde que recibí el mensaje de Joel, por lo que estarían a punto de aparecer.

Los vi acercarse por el pasillo a la carrera.

—¿Cómo está? —preguntó Joel al llegar a mi altura.

—Lo único que sé es lo que os he comentado antes. No sé nada más.

Nos sentamos en silencio, hasta que, pasadas unas horas, un médico nos informó de que estaba dormida y bien. Les preocupaba el golpe recibido en la cabeza, ya que había sido aparatoso al estar sola.

—¿Alguno de vosotros es Liam?

Me tensé ipso facto al escuchar mi nombre.

Lucas y Joel, fruncieron el ceño ante el desconocimiento. Me mantuve en silencio.

—No.

Fue el turno del doctor de entrecerrar los ojos.

—Ha preguntado por él al llegar al hospital, se encontraba bastante nerviosa y no dejaba de buscar a esa persona. Deberían intentar localizarla o averiguar quién es, da la sensación de que es alguien importante para ella. Si me disculpan, pueden pasar a verla de uno en uno e intenten no ponerla nerviosa, necesita descansar.

Asentimos en señal de agradecimiento y lo vimos desaparecer detrás de unas puertas abatibles.

—¿Quién demonios es Liam? —gruñó Joel. Quise maldecir a toda mi mala suerte. Yo no debía estar allí, ni siquiera tenía que haberme encontrado con Silvia la tarde anterior—. ¡Mierda! —exclamó con frustración—. ¿Y si le ha hecho algo?

Su gesto dejaba bastante patente la preocupación y los derroteros hacia donde se estaba dirigiendo su mente. Por mucho que no quisiera que averiguaran qué me unía a ella, no podía dejar que se pusiera en la peor de las situaciones en cuanto a él (o más bien, en cuanto a mí) se refería.

—Yo soy Liam —dije antes de procesar las palabras que acababa de pronunciar.

Joel se giró como un resorte y Lucas me miró totalmente confundido. Y no le faltaba motivo. Nadie, ni siquiera él, sabía mi nombre real. No era un secreto, sin embargo, estaba tan acostumbrado a que me llamaran Lolo que, en ocasiones, incluso yo lo olvidaba.

Así había sido desde pequeño, hasta que llegó ella y lo cambió todo.

Joel me cogió de la pechera de la camiseta con furia. Lo dejé hacer, con alguien debía pagar su preocupación y yo era, sin ninguna duda, la mejor opción.

—Explícame qué te une a mi hermana y eso de que te han cambiado el nombre.

—Suéltame.

Lo veía muy capaz de pegarme un puñetazo si de ella se trataba, lo que no sabía era si sería capaz de no devolvérselo en caso de que las cosas se pusieran feas. Mi nivel de ansiedad era equiparable al suyo.

—Vamos a calmarnos. —Lucas intercedió entre los dos—. Y tú, empieza a hablar.

Me dejé caer en la silla pinzándome el puente de la nariz. No sabía qué explicarles sin traicionar a Silvia. Estaba claro que ella jamás les habló de mí, y tampoco me apetecía ponerme a

contar cosas que, para bien o para mal, estaban ya enterradas.

—Me llamo Liam Manuel, aunque nadie me llama de esa forma.

No era ningún misterio. Mi abuelo Manuel se negaba a que su nieto tuviera un nombre yanki. Para él, todo lo que sobrepasaba los límites del pueblo era territorio extranjero, y no hubo forma humana de hacerlo cambiar de opinión. Era un gran hombre, pero terco como una mula. Mi madre, para complacerlo, me bautizó con un nombre compuesto. Lo que ni ella ni mi padre predijeron es que, al final, me quedaría con Lolo, que era el diminutivo que utilizaba mi abuelo para dirigirse a mí.

Una estupidez, ahora que lo pienso, pero solo respondía a ese sobrenombre.

Hasta que ella llegó.

—Y, suponiendo que nadie te llama de esa manera, ¿por qué cojones mi hermana te conoce por Liam?

He ahí la cuestión: estaba claro que Silvia jamás les habló de mí, ni como compañero de trabajo, ni como amigo. Y no sabía hasta qué punto era prudente ser yo quien les pusiera al corriente de lo que algún día nos unió. Aunque, por otro lado, tampoco había mucho que contar: nos conocimos, nos hicimos amigos, yo me enamoré como un gilipollas y ella decidió quedarse con la opción segura. Fin de la historia.

—Conocí a Silvia algo más de nueve años atrás.

Me tocaban las narices las personas que se comunicaban a través de la mirada. Era una cosa que me sacaba de quicio. Y eso fue precisamente lo que hicieron, mirarse y mantener una conversación silenciosa como si yo no estuviera presente o no fuera una parte implicada en toda esa situación.

—¿Por qué tengo la sensación de que faltan muchos matices en esa historia?

—Mira... —Me levanté de nuevo para ponerme a su altura—. No soy yo quien tiene que explicarlo, Joel. Es tu hermana y, si ella no te ha contado nada en este tiempo, por algo será. Tampoco hay mucho más que decir, nos conocimos, nos hicimos amigos y desapareció. —Habría sonado convincente si no hubiese escupido las últimas palabras.

Me miró, apretando la mandíbula, y me dio la espalda.

Lo vimos desaparecer a través del pasillo. Sacudí la cabeza cuando me dieron ganas de entrar con él y ver con mis propios ojos que se encontraba bien.

—Lolo... —me llamó Lucas cuando nos quedamos a solas.

—¿Qué? —pregunté con actitud defensiva.

Maldita la hora en que había respondido a esa llamada de teléfono.

—Cuéntame la verdad.

—Ya he...

—Te recuerdo que llevamos juntos muchos años, no me tomes por idiota —dijo con un tono de voz muy distinto al que me tenía acostumbrado.

Y no sé si fue por la tensión acumulada en las horas de espera dentro del hospital o que, realmente, Silvia había vuelto a trastocar mi vida. El caso es que empecé a hablar y se lo conté todo. En realidad, fue incluso terapéutico. Por fin pude expresar en voz alta lo que un día esa chica de ojos azules significó para mí.

—Un día desapareció, supongo que hizo su elección, no volví a verla hasta tu cumpleaños. Ahí tienes tu explicación, Lucas.

No esperé a conocer su opinión, salí del edificio sin despedirme y di una bocanada para llenarme los pulmones de aire. Me senté en una banqueta y apoyé la cabeza en la fachada del edificio, sabiendo que Joel no tardaría en aparecer, estaba seguro de que Lucas lo pondría al

tanto de todo. Me daba la sensación de que en ese grupo apenas se ocultaban cosas, por mucho que Silvia se hubiera cuidado de no contarles quién era yo.

Aunque no me extrañaba, yo nunca dejé de ser el otro. Así que, en su situación, lo más lógico y normal es que yo fuera un secreto.

Cerca de una hora es lo que tardó Joel en hacer acto de presencia. Me planteé irme, incluso llegué a levantarme con la idea de marcharme, sin embargo, algo lo impidió.

Quiero pensar que era debido a la necesidad de saber que estaba bien.

—Mi hermana intentó suicidarse, y no sé hasta qué punto tú también eres responsable de todo eso.

Levanté la cabeza de golpe ante la crudeza de esas palabras. Creo que mi rostro fue un reflejo de lo que supuso esa confesión por su parte.

—¡Joder, lo siento! No debería haber dicho eso. —Respiró hondo y continuó—: Lucas me ha contado...

Hubiese gruñido si no lo esperase, así que dejé que fuera él quien llevase el peso de esa conversación, yo no tenía mucho más que añadir. Además de que me había quedado sin palabras.

—Nunca me habló de ti. —Apoyó los codos en las rodillas cuando se sentó junto a mí.

—Quizás es que no había nada que contar.

Las heridas curan, y depende de cómo, dejan cicatrices, pero eso no evita que, según en qué situación, escuezan. Si te cortas un dedo, la hemorragia puede detenerse y dejar de doler, pero si, al cabo de los días, le echas limón, te recordará que sigue ahí en forma de picazón. Y eso me estaba ocurriendo, mi herida estaba cerrada y cicatrizada, pero acababan de echarle ácido y... escocía.

—¿Qué hay de su novio? —pregunté.

Ella dijo que ya no estaban juntos, puede ser que ese fuera el motivo del cambio tan abismal que se había obrado en ella.

¿Cuántas personas no se reponen de una ruptura amorosa? Muchísimas.

—Murió —murmuró.

Me quedé en shock y un nudo me apretó el estómago.

Joder, yo pensaba que estaba bien, que cuando hizo su elección todo mejoró para ella sin tenerme a mí en la ecuación. Un triángulo amoroso nunca acaba bien para una de las partes. Lo que nunca llegué a imaginar fue que terminara tan mal para ellos.

De todos los escenarios, nunca se me pasó por la cabeza algo así. No supe cómo reaccionar.

Era como si mi mente supiera las preguntas que debería formular, pero, al mismo tiempo, mi cerebro fuera incapaz de procesarlas.

Silvia, en su momento y mucho antes de que todo se complicara entre nosotros, me contó que Luis, su pareja, era el mejor amigo de su hermano, así que imagino que también fue un mal trago para él.

—Lo siento.

—Por eso estaba como ida —dijo, perdido en sus pensamientos—, en la sierra, por eso tuvimos que salir de la casa. Fue por ti.

—Puedo asegurar que yo también me sorprendí al encontrarla allí. Créeme, era la última persona a la que esperaba ver, y mucho menos pensar que teníais relación con ella. —Es que no dejaba de ser rocambolesco que siempre estuviera tan cerca—. ¿Desde cuándo tiene pesadillas?

—¿Qué sabes tú de sus pesadillas? —contestó a la defensiva.

Llegados a ese punto donde ya no quedaba mucho que explicar por mi parte, relaté lo

ocurrido en la sierra y la noche anterior.

—Mira —dijo poniéndose de pie—, no sé qué tipo de relación tuviste con mi hermana. Ni lo sé, ni llegados a este punto, me importa. Desde que murió Luis, nunca ha vuelto a ser la misma. De todo lo que te puedas imaginar, lo ha pasado peor. De todos los escenarios que puedas recrear, ponte en el más oscuro. —Se pasó la mano por el pelo con desesperación—. Me caes bien, creo que te considero hasta un amigo, pero si vas a hacerle daño o trastocar lo que tanto esfuerzo nos ha costado conseguir, te pido que te alejes de ella.

Estuve a punto de mandarlo a la mierda, literalmente. Aunque entendí que la que hablaba era su preocupación. Quizás él no fuera consciente, pero yo sí sabía el tipo de relación que tenían ese par de mellizos.

—Mañana volvemos a la sierra —dijo Lucas, apareciendo por nuestra derecha.

—Ni de coña.

—Escúchame. —Apoyó ambas manos en los hombros de Joel—. Creo que es la primera vez que he visto a Silvia, no a esa versión a la que quiere acostumbrarnos. Incluso me ha amenazado. Así que tú y yo vamos a retomar estos días, y tú —dijo señalándome con el dedo—, vas a ayudarnos a traerla de vuelta.

Lo peor fue la convicción con la que pronunció esas palabras, como si realmente creyera que yo era la panacea a todas las mierdas que pudiera tener Silvia en su vida, que al parecer no eran pocas. El problema es que yo no quería implicarme, yo ya conocía el final de esa historia. No estaba dispuesto a revivirla. Aunque, al parecer, poco tuviera que decir al respecto.



Pasé las dos siguientes semanas tan entumecido que ni siquiera las insolencias de Manu consiguieron sacarme de ese estado.

Hasta que llegó el día en el que el susodicho me invitó a tomar unas copas. Y acepté.

Necesitaba relajarme y sacarme a Silvia de la cabeza.

Incluso llegué al punto de distanciarme de Lucas, quería que entendiera que no podía contar conmigo para esa locura de la que pretendían hacerme partícipe.

Así que unas copas con los compañeros me harían olvidar el número de teléfono que apareció por arte de magia en mi agenda telefónica. Cortesía de Lucas.

Tendría que haberme dado cuenta de que algo no funcionaba cuando Manu me preguntó si todo iba bien. Mandaba narices que precisamente él me hiciera esa pregunta, ya que, por norma general, era el primero que alardeaba de sus conquistas.

Lo dejé por imposible cuando lo vi hablar con concentración por teléfono. Mi atención recayó en una chica que se mordía el labio de forma sugerente. Eso era lo que necesitaba, un polvo en un antro de mala muerte. Y, por lo que parecía, ella buscaba lo mismo, ya que no esperó a que fuera yo el que provocara el primer acercamiento.

Manu intentó hablar conmigo en el momento en el que me dispuse a pedir una nueva copa. Con el por culo que me había dado en los últimos días con sus andanzas de seducción y esa noche le dio por ponerse en plan adulto.

Justo cuando menos necesitaba que lo hiciera.

Justo cuando yo más necesitaba que me dejaran desfogarme y sacar a cierta mujer morena de mi cabeza.

Esa chica, de la que ni siquiera recordaba el nombre, cansada de esperar a que mi compañero me dejara tranquilo, decidió arrastrarme hacia el pasillo que conducía a los servicios. Me empujó para que entrara en uno de los cubículos y volvió a arrasar mi boca. Mi mano se dirigió a su entrepierna, la falda corta que vestía ayudó en mi cometido. Eso era lo que necesitaba, una chica cualquiera, con las ideas claras, que se encargara de bajarme la cremallera y... Mi polla saltó agradecida cuando se acercó para ponerme el preservativo con la boca.

A la mierda Joel y Lucas.

A la mierda ese plan absurdo en el que me querían incluir.

En definitiva, a la mierda todos.

Aunque eso incluyera meterla a ella en el saco.

¡Joder!

Aparté a esa chica de malas maneras al recordar esos ojos azules que, tantos años después, seguían atormentándome.

Creo que escuché un «gilipollas» bien merecido, he de añadir, cuando salí dando tumbos del cuarto de baño. Y no le quitaba razón: era un gilipollas. Llevaba dos semanas dándole vueltas a la cabeza, intentando olvidar la confesión de Joel, y a la vista está que fallé estrepitosamente.

—¿Dónde vas? —Me giré sorprendido al escuchar la voz de Lucas.

—¿Qué haces aquí? —pregunté de mal humor.

—Me ha llamado Manu.

—Suerte con él.

Lo miré con una sonrisa torcida y respondió alzando la ceja. Ignorándolo, me acerqué de nuevo a la barra. Pedí dos bebidas.

—¿No crees que ya has bebido suficiente?

—Si has venido a hacer de Pepito Grillo, déjame decirte que no lo necesito —contesté de malas maneras.

—Lolo...

Me estaba empezando a tocar los huevos y no hacía ni cinco minutos que había llegado.

A la mierda él y a la mierda Silvia.

¡A la mierda todos!

—Me voy a casa.

Aparté a un lado el vaso de tubo, que se tambaleó peligrosamente sobre el borde de la barra. Así precisamente me sentía yo, como si estuviera caminando sobre una cuerda a punto de caer al vacío.

Por lo visto, no había aprendido la lección de no dejar entrar a nadie en mi vida después de lo de Silvia y, no contento con eso, no solo había dejado entrar a Lucas, sino que encima venía con el paquete completo.

—Lolo —me llamó mientras yo me iba abriendo paso a empujones hacia la salida—, o debería llamarte Liam.

Me detuve abruptamente en la puerta y me di la vuelta para encararlo.

—No vuelvas a llamarme así en tu puta vida.

Alzó las manos en son de paz.

No sabía por qué estaba tan cabreado, pero lo estaba. Y escucharlo llamarme de esa manera había prendido algo en mi interior. Algo que creía enterrado.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Me dejé caer en un bordillo y apoyé los codos en las rodillas. La cabeza empezó a darme vueltas sin parar.

No tenía edad para esas cosas, joder.

—Déjame en paz.

—Lolo, ¿qué te ocurre?

Lo miré con ganas de matarlo. La rabia, el dolor y la decepción salieron en forma de ira hacia él, Silvia o hacia mí mismo.

—Tu amiga, eso es lo que me pasa. No sabes cómo me arrepiento del día en que puse un pie en esa cafetería. —Me pasé la mano por la cabeza intentando aclarar mi mente—. Me dijo que me quería. —Me carcajeé de manera sarcástica—. Dijo que nos íbamos a dar una oportunidad y ahora me entero de que se quiso suicidar. Me pasé meses intentando localizarla, mientras ella lo único que buscaba era la manera de irse con él. Me destrozó, me dejó inservible para volver a sentir algo por otra persona. Y ahora, pretendéis que la saque del pozo en el que ella sola se metió. No, ni de coña, no contéis conmigo. No voy a hacerlo. ¿Queréis ayudarla? Me parece perfecto, buscadle un buen psicólogo. Pero olvidaos de mí.

Conseguí ponerme de pie tambaleándome con una única idea en la cabeza: coger un avión que me llevara a casa, con los míos, un espacio donde nada estuviera contaminado con su presencia.

—Lolo...

—¿Qué? —contesté cabreado.

—Silvia está bien, no ha vuelto a ser la misma, pero está bien. —Me desinflé como un globo al que hubieran pinchado con un alfiler ante esa afirmación. Todo el maremoto en mi interior desapareció en el momento en el que me agarró de la nuca y me abrazó—. Está bien —repitió—. Entiendo que estés cabreado, pero es porque los dos sabemos que te sigue importando.

Cerré los ojos cuando un aluvión de lágrimas se me amontonó en los ojos.

Quiso dejarme, hacerlo de tal manera que nunca pudiera encontrarla. Y eso, muy a mi pesar, dolía más que si, simplemente, se hubiese arrepentido.

—No estoy enamorado de ella.

—Claro que no.

Quedaban pocos días para coger un vuelo que me llevara a casa, creo que fue la segunda vez que realmente me planteé dejar Madrid atrás y volver a mi tierra. Y las dos ocasiones eran provocadas por la misma persona.

—Anda, vamos, princesa. —Resoplé cuando me llamó por el apelativo que yo solía utilizar con él—. Te llevo a casa.

Me dejé guiar. La verdad es que se me había ido la mano con las copas. Así que fue de agradecer que me empujara para dejarme caer sobre el colchón.

14 Silvia

Dejé a Zoe bailando con Hugo en casa y decidí salir a correr. El tiempo en Madrid dio una tregua y las temperaturas descendieron unos cuantos grados.

El día amaneció nublado, y después de desayunar decidí pasar la mañana en casa de mi hermano. Llegaron la noche anterior de Menorca, donde habían estado la última semana. Los había echado mucho de menos. Así que, tras pasar tiempo con ellos, decidí cambiarme y salir a despejar la mente de camino a casa.

Zoe se reía de mí. Lo que ella no sabía es que, cuando corría, mi cabeza se centraba en la respiración y en las zancadas y dejaba de pensar, o todo lo que puede dejar de pensar una persona como yo. Me ayudaba a desconectar.

Troté a ritmo suave durante unos veinte minutos y bajé el ritmo cuando mi teléfono empezó a sonar. Fruncí el entrecejo al no reconocer el número. Era sábado, por lo que descarté que fuera una llamada publicitaria.

—¿Quién es? —pregunté con cautela.

—Hola.

Tropecé con mis propios pies cuando reconocí esa voz.

Me puse la mano en el pecho en un intento de mantener mi corazón en su sitio, ya que amenazaba con salir disparado cual cohete y llegar hasta la luna.

—¿Silvia?

—Sí. —Carraspeé cuando la voz me salió más aguda de lo normal—. Sí. Digo... Esto... Hola. Dime.

Me tapé la frente con la mano que tenía libre. Era patética. Estaba tan falta de relaciones con cualquier persona fuera de mi ámbito que ni siquiera sabía comportarme.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—Lucas comentó que tuviste un desmayo a causa del calor. Quería haberte llamado antes, pero el trabajo me ha mantenido liado, y tampoco tenía tu número.

La línea se quedó en silencio. Normal, ¿qué le decía?

«Ha llamado él, déjalo que hable». Pero, por lo visto, él tampoco debía de saber qué añadir, porque el silencio se prolongó durante unos segundos más.

Miré el teléfono solo para asegurarme de que realmente la llamada no se hubiese cortado.

—¿Qué haces?

—Correr.

—¿Dónde?

—En un parque.

Soltó una risita que consiguió caldearme la sangre, estuve a punto de colgar. No quería decirle dónde estaba ni saber nada de él.

«Mentirosa», gruñí a mi subconsciente, que parecía haber despertado después de un largo letargo.

Vale, sí quería saber de él, más de lo que me gustaría confesar, aunque no se trataba de eso. Mi hermano tenía razón. Desde que nos vimos por primera vez, unas semanas atrás, me encontraba inquieta, más dispersa de lo normal, y mis recuerdos danzaban libremente y no sabía cómo manejarlo.

Me había costado muchísimo llegar al punto en el que me encontraba, ya que, aunque mi vida era un desastre, me sentía cómoda. Y Liam no es que me incomodara, pero me había sacado de una patada de mi zona de confort, y no tenía ni idea de cómo proceder. Y me dolía no saber cómo comportarme con él, ya que, en su momento, fue una de las personas con las que más cómoda llegué a sentirme, incluso cuando todo se complicó.

Aunque, a lo mejor, podíamos ser amigos e intentar mantener una relación cordial por esos que nos rodeaban y teníamos en común. Estaba convencida de que mi hermano lo invitó a la sierra porque le tenía aprecio y lo consideraba un amigo. Si no, jamás lo hubiese incluido y, menos, sabiendo lo reacia que me mostraba cuando se trataba de conocer a alguien nuevo. Él más que nadie sabía lo mal que lo pasaba. Era uno de los motivos por los cuales seguía trabajando en esa tienda de ropa, donde me sentía de todo, menos cómoda.

—¡Mierda! —exclamé con acritud cuando, al ir tan distraída, tropecé y me torcí el tobillo.

—¿Estás bien?

—Sí, me he tropezado.

—¿Dónde estás?

Al final, terminé por decirle el lugar en el que me encontraba, consciente de que sería difícil que apareciera por allí.

—Dame diez minutos, ahora nos vemos.

—No es... —Miré el teléfono, contrariada, cuando me di cuenta de que había colgado.

¡Que no quería verlo! O sí, o yo qué sé. Me levanté del bordillo donde me senté para masajearme el pie y, sin tiempo que perder, me marché a casa.

Mi teléfono tardó diez minutos en volver a sonar. Lo ignoré.

No llegaba a entender cómo se me había pasado por la cabeza pensar que podríamos ser amigos. No es que no quisiera, es que era algo que no debía ni plantearme.

Un rato después, me di cuenta de que el dolor había desaparecido por completo, y estaba bastante segura de que era algo de lo que no tenía que preocuparme.

Giré la esquina y estuve tentada de volver a huir al encontrarme a mi prima, mi cuñada y Julia, cargadas de bolsas aguardando en el portal sin dejar de reír.

«¡Oh, no!», me lamenté, sabiendo lo que esperaban de mí esa noche y lo poco que me apetecía. No entendía porqué no se rendían. No quiero que se malinterprete, me gustaba estar con ellas, de verdad, pero no era la persona idónea para seguirles el ritmo. Aunque no parecía, o no querían, darse cuenta.

Me daba la sensación de que esperaban algo de mí que yo no estaba dispuesta a dar.

—Hola —saludé acercándome a ellas sin perder de vista las bolsas con las que cargaban.

—Hola —contestaron al unísono.

En el momento en el que las dejé pasar a casa, se desató el infierno. Julia sacó una cantidad indecente de vestidos y zapatos, estaba segura de que jamás podría llegar a igualar. Candela le seguía la corriente sacando copas y botellas, y Zoe... Zoe solo me observaba.

—Mis padres han secuestrado a mi hijo —terminó por decir en nuestro particular duelo de miradas—, y necesito...

—Mañana madrugo y...

—Mañana es domingo —refutó cruzándose de brazos, y yo me quedé sin un argumento válido como para poder rechazar cualquier locura que se les hubiese ocurrido.

Las observé a las tres, que me devolvieron la mirada, expectantes.

—Está bien —dije con resignación.

Me gustaría decir que fui capaz de seguirles el ritmo, de reírme a carcajadas como lo hicieron ellas, volver a sentirme bien simplemente por el hecho de estar rodeada de mis amigas, sin embargo, no pude. No dejaba de pensar en que estaban allí por ser quien era. Me costaba muchísimo entender porqué querían estar conmigo si, por mi parte, no tenía nada que aportar.

Me rendí, como siempre, y me vestí con unos pantalones negros a juego con un top que dejaba uno de mis hombros al descubierto.

Cuando quise darme cuenta, estaba apoyada en la barra de una discoteca viendo a mis tres amigas bailar como si no hubiera un mañana. Mientras tanto, no dejaba de preguntarme cómo había llegado hasta allí, sabiendo como sabía que, antes de que me sirvieran la siguiente copa, mi hermano, Lucas y Ramón harían acto de presencia, y yo me quedaría sola.

Miré a mi alrededor, Zoe, Julia y Candela que estaban bastante cerca del lugar donde me encontraba sin dejar de reír a carcajadas. Parejas haciéndose arrumacos, grupos de amigos divirtiéndose... Y yo me sentía fuera de lugar.

Y estando allí, él volvió a mi mente.



—¿Qué te pasa? —cuestioné cuando lo escuché gruñir por tercera vez y dejar el trapo con el que estaba limpiando la mesa de cualquier manera.

—Nada.

Me preocupaba. Por normal general, en los cuatro meses, desde que trabajábamos juntos, siempre estaba de buen humor y con una sonrisa perenne en la boca, que provocaba que sus ojos verdes chispearan de alegría. Ese día no era el caso, esa tonalidad se había transformado en algo oscuro. Sus ojos parecían un bosque después de una tormenta.

—Venga, ánimate —dije, limpiando una de las últimas mesas—. Terminamos en diez minutos y no volvemos hasta el lunes.

Me llevé un nuevo gruñido en respuesta.

Vale, éramos amigos y, aunque nuestra relación no se basaba nada más que en preparar café, servir desayunos o meriendas, limpiar mesas y cerrar la caja cuando era necesario, no me gustaba verlo así.

Terminamos de recoger en silencio, él pensando en vete tú a saber qué, y yo con miedo a hacer o decir algo que le sentara mal.

—Tengo una idea —dije, bajando la persiana—. Te invito a una cerveza.

—¿No vienen a recogerte? —cuestionó sin mirarme y de peor humor que antes.

—No. —Pasé por alto el tono condescendiente con el que se había dirigido a mí—. Se han ido el fin de semana a Galicia. A mí no me apetecía. Así que, si quieres, soy toda tuya por hoy.

Me ruboricé hasta la raíz del pelo cuando entendí lo que acababa de soltar tan alegremente, provocando que me mirara alzando una ceja y sonriendo de una forma canalla y muy muy sexi.

Ignoré el pellizco que sentí en el estómago.

—Voy a ser una compañía terrible, avisada quedas.

Lo seguí, feliz de que, por lo menos, hubiese sonreído y aceptado. Lo que fuera porque dejara de lado el motivo de su turbación por un rato.

Me di cuenta del error cometido, cuando a los diez minutos de caminar uno al lado del otro, no habíamos pronunciado palabra. Quizás me había extralimitado invitándolo a tomar algo. A lo mejor él preferiría estar en cualquier otro lugar, en vez de pasar el rato conmigo. Ese pensamiento me llenó de tristeza, aunque no entendiera el motivo.

Liam me caía bien.

—Deja de mirarme así, me estás poniendo nervioso, Chica con novio.

Puse los ojos en blanco cuando se dirigió a mí de esa manera.

—Pues yo sé de algo que te pondría más nervioso todavía, Chico del hámster.

—¿Más de lo que lo hace que me mires como si quisieras diseccionar mi cerebro?

—Ajá.

En realidad, era algo que llevaba todo el día poniéndome histérica y, debido a su mal humor, no me había atrevido a hacer nada al respecto. Pero, en serio, ¿quién llevaba unas zapatillas blancas nucleares?

Deslumbraban. En lo único que era capaz de pensar a lo largo de la tarde había sido en mancharlas.

—No creo que lo consigas.

Sonreí, enseñándole todos los dientes, me acerqué a él hasta que quedamos frente a frente. No me lo pensé. Lo pisé haciendo un poco más de fuerza para ensuciarla bien. Observé mi obra de arte en forma de mancha grisácea en el frontal y sonreí ampliamente.

—¡Qué cojones! —exclamó estupefacto.

Solté una carcajada y me lancé a la carrera. Grité, presa de la sorpresa, al sentir la sangre acumulada en mi cabeza. ¡Me había cargado sobre su hombro!

—¡Suéltame!

—Pagarás por esto.

Sonreí más ampliamente al detectar la diversión en su voz.

No solo no me soltó, sino que caminó conmigo a cuestas el resto del trayecto. Vale, quizás me lo merecía, pero era una pasada escucharlo reír de esa manera ante mis protestas.

Me bajó despacio sujetándome con delicadeza por la cintura, al llegar a la entrada del bar. Me agarré a sus hombros cuando me tambaleé al pisar de nuevo tierra firme. No me soltó. No me solté. Nos miramos a los ojos por un puñado de segundos, hasta que lo vi sacudir la cabeza, sin entender lo que fuera que acabara de ocurrir.

Porque..., ¿qué acababa de pasar?

—¿Te encuentras mejor? —pregunté cuando ya estábamos delante de unos botellines de cerveza.

—Sí. Gracias, necesitaba despejarme.

Seguía sorprendiéndome la facilidad con la que daba las gracias. Era una barbaridad. Si todos fuéramos iguales, el mundo iría un poco mejor.

—¿Quieres contármelo? Hay veces que poner en voz alta nuestras preocupaciones hace que pesen un poquito menos. —Desvié la vista cuando un chispazo de algo le atravesó los ojos.

—Va a parecerte una idiotez. Pero este fin de semana mis padres iban a venir a visitarme. De hecho, ya tendrían que estar aquí. No ha podido ser, a mi padre se le ha complicado el trabajo y... me hacía ilusión —dijo con frustración.

Me había dado cuenta de que, cuando se sentía sobrepasado o la situación se complicaba, su acento se pronunciaba, como si le resultara imposible gestionar sus emociones.

—No es una idiotez, Liam. —Lo agarré de la mano para deshacer el puño que había apretado sobre la mesa—. Yo estaría igual en tu situación. ¿A qué se dedica?

—Es dueño de una destilería de whisky.

Hice un apunte mental para preguntarle más adelante sobre la empresa. Sin embargo, al hablar del tema de su mal humor, me di cuenta de que más que la frustración, lo que trataba de esconder era la tristeza. Y por lo mucho que me había hablado de su familia, sabía que adoraba a sus padres.

Vivía a miles de kilómetros de los suyos, intentando forjarse un futuro mejor. Y, aunque se hacía el fuerte, no debía de ser fácil para él. Yo lo llevaría fatal de estar en su situación. Sobre todo, si tuviera que vivir separada de mi mellizo. Me estremecí con solo pensarlo.

—¿Qué aeropuerto está más cerca de tu casa?

—Edimburgo o Glasgow. ¿Qué haces? —preguntó cuando me vio trastear en el teléfono.

—Espera.

Sentí el peso de su mirada sobre mí. Quise ignorarlo, pero me estaba poniendo nerviosa sentirme observada por él.

—Ya está. Si nos damos prisa, llegamos a tiempo. —Observé la hora e hice cálculos mentales—. Tengo el coche cerca de casa y te puedo acercar.

—¿Llevarme? ¿A dónde?

—Al aeropuerto. —Se le abrieron los ojos de golpe—. ¿Tus padres no pueden venir? ¡Pues ve tú! Los billetes salen bien de precio. Hasta el lunes por la tarde no entramos a trabajar, y si ocurre cualquier cosa, yo te cubro. Es el día en el que menos trabajo hay y...

Me miró poniéndome nerviosa, más de lo que ya me encontraba. Y era desconcertante.

Vale, a lo mejor no era tan buena idea como me había parecido en un inicio.

Respiré más calmada cuando una sonrisa empezó a dibujarse en sus labios.

—¿Cuándo sale el vuelo?

—En tres horas. Llegarás bastante tarde.

—Eso no es problema —dijo poniéndose de pie con energías renovadas—. Acepto la oferta de que me acerques al aeropuerto. ¿Nos vemos en media hora en la puerta de la cafetería? ¿Te dará tiempo?

Asentí levantándome con él. Le presté mi móvil para que terminara de realizar la compra de los billetes mientras yo pagaba en la barra las consumiciones. Salimos del establecimiento y nos separamos con la promesa de vernos en treinta minutos. Corrí hasta casa para que me diera tiempo. Me hacía ilusión que pudiera reunirse con su familia y que hubiese sido idea mía.

Tardé veinticinco minutos en estar aparcada en la puerta de la cafetería. Lo vi llegar a la carrera y ruborizado por el esfuerzo.

—No puedo creer que vaya a volver a casa.

Sonreí en respuesta y salí del aparcamiento. No hablamos mucho en el trayecto al aeropuerto. A él le podía la emoción de ese viaje exprés, y yo no quería perderme ninguna de sus reacciones.

Liam era una persona que lo vivía todo con intensidad, y era muy fácil admirar cada uno de sus gestos. A lo mejor, por eso nos llevábamos tan bien, teníamos una forma muy parecida de comportarnos.

—Muchas gracias, Silvia —dijo bajándose del coche y echándose una bolsa de deporte sobre los hombros.

—No hay de qué. Ah, y quiero un regalo, Chico del hámster.

—Nos vemos el lunes, Chica con novio.

Se acercó y depositó un beso lleno de ternura en mi mejilla.

Lo observé alejarse dentro del edificio y perderse entre la gente mientras yo me quedaba

allí, de pie, como un pasmarote y sin dejar de sentir el calor de sus labios sobre mi piel. Me di la vuelta cuando fui capaz de moverme sin dejar de acariciar la zona donde me había besado.



Volví en mí al sentir un beso en la sien por parte de mi hermano. No me prestó mucha atención, ya que la tenía, única y exclusivamente, en Zoe. Sonreí al ver la manera en la que la levantó por las nalgas para poder besarla. No tuve que girarme para saber que tanto Lucas como Ramón estaban haciendo lo mismo. Ya me había quedado sola. Aunque, pensándolo bien, era mejor que hubiesen llegado, por fin podía marcharme sin culpabilidad.

—¿Siempre son así? —Hice una seña al camarero para que me sirviera otro chupito de tequila al escuchar su voz en mi oído izquierdo.

Se apoyó de espaldas a la barra dejando caer el peso sobre sus codos.

Lo que me faltaba, Liam...

Mi corazón empezó a trotar desbocado. Y no sabía gestionar lo que despertaba en mí, algo que no sabía si era bueno o malo. Me bebí el chupito que había pedido de un trago. Hice una mueca de asco y pedí otro. Era una pésima idea, lo sabía, pero me sentía tan sobrepasada, que fue lo único que se me ocurrió.

Era difícil aprender a compartir espacio con él, tenerlo cerca de nuevo. Además de que llevaba revuelta desde que me llamó por teléfono. Por eso me dejé arrastrar por esas tres. Porque por un lado... Por momentos me sentía en la cima de una montaña, capaz de poder con todo lo que se me pusiera por delante. Seguir fingiendo que yo era una chica normal, que mi vida volvía a estar bien y que había conseguido dejar atrás todo lo que ocurrió. Sin embargo, la realidad era que pasaba la mayoría de los días viéndolos pasar.

Estaba cansada de ser así. Pero, sobre todo, no quería que él me viera de esa manera. Y bastante lo había dejado ver ya.

¡Odiaba mi vida y en lo que me había convertido!

Bebí el segundo chupito sin darme tiempo a pensar. Quería adormecerme y, sobre todo, dejar de sentir.

No podía creerme lo cerca que siempre estuvo de mí. Siempre pensé que sería un recuerdo, algo solo mío. Nunca esperé volverlo a encontrar y, mucho menos, que lo haría con esa actitud que conseguía bloquearme.

—¿Por qué te has ido?

—¿Nos recuerdas?

No sé a quién de los dos sorprendió más mi contrataque, apretó la mandíbula endureciendo la mirada.

—Ahí tienes tu respuesta —repliqué.

Lo miré entre triste y enfadada, tampoco sabía si debía sentirme de esa manera en cuanto a nuestra historia se refería. El problema es que, por mucho rencor que pudiera guardarme, no nos merecíamos que hubiese borrado cualquier recuerdo sobre nosotros. A lo mejor, tampoco debería dolerme como lo hacía.

—Silvia...

Hice un gesto despectivo con la mano y pedí otro chupito haciéndole una señal al camarero. No necesitaba que me dijera lo que yo tenía claro: le hice daño, involuntariamente,

pero lo hice, y lo asumía. Lo que no podía asimilar es que me hubiese borrado de su vida cuando yo vivía anclada en la última noche que lo vi. Que los vi.

Bloqueé cualquier recuerdo con Luis.

—Ven aquí. —Me tambaleé en los brazos de mi hermano.

Quizás sería buena idea detener mi ingesta alcohólica por esa noche. Sin embargo...

—¿Estás bien?

Me limité a asentir, agarrándome a su cintura y apoyé la cabeza en su pecho. Quise pedirle que volviese a cogerme de la mano y nos largáramos de allí. Nunca debimos regresar.

Me sentí la persona más egoísta del universo cuando ese pensamiento cruzó mi mente. Mi hermano era feliz con Zoe y Hugo, y bastante había sacrificado por mí, sin embargo, necesitaba poner distancia con todo lo que Liam me hacía experimentar.

—Creo que me he pasado con el tequila. —Me separé lo suficiente para poder mirarlo a la cara—. Voy a irme a casa.

—Te acerco.

—Nos vemos mañana, ¿vale? —Le di un beso en la mejilla y, mezclándome entre la gente, me dirigí a la salida.

Di una bocanada de aire cuando, por fin, me vi en el exterior. No tenía ni la más remota idea de dónde estaba, ya que habíamos llegado en taxi.

Me senté en el primer escalón que encontré a mi disposición. Definitivamente, mis niveles de alcohol en sangre eran alarmantes. Me daba vueltas la cabeza, y sentía el cuerpo entumecido. Lo mejor sería que esperara unos minutos hasta estar segura de que podía dar dos pasos sin tropezarme con mis propios pies.

Elevé la mirada cuando una sombra cubrió la escasa luz que proporcionaba la farola.

—¿Qué quieres? —pregunté frustrada.

—Si te lo dijera, tendría que matarte —contestó en un intento por parecer gracioso.

En otro momento me lo hubiera tomado como una broma. Sin embargo, esa noche me sentía tan sobrepasada y tan «*entequilada*», que no medí mi contestación.

—No puedes matar a quien ya está muerto, Liam —contraataqué.

Me arrepentí de esas palabras en cuanto lo vi dar un paso atrás, impactado ante la crudeza de mi réplica, aunque se repuso rápidamente.

Me agarró de la mano, entrelazando nuestros dedos, y tiró de mí haciendo que trastabillara al incorporarme.

«Maldito cuerpo traidor», pensé cuando un escalofrío me sacudió de arriba abajo. Y, a pesar de todo el espesor que nublaba mi cerebro, supe que él fue consciente de lo que había provocado en mí ese simple contacto.

—¿Dónde vamos?

—A divertirnos.

Me quedé sin habla. En serio, era la primera vez en muchos años que mi cabeza no tenía nada que añadir, supongo que estaba igual de estupefacta que yo.

Abrió la puerta de un local y la frente se me perló de sudor cuando nos adentramos en ese pequeño disco-bar, que estaba hasta la bandera.

—Tú y yo, esta noche. Nuestra despedida —dijo ofreciéndome otro vasito de tequila—. Me voy en pocos días, así que, si quieres, podemos simplemente cerrar el círculo, y cuando regrese...

Alterné la mirada entre ese vaso y él, con ese «nuestra despedida» martilleando en mi cerebro. Se lo arrebaté y me bebí el contenido de golpe. Sabiendo que era la peor de las ideas,

pero sin poder resistirme al mismo tiempo.

—Por nuestra despedida —murmuré no muy convencida de querer decirle adiós, aunque fuera lo correcto—. Y cuando regreses... no volveremos a vernos.

Me miró intensamente, como si mis palabras le hubiesen golpeado. O no tanto, ya que, asintiendo, vació el contenido del vaso en su garganta.

15 Liam

No sé qué me llevó a llamar a Joel. Solo que, cuando quise darme cuenta, estábamos los dos en una cafetería, contestándonos a preguntas de las cuales la única persona que tenía las respuestas era Silvia. Sabía que debía alejarme y al mismo tiempo, quería ayudarla, quizás por eso me había puesto en contacto con él, que, con paciencia, contestó todas y cada una de las preguntas que realicé. Seguía pensando que algo se me escapaba, aunque no supiera a ciencia cierta el qué.

En un momento dado, Zoe llamó a Joel para informarle de que estaban juntas y pensaban salir esa noche. Así que, cuando me ofreció unirme a ellos, no me lo pensé. Sobre todo, después del plantón que me había dado esa misma tarde.

Supongo que, incoscientemente, quería asegurarme de que estaba bien.

—Dos tequilas, por favor.

—¿Por qué te has ido? —pregunté intentando entablar algún tipo de conversación.

—¿Nos recuerdas?

Me impactó que respondiera con esa pregunta, porque ¿cómo le explicaba que había bloqueado cualquier recuerdo con ella?

¡Joder! Tuve que hacerlo. No podía pretender que, después de más de ocho años, yo siguiera sintiendo lo mismo, o rememorando lo que llegué a sentir.

—Ahí tienes tu respuesta.

La vi alejarse con Joel sin saber muy bien cómo actuar.

—¡Mierda! —gruñí, saliendo disparado detrás de ella cuando se encaminó a la calle, dispuesta a marcharse.

La encontré sentada en el saliente de una fachada. Traté de volver a entablar conversación tirando de humor. Lo que no sabía era cómo de una pequeña broma pasamos a ese «no puedes matar a quien ya está muerto». Creo que incluso di un paso hacia atrás, impactado por la convicción y seriedad con la que pronunció esas palabras.

¿Esa era realmente la visión que tenía sobre ella misma? Si era así, daba miedo. Porque no hay más verdad que unas palabras dichas sin pensar. Quise convencerme de que fue el alcohol quien hablaba por ella, ya que, llevada por él, se dejó guiar hasta un disco-bar sin oponer resistencia.

—Tú y yo, esta noche. Nuestra despedida —dije ofreciéndole un vasito de tequila—. Me voy en pocos días, así que, si quieres, podemos cerrar el círculo, y cuando regrese...

—Por nuestra despedida —murmuró mirándome fijamente—. Y cuando regreses... no volveremos a vernos.

Pasé por alto la seguridad en su voz y vaciamos el tequila a la par.

—Esta música es una basura.

Sonreí, quizás no había cambiado tanto como todos, incluida ella, creían. Seguía siendo esa chica a la que le encantaba la música de los ochenta y que detestaba la «comercial».

—No está tan mal. —Depositó el vaso sobre la barra y, agarrándola de nuevo de la mano, la arrastré al centro de la pista.

Ironías de la vida, en ese momento sonaba *Las dudas*, de Aitana y Sebastián Yatra, una canción que invitaba a bailar y, en nuestro caso, a darnos cabezazos contra la pared.

—Reconócelo, no ha estado tan mal.

—Una bazofia. —Solté una carcajada ante su ofendida respuesta.

—Pues a por el siguiente.

—Liam...

Su tono de voz hizo que me detuviera. Ahí estaban nuestras dudas, como decía la canción. Las vi en sus ojos y me vi reflejado en ellas. Ni yo mismo sabía qué pretendía, así que entendía sus reticencias a continuar.

Sí, habíamos acordado divertirnos. Aun así, supongo que quería asegurarse de que realmente no estábamos cometiendo el error de volver a enredarnos en algo que sabíamos de antemano que acabaría mal.

—Esta noche. Tú y yo. Vamos a darnos el final que nunca tuvimos.

Una chispa de algo, no tengo muy claro el qué, brilló con fuerza en ella.

—Una noche —susurró—. La que nunca tuvimos.

Asentí, tendiéndole la mano. Vaciló durante unos segundos. Estaba por rendirme y decirle que no era buena idea, hasta yo lo sabía. Entonces, mirándome a los ojos, la agarró. Tiré de ella y la saqué de ese bar.

—¿Este? —Recorrimos un par de manzanas hasta que nos detuvimos ante la entrada de otro local.

—Este.

Era el típico bar donde los chicos llevaban el pelo de punta en una cresta y las orejas llenas de pendientes. Las chicas iban vestidas con medias de rejilla llenas de agujeros, botas Dr. Martens y minifaldas. El camarero nos miró de arriba abajo antes de servir nuestras bebidas.

Desentonábamos como un pingüino en un desierto. No era nuestro lugar. No duramos ni cinco minutos allí.



Cinco chupitos y seis canciones después, seguíamos sin encontrar nuestro espacio. Además de que, en la mayoría de los locales que habíamos visitado, la música era prácticamente la misma. Era la tercera vez que sonaban *Las dudas*.

—¡Venga ya! —exclamó ofendida—. ¡Karma, vete a la mierda!

Y supe que, en algún momento de la noche, entre bebida mexicana y canciones pop, Silvia se había relajado lo suficiente como para desconectar de su realidad y divertirse.

No me quedó más remedio que echarme a reír. Realmente se la veía enfadada, fulminando al Dj con la mirada.

—¿Dónde vas? —La agarré de la cintura cuando dio un paso en dirección al susodicho.

—¡No tiene gracia! —A medida que su frustración subía, mi diversión se acrecentaba—. Alguien tiene que decirle que cambie de profesión.

—Ven aquí, fiero. —La acerqué a mí.

Viéndola interactuar esa noche me costaba muchísimo reconocer a la Silvia que me habían descrito, o la que yo mismo vi. Sí, sabía que cuando una persona sonreía no significaba que su vida fuese plena.

En más de una ocasión había asistido a personas que habían intentado quitarse la vida...

Cerré los ojos, impactado, al pensar en ella de esa manera. Lo desesperada que tuvo que sentirse cuando llegó a la conclusión de que lo único que podía hacer para dejar de sufrir era eso:

acabar con todo. Daba igual si era para marcharse con él o por no poder quedarse conmigo. La sola idea de que hubiera un mundo sin ella me descolocó.

—¿Estás bien? —preguntó, apoyando la palma de su mano en mi mejilla—. Podemos irnos...

Abrí los ojos al sentir el tacto de su piel.

Y entonces la vi.

Fue como si, hasta ese momento, no hubiese sido consciente de a quién tenía delante.

Estaba allí, de pie, ante mí. Preciosa con las mejillas arreboladas a causa del esfuerzo, el alcohol y la preocupación. Creo que jamás la vi tan bonita como la vi esa noche.

Tenía la cabeza hecha un completo lío. No conseguía hilar un pensamiento que fuera coherente. Por un lado, no quería dejar que se acercara lo suficiente como para que volviera a hacerme daño y, por el otro, no podía dejar que volviera a alejarse de mí.

—¡A la mierda! —gruñí, dejándome llevar por todo lo que no quería sentir.

La sujeté por la nuca y estampé mis labios contra los suyos.

Todo estalló a nuestro alrededor.

Todo dejó de existir.

16 Silvia

No sabía si el universo me debía una noche con él o no. Ni si estaba preparada para tenerlo y perderlo de nuevo al día siguiente.

Seguramente no.

Aun así, sentí una emoción en la boca del estómago que hacía mucho que no experimentaba.

Quizás, aceptar me convirtiera en la peor persona del mundo, a juzgar por el daño que les hice. Y, sobre todo, cuando uno de ellos jamás volvería a disfrutar de una noche así.

—Esta noche. Tú y yo. Vamos a darnos el final que nunca tuvimos.

Esas palabras me alegraron en la misma medida en la que me destruyeron un poquito más.

Agarré la mano que me había tendido y no tardó en entrelazar nuestros dedos. Creo que llevada por la seguridad que me otorgó el alcohol, esa noche lo hubiese seguido sin pensar, aunque el plan consistiera en atracar un banco.

Parecíamos dos quinceañeros corriendo agarrados de la mano por una calle cualquiera de Madrid. Nos detuvimos ante un disco-bar. Nada más abrir las puertas, supe, sin temor a equivocarme, que nos iba a durar lo mismo que el chupito de tequila en el vaso.



Después de varios locales y sus correspondientes licores con limón y sal, quería mandarle un mensaje al karma. Dichosa canción, era la tercera vez que sonaba en una hora.

Liam sonrió ante mi indignación. Hasta que su rostro se contrajo en una mueca de terror. ¿Ya se había dado cuenta del error cometido al ofrecerme esa noche?

—¿Estás bien? —pregunté con miedo en la voz al pensar que, posiblemente, se marchase sin volver la vista atrás.

Me miró cuando le acaricié la mejilla para que reaccionara.

—¡A la mierda!

De todos los escenarios que barajé, el que menos me esperaba era ese en el que me agarraba de la nuca para arrasar mi boca.

La potencia de ese beso provocó que todo impllosionara dentro de mí. La onda expansiva desencadenó en que cada terminación nerviosa de mi cuerpo cobrara vida propia.

Ocho años.

Más de ocho años para llegar a ese instante.

Me separé, impactada ante el estallido de sensaciones.

Nunca un beso me había sabido a tanto y a tan poco.

Me hormigueaban los labios, y mi corazón latía al ritmo de la canción que atronaba por los altavoces. Y seguía sintiendo el calor de su mano en las mejillas.

Pero quería más. Si iba a ser la única vez que probara sus labios, alargaría ese momento todo lo que él me permitiera.

No sé quién hizo el siguiente movimiento, pero fue como el choque de dos trenes de

mercancías.

Por mí podía arder el mundo en ese instante, siempre que su boca siguiera sobre la mía. Me sentía borracha y no a causa del alcohol.

Temblé cuando me acercó más a él. No era suficiente. La necesidad de sentirlo más cerca se hizo insoportable.

En ese preciso instante, fui consciente de que mi cabeza estaba en silencio, no había pensamientos dañinos, ni dolor. No había nada. Solo él y el sabor de sus labios. Su presencia lo llenó todo.

Sus besos eran adictivos, o, a lo mejor, era la sensación de volver a sentirme de esa manera. La euforia del primer beso. El cosquilleo, los mordisquitos al intentar recuperar el aliento.

¡No quería que parara!

En todos esos años, jamás pensé en volver a sentir algo así, y mucho menos con él y de una manera tan intensa.

Ojalá nos hubieran dejado tener una oportunidad.

Por primera vez en todo ese tiempo, me pregunté algo que siempre había odiado. ¿Qué hubiera pasado si...?

Salimos del local sin dejar de comernos a besos, tropezándonos con las personas que se quejaban con un deje de diversión.

Agradecí que una ráfaga de aire me golpeara en la cara. Mi termómetro interior estaba a punto de explotar.

Me agarró por el trasero y me elevó. Grité cuando mi espalda chocó con una fachada. Rodeé sus caderas con las piernas. Estaba enredada en él.

—¿Mi casa o la tuya? —preguntó, apoyando la frente sobre la mía.

«Aprovecha el momento», gritó mi subconsciente, desesperado.

—No sé dónde estamos —contesté intentando recobrar la respiración.

—¿Es importante ahora mismo? —Asentí—. La Latina.

—Creo... creo que tu casa está más cerca.

Volvió a acercarse a mí. Mis labios ya lo esperaban. Afianzando su agarre, emprendió el camino conmigo en brazos.

—Puedo andar —susurré sobre su boca.

—Sé que puedes hacerlo, pero entonces no podría continuar con esto —añadió antes de volver a besarme.

Cargó con mi peso los quince minutos que teníamos de trayecto.



No fue hasta que nos vi en la oscuridad de su habitación que me soltó en el suelo. Y todo se me vino encima.

Algo debió de notar en mi cambio de actitud.

—¿Qué te pasa, Chica con novio?

Cerré los ojos. Ese sobrenombre me traía muchos recuerdos. Además, no quería que esa noche la sombra de Luis nos acompañara. No se lo merecían ninguno de los dos.

—¿Nena? —solicitó.

Y volver a escucharlo nombrarme así...



Me removí inquieta sobre mis pies. Pasaba una hora desde que nuestro turno había comenzado y Liam no llegaba. No sabía si había sufrido un retraso con su vuelo. O si, por el contrario, decidió no volver.

Mi corazón se detuvo durante unos segundos ante ese pensamiento.

¿Y si no regresaba?

Lo último que sabía era que había llegado bien a Edimburgo, así me lo confirmó el mensaje que me había enviado días atrás. Desde entonces..., nada.

Podía entenderlo, estaba con su familia y amigos, además de que, fuera de esas cuatro paredes, nosotros no interactuábamos demasiado. Aún siendo consciente de eso, no dejaba de estar nerviosa. Si a eso le sumábamos que darme cuenta de que estaba tan lejos había generado en mí un sentimiento de añoranza mayor que el que sentía por mi novio, a quien llevaba más días sin ver... Resultaba abrumador.

Quise consolarme pensando que estaba acostumbrada a las ausencias de Luis, que a la mínima ocasión se reunía con Lucas y mi hermano. Daba igual si era para lanzarse por un puente o escalar una montaña. Yo, en cuanto tenía ocasión, también los acompañaba. En cambio, ese fin de semana no me apeteció. Había tenido el periodo y, cuando eso ocurría, me desvinculaba y pasaba los días entre películas lacrimosas, helados y libros.

Lo vi girar la esquina con su mochila al hombro sin dejar de correr. Entró en la cafetería, apartándose el mechón de pelo que siempre le caía sobre la frente.

Me miró a los ojos.

Sonreí. Sonrió.

Di un paso en su dirección, él dio otro en la mía.

—Hola, Chica con novio.

—¿Cómo ha ido?

—Genial. ¿Me has echado de menos?

—Sí.

Tal fue el ímpetu con el que pronuncié esa palabra que nos sobresaltó a los dos. Me ardieron las mejillas del bochorno. No estaba acostumbrada a callarme nada, todo lo que me pasaba por la cabeza lo soltaba. A las bravas, aunque, en esa ocasión, hubiese sido genial ponerme un puntito en la boca.

—Ven aquí. —Tiró de mi mano y me abrazó—. Yo también te he echado de menos, nena.

No sé el motivo, pero escucharlo nombrarme de esa manera despertó un enjambre de algo en mi estómago. Lo mismo podían ser mariposas o una estampida de mastodontes. Estuve tentada de pedirle que no volviera a llamarme así. Algo que olvidé en el momento en que pronunció las siguientes palabras:

—Te he traído un regalo.

Me separé de él y tendí la mano, impaciente. Soltó una carcajada y se encaminó al cuartito de personal.

—Deja que suelte esto y te lo doy —dijo refiriéndose a su mochila.

Mis nervios por verlo desaparecieron por arte de magia.

Sonreí cuando me tendió una cajita, que desenvolví rápidamente y contuve el aliento al ver una cadena de plata, de la que colgaba una media luna rodeada de piedras en tonos azules y en el centro un unicornio.

Levanté la vista con el corazón atronándome en el pecho, era demasiado bonito.

—Me hubiese conformado con un imán —murmuré abrumada.

—¿Te gusta? —Y detecté el nerviosismo en su voz.

No respondí. Simplemente me abracé a él. Pasamos un puñado de segundos en esa postura y ninguno de los dos parecía interesado en separarse del otro. Me alejé a regañadientes cuando sonó la campanita anunciando la llegada de un nuevo cliente.



—¿Silvia...? —Escuchar mi nombre me devolvió a la realidad—. ¿Estás bien?

Lo miré dudosa.

No. O sí. No lo sabía. Ni la más remota idea de cómo me encontraba, porque, a pesar de toda la inseguridad que me generaba el encontrarme en una situación parecida con él, no quería perder ni un segundo. Fue como si alguien (que no era yo), hubiese tomado el control de mi cuerpo.

No sé si detectó la determinación en mi mirada, o quién de los dos realizó el primer movimiento. Nuestras bocas chocaron con desesperación.

Me sobraba la ropa, necesitaba sentir el calor de su piel, fuera como fuera. Agarré el dobladillo de su camiseta y la arrastré por su torso, llevada por la locura. La mía siguió la misma suerte.

Me sujetó de las caderas para apretarme contra él, y menos mal, ya que al sentir su erección... temblé sobrepasada.

—Si seguimos así, voy a quedar como un puto adolescente —dijo divertido.

Sonreí y volví a besarlo. No quería dejar de hacerlo. Me daba igual, no me importaba que llegara al orgasmo en ese mismo instante, mientras no dejara de besarme. Su boca me tenía extasiada. Sabía a tequila, a limón y a él, y era una combinación demasiado estimulante como para resistirme.

Nos dejamos caer en la cama sin ningún tipo de cuidado, provocando que nuestros dientes chocaran y que mi rodilla acabara en su estómago.

—¡Ay! —exclamé.

—Mierda.

Sonreí antes de incorporarme lo suficiente para volver a unir nuestras bocas, lo que no anticipé fue que él se dejara caer sobre mí al mismo tiempo y nuestras frentes se golpearan con fuerza.

—¡Joder! —gruñó.

Íbamos demasiado bebidos y eso no estaba yendo del todo bien.

Supe, por cómo se dejó caer a mi lado en la cama, tapándose los ojos con el antebrazo, que todo terminó incluso antes de empezar.

—Esto no es buena idea —murmuré.

Y así estalló la burbuja que habíamos creado.

Miré al techo, demasiado excitada y mareada como para poder contestar. No, no era

buena idea, eso lo tenía claro, pero saber que él opinaba lo mismo... me dolió.

Me levanté como un resorte, decidida a marcharme. Lo mejor era volver a la seguridad de mi casa, de donde nunca debería haber salido.

Me incorporé con tanto ímpetu que la cabeza me dio vueltas sin control y mi estómago empezó a revelarse. Corrí al cuarto de baño y tuve el tiempo suficiente para inclinarme y vaciar todo el contenido de mi estómago en el inodoro.

—¿Estás bien? —preguntó retirándome el pelo de la cara y aguantando mi cabeza por la frente.

Quise contestar, decirle que se marchara. Bastante humillante era lo que acababa de ocurrir como para que encima tuviera que sujetarme mientras vomitaba. El problema era que era incapaz de pronunciar una simple palabra, ya que cada vez que lo intentaba, me generaba una nueva arcada.

Sé lo que se suele decir: no volveré a beber.

Y pensaba cumplirlo a rajatabla. Ni siquiera sabía qué me había llevado a hacerlo esa noche como si de una competición se tratara. No estaba acostumbrada, a excepción de un par de cervezas, muy de vez en cuando. Mi relación con el alcohol era bastante inexistente.

—Ven. —Me ayudó a incorporarme cuando, pasados unos minutos, me había asentado lo suficiente.

Su voz también denotaba la ingesta alcohólica, sin embargo, estaba muchísimo más entero que yo.

Cerré los ojos cuando el mareo volvió a asaltarme. De repente solo me apetecía dormir. Aunque fuera en el baño.

—Creo que necesitas una ducha.

«Y una cama donde dormir la mona».

—¿Cómo voy a llegar a mi casa? —balbuceé mientras me dejaba guiar.

—No te preocupes por eso.

Grité cuando el agua fría impactó contra mi cuerpo, provocando unos minutos de lucidez. Abrí los ojos intentando enfocar la vista y me encontré con los suyos, que me miraban con una pizca de lástima y diversión.

—Lo siento. Era esto o un café con sal.

Mi estómago volvió a sacudirse ante eso, así que sí, quizás lo mejor era una ducha que me aclarara algo las ideas.

—¿Cómo hemos llegado a esto? —murmuré.

—Creo que pasándonos con el tequila.

—No me refiero a eso. Me refiero a nosotros —puntalicé.

Me dejé caer hacia atrás y cerré los ojos cuando la superficie de azulejos paró el peso de mi cuerpo.

No solo no contestó, sino que cortó el flujo de agua para que pudiéramos salir de la ducha, bueno, él lo hizo y yo me dejé ayudar. El agua helada había favorecido que volviera un poco en mí, pero no lo suficiente como para que pudiera mantener el equilibrio.

Regresamos a la habitación y me ayudó a secarme con una toalla. Me enfundó una camiseta que me quedaba bastante grande. Y metiendo las manos por su interior, desabrochó el sujetador sin ningún tipo de problema. ¡Qué pericia! Ni siquiera yo era tan hábil.

Me bajó los pantalones, que se habían quedado pegados a mi piel a causa del agua. Creo que lo escuché gruñir cuando se tuvo que agachar para poder quitármelos del todo. Lo hubiese ayudado si no fuera porque bastante trabajo me estaba costando mantenerme erguida.

Me dejó caer en la cama donde me hice un ovillo. Lo escuché cambiarse y se tumbó a mi lado.

—¿Liam? —Volteé sobre mí misma para arrebujarme contra su cuerpo—. Solo...

Cada vez me costaba más mantenerme consciente, lo único que quería era cerrar los ojos y que, por primera vez, la oscuridad me absorbiera. Aunque algo dentro de mi embotado cerebro me decía que era importante que lo dijera. A lo mejor, después me odiaría un poquito menos.

—Dime —susurró apretándome más contra su cuerpo.

—Nunca quise dejarte.

17 Liam

«Nunca quise dejarte». Esa dichosa frase llevaba toda la noche rebotando en mi cerebro. No entendí qué quería decir con eso, no tenía sentido. No pude seguir indagando, ya que se quedó dormida en cuestión de segundos.

A pesar de que no recordaba haber estado más excitado en toda mi vida, no pude más que alegrarme de que el alcohol nos hubiese jugado una mala pasada. No debería suceder bajo esas circunstancias. Ni en ninguna otra.

La noche se nos había ido de las manos.

Me froté la cara con frustración y me levanté con cuidado, cansado de no poder conciliar el sueño. Me senté en el sofá y, con los codos apoyados en las rodillas, perdí la vista en el televisor, que no emitía ninguna imagen.

Le había dicho que esa noche sería la despedida que nunca pudimos darnos. Lo que no tenía tan claro es si quería que fuera un adiós definitivo, y más, teniendo en cuenta que, aunque no quisiera reconocerlo, me había prestado al juego de ayudarla. Algo que no tenía muy claro cómo hacer, ya que en pocos días regresaría a casa para lo que restaba de verano y, quisiera o no, volveríamos a separarnos. A no ser que...

Deseché la idea en el mismo instante en que cruzó mi mente.

Viendo que el sueño no hacía acto de presencia, saqué la mochila de la habitación de invitados e hice el equipaje. Silvia ni se inmutó en los momentos en los que entré para coger algo de ropa. No es que necesitara mucho, en casa disponía de todo lo necesario para no tener que cargar con mucha cosa, pero siempre acababa llevando algo.

Aproveché y, viendo que dormía tranquilamente, llamé a mi padre. Haríamos lo de siempre: él se trasladaría a Edimburgo, donde dejaría mi coche para que, de ese modo, yo pudiera hacer el trayecto cuando quisiera hasta mi pueblo natal.

La primera noche siempre la pasaba en la ciudad en compañía de mis amigos. Una tradición que manteníamos desde muchos años atrás.

Preparé algo de comer, eran pasadas las tres de la tarde. No tenía muy claro si despertarla o dejar que descansara. De todas maneras, cogí un analgésico y una botella de agua que encontré en la nevera y la deposité en la mesita.

—¡Dios! —exclamó cuando me disponía a volver a salir de la habitación—. ¿Qué hora es?

—¿Cómo te encuentras?

—Como si mi cerebro estuviera en modo centrifugado. ¿Qué hago aquí?

No es que no esperara esa reacción, o que incluso tuviera algunas lagunas de lo ocurrido la noche anterior, pero supongo que, aun siendo consciente de eso, no dejaba de molestarme que siempre fuera tan fácil para ella olvidarse de mí.

—¿Qué hora es? —repitió de nuevo con la voz rasposa.

—Las tres de la tarde.

Se incorporó en la cama de golpe y miró a su alrededor. Pude observar lo confundida que se sentía, aunque no entendiera muy bien el motivo. Sus ojos habían pasado de la calma a la intranquilidad en cuestión de segundos.

—Las tres de la tarde —repitió con un tono de voz que me puso sobre aviso de que algo, y no precisamente bueno, estaba ocurriendo—. Tengo que irme —dijo con la respiración

acelerada.

Se levantó de la cama tan deprisa que incluso la vi tambalearse.

¡Mierda! Me acerqué a ella con miedo a que se asustara más de lo que ya estaba.

¿Cómo podía pasar una persona a ese estado en cuestión de segundos?

No tenía ni la más remota idea de lo que estaría pensando y de cómo, con solo saber la hora, se había generado ese cambio en su estado de ánimo. Se movía de manera frenética alrededor de la habitación buscando su ropa.

—Silvia —la llamé poniéndome delante de ella para que se detuviera un segundo.

Es todo lo que necesitaba, un segundo y que me prestara atención para poder ocuparme de ella, el problema era que rehuía el contacto visual. Estaba pálida, y el temblor se había propagado a todo su cuerpo.

—Ven —dije con voz suave cuando me permitió coger su mano.

La dirigí a la cama y, acompañándola en sus movimientos, dejé que fuera ella misma la que se sentara.

—Te... Tengo... que vestirme —dijo a duras penas.

La ayudé a ponerse un pantalón de chándal que saqué de mi armario y, en ese instante, mientras se dejaba manejar, por mucho que la noche anterior, hubiese visto una pequeña pincelada de lo que un día fue, me di cuenta de lo rota que estaba.

Su pecho se movía al ritmo de su acelerada respiración. Le temblaba el cuerpo entero, y lo que más temía era que se desmayara a causa del estado en el que se encontraba.

Me acucillé a sus pies y, cogiendo su mano, la apoyé sobre mi pecho.

—¿Lo sientes? —susurré. Odiaba verla de esa manera—. Tienes que respirar igual que yo, ¿puedes hacerlo?

Intentaba mantener un tono de voz sosegado, aunque estuviese nervioso. En ese momento descubrí que nada me afectaba más que verla en ese estado. Años de estudios y aprender a manejar situaciones similares, para que en su presencia no me resultaran nada útiles.

—Se me han dormido las manos —dijo mientras las abría y cerraba, intentando que el hormigueo que sentía desapareciera.

—No te preocupes por eso. Céntrate en los latidos de mi corazón.

Volvimos a pasar una infinidad de segundos en esa posición, ella intentando regular su respiración, y yo conteniendo las ganas de agarrarla y llevármela muy lejos, donde nada pudiera dañarla. Esa necesidad de protegerla consiguió ponerme de mal humor. Y, aun así, intenté que mi rostro no mostrara todo lo que me estaba pasando por la mente.

Yo no tendría que sentirme de esa forma en lo que a ella se refería. Aunque la realidad era que estaba cabreado. Con ella por pensar que desaparecer era su única opción; con su hermano y Lucas, por creer que yo debería ser conocedor de su situación y su convicción de que yo era la solución a todos sus problemas. Y, con el que más, conmigo mismo, por no poder dar un paso atrás y desvincularme de todo.

—Lo siento —dijo avergonzada—. No sé qué me ha pasado.

Seguía con la respiración alterada, aunque mucho más sosegada. Y mentía, lo supe por la manera en la que se rascaba el brazo y por cómo rehuía mi mirada.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí. Últimamente estoy muy estresada, hace mucho tiempo que no tengo vacaciones y...

—¿Cuánto hace? —Me miró confundida—. Vacaciones. ¿Cuánto tiempo hace que no te tomas un descanso?

—¡Ah! —suspiró—. Más de un año.

Agachó la cabeza dejando que su larga melena cubriera su rostro.

Ignoré a mi cerebro cuando la misma idea que ya había desechado anteriormente volvió con más fuerza.

—¿Estás mejor?

—Tengo que irme.

Se levantó tan deprisa que tuve que sujetarla por la cintura cuando volvió a tambalearse. Se la veía más repuesta, aunque eso no significara que estuviera al cien por cien. Me apartó de un empujón y, moviéndose deprisa, empezó de nuevo con la búsqueda de su ropa.

—Silvia —llamé.

Aunque lo peor de su ataque de pánico había pasado, no creía que lo más recomendable fuera que se marchara.

—Silvia... —Volvió a ignorarme.

La recorrí con la mirada de arriba abajo, seguía atrayéndome como un jodido imán.

«Para», me llamé al orden. No era el momento para devorarla con la mirada, mi curiosidad quedó saciada la noche anterior. Y la verdad sea dicha, había sido incluso mejor. Una puta pasada y ni siquiera llegamos al final.

—Silvia... —la llamé de nuevo y, por supuesto, volvió a ignorarme.

No debería perder las formas ni ponerme a despoticar, aunque ganas no me faltaban.

—¿Qué te pasa?

Se detuvo cuando entendió que no le estaba preguntando realmente por su estado anímico actual.

—¡No lo sé! No sé qué me pasa, ¿vale? —Su respiración volvió a alterarse—. No sé dónde está mi ropa, no sé ni siquiera dónde estoy yo. No sé en qué punto estamos nosotros, y, por no saber, no tengo ni la más mínima idea de qué pasó anoche, ni por qué cuando estoy contigo consigo dormir, aunque haga años que tengo insomnio debido a las pesadillas. Me da miedo dormir, ¿vale? Le tengo pánico a la noche. —Me di cuenta de que estaba hablando sin pararse a pensar en lo que estaba diciendo, y quizás fuera lo que necesitara, soltar una mínima parte de todo lo que arrastraba a cuestas—. Y llegas tú y, como por arte de magia, no solo consigues que vuelva a conciliar el sueño, sino que... —Creo que en ese momento fue consciente de todo lo que había soltado sin pensar—. Olvida lo que he dicho. Tengo que irme.

Salió como un huracán de la habitación y yo disparado detrás de ella en cuanto escuché la puerta de entrada. Pensaba largarse sin ni siquiera darme la opción de decir o añadir nada.

—¡Y una mierda! —La agarré de la muñeca y la arrastré al interior de casa ante sus intentos por deshacerse de mí—. Deja de huir mí, joder.

—No estoy huyendo de ti.

Se soltó de un tirón y nos retamos con la mirada. Sabía que no debería comportarme de esa manera, y más con lo ocurrido minutos atrás, pero estaba al límite. Realmente me sentía sobrepasado con toda esa situación.

Me pasé la mano por el cabello con frustración. Tenerla cerca siempre me había frustrado. Al principio, porque me enamoré como un auténtico gilipollas de alguien que tenía pareja y no supe parar a tiempo; y en ese instante, porque, a pesar de que sabía que no acabaríamos bien, tampoco podía hacerlo.

—Silvia, habla conmigo. ¿Qué te pasa? —Aunque lo correcto hubiese sido preguntar: «¿qué narices te ocurrió?».

—Nada. Ya te lo he dicho, estoy estresada.

—Vente conmigo.

Y ahí estaba el claro ejemplo de que, cuando se trataba de ella, no medía las consecuencias. Esa idea llevaba rondándome la cabeza todo el día, y tal y como llegaba la desechaba, hasta que la verbalicé en voz alta.

—¿Qué? ¿A dónde? —Se cruzó de brazos intentando protegerse, no tengo muy claro si de mí o de ella misma.

—A Escocia.

Me miró como si me hubiera vuelto tarumba, y no le faltaba razón.

—¿Te has vuelto loco? No puedo irme a Escocia — dijo.

Y aunque intentaba sonar segura, algo en su postura y en sus ojos había cambiado.

—Me marcho en pocos días. La oferta seguirá en pie hasta que el avión despegue.

Una vez dicho en voz alta, no me parecía tan mala idea. Le vendría bien cambiar de aires y salir de la rutina de mierda en la que estaba sumida.

Lo hacía por ella.

«Claro que sí, campeón».

—Vamos a meter algo sólido en tu estómago mientras tu ropa termina de secarse.

—Liam...

—No pasó nada.

La miré a los ojos y algo se removió en mi estómago cuando esas palabras calaron en su interior dando paso al alivio.

—¿Tan malo hubiera sido?

Y, por un momento, dejé de lado mis miedos en cuanto a ella se refería, incluso creo que soné vulnerable. Sin embargo, y aunque sabía que lo mejor que podía pasar es que no sucediera nada entre los dos, algo me arañaba por dentro al pensar que ella podría arrepentirse de una situación que ni siquiera ocurrió.

—No —murmuró desviando la mirada.

No dijo nada más y yo no forcé a que continuara. No había mucho más que añadir.

Podría decir que la comida que compartimos fue amena, divertida y una reunión entre dos viejos conocidos. No fue así, en absoluto. Lo único que reinó entre los dos fue un silencio incómodo, miradas a destiempo y su cabeza a mil kilómetros de distancia del lugar donde nos encontrábamos.

Se sobresaltó con el pitido de la secadora, que no anunciaba otra cosa que el que su ropa estaba lista.

Se encerró en el baño para vestirse en cuanto tuvo las prendas en su poder.

La vi marcharse sin detenerla.

Me dejé caer en el sofá, dispuesto a olvidarme de todo. La calma no duró mucho, no habría pasado más de media hora cuando volvieron a llamar al timbre.

—No sé cómo no te has cruzado con ella —dije echándome a un lado para que Joel pudiera pasar.

Estaba visto que, ese día, lo de dormir iba a resultar imposible.

Me cuidé mucho de no decirle lo que había ocurrido la noche anterior. Le di una versión edulcorada.

—Deberías llamarla, le ha dado un ataque de pánico —comenté cuando salía por la puerta.

Y al cerrarla, sentí asco de mí mismo por estar haciéndole eso. Por haberme prestado a eso.

18 Silvia

Salí de casa de Liam como alma que lleva el diablo. No dejaba de rememorar el beso, ya que hasta ahí llegaba mi memoria. Y me bastaba, no me importaba qué hubiese ocurrido antes o después de ese punto. Si cerraba los ojos, podía sentir el sabor de sus labios, aunque no podía decir que no me asustara todo lo que despertaba en mí, aún después de tantos años. No tendría que ser así, no debería parecer que mi cuerpo despertara en su presencia. Algo que nunca me había ocurrido.

No quería menospreciar mi relación con Luis, porque siempre consideraré que fue especial, pero...

Odiaba los peros.

No debería sentirme así.

No.

Y no saber gestionarlo hacía que me sintiera más culpable, no podía seguir albergando algún tipo de sentimiento por Liam. Y más después de todo lo que había generado enamorarme de él.

Siempre creí que quererlo estaba mal y, con el paso de los meses, tras el accidente, llegué a convencerme de ello.

En cambio, la noche anterior, entre sus brazos, no quise estar en ningún otro lugar.

Suspiré sin dejar de caminar, pensando en que volvería a marcharse. De vacaciones, sí, pero acordamos no volver a vernos después. Intenté convencerme de que era lo mejor.

«Sí, es lo mejor. ¿Qué puedes ofrecerle tú? Recuerda lo que le hiciste a Luis».

Me dolía pensar en Luis, hasta desgarrarme. Seguía notando su ausencia. Lo echaba muchísimo de menos. Aunque, en su momento, me diera cuenta de que no estaba enamorada de él, no significaba que hubiese dejado de quererle. Lo hacía tanto que, años después ese sentimiento seguía ahí. Luis fue, es y siempre será una parte de mí. Por eso intentaba no pensar en él, porque, si quería medio vivir, no me podía permitir hacerlo. Ni en lo que aún seguía significando su falta en mi vida.

No volví a respirar tranquila hasta llegar a la seguridad de mi casa.

Me di una ducha y me sequé el cabello con el secador. No había nada que odiara más que la sensación del pelo mojado sobre mi rostro, y llevaba la melena demasiado larga como para que no ocurriera. Abrí el armario buscando unos pantalones de mi hermano, esos que hacían que me sintiera segura. Se los quité la primera noche que salí de la clínica y nunca se los devolví. Él jamás los reclamó.

Fruncí el ceño cuando no los localicé a simple vista en el lugar donde siempre los guardaba. Miré al fondo de la balda. Nada. Ni en la superior. Me empecé a estresar. Esa prenda era importante para mí. Y no estaba.

Corrí a la cocina y abrí la lavadora por si daba la casualidad de que los hubiese puesto a lavar y no lo recordara. Volví sobre mis pasos a la carrera y con el corazón a punto de salirse por la boca. Sentí ganas de vomitar, y no tenía nada que ver con el alcohol. Saqué toda la ropa del armario y la tiré al suelo. No los encontraba. Abrí los cajones de la cómoda y vacié el contenido encima de la cama.

—No están —dije en voz alta para nadie en particular—. Solo es un pantalón, no puedes alterarte así por un pantalón.

En todo el tiempo que duró el trayecto, no habíamos cruzado palabra. Tampoco es que

tuviera mucho que explicarle, y él no hizo ningún intento por mantener una conversación.

—¿Dónde estamos?

—Barcelona.

Asentí y miré al frente.

—No sabía dónde ir —dijo con cautela—, pero si quieres podemos...

—No quiero volver.

—Papá y mamá...

—No voy a regresar, Joel. —Escondí las manos en los bolsillos cuando me empezaron a temblar.

Corté de raíz cualquier réplica que pudiera llegar a decir. Nunca más volvería a pisar Madrid.

Madrid me lo había quitado todo.

Parecía mentira que solo hubiesen transcurrido seis meses. Seis meses y un día atrás creí tocar el cielo con los dedos. Seis meses atrás, descendí a los infiernos. Y cinco meses y veintiocho días atrás, mataron mi alma. Así que no. Nunca pasearía por sus aceras, de nuevo.

Y a mis padres no los quería cerca. No volvería a permitir que tomaran decisiones por mí. El problema era que, por aquel entonces, todavía no sabía lo rota que ya estaba.

Sacudí la cabeza cuando la imagen de Luis y de Liam me asaltó. No podía pensar en ellos. Dolían. Cada uno a su manera. Sobre todo, Luis. ¿Cómo iba a pensar ni siquiera un segundo en él, si todo había ocurrido por mi culpa?

—Pues no volvemos —sentenció. Lo miré sorprendida.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, precavida.

—Que si no quieres volver, no lo haremos. Tú y yo, ¿recuerdas? —Asentí con lágrimas en los ojos.

Ese sí era mi hermano, no la persona que no había dado señales de vida en los últimos seis meses.

—Contra el mundo —susurré.

Y necesité que me abrazara. Que me protegiera. Me sentía demasiado vulnerable como para llegar a pedirlo en voz alta. Nunca había estado tan asustada como me sentí en ese momento, y mucho menos en presencia de mi mellizo.

Dio un paso en mi dirección, pidiendo permiso con la mirada, hasta que me rodeó con los brazos.

Y respiré.

Después de seis meses, mis pulmones se llenaron de aire como si lo hicieran por primera vez. Las personas tenían que esquivarnos, pero me veía incapaz de soltarlo, llegando a pensar que, si lo hacía, volvería a desaparecer. Era lo único que parecía quedarme de mi antigua vida.

—¿Cómo está Lucas? —pregunté en la seguridad de su pecho.

—¿Quieres hablar con él?

—No, solo... ¿Cómo está?

—Está... bien. Trabajando más que nunca.

Me separé de él y desvié la mirada. Todo se había ido a la mierda.

—¿Vamos?

Caminamos en silencio, con su brazo sobre mis hombros. Llegamos a una playa enorme, en la que no había estado nunca. El sol había desaparecido, pero, al ser pleno verano, todavía no era de noche.

—Espera aquí.

Quise gritarle que no me dejara allí sola, sin embargo, volví a quedarme en silencio.

No lo perdí de vista mientras cruzaba una carretera y entraba en un establecimiento, creo que era un estanco, aunque no estaba muy segura. En menos de cinco minutos, volvía a estar a mi lado, tirando de mi mano, instándome a meternos en la arena. Nos sentamos en la orilla.

—Feliz cumpleaños, hermanita. —Encendió una cerilla y la acercó, protegiéndola con la mano para que la llama no se apagara con la brisa del mar. Soplamos a la vez, como siempre habíamos hecho—. Pide un deseo.

—No me sueltes de la mano.

—Nunca. Te lo prometo.



Por eso esos pantalones eran tan importantes para mí. Me los dio esa noche para que pudiera cambiarme en el hostel donde nos hospedamos.

Di un respingo cuando sonó el timbre.

—Pantalones —dijo mi hermano en cuanto abrí la puerta—, comida china —continuó, levantando el brazo contrario, enseñándome las bolsas— y *The Walking Dead*, ¿qué me dices?

Sonreí con sinceridad por primera vez ese día y le arrebaté la prenda de un tirón. Me quité los que llevaba ante su divertida mirada y suspiré aliviada cuando por fin me los vi puestos.

—Gracias.

Quizás no pudiera percibir mi estado de ánimo, pero sí me conocía lo suficiente para saber que, si necesitaba vestirlos, era porque me sentía sobrepasada. Y durante las últimas semanas, mi estado de ánimo había sido tan voluble que los había usado muchísimo más de lo normal.

Cenamos en silencio sin perder detalle de lo que ocurría en la pantalla, sentados en el suelo.

Y vimos un capítulo, y otro, y otro más.

Algo a lo que estaba tan acostumbrada a hacer con él que parecía que siguiéramos en uno de los muchos pisos que compartimos durante nuestro exilio.

—Silvi, ¿hay algo que quieras contarme?

—¿A qué te refieres? —Me removí nerviosa.

—No sé, me da la sensación de que estás más nerviosa de lo normal, es como... —Lo miré con incredulidad—. Nada, déjalo.

—Estoy bien.

Me miró fijamente y yo agaché la cabeza.

—Se está haciendo tarde... —dijo levantándose del suelo recogiendo todas sus cosas.

Se acercó a mí y, dándome un beso en la sien, cerró la puerta de casa para marcharse a la suya.

Me metí en la cama con miedo, como cada noche. Me dormí enseguida, sin embargo, me despertó mi propio grito de terror. Me pasé las manos por la cara intentando borrar de mi memoria el sueño.

Me levanté de la cama y salí al balcón, estaba empapada en sudor. La nuca la tenía húmeda y el cuerpo pegajoso. Me mantuve en la misma postura hasta que el astro rey hizo acto

de presencia.

Después de desayunar, adecentar mi casa y ducharme, decidí que lo mejor que podía hacer era una visita a mi sobrino. Ese día, mi turno empezaba de tarde, así que tenía tiempo de sobra.

Me detuve a comprar un regalo para Hugo, uno que hiciera el máximo ruido posible y que tuviera muchas lucecitas. Le encantaban, y a mí me chiflaban las sonrisas que me dedicaba cuando algo le llamaba la atención. Ese niño se había convertido en la parte más bonita de mi vida sin ni siquiera ser consciente de ello.

Abrí con mi propia llave. Siempre avisaba, aunque fuera llamando al timbre, pero, ese día, entré directamente. Ya no me daba tanto miedo encontrarme a mi hermano con el culo al aire. Todo sea dicho.

Vi a Zoe y a Julia jugar con mi sobrino en el pequeño jardín. Hugo levantaba los bracitos mientras su madre lo miraba con adoración.

—Hola —saludé, acercándome a ellas.

Me agaché al lado de Hugo y este me lanzó los brazos para que lo levantara.

Miré a mi alrededor, buscando a mi hermano y a Lucas, no había rastro de ellos.

—¿Dónde están? —pregunté distraída, haciéndole pedorretas a la personita que sostenía entre los brazos.

No me pasó por alto el silencio que acompañó a mi pregunta, sin embargo, no le di importancia. Solté a Hugo con cuidado en el regazo de Zoe.

—Voy al baño, ahora vuelvo —informé dándome la vuelta.

—Espera, Silvia —contestó Zoe, ¿con urgencia en la voz?

No me detuve, ya que, realmente, lo urgente era que yo vaciara mi vejiga antes de que explotara.

Entré con premura y me encerré en el baño que quedaba justo enfrente de la habitación que utilizaban como despacho.

Suspiré con ganas, me lavé las manos y escuché la voz amortiguada de mi mellizo, parecía que mantenía una discusión acalorada con ¿Lucas? Creí reconocer su voz, aunque no lo tenía muy claro.

Sí, era él la persona con la que estaba manteniendo esa tensa conversación.

Normalmente no solía actuar de esa manera, jamás, pero algo dentro de mí me mantuvo pegada a la puerta de ese despacho.

—No pienso decírselo —sentenció mi hermano, con un tono de voz que jamás le había escuchado y mucho menos dirigido a nuestro mejor amigo—. Me da igual lo que creáis. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Joel, quizás la ayude a pasar página. Y a ti también, por eso te lo he contado.

Decidí que era el momento idóneo para volver al jardín. De hecho, giré sobre mí misma cuando la siguiente afirmación de mi hermano me dejó congelada en el sitio.

—¡Es mi hermana! —No pasé por alto su desesperación.

Fuera lo que fuese sobre lo que hablaban se trataba de mí.

—Lo sé, sin embargo...

—Casi la pierdo una vez. No voy a decírselo, Lucas. Y tú tampoco. Además, sabes que está más nerviosa de lo normal, así que no. No vamos a volver a eso. Ni de coña.

—Silvia... —Miré a Zoe, y supe a ciencia cierta que, fuera lo que fuera que mi hermano no quería explicarme, ellas lo sabían.

Julia miraba al suelo evitando hacer contacto visual conmigo.

¿Qué narices ocurría?

—¡No pienso explicarle que el tío por el que intentó suicidarse estaba con otra en el coche la noche en que murió!

El grito de mi hermano hizo que mi corazón se detuviera durante unos segundos para empezar a latir con furia.

Lo único en lo que era capaz de pensar cuando noté la presión en el pecho era en que daba igual cuánto me esforzara o cuánto fingiera estar bien... Todo perdía importancia al darme cuenta de que hiciera lo que hiciese, nunca iban a confiar en mí.

Y respecto a Luis, no puedo decir que no me desubicara, y más después de cómo terminamos la última vez que nos vimos. Aunque, siendo sincera, no podía ni siquiera estar furiosa con él. Quizás me fue infiel, quizás no. Nunca lo sabría, nunca podría defenderse, y eso era, única y exclusivamente, culpa mía.

Además de que, al fin y al cabo, a mi manera, yo también fui infiel.

¿Cuántas veces fingí dolores de cabeza? Muchísimas.

¿Cuántas veces sentí que realmente a quien engañaba era a Liam y no al que era mi pareja? Tantas, que no podía llegar a enumerarlas.

Así que no, no podía ni quería juzgarlo.

Eso no se trataba de mí, ni de Luis, ni siquiera de Liam, se trataba de ellos. Los cuatro tenían un secreto relacionado conmigo, el cual no pensaban compartir.

¿Tan débil me creían?

«Pues claro, idiota».

Ni siquiera fui consciente de mi respiración alterada, de cómo me temblaba todo el cuerpo. Solo era capaz de pensar en cuántas cosas más me estarían ocultando por miedo a que me lanzara por el primer acantilado que encontrara a mi disposición.

—¡Mierda! —Me giré de nuevo al escuchar a Lucas, que tenía clavada la vista en mí.

Ni siquiera lo miré a él, lo hice por encima de su hombro.

—No pensabas contármelo —murmuré.

—Silvi... —Se acercó con cautela hacia mí, como si fuera un animalillo indefenso al que proteger para que nada pudiera dañarlo.

Di un paso hacia atrás, aturdida.

—No te acerques. —Ignoré el dolor que le desfiguró el rostro—. ¿Vosotras lo sabíais? —Quise asegurarme. Darles la oportunidad de contradecirme y no sentirme tan idiota.

—Sí.

Y todo estalló en mil pedazos a mi alrededor. Otra vez. Era como si los ocho años y medio desde aquella noche, nunca hubiesen transcurrido. Ahí me di cuenta de por qué no había llegado a confiar en ellas. No era a mí a quien debían fidelidad, no me consideraban su amiga. Yo solo era la hermana de... La mejor amiga de... O la prima de...

Di un paso con la intención de marcharme, pero el cuerpo me temblaba tanto que era imposible atinar a dar un paso en condiciones. El pecho me subía y bajaba frenéticamente. Fue cuando empecé a sentir la sensación de ahogo.

—Silvi... —Mi hermano me agarró por la muñeca para detenerme.

—No... —Me costaba respirar cada vez más—. No me toques.

No solo no me soltó, sino que afianzó su agarre. Intentó abrazarme por la espalda cuando me giré. Pero, en ese instante, era lo último que necesitaba. Todo implosionó dentro de mí. El agujero negro que siempre solía acompañarme se expandió engullendo todo a su alrededor. Se me nubló la vista hasta el punto de no poder ver con claridad.

Temblé en sus brazos, presa de los nervios. Quería... No, necesitaba que me soltara.

Sabía que era mi hermano, que jamás haría nada que pudiera dañarme. Aun así, quería tenerlo lo más lejos posible. Porque no era la primera vez que sentía la decepción viniendo de él. Y no quería tener ese tipo de sentimientos hacia él.

Me lo estaba poniendo tremendamente complicado.

—¡Suéltame! —demandé, empezando a perder los nervios y la compostura, y no quería que ocurriera allí.

Miré a mi alrededor sin llegar a ver nada.

El nudo de mi estómago se apretó en el momento en el que sentí sus manos en mi cintura.

—Escúchame... —Pataleé fuera de mí para que me soltara.

Necesitaba que lo hiciera, pero me resultó imposible decirlo en voz alta sin volver a gritar.

Me daba igual que pensarán que esto era por Luis, no sería yo quien los sacara de su error. Además, tampoco iban a creerme. Así que ¿para que molestarme? Quería irme, ya que, hiciese lo que hiciese, me esforzara lo que me esforzara para no preocuparlos, no sirvió nunca de nada.

—Lucas.

Sentí las manos de mi amigo en las mejillas intentando conectar sus ojos con los míos.

Y retrocedí a una habitación de hospital, una donde me sentía sola y asustada, intenté escaparme y solo logré que me agarraran de la misma manera en la que lo estaban haciendo ellos dos.

«Un tranquilizante».



—Silvia, han venido a visitarte. —escuché de pasada cuando volvía a mi habitación después de la visita con el psicólogo.

Era un buen hombre, pero resultaba curioso que, tras tres meses, cada dos días me hiciera las mismas preguntas. Una y otra vez. Aunque yo nunca las contestara. Solo respondí a una. Y viendo que no creían en mi palabra, me rendí.

Me detuve cuando la enfermera me dio las indicaciones para llegar a la sala de visitas. Anduve con el corazón latiendo algo más acelerado de lo normal. Pensando que sería mi hermano. Que quizás...

Abrí la puerta, no sabía si entusiasmada o cautelosa, ya que lo hice con algo más de fuerza de lo normal. Hasta yo me sobresalté del golpe que hizo al rebotar contra la pared.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté con acritud cuando vi de quién se trataba.

—Cariño...

Negué con la cabeza dispuesta a marcharme. No quería verlos, no quería que me miraran como lo hacían. Una mezcla de pena y decepción. No tenían derecho a parecer preocupados. A fin de cuentas, si estaba en esa situación, fue porque no me creyeron y decidieron escuchar a los médicos que me atendieron esa noche.

—¿Vais a sacarme de aquí? —No sé muy bien cómo conseguí que mi voz sonara con firmeza, cuando en mi interior empezaba a sentir que todo volvía a derrumbarse.

La presión en el pecho, el temblor de las manos, que intenté disimular rascándome el

pulgar con saña para que doliera mucho más que verlos frente a mí de nuevo.

—Es por tu bien —respondió mi madre.

Mi padre desvió la mirada.

—Marchaos —murmuré cuando se me empezó a cerrar la garganta.

—No nos hagais esto...

Y todo el dolor y el rencor acumulado salió a borbotones.

—¡Qué os larguéis! —grité fuera de mí.

Sabía que era contraproducente reaccionar de esa manera. Algo a lo que me había tenido que acostumbrar en esos meses era a esa parte en la que no sabía manejar mis emociones.

—No quiero veros, no quiero teneros cerca. Largaos y no volváis. —Di un paso atrás, asustada, cuando mi padre hizo el ademán de acercarse a mí—. ¡Que os larguéis! —chillé de nuevo con todas mis fuerzas.

Mis gritos alertaron al personal sanitario. Entraron en tromba en la sala y un enfermero intentó agarrarme, le di un manotazo.

—Cariño. —Mi madre se acercó a mí.

Lo que ella no sabía era que mi estado de nervios lo estaban generando ellos dos.

—¡Qué os vayáis! —El grito desgarrado que salió de mi garganta solo sirvió para que una enfermera me agarrara por la cintura, mientras otro me sujetaba por el brazo.

Me sedaron, no tengo ni idea de cómo lo hicieron. Estaba tan fuera de mí que ellos actuaron y, aunque intenté resistirme, no conseguí evitarlo.



—¡No, no, no! —Me tapé los oídos con las manos para dejar de revivir ese momento.

No podía volver a eso, ni recordar lo sola y abandonada que me sentí durante esos meses. Eso era lo que había enterrado en lo más profundo de mi memoria. Tenía pesadillas pensando en que me volvían a ingresar, pero no dejaban de ser eso, pesadillas. Sin embargo, verme rodeada por mi hermano, ver cómo Lucas me sujetaba por las mejillas, mientras Zoe y Julia, lloraban, hizo que me sintiera como un mono de feria.

Nadie debería sentirse así. Ni siquiera yo, aunque lo mereciera.

—¡Que me soltéis! —La potencia con la que pronuncié esas palabras consiguió que me doliera el pecho, mucho más de lo que ya lo hacía.

No me estaban ayudando en lo más mínimo. Había perdido completamente los nervios.

Y me desmayé.

19 Joel

Al salir de la habitación y darme cuenta de que Silvia me miraba de la manera en que lo hacía, supe, sin temor a equivocarme, que lo había escuchado todo. Justo lo que yo quería evitar.

—No pensabas contármelo —murmuró con los ojos llenos de lágrimas.

—Silvi... —Me acerqué con cautela, la conocía lo suficiente como para saber que no podía avasallarla.

Dio un paso hacia atrás.

—No te acerques. —Jamás sabría lo que me dolía que no me quisiera cerca en esas situaciones—. ¿Vosotras lo sabíais? —preguntó.

Zoe me miró aterrorizada. Quise interponerme entre las dos, mi mujer no debería verse envuelta en esa mierda. Pero también era muy consciente de que Silvia tendía a atacar a todo el mundo, sobre todo, a mí cuando se sentía acorralada. Y la única manera de hacerlo era a través de Zoe.

—Sí —murmuró.

Se le hundieron los hombros, como si esa simple palabra hubiese terminado de romper algo en ella. Y me sentí un miserable cuando lo único que quería era protegerla. A las dos.

—Silvi... —Intenté acercarme de nuevo.

—No —sentenció con la voz quebrada—. No me toques.

Cerré los ojos. Otra vez esos «no me toques», como si yo fuera el causante de todo lo malo que ocurría en su vida. Sacudí la cabeza y suspiré hondo. Podía con eso, no era la primera vez, y visto lo visto, no sería la última.

Le rocé la mano. Juro que fue lo único que hice, rozarle la mano, como siempre había hecho, para que sintiera mi presencia, para que supiera que era yo.

—¡Suéltame! —gritó haciendo que todos los que nos rodeaban se sobresaltaran.

—Marchaos —pedí con cansancio.

No podíamos volver a lo mismo. Yo no podía volver a lo mismo. Podría decirse que debería estar acostumbrado, pero no lo estaba.

¡Maldita sea! No lo estaba.

Y no sé qué cojones pasó a continuación, no sé cómo narices ocurrió. Silvia empezó a sacudirse cuando intenté tocarla de nuevo, tapándose los oídos con las manos, como si quisiera acallar algo que solo ella oía, como si su mente estuviera a mil kilómetros de distancia, haciendo imposible que escuchara mi voz.

—¡No, no, no! —la sujeté cuando sus piernas empezaban a ceder.

—Lucas —supliqué y juro que nunca había estado tan agradecido de estar acompañado como en ese momento.

—¡Que me soltéis! —El grito desesperado de mi melliza hizo que se sacudieran los cimientos de casa.

Ella tembló, yo temblé con ella y Lucas... Lucas se quedó lívido. El paramédico, que se enfrentaba a diario a situaciones de mierda, se quedó sin saber actuar.

Y entonces se desmayó.

Me senté con ella en el suelo.

«No es la primera vez, Joel, puedes con esto», me repetí como en muchas ocasiones hice en el pasado. Aunque, a decir verdad, empezaba a no poder.

Intenté sobrellevarlo durante cinco años, me hice el fuerte, y sabe Dios que lo volvería a hacer. Sin pensarlo. Pero empezaba a flaquear. Incluso me llegué a plantear el rendirme. Dejar de luchar por traer a mi hermana de vuelta.

Pero es que la echaba de menos. Echaba de menos mirarla a los ojos y saber en qué estaba pensando, sentir su manera de ver la vida. La sonrisa fácil que solía acompañarla. Y no podía acostumbrarme a esa versión de ella.

Pensaba que estaba mejor. Ella se había encargado de hacerme creer que estaba bien, pero, después de ese episodio, me di cuenta de que no era verdad. Sabía que seguía sufriendo pesadillas, aunque pensaba que los ataques de ansiedad eran esporádicos. Idiota de mí, llegué a creer que incluso habían desaparecido.

—Déjame llevarla a la cama —susurró mi amigo.

Fue la primera vez que dejé que alguien que no fuera yo se encargara de ella.

Apoyé los codos en las rodillas y escondí el rostro en las manos, sobrepasado.

Sentí a Zoe acariciándome la nuca y, aunque quise evitarlo volviendo a ser la roca, me resultó imposible.

—No puedo más —murmure.

Era de mi hermana de quien hablábamos, de mi otra mitad. Aunque quisiese hacerlo, nunca podría dejarla de lado.

—Claro que puedes. —Levanté la vista.

Zoe tenía los ojos rojos de llorar.

Y verla así hizo que me sintiera muchísimo peor de lo que ya lo hacía. Ella no tenía que llorar, joder. No debería de verse afectada por toda la mierda que nos rodeaba a Silvia y a mí. Y me jodía sobremanera saber que eso lo habíamos provocado nosotros. Porque Silvia y yo éramos un jodido pack.

Sin uno, no existía el otro.

Le limpié los ojos con el pulgar.

—Ven —susurró, tendiéndome la mano para que la acompañara.

—¿Hugo?

—En casa de mis padres —dijo mientras subíamos las escaleras.

Me hizo entrar en nuestra habitación y tumbar en la cama, y la miré agradecido de que estuviera allí para mí, de que, a pesar de todo, siguiera conmigo.

—Siento...

—No. —Movié la mano para que dejara de hablar—. Esto no es culpa tuya, Joel.

—¿Por qué siento que sí lo es?

—Porque llevas demasiado tiempo queriendo ser tú. Sé que es tu hermana, y también que piensas que estáis solos en esto. Pero no lo estáis, ninguno de los dos. Somos vuestra familia, y, a veces, me da la sensación de que los dos lo olvidáis. —Se tumbó a mi lado y me abrazó por la cintura.

—No lo olvido, es que...

¿Qué podía explicarle? ¿Que lo que había visto, yo lo había vivido durante años? Me costó mucho tiempo y esfuerzo recuperar una pequeña parte de mi hermana. Y, aunque nunca la recuperaré del todo..., era mejor que nada.

—Cuéntamelo —pidió con suavidad.

—Cuando éramos pequeños, no tendríamos más de seis años me caí de la bicicleta y me rompí el brazo por dos sitios distintos.

—Seguro que te tiraste cuesta abajo y sin frenos.

—No, pero casi. —Sonreí con tristeza—. A la hora de ponerme la escayola, los médicos no dejaban entrar a Silvia. Tendrías que haberla visto, tus despertares no son nada comparado con la escena que montó, Suspiritos. Creo que escucharon sus gritos hasta en Andalucía. Incluso le dio un puntapié a uno de los médicos para colarse en la habitación donde yo me encontraba. No hubo forma humana de convencerla. Se sentó a mi lado en la camilla y, cruzándose de brazos, desafió a los médicos para que la sacaran de allí.

—Sí, sois muy de cruzaros de brazos vosotros dos.

—¿Sabes lo que me dijo cuando dejaron que se quedara? —Negó con la cabeza—. «Tú y yo, contra el mundo, Joel». Siempre estuvimos unidos, desde que nacimos, pero desde ese día... Tendrías que haberme visto, estaba asustado, pero ella se sentó a mi lado, me cogió la mano, y recuerdo sentir que daba igual si me rompía otro hueso, siempre y cuando...

—Ella estuviera contigo. —Asentí—. No porque nos dejes entrar, estas rompiendo la promesa que os hicisteis. Vuestra relación es vuestra, Joel. Y eso no va a cambiar jamás. No creo que ocurra algo que rompa lo que sois juntos. No puedes llevarlo tú solo, porque, de esa manera, tampoco la estás ayudando. No confía en nadie más que en ti. No se siente segura sino estás alrededor. —Suspiró, mordiéndose el labio—. Ella depende de que tú estés cerca para sentirse segura, y tú necesitas asegurarte de que esté bien. Como sea, pero que esté. No os queréis bien, Joel. Necesitais ayuda. Tu hermana necesita ayuda profesional. Si realmente quieres ayudarla...

—No puedo hacerlo. No puedo pedírselo.

—¿Por qué? —La sorpresa en su cara fue notable.

—Porque me amenazó con que, si volvía a sugerir que viésemos a un psicólogo, desaparecería y jamás podría encontrarla. ¡Joder! Éramos unos críos jugando a ser adultos, habíamos pasado de querer comernos el mundo a... —Negué con la cabeza—. Pasé de no tener que preocuparme por nada a tener que hacerme cargo de una hermana, la cual no me quería cerca. Me costó mucho tiempo que volviera a confiar en mí. Cada vez que la tocaba, aunque fuera para preguntarle la hora, se sobresaltaba y me miraba con desconfianza. Cuando le daban los ataques, como el que has visto..., no toleraba mi presencia, pero en esos momentos es cuando sacaba su odio hacia mí. Daba igual lo que me esforzara, empecé a pasar desapercibido en su presencia. Hasta que una noche tuvo una pesadilla y me abrazó. Nunca supe con qué había soñado. Creo que había pasado más de un año.

Me miró, sorprendida, y clavé la mirada en el techo. Nunca había explicado lo que supusieron nuestros primeros años los dos solos. Ni lo que suspuso para ninguno de los dos. Estaba intratable.

—Fui a un psicólogo por mi cuenta. Me ayudó a gestionar mis propias emociones y me enseñó algunas pautas que me ayudaron con ella. No sé si lo hice bien o si...

—Lo hiciste lo mejor que pudiste.

—Quizás debería haber insistido más, pero estaba acojonado.

—Ven.

Se levantó de la cama y alargó la mano. La cogí sin dudar y la seguí hasta el baño de nuestra habitación. Abrió el agua caliente de la ducha y nos metió en ella sin llegar a desnudarnos.

—Aquí solo estamos tú y yo. Si lloras, nadie va a saberlo, ni siquiera yo. Puedes derrumbarte, Joel. Permítetelo, y deja que sea yo la que te sujete a ti.

Me agaché y, mientras el agua nos caía sobre la cabeza y nos empapaba la ropa, escondí el rostro en la base de su cuello.

Me relajé con el movimiento rítmico de sus dedos en mi cuero cabelludo. Quizás no me

derrumbé, pero sí conseguí tranquilizarme lo suficiente para apretarla contra mí, agradecido de que estuviera a mi lado. Porque, a pesar de todo lo difícil que nos lo puso en un principio con sus idas y venidas, con todos sus miedos..., una vez confesó estar enamorada de mí, fue como si una nueva Zoe se abriera paso dentro de ella. Mi mujer y mi hijo eran lo mejor que me había pasado en toda mi puta vida.

—Te quiero. —Enmarqué sus mejillas con mis manos para poder besarla y transmitirle todo el bien que había traído con su llegada.

—Y yo a ti.

Volví a abrazarla. Pasamos un rato indefinido debajo del agua, simplemente abrazados.

—Déjame a mí —pidió cuando me disponía a desnudarme.

Me quitó la ropa y repartió un reguero de besos en cada parte de mi cuerpo que quedaba al descubierto.

—No. —La ayudé a levantarse cuando se disponía a tomarme con la boca—. Te necesito a ti.

La desvestí completamente y la cogí en brazos. Me introduje en su interior sin demora y ahí, en ese momento, en el instante en el que suspiró en mi boca, supe que daba igual lo que viniera, podría con ello, siempre y cuando estuviera a mi lado.

—¡Joder, Zoe!

Me miró a través de sus pestañas y volvió a besarme atrayéndome por la cabeza. Me moví despacio, necesitaba retrasar el final, alargar sus gemidos y que todo lo que había pasado se fuera por el desagüe. Hasta que solo quedáramos ella y yo.

Me separé lo suficiente para tener sus pechos a la altura de la boca. Tiré de un pezón con los dientes, como sabía que le gustaba. Dejó caer la cabeza hacia atrás suspirando. En todo el tiempo que llevábamos juntos habíamos aprendido qué era lo que nos gustaba. Sabía cómo moverme para volverla loca, el ritmo a emplear para que llegara al orgasmo o para que gritara mi nombre.

Tiró de mi pelo para que levantara la cabeza y la mirara a los ojos. Ya no se escondía de mí.

—¡Joel! —gritó sobre mi boca, hasta que se contrajo a mi alrededor, provocando que yo rugiera y me descargara en su interior.

Nos quedamos unos minutos de más abrazados, recuperando la respiración.

—¿Estás mejor? —preguntó cuando la deposité en el suelo.

—Sí.

—Bien —respondió con una sonrisa antes de salir de la ducha.

Me pasó una toalla y se cubrió el cuerpo con otra.

Nos vestimos en silencio.

—Voy a ir a...

—No. Tú vas a irte con Lucas a despejaros la cabeza. Y yo voy a ir a ver si se ha despertado. Julia se ha marchado. —Se acercó de nuevo y, poniéndose de puntillas, añadió—: Ya es hora de que nos dejes ayudaros, Joel. Te quiero, sabe Dios que lo hago, pero lo que estáis haciendo los dos no es sano.

—Escúchame, Zoe. No conoces a Silvia cuando se pone nerviosa. Cuando se despierte, va a ser una persona completamente diferente, va a querer hacerte daño con tal de que te alejes de ella, y no quiero que la veas así.

—¿Crees que voy a salir corriendo por eso?

—¡Claro que no! —contesté con frustración—. No se trata de eso.

—Entonces, ¿por qué no dejas que os ayude? —dijo enfadada—. ¿Sabes lo que creo? —Negué con la cabeza, saturado y cansado emocionalmente—. ¡Qué no teneis una relación bonita! Que todo eso que me has contado ya no existe, Joel, por mucho que los dos os empeñéis en hacer ver que seguís siendo los mismos. —Me quedé congelado en el sitio sin saber qué contestar—. Y no es sano, ni para vosotros dos, ni para los que os rodeamos. Y lo que ha pasado no es culpa tuya, ya te lo he dicho, pero no la estás ayudando. Da igual que te lo pidiera o te amenazara, no puedes basar toda esta mierda en su bienestar, porque nos afecta a todos. ¿Crees que no me di cuenta cuando desaparecisteis en la sierra? O ¿cómo viniste el otro día y, sin mediar palabra, recuperaste los pantalones del cuarto de la lavadora?

—¿Estás celo...?

—¡Vete a la mierda, imbécil! —gritó, tirándome un sonajero de Hugo a la cabeza—. ¿En serio?

—¿Por qué estamos discutiendo?

—Porque eres gilipollas, y alguien tiene que decírtelo. Tenéis una relación tan tóxica que no os dais cuenta del daño que os estáis haciendo. ¡Ya está, ya lo he dicho! Y ahora enfádate y piensa que son celos, o que...

Di dos pasos para acercarme a ella y la besé.

—¡Que no me beses cuando estoy enfadada! —exclamó con la sonrisa escapándose de sus labios.

—Tienes razón. Pero es que no sé hacerlo de otra manera, Suspiritos.

—Pues deja que os ayude. No me dejes fuera.

—Ve. —Y nadie sabe lo que me costó pronunciar esas dos letras.

Me dedicó una sonrisa preciosa y me dio un beso rápido antes de salir de la habitación.

El único motivo por el que la dejé salir de nuestro cuarto fue porque sabía que mi hermana ya no estaba en casa.

Me senté en la cama pensando en todo lo que Zoe había dicho. En mi fuero interno, debía reconocer que tenía razón. Sabía que, desde el exterior, se vería de un modo diferente a como lo hacía yo. Estuve a punto de explicarle lo que había descubierto en cuanto a mi hermana se refería, no sé el motivo por el que no lo hice. Quizás se debía a que todo lo que yo había creído hasta ese momento no tenía ningún sentido. No entendía nada. Liam o Lolo o como narices quisiera llamarse era alguien a quien no conseguía ubicar en la vida de Silvia. Tengo que reconocer que llegué a dudar de lo que nos había explicado. El problema es que solo necesité un par de minutos viéndolos interactuar para darme cuenta de que entre ellos había una historia sin finalizar.

Muy a mi pesar, tenía que decir que nunca, en diez años, vi a Silvia mirar a Luis de la manera en la que lo hizo con Lolo. Y él, por mucho que dijera que era agua pasada y que solo quería ayudarla..., se engañaba a sí mismo. Ese chico sentía lo mismo que mi hermana hacia él, y no sabía cómo sentirme al respecto. No porque se enamorara de él en su momento. Eso lo entendía. Lo que no comprendía era que no confiara en mí para contarme lo que estaba sucediendo a su alrededor. Nunca mencionó a un nuevo compañero de trabajo. Nada. Y eso era lo que quizás más me jodía en todo ese asunto. Que me dejara fuera y no contara conmigo.

Calculé mentalmente el tiempo que me quedaba y realicé una llamada.

—Necesito tu ayuda.

20 Silvia

Abrí los ojos y me encontré en la habitación en casa de mi hermano. Me sentía agotada. Siempre ocurría igual, cuando me daban esas crisis me dejaban sin energía. Me levanté de la cama, parecía que me hubiese pasado un camión por encima. Las piernas me pesaban. Me calcé intentando no hacer ruido. No contaba con mucho tiempo si quería salir de allí.

Abrí la puerta, hasta eso me costó un esfuerzo tremendo. Asomándome al pasillo, agudicé el oído.

Solo escuché susurros amortiguados en el cuarto de mi hermano. Contuve la respiración cuando pasé junto a la puerta. Detuve mi huida ante las palabras de Zoe, que resonaron altas y claras.

— Tenéis una relación tan tóxica que no os dais cuenta del daño que os estáis haciendo.

Se me paró el corazón. ¿Eso pensaba? ¿Que mi hermano y yo no éramos sanos el uno para el otro? Me enfurecí y me dieron ganas de entrar como un toro en esa habitación y mandarla a la mierda. Pero si quería salir sin ser vista, no podía perder tiempo con ellos.

Bajé los escalones como una exhalación, importándome muy poco si me descubrían o no.

Tuve que detener mi marcha y apoyarme en la fachada, ya en el exterior. Estaba a punto de caerme redonda.

Algo más repuesta, empecé a andar sin un destino fijo, lo que menos me apetecía era encerrarme en casa y darle vueltas a lo ocurrido. En esas situaciones me había dado cuenta de que lo mejor que podía hacer era mantenerme ocupada.

Estaba tan enfadada y dolida... Aunque lo que predominaba era la vergüenza. Todo se me había ido de las manos, me resultaba complicado lidiar con esas situaciones sabiéndome el centro de atención.

Mi teléfono sonó. No me molesté en contestar. Lo guardé en el bolsillo del pantalón sin mirar quién era la persona que llamaba. Supuse que mi hermano.

«Sois tóxicos el uno para el otro». Negué con la cabeza, no quería dejarme llevar por las palabras de Zoe. En ese instante la detesté. No tenía ningún derecho a juzgar nuestra relación ni debería opinar tan a la ligera. No tenía ni idea de lo que habíamos sufrido, y mucho menos de lo que era mi vida desde aquella maldita noche.

Sin embargo, lo peor fue que, cuando bajaba las escaleras, oí la respuesta de mi hermano y su «tienes razón».

Me detuve en un banco cuando me mareé. Intenté serenarme, pensar en otra cosa, pero es que, si no era en lo ocurrido, era en Liam en quien lo hacía, y tampoco es que me ayudara demasiado.

Miré a mi alrededor. Una pareja caminando con su hijo pequeño de la mano, un grupo de amigos gritando y riéndose de algo que veían a través de la pantalla de un móvil. La vida, la cotidianidad... Era algo con lo que ya no contaba. ¿Cómo sería volver a disfrutar de comerse un helado en una terraza o vivir despreocupadamente? ¿O ya no sentirme rota y dejar atrás la sensación de haberle jodido la vida a todo el que me rodeaba?

Me puse de pie cuando me di cuenta de que no por intentar recuperar el aliento lo iba a lograr.

Caminé durante horas, callejeando sin un rumbo fijo, hasta que me detuve en una estrecha calle que me resultaba familiar. Seguí andando, sin desviar la vista de la fachada que se

dibujaba justo al final. Me rasqué el pulgar con la uña del índice, nerviosa, cuando me di cuenta de que realmente apenas había cambiado en esos ocho años. El mismo azul en la puerta de entrada. El mismo rótulo donde podía leerse «Dulce café». El interior apenas era visible a causa de la luz del sol, sin embargo, el exterior seguía igual.

Hacía años que no regresaba, pero, si miraba dentro, estaba segura de que podría llegar a vernos.



—¿Estás bien? —me preguntó dejando dos tazas sucias sobre la barra.

La verdad era que me encontraba taciturna, algo inusual en mí, pero de un tiempo a esa parte, sentía que nada funcionaba como debería.

Mi hermano tenía un viaje de trabajo a Bélgica, y Luis había aprovechado para irse con él. Cosa que nunca llegó a molestarme, aunque, por primera vez, no me sentó nada bien que no contaran conmigo. O que no se quedara a mi lado para pasar un fin de semana los dos solos. No era su culpa, no dejaba de repetírmelo. Pero no por eso terminé de convencerme, y el malestar hacia mi novio aumentaba a medida que pasaban las horas.

Y no entendía el motivo, la verdad.

—Claro —respondí cuando me miró ladeando la cabeza.

Terminamos de limpiar en silencio. Algo demasiado extraño, tratándose de nosotros, que, raramente, nos quedábamos sin temas de conversación.

Liam había pasado de ser mi compañero de trabajo a ser mi amigo. No podía decir que el mejor, ya que ese puesto lo ostentaba Lucas, pero iban muy a la par.

Y hablando de Lucas, quizás no trabajaba ese día y podíamos salir a cenar. En caso contrario, me quedaba por delante una noche de viernes en soledad.

—¿Nos tomamos una cerveza? —preguntó cuando se dio cuenta de que no había nadie esperando por mí en el exterior.

Me encogí de hombros en respuesta, aunque, en realidad, esa petición consiguió cambiar un poco mi estado de ánimo.

Nos dirigimos al mismo disco-bar en el que estuvimos la última vez. Nos sentamos en la única mesa que quedaba disponible. El lugar estaba hasta la bandera. Fui yo la que pedí la primera ronda.

—¿Vas a contarme qué te ha pasado hoy?

—Nada —respondí con la vista fija en el botellín de cerveza.

—Hace poco, una amiga me dijo que poner en voz alta nuestras preocupaciones hace que pesen un poquito menos.

—Una chica inteligente esa amiga tuya.

—Sí que lo es. —Nos miramos a los ojos y me removí nerviosa ante la intensidad con la que él lo hacía.

No era la primera vez que ocurría.

—Es una tontería... —Alzó las cejas interrogantes—. *Mi hermano tenía un viaje por trabajo y Luis se ha ido con él.*

—Querías irte con él.

—No especialmente. —No sé a quién de los dos sorprendió más esa afirmación. Me sentí

mal al instante—. No me malinterpretes —me apresuré a añadir—, claro que quería irme con él, es que...

No sé la razón por la que me puse tan nerviosa, la verdad.

—Querías irte con los dos. No es una tontería, Chica con novio.

Dependiendo del contexto en el que nos encontrábamos, solía llamarme «Chica con novio», sobre todo, si en esa conversación aparecía Luis, aunque, por norma general, se dirigía a mí como «nena». Siempre me recordaba que tenía que pedirle que dejara de llamarme por ese apelativo tan íntimo. Prefería que lo hiciera con la primera opción, una que incluyera a mi pareja, aunque siempre encontraba una excusa para no hacerlo.

—Esta música es una basura —dije desviando la atención.

Soltó una carcajada ante mi, no tan sutil, cambio de conversación.

Tenía la teoría que fingía pasión por la música pop solo para fastidiarme, yo era más de los años 80, o 90, si me apurabas. Y eso él lo sabía.

—Este estilo es perfecto para bailar. —Lo miré nada convencida—. Ven.

Agarré por inercia la mano que me tendió al ponerse de pie, y tiró de mí. Nos dirigió hacía la pequeña pista y, cuando aún no había asimilado que nuestras manos estuviesen entrelazadas, me agarró por la cintura y se empezó a mover. Se me puso todo el vello de punta al sentir sus manos en contacto con mi piel.

—Vamos, nena, baila conmigo.

No sé qué canción era la que sonaba a través de los altavoces. No la reconocí, aunque también sabía que no era apropiada para bailarla de la manera en la que lo estábamos haciendo.

Aun así, me apreté contra su cuerpo.

Un millón de hormiguitas treparon por mi estómago.

No sé en qué momento el ritmo cambió por algo más acorde a nuestro estilo de baile.

—¿Qué canción es?

—Yo te esperaré, de Cali y El Dandee.

Me estrechó contra él y le rodeé el cuello con los brazos de manera automática. Nunca había sentido eso de encajar completamente con alguien, pero era como si mi cuerpo se acoplara a la perfección con el suyo.

Levanté la mirada con los latidos haciendo los coros de la canción. Sus ojos verdes brillaban a causa de las luces de neón. Y me perdí en ellos. Dejé que me absorbieran. No opuse resistencia, aun sabiendo que lo que sentía en ese instante estaba mal. Pero que ardiera el mundo, que me daría igual. Le acaricié la nuca y sonreí cuando se le erizó la piel.

Di un pequeño paso al frente para acercarme más a él. Estaba tan perdida en lo que sentía que no me percaté de que nuestro contacto era casi total. Su agarre se afianzó en mis caderas. Sus manos descansaban en la parte baja de mi espalda. Me acerqué más a él, que respondió apoyando su frente en la mía. Me estremecí al sentir su respiración sobre mis labios.

Cerré los ojos, perdida en un tsunami de sensaciones como no había sentido nunca.

Lo deseé. Deseé que acortara la poca distancia que nos separaba y me besara. Creo que nunca había deseado algo con tanta intensidad como lo hice en ese instante. Perdí una mano en la suavidad de su cabello. Mi mirada saltaba de sus ojos a los labios. Y creo que a él le pasaba exactamente lo mismo. Me acercó por las caderas, lo acerqué por la nuca. Solo unos milímetros, su respiración acelerada. Un poco más y... Cuando ya podía casi notar el roce de sus labios, cuando sentí cosquillas en los míos ante la anticipación y las ganas de dejarme llevar y que ese beso me transportara a las estrellas, la música volvió a cambiar haciendo que los dos diéramos

un paso hacia atrás asustados.

El hechizo se había roto.

Se pasó las manos por la nuca, confuso. Lo miré consternada y me di cuenta de que, a nuestro alrededor, el mundo no había dejado de girar.

¿Qué acababa de pasar?

Me alejé de él, mortificada ante lo que había estado a punto de hacer. No dejé de mirarlo hasta que me di la vuelta y me mezclé entre las personas que no dejaban de reír y saltar, ajenas a la tormenta que se había desatado en mi interior. Había estado a punto de besar a un chico que no era mi novio y, lo peor era que, realmente, había deseado que ocurriera.

Salí dando tumbos del bar. Me senté en el primer banco que encontré disponible cuando los latidos alocados de mi corazón me pidieron un descanso. No tuve muy claro qué hacer a continuación. La mezcla entre la culpabilidad y la euforia era difícil de manejar.

¿Qué debía hacer?

Llamé a Luis, fue lo único que se me ocurrió.

Me temblaban tanto las manos que el teléfono estuvo a punto de caérseme al suelo.

—Cógelo, cógelo, cógelo —supliqué al borde del colapso.

Necesitaba escuchar su voz, que sacara de mi cabeza el tacto de las manos de Liam en mi piel, su respiración sobre mi boca... Que me recordara por qué estábamos juntos, un «te quiero», «un peque», lo que fuera. Algo que me dijera que él era lo correcto, que siempre lo sería. Que con una palabra eliminara las ganas de mandarlo todo a la mierda y que evitara que regresara a ese bar.

¿Seguiría allí?

La voz robótica del buzón de voz me sacó del estupor en el que estaba sumida. Intenté contactarlo una y otra vez. No respondió.

Me limpié las lágrimas con el antebrazo cuando me di cuenta de que estaba llorando.

Devolví la mirada a la entrada del bar. La puerta estaba cerrada. Y no había rastro de Liam. No es que esperara que me hubiese seguido, o sí. No lo sé. Me levanté e ignorando completamente a mi corazón, caminé en dirección contraria cuando las ganas de volver a entrar se hicieron casi insoportables.

Cuando me metí en la cama, después de apagar el teléfono, me costó bastante conciliar el sueño. No sabía cómo proceder. No quería perder a Luis, eso conllevaría que dejáramos de ser lo que éramos. Mi hermano no me lo perdonaría y pondría a Lucas en una tesitura que no se merecía. Aunque, por otro lado, la alternativa era dejar de ver a Liam. Tampoco quería eso. En pocos meses había pasado a ser alguien demasiado importante como para prescindir de su compañía.



Me di la vuelta pensando en que, a juzgar por los acontecimientos, ese día debería haberme dejado llevar por mis sentimientos.

Le di la espalda a la cafetería cuando mi teléfono volvió a sonar. No tenía ni idea de la hora que podía ser. Pero empezaba a estar helada, aunque, en realidad, la temperatura invitara a quitarse toda la ropa. Supuse que estaba destemplada, por lo que me dirigí a casa. No es que me apeteciera, aunque empezaba a ser urgente que me diera una ducha de agua caliente.

21 Liam

—Necesito tu ayuda.

Dejé el plato olvidado en la encimera y me dirigí al comedor.

Por el tono de voz de Joel, supe que algo no iba bien y que estaba relacionado con la mujer a la que no conseguía sacar de mi cabeza.

—¿Qué ha pasado?

—No tengo ni puta idea de lo que ha ocurrido, pero no está bien y...

«Y yo no puedo más», mi subconsciente relleno ese silencio por él.

—¿Qué ha ocurrido? —insistí, levantándome del sofá para ponerme algo de ropa con la que poder salir a buscarla.

No me planteé no hacerlo, aun desconociendo el motivo. Solo quería llegar hasta ella por muy loco que sonara.

—¡Dios, ni siquiera sé cómo llamarlo!

Puse el altavoz y cogí un pantalón de deporte y una camiseta. Me calcé y salí a la calle mientras me relataba todo lo ocurrido.

—Se ha ido —escuché a Zoe de fondo.

—Mándame su dirección —solicité antes de colgar el teléfono.

Me llegó al cabo de unos segundos, la puse en el GPS, y fue cuando me di cuenta de lo cerca que realmente siempre estuvo.

Media hora, ese era el tiempo que marcaba la pantalla.

Pasé el trayecto golpeando el volante con los dedos, bastante nervioso.

Esperé por horas, en las cuales tanto Lucas como Joel intentaron ponerse en contacto con ella. No respondió a ninguno de los dos. Me planteé ser yo quien la llamara, pero sabía que, si lo hacía, no solo no contestaría, sino que, además, sospecharía que estaba al tanto de lo ocurrido.

Suspiré, aliviado, cuando la vi acercarse por el final de la calle. Iba con la cabeza gacha y un moño desordenado.

Salí del coche, agarré mi teléfono y forcé un encuentro como si no fuera más que una mera casualidad.

—¿Silvia?

Levantó la vista y me quedé impactado con su imagen. Tenía unas ojeras tan pronunciadas que llegué a pensar que estaba al borde del desmayo. Su rostro denotaba una tristeza y una resignación extrema. Como si hubiera llegado a la conclusión de que no había nada más que hacer. Sentí de nuevo esa necesidad de llevármela muy lejos, donde solo estuviéramos ella y yo.

Quise borrar esa expresión de su cara.

—¿Qué haces aquí? —preguntó de malas maneras y a la defensiva.

—Compras de última hora.

—Genial. Nos vemos. —Dio un paso a mi derecha dispuesta a marcharse.

—Oye, ¿estás bien?

—Sí —respondió sin girarse.

La adelanté para quedar frente a ella y vi que empezaba a perder la paciencia.

—¿Qué quieres? —preguntó molesta.

—Saber qué te ocurre.

—Déjame en paz, Liam.

—¡Guau! Ya he tenido que hacer algo realmente grave para que me contestes así.

Puso los ojos en blanco con exasperación. No me importó, por lo que di un paso adelante para acercarme a ella. La vi morderse la mejilla con rabia mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Estás cabreada conmigo? —insistí.

—No.

—¿Con quién?

Me miró fijamente y, dando un paso adelante y sin que yo lo esperara, me abrazó escondiendo la cabeza en mi pecho.

—¿Qué ocurre, Silvia?

—Necesito un amigo.

—Eso creo que puedo hacerlo. —Estreché el abrazo para demostrarle que podía contar conmigo—. Estás helada.

—Oye, gracias por el abrazo, no te haces una idea de cuánto lo necesitaba. No quiero entretenerte, tú tienes cosas que hacer y yo necesito una ducha con urgencia.

—No es tan importante.

—¿El qué?

—Lo que tengo que hacer. Puedo sacrificar un paquete de jamón para Lucien por una amiga.

Sonrió débilmente negando con la cabeza.

—Me parece que tengo un paquete de jamón en la nevera que podrías llevarle.

—Te sigo.

Mientras subíamos las escaleras de su portal, su teléfono sonó tres veces y tuve que hacer un esfuerzo para no preguntar. Solo se molestó en sacarlo del bolsillo cuando se escuchó el aviso de lo que supuse sería un mensaje o un email.

—Lo que me faltaba —renegó.

—¿Todo bien? —pregunté cuando se hizo a un lado para dejarme entrar en su casa.

—Me acaban de despedir.

Tiró el móvil de malas maneras sobre la mesa del comedor, soltó las llaves y se encaminó al pasillo.

—Voy a darme una ducha, ponte cómodo.

Miré a mi alrededor y me di cuenta de que ese piso era una casa, pero no un hogar. Apenas había fotografías, excepto alguna de su sobrino o su hermano. Por lo que sabía, Silvia llevaba varios años viviendo en el mismo lugar, y me sorprendió darme cuenta de lo poco que había de ella entre esas paredes.

Lo primero que hice fue mandar un mensaje a Joel para avisarle de que estaba con ella y que no se preocupara al no localizarla. Y otro más dejando constancia de mi intención de llevármela a Escocia.

Me guardé el teléfono cuando dejé de escuchar el agua de la ducha. Salió diez minutos después vestida con un pantalón de chándal que le quedaba bastante grande y una sudadera.

—Se me hace raro tenerte aquí.

—A mí también —decidí ser sincero, por lo menos, en eso.

—Es... extraño.

Asentí dándole la razón, ya que la tenía. A mí me pasó lo mismo el día en que subió a mi casa por primera vez.

Quise insistir en lo que había ocurrido, pero, por otro lado, se la veía más relajada y repuesta, así que lo mejor que pude hacer fue dejarlo pasar.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó desde la cocina—. Creo que tengo alguna cerveza.

—¿Tienes Coca-Cola?

Salió unos minutos después con un vaso con hielos y una rodaja de limón, y el refresco en una mano y lo que me pareció un té helado para ella.

Los primeros minutos desde que se sentó a mi lado en el sofá fueron incómodos. Ninguno de los dos parecía tener nada que decir.

—¿Qué es eso de que te han despedido? —pregunté con cautela.

—No tengo ni idea, la carta de despido está con fecha de ayer.

—Es decir, ahora estás libre —afirmé, vaciando el contenido de la lata en el vaso.

—¿Para qué?

—Para venirte conmigo a Esocia.

—¿Otra vez con eso? No voy a irme contigo, Liam. No es como si fuésemos...

—¿Amigos? Porque hace unos minutos es justo lo que has dado a entender cuando me has abrazado.

—¿Somos amigos?

—Los mejores.

—Eso ha sonado condescendiente incluso para ti.

Sonrió, esta vez de verdad, y yo quise darme golpes de pecho al pensar que, por fin, y gracias a mí, su rostro mostró un estado de ánimo más alegre. Su color de piel había subido varias tonalidades y por lo menos, sus ojeras ya no eran tan pronunciadas.

Me miró como si quisiera saber si escondía algún motivo oculto para invitarla a venir conmigo, pero la realidad era que, aunque lo tenía, las ganas de que aceptara y pasar unos días con ella, siendo solo eso, amigos, ganaban terreno ante todo lo demás.

No quise preguntarme el motivo por el cual estaba sucediendo eso.

—No puede ser. Tengo que arreglar los papeles del desempleo. Encontrar un trabajo con el que seguir siendo independiente y no puedo permitirme unas vacaciones en este momento.

—Puedes arreglarlos por internet, no tienes que ir a la oficina. No va a pasar nada porque te tomes un descanso. Y, por último, por el dinero no te preocupes, la estancia está cubierta y los billetes de avión te los regalo yo.

—Si fuera, cosa que no va a ocurrir, no me ibas a pagar los billetes de avión.

—Juguémonoslo —dije a la desesperada.

¿Por qué insistía tanto? Ni yo mismo lo sabía.

—¿Qué edad piensas que tenemos? —replicó, aunque pude detectar un deje de diversión en su voz.

—Eso ha dolido. No sabes la de noches que he pasado jugando al *¿Quién es Quién?* con Lucas.

Se levantó y abrió una puerta del mueble donde estaba la televisión. Vi la gran cantidad de juegos de mesa que tenía guardados.

—Mi último regalo de cumpleaños —dijo sacudiéndolo con la mano.

—Si gano yo, te vienes conmigo.

—No voy a irme contigo.

—¿Tienes miedo?

Resopló y apartó el juego de mi alcance cuando quise agarrarlo.

—Una partida y, si pierdes, no insistirás más.

Tenía que reconocer que desde que la idea de que viniera conmigo cruzó mi mente, había sido imposible dejar de pensar en ello. Además, lo hacía por ella.

«Claro que sí».

Preparamos los tableros y nos sentamos cada uno en frente del otro.

—Esto es lo más ridículo que he hecho en mi vida.

—¿Tiene el pelo rubio? —pregunté, ignorando por completo su comentario.

Jugamos durante un buen rato sin dejar de mirarnos a los ojos, yo con una sonrisa en la boca y ella con cara de cansancio, aunque algo me decía que no tenía nada que ver conmigo.

—Has perdido —dije rato después dejándome caer sobre el respaldo del sofá.

Realmente, había sido un golpe de suerte el proclamarme vencedor.

—Ni lo sueñes —gruñó guardándolo en la caja—. Mira, Liam, te agradezco que hayas pasado la tarde conmigo, de verdad. Pero no voy a irme contigo. Mi vida está patas arriba. Si crees que lo has visto todo sobre mí estos días, déjame decirte que no lo has hecho. Ni por asomo.

—¿Estás intentando asustarme? Porque no va a funcionar —dije encogiéndome de hombros—. Un trato es un trato, Silvia. Y tú has perdido. Salimos mañana por la mañana, así que yo empezaría a preparar las maletas.

Los dos desviamos nuestra atención a la mesa del comedor cuando su teléfono sonó. Se acercó y, sin mucha ceremonia, lo apagó. Sin embargo, no pasó por alto cómo su expresión se crispó en una mueca al ver quién era el remitente de esa llamada.

—Vete —ordenó, agarrando el aparato para dirigirse al pasillo—. Disfruta de tu vuelta a casa.

Supe que era el momento de marcharme en el momento en que se encerró en la que, supuse, sería su habitación.

Me sentía reacio a irme, por lo menos, sin insistir un poco más, pero sabía que, si me empecinaba en eso, sospecharía que había un motivo oculto.

Cerré la puerta a mi espalda, barajando todas mis posibilidades.

Ya en el coche, llamé a Joel que contestó al segundo tono.

—Necesito vuestro segundo apellido —pedí.

22 Liam

Metí las últimas pertenencias en la maleta y la cerré. Lo tenía todo preparado para mi viaje. Y, aunque, no podía esperar para volver a casa, era imposible sacarme a Silvia de la cabeza y todo lo ocurrido el día anterior. Estaba preocupado, no solo por la manera en la que la había encontrado, que también, sino por la forma en la que me pidió que me marchara.

Solo había resignación en su voz.

Nunca imaginé volver a encontrarme con ella, pero, mucho menos, con esa versión tan diferente de la chica que una vez conocí. No sabía cómo sentirme al respecto, al fin y al cabo, yo no tenía nada que ver en toda esa historia. Aunque, por otro lado, quería hacerla sonreír como antaño.

Al principio, después de que nos distanciáramos, cuando aún me permitía pensar en ella, la imaginaba feliz, y supongo que así fue hasta que ocurrió el accidente de su novio.

Me di una ducha, y decidí llamar a Joel para saber si había hablado con ella. Estaba convencido de que si intentaba contactarla, su teléfono estaría apagado.

—¿Se va contigo? —contestó al tercer tono.

—Digamos que me echó de su casa.

—¡Mierda! ¿Cuándo te marchas?

—Salgo en un rato hacia el aeropuerto.

—Voy a pasarme a ver si puedo hablar con ella —dijo—. Oye, gracias. No tenías por qué involucrarte tanto y lo has hecho.

Nos despedimos sin mucha ceremonia.

Llamé a mi padre para asegurarme de que todo estaba dispuesto para mi llegada. No me encontraba con ganas de tener que esperar. Ni siquiera pasaría la noche en Edimburgo.

Miré a mi alrededor con la sensación de dejarme algo en el interior de mi piso. Y no, no olvidaba nada. Lo que ocurría era que me sentía reacio a hacer ese viaje sin ella.

«Estás jodido», y posiblemente lo estuviera.

No hacía ni un mes que nos habíamos reencontrado y, de nuevo, mi vida volvía a estar patas arriba.

Me cabré por sentirme de esa manera, todo lo que estaba en mi mano por hacer, estaba hecho. Aun así, fue imposible quitarme la sensación de estar abandonándola cuando más me necesitaba. Una idiotez, si teníamos en cuenta que Silvia lo único que requería era ayuda profesional, y, por mucho que yo me dedicara al sector sanitario, no era mi especialidad.

Todavía disponía de unos veinte minutos de tiempo para salir de casa. Me paseé nervioso y, aunque era lo último que debía hacer, la llamé.

Solté el teléfono, sintiéndome un auténtico gilipollas cuando no respondió. Otra vez, otra vez la anteponía a todo. Y la realidad era que ella no quería que la antepusiera a nada.

Llamé a un taxi y, molesto conmigo mismo, agarré el petate y salí de casa.

Iba a marcharme y, cuando regresara, Silvia volvería a ser un simple recuerdo.

Aun así, con la decisión tomada, fue inevitable mirar en todas direcciones con la esperanza de verla aparecer. Sobra decir que no lo hizo.



—Tarjeta de embarque —pidió la azafata para darme acceso al avión.

Algo me apretaba el estómago.

«No es problema tuyo, has hecho todo lo que has podido». Lo sabía, pero saqué mi billete y pasaporte con reticencia a entregárselo.

No podía hacerlo. No me iría sin ella, estaba deseando volver a casa, pero algo impidió que entrara en el avión.

Negué con la cabeza y me di la vuelta.

Y la vi.

Al final del pasillo. Roja, despeinada y con una mochila que le caía del hombro. Se notaba, a pesar de los metros que nos separaban, que había tenido que correr para llegar.

—Un segundo, ella vuela conmigo. —La azafata, sonrió con amabilidad, a pesar de que, posiblemente, éramos los únicos que faltaban por embarcar.

Me acerqué, ya que se detuvo intentando recobrar la respiración.

Estaba... guapa.

—Has venido —comenté, sin mostrar mucho entusiasmo.

—Tengo un par de reglas —dijo. La animé a continuar—. Uno: nada de hablar sobre lo que ocurrió. —Asentí sin estar muy convencido, porque esperaba que aprendiera a confiar en mí para que, por lo menos, me explicara una mínima parte de lo que la atormentaba—. Dos: lo que ocurrió en tu casa, no va a volver a pasar...

—Silvia —la interrumpí.

—¿Qué? —preguntó colocándose bien la mochila sobre los hombros.

—Vámonos. —La cogí de la mano y tiré de ella para que pudiéramos presentar la documentación y acceder al avión.

No quería dejarla pensar demasiado, esas reglas no eran más que fruto del nerviosismo que la acompañaba.

Nos acomodamos en nuestros respectivos asientos y nos abrochamos el cinturón de seguridad mientras el personal daba las instrucciones a seguir en caso de emergencia. Y no respiré tranquilo hasta que el avión se elevó en el aire.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó tras lo que me pareció una eternidad.

—¿Y tú? —Negó con la cabeza.

Sonreí ante lo que se avecinaba como el gran desastre de mi vida. Porque volvía a casa y lo hacía acompañado. No se lo había comunicado a nadie. Quizás, ante la incertidumbre de si al final accedería a venirse conmigo.

Silvia se pasó la mayor parte del vuelo mirando por la ventanilla, no sabía en qué estaría pensando. Y yo dediqué el mismo periodo de tiempo a observarla, sin poder creer que la persona que viajaba a mi lado fuese la chica por la que perdí el sueño tantos años atrás y con la que, no hacía ni un mes, me había vuelto a reencontrar.

Aterrizamos en el aeropuerto de Edimburgo tres horas después. Salimos del avión y, tras pasar el control de seguridad, nos detuvimos en el exterior.

—Es...

—Pequeño —terminé por ella—. Y porque no has visto el de Inverness. Este es enorme en comparación.

Me miró como si estuviera exagerando. No era el caso, ese aeropuerto solo contaba con una pista y un vestíbulo con una única cinta para las maletas, ubicada a escasos metros de la salida.

—¿Tren o taxi? —Me dejé llevar por el entusiasmo.

¡Por fin estaba en casa!

—Esto no ha sido buena idea —murmuró.

La agarré de la mano y tiré de ella en busca de un medio de transporte, antes de darle tiempo a arrepentirse, cosa que iba a ocurrir si no actuaba. Por suerte, la fila no estaba muy concurrida y, cinco minutos después, le daba la dirección al conductor.

Aproveché que Silvia no perdía detalle a través de la ventanilla y mandé un mensaje a Joel.

Yo: Está conmigo.

Joel: Cuida de ella.

Si se entera de que lo sabes todo,
no nos perdonará a ninguno de los dos.

Sí, eso era algo que yo tenía claro. Silvia no estaba dispuesta a compartir nada conmigo en cuanto al pasado se refería, así que, si se enteraba de que ya lo sabía, y por parte de su hermano... Me echaría de su vida sin miramientos. Ya lo hizo una vez, por lo que no creía que tuviera problemas en repetir la historia.

Llegamos al centro de la ciudad. La temperatura, comparándola con la que habíamos dejado en Madrid, era mucho más baja. Si algo caracterizaba a Escocia, era su frío clima y su constante humedad. Era uno de esos días en que el cielo estaba teñido de un gris plomizo que otorgaba un aspecto lúgubre a nuestro alrededor. No me importó en lo más mínimo.

Callejeé con ella caminando a mi lado, algo que jamás pensé que ocurriría. Sonreí al llegar a la entrada de *The White Hart Inn*, el mejor y más antiguo pub de la ciudad, ubicado en el *Grassmarket Square*. Silvia se detuvo y perdió la vista en el castillo. Imponía, incluso a mí conseguía sobrecogerme.

—Qué maravilla. —Y su sonrisa fue tan genuina que me dejó sin respiración.

Era la primera vez, en esas semanas, que la veía sonreír con sinceridad.

—Si quieres podemos subir. Pero antes deberíamos dejar las maletas en el hotel y después dar un paseo por la *Royal Mile*, creo que podría gustarte.

—Me encantaría —contestó sin dejar de mirar la fortaleza que se erigía imponente ante nosotros.

—Primero tengo que saludar a alguien.

Me obligué a moverme, porque juro que podría haberme quedado observando su postura durante horas.

Sin pensármelo, abrí la puerta. Barrí el interior del local con la mirada. No tardé demasiado en localizar a Lucien con su inseparable trapo colgado del hombro, estaba relajado.

—¡Al fin apareces! —Saltó a través de la barra para abrazarme—. Deja que te vea. —Me agarró de los brazos y me miró de arriba abajo con su sonrisa más canalla—. Tío, estás más delgado, ¿qué mierdas te dan de comer por tierras españolas?

Solté una carcajada, siempre que volvía me dedicaba la misma pregunta. Más de una vez, ya de regreso en Madrid, había encontrado paquetes de *haggis* entre la ropa.

Miró a mi derecha y reparó en ella. Me tensé en el momento en el que una sonrisa asomó a sus labios, era esa clase de gesto que volvía locas a las chicas.

—¿Y tú quién eres? —preguntó con claro interés.

—Ni se te ocurra —murmuré entre dientes.

Silvia no contestó, solo se encogió un poco escondiéndose detrás de mi hombro.

—Silvia —respondí en su lugar.

La sonrisa de Lucien no desapareció, ni cuando una chispa de reconocimiento llegó a sus ojos. Asentí imperceptiblemente.

Si alguien sabía lo que esa chica significó para mí, era él. No fueron pocas las tardes en las que lo llamé, comiéndole la cabeza con un único tema de conversación. Incluso llegó a coger un avión para prestarme el apoyo que necesitaba. Fue quien me animó durante meses a luchar por mi sueño, cuando mi única idea era dejarlo todo atrás y regresar a Escocia.

—Encantado de conocerte. —Silvia se quedó rígida, con los brazos inertes a cada lado de su cuerpo, cuando Lucien la abrazó de la misma manera en la que lo había hecho conmigo.

Tuve que recordarme que era mi mejor amigo cuando dilató ese abrazo mucho más de lo estrictamente necesario. Silvia sonrió de forma tensa dando un paso hacia atrás, recuperando de esa manera su espacio vital.

—Ahora mismo os sirvo unas pintas. —Volvió detrás de la barra y abrió el surtidor de mi cerveza favorita.

Buscamos una mesa libre.

—Nunca te había escuchado hablar inglés.

—Ya, en Madrid no lo necesito. Perdona si no has entendido nada, pero Lucien no...

—Sé inglés, Liam. Que no tenga una carrera universitaria no significa que nunca estudiara. Fui a un colegio bilingüe.

—Lo siento. —Hizo un gesto con la mano restándole importancia a mi desafortunado comentario, aunque para no faltar a la verdad, nunca pensé que dominara mi idioma.

—Gracias —dijo cogiendo el vaso que mi amigo le tendió antes de pasarme uno a mí.

—Es muy guapa, no me extraña que perdieras la cabeza por ella.

Me atraganté con la cerveza ante el comentario de Lucien, y más sabiendo que era capaz de entender lo que decíamos.

—Te entiende —volví a murmurar entre dientes.

Silvia sonrió sin dejar de observar la mesa, y Lucien solo se encogió de hombros antes de volver al trabajo.

—Un tipo peculiar. —Se giró en la silla para mirarlo.

No sé por qué esa atención sobre él me molestó. Más si cabe al ser consciente de que no debería hacerlo. Amigos, eso era lo que pretendía que fuéramos, sin embargo, me cabreaba. Y mucho.

No quise analizar lo que eso llegaba a significar.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

Sé que esa contestación tan cortante la sorprendió.

Lo mejor que podía hacer era buscar un hotel donde pasar la noche. Entré en la aplicación móvil y reservé la primera que encontré disponible, tampoco es que hubiese mucho donde elegir, en pocos días comenzaba el Fringe, y la ciudad estaba hasta los topes. Era el festival más esperado y para el que la mayoría de los escoceses se preparaban durante todo el año.

Me encantaba Edimburgo, pero en esos días evitaba visitarla. Era una odisea poder pasear tranquilo por sus calles, ya que se llenaban de obras de teatro, actividades infantiles y conciertos debido al festival por excelencia en la ciudad.

—Si quieres podemos ir al hotel, soltar las maletas y descansar un rato. Y volver para cenar.

—Claro. —Se acercó a mí por encima de la mesa—. La cerveza parece meado de burra. Le sobran como veinte grados de temperatura.

Solté una carcajada, mucho más relajado. También ayudó el que ella estuviese más tranquila. Además, era cierto que la temperatura distaba de como la servían en España, donde incluso la bebían en copas heladas. Aunque yo la prefería más fría, la primera que me tomaba en casa me sabía a gloria.

—Siempre me pregunté cómo te sentías cuando regresabas.

Me cambió el semblante al escucharla hacer referencia a nuestro pasado en común. Tampoco es que pudiera pretender que olvidara lo que en algún momento compartimos, pero, aun así, era ella la que había insinuado no hablar de nada de lo ocurrido entre nosotros. Y era algo que, en realidad, me alegraba. En las últimas semanas, sobre todo en días más recientes, me había reconciliado conmigo mismo por querer ayudarla, pero yo hacía demasiado tiempo que dejé de vivir de recuerdos.

—Lo siento —se apresuró a decir.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero lo siento.

Se puso de pie, abrió su monedero, soltó un billete de veinte euros sobre la mesa y salió escopeteada, arrastrando su maleta.

¡Joder!

Recogí su dinero y le hice una señal a Lucien, lo entendió a la perfección. Pagaría después.

La divisé caminando con premura, calle abajo. Iba en dirección opuesta a la que nos teníamos que dirigir para llegar al hotel, además de que, por mucho que lo intentara, la plaza donde se encontraba el pub estaba atestada de personas con ganas de pasarlo bien. La agarré de la muñeca para detener su marcha.

—El hotel está en dirección contraria —dije con un tono conciliador.

—¿Eres bipolar?

«En lo referente a ti, posiblemente. Quizás ese sea el problema».

—Lo mejor es que me vuelva a Madrid. Ha sido un error venir. Tú estás en casa, vas a reunirte con tu familia y amigos, y no es lógico que cargues conmigo ni con mis problemas.

—¿Qué problemas?

«Cuéntamelo, déjame ayudarte».

—Me refiero a que no soy la misma chica que conociste.

—Yo tampoco, Silvia.

—Sí, lo eres, aunque te esfuerces en aparentar lo contrario. Han pasado los años, pero sigues siendo el mismo. Yo no.

—Eso no tiene nada...

—Voy a ser una carga si me quedo.

—Vamos al hotel.

No pensaba dejar que se marchara. Ni loco permitiría que se largara.

23 Silvia

Abrí el balcón de par en par y llené mis pulmones de aire. Esa noche no había tenido pesadillas, más que nada porque me resultó imposible conciliar el sueño. Cansada de dar vueltas en la cama y ver que no podía dejar de pensar, me levanté.

Me senté en el suelo y miré al cielo.

Nublado, genial, lo último que faltaba para terminar de fastidiarme el día. Me pasé las manos por la cara, intentando tranquilizarme. Estaba alterada. Y cansada, muy cansada.

De todo.

De todos.

Empezando por mí misma.

Encendí el teléfono y casi me dio un infarto cuando se llenó de notificaciones.

Doscientas veintitrés. Ni más ni menos. No había nadie que no hubiese intentado ponerse en contacto conmigo. Me agobié. Mi hermano era quien se llevaba la palma, y sabía que, antes de que despuntara el sol, estaría llamando a mi puerta. Y no quería verlo. El problema es que no tenía a dónde escapar.

«Sí que lo tienes», me puse los ojos en blanco, exasperada.

Volví a pensar en Liam y en la manera en que consiguió mermar mi nerviosismo haciendo algo tan trivial como jugar a un juego de mesa. Logró que, por unas horas, mi mente se relajara, claro que, en el momento en que le pedí que se marchara, todo lo ocurrido se me vino encima de nuevo.

El móvil me vibró en la mano y suspiré resignada. No porque me estuviera llamando otra vez, sino por las ganas que me dieron de desaparecer. Me vi de vuelta, de una patada, a años atrás. Cuando tener a mi hermano cerca me hacía daño o me envaraba que me hablara, aunque solo quisiera tranquilizarme y ayudarme.

El problema es que nadie puede ayudarte cuando tú mismo no sabes cómo hacerlo.

Desvié la atención del teléfono y me abracé las rodillas.

Hubiera agradecido tener un botón de pausa y detener mi vida durante unos momentos. La sobrecarga mental me estaba machacando de una manera brutal. Otra vez. Y no quería verme igual que al principio, que es lo que iba camino de ocurrir.

Me apreté las sienes con las manos, suplicándole a mi cerebro un respiro. Ese era el problema de las personas con ansiedad, que lo sobrepensamos todo, hasta un nivel casi enfermizo.

«Vete con él». El grito de mi subconsciente me sobresaltó.

Dios sabía que hubiese dado todo por poder hacerlo. Sin embargo, marcharme con Liam suponía una carga para él. Acababa de entrar de nuevo en mi vida y ya se la iba a complicar, si es que no lo había hecho ya.

«Buf», pensé al ver, otra vez, el nombre de Joel en la pantalla.

Lo fui a apagar cuando reparé en un mensaje que Liam me había enviado horas atrás.

Un maldito billete de avión, pero lo único que hizo que me lo replantea todo, fue que estuviera a mi nombre y apellidos. No sabía el motivo. No obstante, ver que, de alguna manera, recordaba mis datos, me ilusionó de una forma...

«Deja de darle vueltas a todo y lárgate».

Me puse de pie, nerviosa y me paseé de arriba a abajo en mi diminuto balcón. Visto

desde fuera, cualquier vecino pensaría que estaba tarada, y no le faltaría razón.

Entré en casa y saqué la maleta. No me marcharía, pero podía ilusionarme con hacerlo. Y no recordaba los años en los que no preparaba una. No pude evitar volver a pensar en mi hermano mientras metía todo tipo de prendas en ella. Si me largaba sin hablar con él, lo destrozaría. Él solo buscaba protegerme. Siempre, desde que éramos unos niños sin ningún tipo de consciencia, cuando los problemas no eran más que pelearnos por el mando de la tele.



—¡Joel, Joel! —grité por el pasillo, subiéndome los pantalones de pijama y escondiendo mi botín en el puño—, mira.

Observó con atención cuando abrí la mano y le mostré el diente que provocó que casi me atragantara al cepillármelos.

—Enséñamelo. —Mi amplia sonrisa dejó al descubierto el hueco.

—A mí todavía no se me mueve tanto. Qué suerte, mañana tendrás un regalo y yo no.

—Lo compartiremos —prometí.

—¿De verdad?

—Claro.

Elevé el meñique y él se apresuró a agarrármelo. Nos soltamos abriendo la palma de la mano, acompañando el movimiento con un «shfff» que habíamos visto en una película días atrás y molaba cantidad.

—Vamos a enseñárselo a papá.

Después de mostrarles el diente, nos metimos en mi cama, seguros de que, con cuatro ojos, teníamos más posibilidades de ver al ratón.

Con los Reyes Magos todavía no habíamos tenido suerte, aunque no por eso, dejábamos de intentarlo.

A la mañana siguiente, al despertarme, me apresuré a mirar debajo de la almohada. El diente no estaba.

—No está —grité zarandeando a mi hermano—. Joel, se lo ha llevado.

Saltamos a la vez. Mis padres hicieron acto de presencia y entre los cuatro buscamos el regalo. Estaba escondido detrás de mi escritorio. Lo desenvolví a toda velocidad, dejando el suelo perdido de pedacitos de papel. Y el alma se me cayó a los pies. Lo primero que pensé cuando vi el contenido fue ¿cómo iba a compartir eso con mi hermano? Hundió los hombros, decepcionado. Saqué la muñeca y le arranqué un brazo. Mis padres me miraron horrorizados, pero me dio igual. Me senté en la cama y repetí la operación con el otro para poder pasárselo. Hice lo mismo con las piernas y continué con la cabeza. Entonces, alcé la mirada y vi que la sonrisa le partía la cara en dos.

—¿Quieres la cabeza o el cuerpo?

—Me da igual.

Le pasé la cabeza, un zapato, la camiseta y yo me quedé con los pantalones.

Ese día comprendimos que nuestras promesas eran irrompibles, y mis padres aprendieron una lección muy importante: los regalos tenían que ser algo que pudiésemos compartir los dos.

Mereció la pena solo por ver la sonrisa de mi hermano. Ojalá la mía se pareciera un

poquito a la de él. Porque era bonita.



Salí de mi ensoñación y tirité. Siempre estuvimos unidos, más que cualquier pareja de hermanos que hubiese conocido. Por eso, esa distancia, me dolía. Sin embargo, no podía dejar de estar decepcionada con él. Aunque no supiera si lo ocurrido era para tanto.

Me preparé una infusión y me la bebí a sorbitos, estaba muy caliente.

Liam y mi hermano me llamaron en un periodo de diez minutos.

Y colapsé.

Me levanté con prisas, pasé el vaso por debajo del agua y lo dejé secando. Me di una ducha rápida y me vestí a trompicones. Y, agarrando mi maleta, salí de casa escopeteada.

Pedí un taxi mientras bajaba las escaleras. Me impacienté cuando lo vi girar la esquina veinte minutos después.

—Hemos llegado. —Miré al conductor, confundida, ya que me había pasado todo el trayecto en Babia.

Me apeé del coche y corrí hasta la cola de facturación.

Tuve que pedir disculpas y abrirme paso a empujones. Un terrible atasco me había retrasado más de cincuenta minutos y debían de estar a punto de empezar el embarque.

Me atendieron y teclearon a toda velocidad mis datos. La azafata me tendió mi billete. Pasé el control de seguridad lo más rápido que pude y busqué mi puerta de embarque en las pantallas. No sabía si quería que la hubiesen cerrado o no. Quizás eso era lo que buscaba, el conformarme con un: ¡lo intenté!

No era consciente de lo que estaba haciendo ni de si sería capaz de subir a ese avión. Era como si todo lo estuviera viendo a través de una pantalla de cine. La diferencia fue que corrí tanto que no pude contener la respiración por ver si la protagonista llegaba a tiempo o no.

Me detuve a recuperar el aliento, me ardían los pulmones. Me agarré las rodillas. ¡Por Dios! Estaba en muy baja forma. Levanté la vista para volver a ponerme en movimiento y fue cuando lo vi de espaldas con la documentación en la mano. En ese momento comprendí que no iba a subir al avión. Por muchas ganas que tuviera. Si por mí fuera, me iría al mismísimo infierno con él, pero...

Lo vi negar con la cabeza cuando estaba por darme la vuelta para marcharme. Dio un paso atrás y se giró. Fui incapaz de moverme en el instante en que nuestros ojos conectaron.

Lo vi hablar con la chica del mostrador antes de acercarse a mí sin dejar de sonreír.

Quise suspirar, porque esa sonrisa era la misma que me dedicaba muchísimos años atrás.

—Has venido —comentó, deteniéndose a pocos pasos de mí.

Deseé decir algo, lo que fuera. Posiblemente, ese acto de valentía por mi parte no tuviera importancia, pero para mí era un gran salto de fe.

—Tengo un par de reglas —dije—. Uno: nada de hablar sobre lo que ocurrió. —Asintió sin dejar de mirarme a los ojos—. Dos: lo que ocurrió en tu casa, no va a volver a pasar...

Acomodé la mochila sobre mi hombro sin romper el contacto visual. No sé si pretendía obtener todas las respuestas en el verde de sus ojos. Supongo que no era la única que había cambiado. Él, a su manera, también, por lo que me resultó imposible interpretar lo que decía su mirada.

—Silvia... —interrumpió todas las tonterías que fui soltando sin tener ni idea de lo que estaba diciendo.

—¿Qué?

—Vámonos.

Me tendió la mano.

Y me rendí.

La cogí con muchas dudas y no me dio opción a hacer nada más. Tiró de mí y nos acercó a la azafata que nos miraba con impaciencia.

Podría explicar cómo fue el despegue, el aterrizaje o si hubo turbulencias, pero la realidad fue que me pasé el vuelo con la cabeza en las nubes. Otra vez.

No fue hasta que me bajé del taxi en el centro de Edimburgo que no me di cuenta de la magnitud de la situación. Estaba en Escocia, y no solo eso, sino que, además, acompañada de él.

Me arrepentí en el instante en el que vi lo que significaba para Liam estar en casa. En el mismo momento en que el avión tocó tierra, le cambió el rostro. Sus ojos sonreían al igual que sus labios. No entendía por qué razón seguía en Madrid, cuando estaba claro que su lugar estaba allí.

Solo necesité un segundo para darme cuenta.

Lo seguí hasta un pub, donde me presentó a su amigo. Un tipo bastante peculiar y de sonrisa fácil que se ganó mi simpatía en segundos. Alto, guapo (no tanto como Liam) y de cuerpo atlético. Lo que más me llamó la atención fue el trapo que llevaba colgado al hombro.

No me quedó más remedio que sonreír cuando alegó algo sobre mí, pensando que no lo entendería. No fue por el cumplido en sí, sino más bien el hecho de saber que, en su momento, Liam le había hablado de mí.

El problema llegó al hacer referencia a nuestra amistad años atrás. Salí del bar con prisas y abochornada.

«Eres un desastre, Silvia», me castigó mi consciencia. Y tenía razón: no acabábamos de llegar y ya la estaba liando parda. Le había pedido que él no preguntara nada sobre aquellos años, e iba yo y...

Intenté sabotearme a mí misma explicándole que no era la persona que conoció en su momento. No sirvió de nada. Me ignoró y me llevó al hotel, donde, al parecer, íbamos a pasar la noche.

Algo que me llamó la atención fue que, a simple vista, el hotel parecía una casa victoriana. La recepción era de madera con muchos ornamentos. El suelo era de moqueta de color granate y toques dorados. No contaba con ascensor ni un número elevado de habitaciones. Sin embargo, me enamoró. Tenía un encanto difícil de encontrar en otro establecimiento con más categoría. Era como si hubiera quedado anclado en el tiempo.

No me había dado tiempo a descubrir nada de la ciudad, pero por lo poco que había visto...

—No tenían habitaciones con camas separadas. La ciudad en agosto está hasta los topes. Es lo único que he encontrado con tan poco margen.

—No pasa nada —murmuré sin dejar de observar el lugar donde pasaríamos la noche.

No sería la primera vez que compartíamos cama. Sin embargo, en esa ocasión, no pude quitarme de encima la sensación de que era diferente.

Nos aseamos y volvimos a la calle. A pesar de que eran las ocho de la tarde, la ciudad parecía estar en todo su apogeo. Había muchísima gente. Los pubs estaban hasta la bandera.

—Es el Fringe, el festival para el que Edimburgo se prepara durante el año. Lo que ves

ahora no va a ser nada en comparación a lo que ocurrirá en unos días.

—¿Fringe? —No tenía ni idea de a qué se estaba refiriendo.

—Las calles se llenarán de obras de teatro, actividades infantiles, conciertos... Yo intento esquivarlo, pero si te apetece, podríamos venir en algún momento.

—No. —Negué con la cabeza—. Preferiría que no. —Alzó las cejas, interrogantes.

No pensaba decirle que me ponía nerviosa moverme en aglomeraciones. Ni siquiera sabía cómo conseguí aguantar la noche en la que nos besamos, supongo que fue producto del alcohol. No encontraba otra explicación, solo de pensarlo... Me estresaba, por decirlo suavemente.

—Si quieres, mañana podríamos madrugar para hacer algo de turismo sin que haya tanta gente alrededor.

No fue lo que dijo, me chirrió la manera en que lo hizo. Aunque lo dejé pasar al centrar la mirada en el castillo, que se levantaba poderoso al final de la calle donde nos encontrábamos.

—He quedado con Lucien para cenar. ¿Te importa? —Negué con la cabeza.

Yo ni siquiera sabía qué me había llevado a Edimburgo, lo que sí tenía claro eran sus motivos. Pasar tiempo con su familia y amigos, a los que veía muy de vez en cuando, así que no iba a ser yo la que se opusiera a ningún plan que los incluyera.

Volvimos a callejear hasta llegar al mismo pub en el que habíamos estado un rato antes. En ese momento, estaba muchísimo más concurrido. Las personas se arremolinaban en la barra y alrededor de las mesas. Me acerqué a Liam cuando me empecé a agobiar, aunque mi intento de sentirme protegida duró lo que dura un pestañeo. Recibí un empujón que me obligó a dar varios pasos hacia atrás.

—¡Por fin estás aquí! —dijo una voz cantarina mientras se lanzaba a los brazos de Liam.

Me fijé en esa chica y en la sonrisa que se dedicaban. Aun estando alejada de ellos, percibí el cariño que se profesaban. ¿Qué narices pintaba yo allí? Lejos de todo lo que conocía y de las personas en las que confiaba. No debería haber dejado la seguridad de mi casa.

—¿Qué haces tú aquí? —El tono despectivo con el que se dirigió a mí, consiguió bloquearme.

Nadie con quien no había cruzado una mirada en mi vida me había hecho sentir tan mal como esa chica.

—Niamh...

Me mantuve firme, aunque el cuerpo me dijera que me diera la vuelta y saliera escopeteada del pub, cosa que no pude hacer, ya que alguien se acercó a mí y, rodeando mis hombros con un brazo, me estrechó contra él. Volví a tensarme. Comprobé asustada que era Lucien. Ni sabiendo que era él conseguí relajarme. Aunque, por lo menos, me estuviera dedicando una sonrisa amable.

—¿Qué hacéis todavía aquí? —Intentó sonar divertido, pero, incluso sin conocerlo, fui capaz de detectar la tensión en su voz.

Me dejé guiar por él cuando me instó a moverme y seguirlo. Me senté en una especie de sofá de material sintético marrón y con marcas a causa del desgaste.

—Ahora nos traen otras cervezas.

No pasé por alto que ni Liam ni Niamh nos habían seguido. Dirigí la vista hasta el lugar donde se encontraban. Esa chica pelirroja gesticulaba, enfadada, y Liam se pinzaba el puente de la nariz con el índice y el pulgar, aguantando la reprimenda.

—Silvia, ¿no? —Asentí cohibida—. ¿Qué te trae por Escocia?

—Eso mismo me estaba preguntando yo —murmuré.

Me giré confundida cuando Lucien soltó una risotada llamando la atención de varias

Ignorando los aspavientos de su furiosa amiga, llegó a nosotros en dos zancadas para sentarse a mi lado.

—Silvia.

Lucien empezó una conversación sin ningún sentido. Era como si hablara de manera aleatoria de todo lo que se le estuviera pasando por la cabeza y que su única intención fuera rebajar la tensión que nos rodeaba.

Me senté en una especie de pieza de mármol, en la misma plaza donde se ubicaba el pub. Me abracé el cuerpo intentando protegerme del frío. Parecía que la temperatura bajaba por momentos. Estábamos en pleno agosto, así que la idea de coger una chaqueta ni se me había pasado por la cabeza, aunque, a decir verdad, ni siquiera estaba segura de llevar una en la maleta.

Algo hizo «clic» en mi cabeza. Yo conocía a esa chica, aunque solo nos hubiésemos cruzado en una ocasión y durante escasos segundos.



Miré a Liam de reajo.

«Siento si te di una impresión equivocada», «no quería besarte», «estaba cansado y las cervezas no ayudaron mucho», fueron algunas de las palabras que pronunció para salir del paso. Y, aunque, por un lado, me sentía más tranquila, por el otro, no dejaba de pensar en que todo lo que experimenté esa noche fue cosa de los dos, no solo mía.

—Silvia, hoy viene una amiga a recogerme y me gustaría...

—¿Y eso tendría que importarme? —contesté hastiada.

Apretó la mandíbula ante mi arrebato. Quise pensar que se debía a las dos semanas tan extrañas que habíamos pasado y no a los celos irracionales que advertí al escucharlo hablar de otra chica. Yo no tenía derecho a sentirme de esa manera y, mucho menos, cuando mi novio debía de estar por llegar. Aun así, me arañaron por dentro. Algo con lo que no estaba nada familiarizada.

Era raro que tuviera esos sentimientos tan extremos con mi compañero de trabajo y, en cambio, con mi pareja no los hubiese sentido nunca.

Recogí mi bolso y me quité la camiseta que usábamos en nuestro turno, con la idea de salir escopeteada de allí. No tardé ni dos minutos en estar lista para marcharme.

La campanita que anunciaba la llegada de la «amiga» de Liam se escuchó en el momento en el que yo salía de esa habitación.

—Silvia, esta es Niamh —dijo con tono conciliador y suplicante.

Levanté la vista del suelo al pasar por su lado.

—Encantada —expresé de carrerilla—, mi «novio» acaba de llegar. Tengo que irme. —Y sí, mi tono al pronunciar esa palabra fue demasiado evidente como para pasarlo por alto.

Huí sin detenerme a pensar en lo maleducada y rastrera que estaba siendo. Abrí la puerta y di una bocanada de aire intentando recobrar la compostura. En mi carrera por alejarme me estampé contra el pecho de Luis que, agarrándome de la cintura, evitó que acabáramos los dos en el suelo.

—Hola, peque —saludó sin perder la sonrisa.

Giré la cabeza y conecté mi mirada con la de Liam. Esa chica apoyó la mano sobre su hombro en un gesto que denotaba la confianza que tenían entre sí. Los odié.

No sé qué se me pasó por la cabeza para hacer lo que hice, pero esa tarde llevaba la palabra irracional escrita en la frente, así que agarré a Luis por la nuca y lo acerqué hasta acabar uniendo nuestros labios. Este se lo tomó como una señal, ya que, sujetándome de la cintura, me acercó más hacia él para profundizar el beso.

Quise morirme.

Me separé de Luis con muchas ganas de llorar. Detesté que no me hiciera sentir ni la mitad de lo que experimenté con Liam. No se me aceleró el corazón, ni sentí cosquillitas en el estómago por la anticipación. No me quemaba la piel donde las manos de Luis seguían agarrándome.

No sentí nada.

Desvié la mirada, consternada. Mis ojos se encontraron con los de Liam y, automáticamente, di un paso hacia atrás alejándome de Luis. Les di la espalda a los dos.

Estaba... confundida. Y no debería ser así.

Yo tenía pareja y no era Liam.

—¿Vamos a mi casa? —preguntó mi novio con la voz ronca.

—No me encuentro muy bien —dije rascándome el brazo—. Llévame a la mía, por favor.

No me atreví a mirarlo a la cara por miedo a que supiera leer lo que me estaba pasando por la mente. Mi familia decía que era demasiado transparente. Recé para no ser un libro abierto en ese momento.

—Claro.

Entrelazó nuestros dedos y tiró de mí haciendo de esa manera que lo siguiera.



—¿Estás bien? —La voz de Liam me sacó de mis recuerdos.

Por fin entendía por qué esa chica me miraba con tanta animadversión.

—Sí, solo estoy cansada. —No faltaba a la verdad, me sentía exhausta.

—Volvamos al hotel —dijo tendiéndome la mano.

—No. Quédate, estoy segura de que llevas meses sin verlos. Solo explícame cómo llegar. Voy a darme una ducha y meterme en la cama. Créeme, ellos van a ser mejor compañía que yo.

Me levanté de mi asiento improvisado.

—Te acompaño y me vuelvo. Está a cinco minutos —aclaró cuando vio mi intención de protestar.

Volví a abrazarme el cuerpo, hacía muchísimo frío o, quizás, solo estaba destemplada.

Liam tenía razón, había cinco minutos de distancia entre esa plaza y el hotel.

—Nos vemos en un rato.

Asentí y crucé la recepción.

Me di una ducha, pensando en que debería llamar a mi hermano y decirle dónde me encontraba. El caso era que no me atrevía y tampoco estaba segura de querer seguir con esa aventura.

Me puse un pantalón de chándal y una camiseta. Estaba tan cansada que no tardé en quedarme dormida. Arrastrar una noche en vela me pasó factura.



Horas después, me senté de golpe en la cama, con el corazón al borde del colapso. Miré a mi alrededor, desorientada, la oscuridad reinaba en la habitación. Las cortinas no dejaban pasar ni un resquicio de luz. Necesitaba respirar y ni siquiera sabía por dónde empezar a buscar.

Me levanté histérica. La sensación de ahogo iba en aumento.

—¿Silvia? —Liam encendió la luz de la mesilla.

Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando el recuerdo de la pesadilla acudió a mi mente. Mis padres, Luis, mi hermano y Liam, todos mezclados, juzgándome por algún que otro motivo. Quise gritar de la impotencia. Necesitaba que esas voces desaparecieran. Me removí demasiado nerviosa. Busqué un balcón, mi cabeza no dejaba de gritar y yo...

Me paseé por la habitación buscando, en esos pocos metros cuadrados, una salida. No quería saber lo que debería de estar pensando Liam sobre mí. Mi estado no me permitía fingir que estaba bien. Tampoco entendía qué ocurría para que las pesadillas se hubiesen recrudecido o que los ataques de pánico se acortaran en el tiempo. Y mi estado anímico era demasiado voluble como para pasarlo por alto.

Liam me sujetó los hombros con delicadeza y yo en lo único en lo que era capaz de pensar era en el silencio.

Ese silencio que nunca conseguía alcanzar.

Lo agarré de la camiseta y, sin pararme a pensar, estampé mis labios contra los suyos.

Y todo se silenció a mi alrededor.

Se separó de mí, mirándome con asombro. La preocupación seguía ahí. Mi mente volvió a hacer de las suyas. Pensé que era normal que se alejara de esa manera. Me acababa de comportar como una neurótica. Y no podía contar con la baza del alcohol ya que solo había bebido media cerveza y de eso hacía horas.

No sé qué vería en mi mirada, si la desesperación por dejar de sentirme tan mal o lo abochornada que empezaba a estar por haberlo besado de esa manera.

No me dio tiempo a pedir perdón. Dio un paso con decisión, enmarcó mis mejillas con las manos y me besó de vuelta.

No fue un beso bonito, ni tampoco esperaba que lo fuera. Me besaba de la manera en la que lo necesitaba, que no era otra que eliminar de mi cabeza todo lo que me había atormentado durante los últimos años.

Me agarré a su camiseta con desesperación.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

Nos movimos con torpeza y nos dejamos caer en la cama.

No recuerdo cómo tiré de su camiseta ni cómo la lancé al suelo. No se me pasó por la cabeza que hacía muchísimo tiempo que no mantenía relaciones sexuales. Lo único en lo que era capaz de pensar era en su cuerpo encima del mío y la forma en que sus sus manos me acariciaban haciendo que mi mente solo pudiera centrarse en eso.

Creo que podría volverme adicta a ese único sonido en el que solo se escuchaban nuestras respiraciones aceleradas. Mi piel hormigueaba allí donde sus manos pasaban.

Dejó un reguero de besos en la base de mi cuello. Siguió un camino descendente a través de mi camiseta hasta llegar al bajo de esta para poder quitármela.

Tiré de él cuando lo vi tragar saliva al verme sin nada, no podía permitirme el lujo de parar.

—No dejes de besarme, Liam —supliqué.

—Dilo otra vez —dijo rozando mis labios, pero sin llegar a tocarlos.

—¿Qué? —pregunté confusa.

—Mi nombre, dilo otra vez.

Creo que detecté un deje de vulnerabilidad en él, aunque no podía asegurarlo.

—Bésame, Liam —pedí.

Nos besamos con los labios y juraría que lo llegamos a hacer con las manos. Las suyas estaban por todas partes, estimulando mi piel.

El jadeo que salió de mi garganta cuando se deshizo de mis pantalones consiguió arrancarle una sonrisa demasiado sexi.

Saltó de la cama y rebuscó en sus cosas. Se me aceleró la respiración cuando volvió a gatear sobre mi cuerpo con un sobre metálico entre los dientes. No dio tiempo a que ningún pensamiento cristalizara en mi mente. No tardó lo suficiente como para que se abrieran paso.

Se me paró el corazón cuando rompió el envoltorio del preservativo. Se lo colocó con precisión ante mi atenta mirada. Y se acomodó entre mis piernas.

—¿Quieres continuar? —preguntó al ver mi mirada.

No contesté. No podía explicarle cuán estancada me había quedado o lo paralizada que estaba mi vida. Me sentía como una adolescente manteniendo relaciones por primera vez. Y me avergonzaba ser así. Se suponía que debía ser una mujer segura de sí misma... Tener la

capacidad de decisión en cada faceta de mi vida. ¿Y qué era en cambio? Alguien llena de miedos, con una larga lista de pesadillas y ataques de pánico. Alguien que necesitaba a su hermano cerca para poder sobrevivir.

Era un auténtico desastre.

Se me tensó el cuerpo entero.

Por eso no quería detenerme a pensar. Por eso...

Abrazándolo con las piernas hice fuerza para que entrara en mí de un empujón. Jadeé cuando una punzada de dolor me atravesó de arriba a abajo. Pero lo prefería mil veces a seguir escuchándome.

Elevó mis brazos hasta que quedaron por encima de mi cabeza y entrelazó nuestros dedos. Y, sin dejar de mirarme, salió y volvió a empujar con la fuerza suficiente para que mi sexo se adaptara a él. Mordí su mandíbula cuando la apretó intentando no dejarse llevar. Pero yo quería que lo hiciera.

Necesitaba que lo hiciera.

En otras circunstancias, ese encuentro hubiese sido diferente. Con otras tonalidades, pero no podía sacarme de la cabeza que estaba ocurriendo porque yo necesitaba un desahogo, una válvula de escape que me alejara de mi realidad. Casi me dejé llevar por la frustración de pensar en que lo estaba arrastrando conmigo a algo que no era bueno para ninguno de los dos.

Volvió a mirarme, intentando descifrar en qué estaría pensando o en qué lugar de mi cabeza me había encerrado. Me sorprendió la facilidad con la que conseguía...

Contuve la respiración cuando entró de nuevo con una estocada que sentí en lo más hondo de mi ser. Repitió el movimiento. Una, dos y desconecté.

Desconecté de todo. En ese instante solo existía él, su cuerpo y nuestros dedos entrelazados.

—¡Joder! —exclamó saliendo casi por completo hasta volver a adentrarse de una manera demasiado intensa.

Arqueé la espalda y todo en mí se desbordó.

Mi piel se erizó, la respiración se me aceleró y los dedos empezaron a hormiguearme. Mis caderas se movieron buscando las suyas. Lo necesitaba más cerca para poder mantener esa sensación de euforia el máximo tiempo posible.

Agachó la cabeza y atrapó mis labios con los dientes. Nunca me había planteado llegar a una situación así con él, y si lo hice, fue de una manera tan fugaz que jamás permití recrearme en ello. Sus pupilas se dilataron, provocando que el verde de sus ojos se oscureciese como lo haría un bosque en la penumbra nocturna.

—Liam... —murmuré sobre su boca.

Tenía la necesidad de pronunciar su nombre, asegurarme de que era él. Que, a pesar de todo, era él quien estaba conmigo.

¿Me convertía eso en mala persona?

Nos giró con un ágil movimiento.

Nos miramos a los ojos. Era incapaz de moverme, creía que, si lo hacía, si me movía, aunque fuera un milímetro, desaparecería. Y yo...

Ancló una mano en mi cadera y la otra, con la palma abierta, la apoyó en mi espalda, inclinándose sobre él. Mi melena cayó rodeándonos a los dos.

Su erección se hinchó más en mi interior, si es que eso fuera posible, cuando terminé de romper los pocos milímetros que separaban nuestros labios.

Me incorporé apoyando las manos en su pecho. Quería verlo debajo de mí.

—Nena... —¡Dios! Su voz ronca provocó que mi interior crepitara—, muévete.

Se incorporó para poder besarme y enredé las manos en su cabello. No dejamos de besarnos mientras empezaba a moverme, ni cuando sus manos apretaron mis muslos para acercarme más a él. Ni siquiera cuando mi respiración se volvió tan errática que hacía imposible respirar.

Mi piel estaba sobreestimulada.

Noté un cosquilleo en el vientre, que acabó propagándose por todo mi cuerpo. Lo agarré por las mejillas para poder mirarlo a los ojos. Y, cuando el verde impactó contra mi azul, estallé a su alrededor, provocando que me dividiera en un millón de partículas que, sabía, jamás podría recomponer.

Liam solo necesitó un par de penetraciones profundas, que volvieron a hacerme jadear, para derramarse en mi interior.

—Luaidh mo chéile [\[1\]](#) —murmuró apoyando su frente sobre la mía.

24 Silvia

Salió de mi interior en el instante en que me aparté para quedar tumbada a su lado.

Se levantó de un salto y desapareció en el cuarto de baño.

No me importó que se marchara después de lo que había ocurrido. Mi cabeza solo susurraba y, más que un tornado de pensamientos inconexos fue como una canción de cuna que me sumió en un estado de sopor. Me dormí tan rápido que ni siquiera supe cuando volvió a la cama.



Me despertó el agua de la ducha. Miré a mi alrededor, confundida. Un recuerdo de la noche anterior cruzó mi mente. Me dejé caer sobre la almohada, de nuevo. No sabía como sentirme al respecto. Me debatía entre estar contenta o abochornada. Creo que la balanza se inclinaba más hacia la segunda opción. No comprendía que me había llevado a lanzarme sobre él de la manera en la que lo hice. Sí, en primera instancia podría decirse que fue la desesperación de alejar la pesadilla y todo lo que arrastraba, pero, para no faltar a la verdad, eso desapareció en el momento en el que su piel calentó la mía.

¿Cómo iba a enfrentarme a él? ¿Y si se arrepentía?

Todo se estaba complicando, y eso no era algo que me beneficiara. Ya tenía suficientes líos como para ir añadiendo más a la ecuación.

Me levanté de un salto, con la única idea de adecentarme y poder escapar del momento incómodo que se avecinaba. Estaba tan enfrascada en la tarea de encontrar algo con lo que cubrir mi desnudez que no me di cuenta de que la ducha se había detenido ni de que la puerta del baño se había abierto.

Levanté la vista, sobresaltada, y casi mejor que no lo hubiese hecho. Por lo menos, uno de los dos no tenía que pasar el mal rato de volver a ver al otro desnudo, ya que él salió cubierto con una toalla anudada a la cadera. Ignoré la manera en que su mirada descendía por mi cuerpo y me lancé hacia el baño como si estuviera huyendo de una manada de lobos hambrientos.

—Idiota —me reproché frente al espejo.

En mi estúpido intento de huida, había olvidado coger algo de ropa. Me metí debajo del agua caliente, pensando en que ya me preocuparía después. Primero debía reunir el valor suficiente para enfrentarme a él.

Abrí la puerta del baño veinte minutos después y agradecí encontrar una nota donde decía que iba a recoger su coche y que nos veíamos en la recepción.

Me lo tomé con calma, además de que, con el secador del hotel, tardé más de lo normal en poder secarme el pelo. Me vestí con una camiseta de manga larga y un jersey no muy grueso, pero sí lo suficiente para resguardarme del frío.

Media hora después lo encontré apoyado contra la carrocería de una pick-up azul eléctrico. Vestido con una camiseta negra de manga corta y unos pantalones vaqueros oscuros que le quedaban... bastante bien.

Se me perló la frente de sudor. La verdad, hacía un día muy muy soleado. Tanto que un

transeúnte se me quedó mirando como si me hubiese vuelto tarumba.

—Algo que tienes que aprender sobre Escocia es que puedes pasar por las cuatro estaciones en un único día —comentó, acercándose para coger mis maletas.

Las metió en el maletero. Dediqué esos segundos de ventaja y me deshice del jersey, quedándome con la camiseta.

Se incorporó a la circulación antes de que me diera tiempo a abrocharme el cinturón de seguridad. Nos sumimos en un silencio bastante incómodo. Me removí en el asiento inquieta. Estuve a punto de decirle que se dirigiera al aeropuerto, sin embargo, no estaba dispuesta a ser la primera en hablar. No cuando parecía que él se encontraba en la misma situación que yo. Y tampoco tenía muy claro qué decir llegado el momento. Ni siquiera sabía el motivo que me había llevado a atacarlo de esa manera, y me daba demasiado miedo averiguarlo.

Perdí la vista en la ventanilla intentando serenarme, dejar de pensar y centrarme en el paisaje. Me sobresalté cuando la música inundó el coche.

—¿Por dónde quieres empezar? —preguntó un rato después.

¿A eso íbamos a jugar? ¿A fingir que no había ocurrido nada? Mentiría si dijera que no me sentía aliviada, estaba segura de que no sería una conversación fácil, pero me arañó un poquito el pensar que lo íbamos a dejar pasar.

Los recuerdos de la noche anterior martilleaban mi mente. Siendo honesta conmigo misma, creo que podía volverme adicta al hecho de silenciarme a base de sus besos. Y era una faena.

—¿Qué te parece? —Su voz me devolvió al presente.

—¿Qué? —pregunté, porque la realidad era que no había escuchado nada de lo que había dicho.

—¿Dónde estás?

«En la cama del hotel», pensé.

—¿Quieres que hablemos de lo que ocurrió anoche? —preguntó deteniendo el coche.

—¿Te arrepientes? —pregunté de repente.

Me miró con una expresión que no supe descifrar.

—No creo que arrepentirse sea la respuesta correcta —murmuró—. Pasó, y ninguno echó el freno, así que no puedo decir que me arrepienta. ¿Y tú? —Aunque quiso sonar indiferente, su voz me transmitió un deje de amargura.

—No. —Desvié la mirada al contestar.

Por lo menos podía parar de preguntarme cómo sería estar juntos. El problema era que ya lo sabía y creo que... hubiese preferido vivir en la ignorancia. Si ya de por sí, en el pasado, se me desbordaron las sensaciones por él sin que ocurriese nada, no quería pensar en cómo sería dejar que avanzara todo un poco más y luego... ¿Luego qué?

—No me arrepiento, no es eso, solo que... —añadí.

—Fue un error —finalizó por mí.

Asentí, desviando la mirada para que no viera que, aunque lo supiera, me dolía pensar en que jamás tuvimos una oportunidad. Era como si nunca fuese nuestro momento.

No lo fue años atrás.

Y, mucho menos, en ese instante.

—Sí, lo fue.

—No cambia nada, Silvia.

¿Nada de qué? ¿No cambiaba nada el tipo de relación que fingíamos tener, aunque fuera solo de amistad? Porque para mí todo había cambiado.

Empezaba a sospechar que seguía manteniendo algún tipo de sentimiento hacia él. No quería detenerme a pensar en ello, pero no era normales esas ganas de mejorar mi vida, de ansiar cambiarla o de, no sé, empezar a vivir. Aunque no tuviera ni la más remota idea de hacerlo.

En ese instante, no quise darme cuenta de que ya había sucedido, que, con su llegada, se acercaba lo inevitable y todo lo que un día, me esmeré en ocultar estaba a punto de estallar.

—¿Qué te parece si primero vamos a mi casa y a partir de ahí decidimos?

—Tú eres el guía. —Desvié la mirada hacia la ventanilla.

Encendió de nuevo el motor y, minutos después, me maravillé de lo que iba descubriendo kilómetro a kilómetro.

Me incorporé en el asiento cuando, cada cierto tiempo, dejábamos atrás carteles anunciando la proximidad de algún castillo, lago o lugar de interés. Siempre supe que ese país era un diamante en bruto, debido a mi extensa investigación, pero nunca llegué a imaginar cuán bonito era.

No nos detuvimos en ningún lugar, tampoco pedí que lo hiciera cuando algo me llamaba la atención.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—A casa de mis padres.

¡Genial! Simplemente magnífico. Me mordí el labio con nerviosismo. No podía conocer a sus padres.

No quería.

Intenté tranquilizarme, no dejar que viera lo que habían supuesto esas palabras para mí. No era como si pudiera pedirle que diera media vuelta.

—Baja —ordenó, volviendo a detener el vehículo en un camino de tierra por el que hacía rato que circulábamos.

Lo miré extrañada aún con la tensión acompañándome, pero le hice caso, con tal de retrasar el momento.

¿Cómo no se me había pasado por la cabeza? Era lo normal, él ya pagaba un alquiler en Madrid, por lo que era razonable que, al volver de visita, se hospedara en casa de sus familiares.

Todo mi nerviosismo desapareció dando paso a la estupefacción en el momento en el que ocupó mi lugar y cerró la puerta.

—Conduce un rato, estoy cansado —comentó, pasándome las llaves por la ventanilla.

Me quedé estática.

Hacía demasiado tiempo que no me ponía detrás de un volante. No recordaba la sensación de sentir la vibración del motor a través de los pedales. No es que me diera miedo, es que...

—No sé conducir —me excusé.

—No es lo que yo recuerdo —contestó con suficiencia.

Quise responderle que él ya no recordaba nada en lo referente a mí, tal y como él mismo se había encargado de asegurar. Me debatí entre mandarlo al cuerno o montarme y ponernos en movimiento.

Era tal el dilema que olvidé el motivo inicial por el que estaba tan inquieta.

Rodeé el vehículo y me senté. Lo primero que hice, provocando una sonrisa por su parte, fue buscar el cinturón en el lado contrario.

—¿Están los pedales cambiados de sitio? —¡Y el premio a la pregunta más ridícula era para...!

Intentó contenerse. Se removió e, incluso, manipuló los mandos del reproductor de

música. Lo miré de reojo hasta que llegara el estallido. Y vaya si lo hizo, en forma de una carcajada tan estruendosa que consiguió sobresaltarme.

Si alguien me preguntara cuando fui consciente de que me encontraba delante de la persona de la cual me enamoré tantos años atrás, diría que fue en ese preciso momento. Viéndolo reír de esa manera, sin ocultarse bajo capas de indiferencia. Su sonrisa era grande. Supongo que estar en Escocia tendría muchísimo que ver, pero esa manera tan despreocupada de actuar me recordó... a él. Sus ojos brillaban mientras el sol se reflejaba en ellos, provocando que la tonalidad verde se asemejara a la que nos rodeaba.

No dejaba de sorprenderme como sus iris eran capaces de mostrar sus emociones con tanta facilidad.

—¡No te cortes! —La ironía era patente en mi voz—. Si acabamos estampados contra un árbol, que sepas que fue bonito conocerte.

—Anda, arranca —contestó todavía carcajeándose.

Puse el coche en movimiento de manera torpe, desviándome un poco más de lo necesario hacia la derecha. Me atacó de los nervios cuando Liam corrigió el volante en el momento en el que me incorporé a una carretera, poco transitada, pero carretera, al fin y al cabo. Los carriles eran estrechos y yo iba tiesa como un junco. No estaba disfrutando de esa experiencia. Si sumábamos todos los años que llevaba sin conducir al hecho de que lo hacía en dirección opuesta a la que recordaba... Mi nivel de estrés estaba en su máximo esplendor.

Él era todo lo contrario a mí, su postura era relajada. Lo miré de reojo mientras escribía un mensaje en su teléfono.

—Gira a la derecha en el próximo desvío —comentó sin levantar la vista.

Conseguí tranquilizarme lo suficiente después de seguir sus órdenes. Y me confié. Craso error.

—Vale. —Soltó el móvil sobre su regazo, incorporándose en el asiento. Ese movimiento me puso nerviosa—. ¿Ves ese camino que se abre a tu izquierda? Es por ahí.

Prometo que entendí la indicación, incluso la señalicé con el intermitente (el contrario, pero eso es otra historia). El caso es que, a la hora de la verdad, me aturullé de tal forma que...

Yo grité, Liam gruñó y giré de una manera tan brusca y a tanta velocidad que, cuando quise darme cuenta, estábamos dentro del camino con el coche envuelto en una nube de polvo. A escasos metros del tronco de un abedul.

Podríamos haber sufrido un accidente, hacernos daño de verdad. Y pensar en eso hizo que me desabrochara el cinturón y saltara al exterior. Necesitaba respirar y rebajar el nivel de adrenalina en mi sistema. Escuché como me imitaba. No me giré, tampoco sabía qué decirle.

—¿Estás bien? —Asentí aún de espaldas a él.

Pero no, no lo estaba. Supongo que tenía demasiadas emociones fluyendo libremente en mi interior como si estuvieran subidas en una montaña rusa y no sabía poner el freno para que se detuvieran. Iban con los brazos en alto gritando como locas.

—Silvia, mírame. —Y ese tono de voz ...



Entré en la cafetería con la cabeza gacha, no me atrevía a levantar la mirada y que nuestros ojos conectaran. Por el contrario, él sí lo estaba haciendo, podía sentirlo.

Me apresuré a cruzar la distancia que me separaba de la puerta del almacén para cambiarme y esconderme. Y, sobre todo, darme algo de tiempo antes de enfrentarme a la persona que estaba poniendo mi vida patas arriba de la peor manera. Luis había pasado las últimas veinticuatro horas preguntando si todo iba bien, y yo, mientras tanto, en lo único que podía pensar era en Liam. La situación nos estaba empezando a afectar de verdad.

«Solo somos amigos, solo somos amigos», me repetí. Aunque si ese fuera el caso, ¿por qué me costaba tanto tomar una decisión a la hora de dejar ese puesto de trabajo? El sueldo no era nada del otro mundo, me quitaba tiempo para realizar otros planes. No es que fuera la mejor proyección de futuro y, aun así, era incapaz de acabar con esa etapa de mi vida. Posiblemente, eso me convertía en la peor persona del planeta Tierra, pero es que no quería dejar de verlo. Y, por otro lado, me daba demasiado miedo terminar mi relación con Luis. Era lo único que conocía, era... fácil. Además de que había muchísimos factores que me frenaban. Mi hermano sería el que más sufriría las consecuencias. No podía ponerlo en la tesitura de hacer que eligiera entre mi novio y yo. Era su mejor amigo. Luis llevaba tanto tiempo en nuestra vida que era imposible pensar en no tenerlo.

Pero..., ¿qué me pasaba? ¿De verdad me estaba planteando esas chorradas por un tío al que, como aquel que dice, acababa de conocer? Y que, además, no le daba la importancia que le había dado yo al incidente del «casi beso». Era de locos. Yo quería a Luis. Con toda mi alma. Era mi mejor amigo, nuestra relación era maravillosa o, por lo menos, lo fue hasta que Liam irrumpió en mi vida.

Agarré el pomo de la puerta y estaba por abrirla cuando su voz me detuvo.

—¿No piensas saludar? —No podía verlo, aunque supe que había soltado el trapo sobre la barra y no de buenas maneras.

—Hola —contesté, intentando que mi voz no denotara el nerviosismo que se había apoderado de mí.

Lo escuché caminar y me estremecí cuando sentí el calor de su cuerpo cerca del mío. No me tocaba, seguro que nos separaban varios centímetros, pero no eran suficientes. Necesitaba más distancia y, al mismo tiempo, más cercanía.

Cerré los ojos con fuerza cuando las ganas de dejarme caer contra él se intensificaron.

—Silvia —susurró. No pude adivinar que intentaba transmitir su voz—, mírame.

Giré sobre mis talones, era superior a mí. A pesar de saber lo que tenía que hacer, mi cuerpo se rindió a él.

Apretó la mandíbula al dar un paso para acercarse más a mí.

Toda la situación se nos estaba yendo de las manos. Por lo menos a mí.

Liam me hacía sentir demasiado. Jamás experimenté la intensidad de una mirada por parte de otra persona como la percibí en ese instante. El verde de sus ojos transmitía tanto, qué no supe interpretarla. Tuve que reprimirme para no romper la distancia y abrazarlo.

Iba a volverme loca, si no lo estaba ya.

—¿Olvidamos lo que pasó ayer?

—Claro.

Fue la peor pregunta y respuesta que nos podíamos dar. Y aunque lo sabíamos, ninguno de los dos queríamos aceptar lo que nos estaba pasando.

Después de ese día, no nos costó fingir que no había ocurrido nada.

Nos volvimos expertos en eso.



Porque cuando sientes tanto y lo reprimes, en el momento en que te niegas a aceptar la realidad, todo termina por estallar.

Ese fue mi primer error. Enterrar en lo más profundo de mi corazón mis sentimientos hacia él. Me convencí de que no era importante, aunque, por aquel entonces, yo ya estaba completamente enamorada de Liam y me gustaba todo de él.

Cada parte de él.

25 Liam

No sabía en qué estaría pensando, tenía la mirada nublada. No era la primera vez que ocurría, era como si se encerrara en su cabeza y se perdiera en ella. En algunas ocasiones, duraba unos pocos segundos, en otras, podía estar así durante minutos.

Quise tranquilizarla, aunque no tuviera muy claro qué era lo que necesitaba en ese momento. Supuse que el incidente con el coche había removido algo en ella. Y me sentí culpable. Al fin y al cabo, su pareja falleció por el mismo motivo. Y aunque sabía que Silvia no iba con él, no debía de ser fácil revivir ese momento.

Joel me había contado que llevaba una temporada más alterada de lo normal, aunque solo era intuición, ya que Silvia no compartía su estado anímico con nadie. Por lo que parecía, no explicaba nada. Se había negado a recibir terapia psicológica (cosa que no llegaba a comprender y, muchísimo menos, que nadie hiciera nada para cambiar eso) y se había vuelto hermética. Lucas estaba convencido de que yo podía hacer algo al respecto. «Sus ojos brillan cuando está contigo», comentó de pasada, dejándome a mí la responsabilidad, o la carga, de ser quien la sacara de ese estado en el que ella misma se había sumido. Y me agobiaba no estar a la altura. No ser lo que necesitaba, ya que... ¿Qué necesitaba?

Quise abrazarla, protegerla de ella misma, pero, después de lo ocurrido la noche anterior, no creía que fuese correcto. No estábamos allí para eso, y tampoco pensaba ser su... distracción. Porque no podía pasar por alto que eso es lo que fui, aunque yo me hubiese prestado a ello al ver su cara de desesperación. Quería ayudarla, de verdad que sí, pero no a costa de traicionarme a mí mismo de esa manera.

—Deberíamos ponernos en marcha.

Asintió y, sin mirarme, se encaminó al asiento del copiloto.

Los escasos diez minutos que transcurrieron hasta que me adentré en las tierras de mis padres los pasamos en absoluto silencio.

—¿Cómo son? —preguntó sin dejar de removerse.

Así que era eso lo que la tenía tan alterada.

—No lo sé. Como todos, supongo.

Sonreí cuando divisé a mi madre en el porche.

—No —dijo con la vista clavada en la mujer que nos esperaba con una enorme sonrisa—. Como todos los padres, no.

La miré por unos segundos por si añadía algo más, no lo hizo. Respiró hondo antes de agarrar la manija de la puerta.

—Vamos allá.

No supe interpretar nada de lo que acababa de ocurrir, ni de lo poco que había dicho. Tampoco lo intenté, me importaba mucho más abrazar a la persona que nos estaba esperando, a la que no veía desde Navidad.

Me acerqué a mi madre, que ya tenía los brazos abiertos. No sé cómo lo hacía, pero siempre, sin excepción, cuando enfilaba el camino que daba acceso a nuestras tierras, ya estaba fuera esperándome.

La abracé y la elevé unos centímetros del suelo. Mi madre, Ana, era bajita, morena y daba los mejores abrazos del mundo. Siempre olía a flores silvestres y hiervas aromáticas. Supongo que el hecho de que la cocina estuviera llena de ellas ayudaba.

—Algún día vas a tener que explicarme cómo consigues averiguar cuando estoy llegando.

—Bienvenido a casa, cariño. Te hemos echado de menos.

—Ven, quiero que conozcas a alguien. —La abracé por el hombro y anduvimos hasta el coche—. Esta es Silvia, una amiga.

—Hola —saludó, nerviosa.

—Hola, cariño. —Mi madre se acercó cautelosa, como si hubiese percibido algo y supiera que debía actuar de esa manera con ella.

Silvia se dejó abrazar sin romper el contacto visual conmigo.

—Vamos dentro, tenéis que estar agotados. Tu padre está a punto de llegar.

Sonreí, pulsando para que el cierre centralizado del coche se activara, y seguí la estela de mi madre y Silvia.

Estar en casa era una puta pasada.

—¿No piensas saludar a tu padre?

—¿Tienes una cerveza para mí? —contraataqué, dándole la vuelta, encarándolo.

Era más alto que yo. El verde de los ojos lo heredé de él, y, aunque su color de pelo era cobrizo tirando a pelirrojo, la gente solía decir que éramos como dos gotas de agua.

—Por supuesto que no, ¿por quién me tomas?

Rompió la distancia que nos separaba y, agarrándome por el cuello, me abrazó sin dejar de revolverme el pelo, algo a lo que siempre estuve acostumbrado desde pequeño. Supongo que de eso se trataba, de no perder la costumbre en esos gestos que eran los que me hacían sentir que, por fin, estaba en casa.

Más de una vez me había planteado volver definitivamente a Dingwall, mi pueblo natal, aunque viviéramos a las afueras. Ese lugar me hacía feliz. Donde sabía que, tarde o temprano, acabaría regresando. Aunque siempre había «algo» que me hacía demorarlo.

—¿Y tú quién eres? —Puse los ojos en blanco cuando escuché ese tono de voz que él creía que imponía respeto, algo que hacía que mi madre y yo nos partiéramos de risa.

—Soy Silvia, encantada —dijo, cohibida.

—Bienvenida a casa, preciosa —Silvia se relajó en los brazos de mi padre cuando la abrazó.

Y así de fácil. Me di cuenta de que habían conectado. Que, para bien o para mal, su relación, a partir de ese instante, sería especial.

Mi padre sacó unas cervezas del congelador, y nos las bebimos mientras comíamos el guiso que mi madre había preparado.

En la sobremesa llegó el aluvión de preguntas. Contesté a todas y cada una de ellas, saciando de esa manera su curiosidad.

—¿Qué es esto? —Sonreí viendo como Silvia miraba el contenido de su plato de forma extraña.

—*Haggis*. —Mi padre era un escocés demasiado orgulloso de las costumbres de nuestro país—. Es parecido a vuestra morcilla.

¿Acababa de compararlos con la morcilla española?

—Es el plato típico por excelencia en Escocia —añadí antes de que saliera con otra burrada—. Está hecho a base de pulmón, hígado, riñones y corazón, de vaca u oveja, y eso que lo recubre —dije señalando la parte exterior—, es el estómago. —Silvia me miró horrorizada—. Está aderezado con especias, y...

—Tom llevas toda la mañana cocinándolo, a Lolo le encanta.

—¿Lo has preparado tú? —Mi padre asintió, retándola con la mirada a que lo probara, cosa que dudaba bastante que ocurriera, a juzgar por la expresión horrorizada que lucía unos segundos atrás—. Pásame una palangana —susurró para que solo yo la escuchara.

El problema fue que estábamos los cuatro, alrededor de la mesa y era bastante improbable que mi padre no la hubiese oído. La miró ofendido y negué con la cabeza cuando se levantó de la mesa para hacerse con un barreño y pasárselo a Silvia.

—Si te gusta, tú y yo nos vamos a la destilería a que pruebes nuestro whisky.

Mi padre era intenso, y más si alguien le gustaba. Y, por lo que parecía, ella lo hacía. Para lo que no estaba preparado, ni de lejos, era para la respuesta de Silvia:

—Entonces, voy a tener que decirte que me encanta, aunque luego vomite en esto. —Suspiró de manera sonora con el contenedor de plástico en la mano—. Vamos allá. —Se metió una porción en la boca con determinación y masticó despacio. La observamos con expectación—. Está bueno, un poco fuerte, pero creo que me gusta.

No pasé por alto la mirada orgullosa de mi padre.

—¿Nos vamos? —preguntó a Silvia, levantándose de la silla.

—¿Te importa? —Me sorprendió que pareciera estar pidiéndome permiso.

—No.

Claro que no lo hacía, era que no tenía ni idea de lo que acababa de pasar. Y más, sabiendo lo reacia que solía mostrarse con desconocidos.

Los miré escéptico mientras salían de la cocina. No desvié la vista de la puerta por la que habían desaparecido hasta que escuché el motor del coche al ponerse en marcha.

—Es preciosa, cariño. —Mi madre alargó la mano por encima de la mesa para agarrar la mía.

—Lo es —contesté sin pensarlo demasiado.

—Pero tiene problemas. —La miré a los ojos, nunca dejaría de sorprenderme lo observadora que podía llegar a ser—. ¿De qué os conocéis?

—La conozco desde hace años —murmuré, no muy convencido de querer seguir con esa conversación.

—Es ella, ¿verdad? Es la chica por la que estuviste a punto de dejarlo todo. —Asentí ante la evidencia—. ¿Sigues enamorado de ella?

—No.

—Lolo, esa chica lo está de ti. Si tú no sientes lo mismo, no deberías haberla traído, va a sufrir más de lo que ya lo hace.

—Solo quiero ayudarla.

—Y es muy loable por tu parte, pero no puedes hacerlo con todo el mundo. No está en tu mano.

Sabía que tenía razón, aunque no por eso dejaría de intentarlo. Silvia se merecía volver a ser feliz, pasar las noches sin que la oscuridad la atrapara y, si yo podía hacer algo para que eso ocurriera, que así fuera.

—Y acaba de llamarte por tu nombre.

La sorpresa era palpable. Nunca había dejado que nadie me llamara Liam.

—Voy a soltar las maletas en casa. —Le di un beso en la mejilla y me fui.

Recorrí los escasos cinco minutos en coche pensando en todo y en nada a la vez.

Lo primero que hice fue abrir el ventanal del comedor para ventilar. Estaba bastante seguro de que mi madre se había encargado de ello, ya que, a pesar de los meses transcurridos, olía a limpio. Respiré hondo mirando a mi alrededor. No quería cambiar mis rutinas con Silvia

allí, pero, por otro lado, no paraba de pensar en qué hacer para que disfrutara al máximo su estancia en Escocia.

Dejé sus maletas en la habitación principal y las mías en la de invitados. Me hice con mi guitarra. Salí al porche trasero y me senté mirando al lago que delimitaba las tierras de mi familia.

Fui incapaz de rasgar las cuerdas. Estaba nervioso. Desconocer a qué me enfrentaba con ella, tampoco me ayudaba demasiado. Empezaba a creer que había actuado con temeridad al insistir en llevarla conmigo, aunque poco podía hacer, ya estábamos allí. No es que me arrepintiera, o sí. No lo sé. Pero si mi madre solo había necesitado unos pocos minutos para ver todo lo que arrastraba Silvia, ¿qué pretendía hacer yo?

—Cariño. —Levanté la vista y vi a mi madre resguardándose del frío en su chal floreado—. Se ha hecho tarde, deberíamos ir a buscarlos.

Miré la hora, sorprendido. Me di cuenta de que habían transcurrido casi cinco desde que se marcharon. Y eso solo significaba una cosa.

—Mierda. —Me puse de pie de un salto—. Dejo esto dentro y nos vamos.

Llegamos a la destilería algo más de veinte minutos después, y saludamos al guardia de seguridad que nos dio acceso al interior con una sonrisa.

—Voy a preguntar a Duncan. A saber, dónde se han metido.

—Están en la bodega —dije sin temor a equivocarme.

Entramos en el edificio y recorrimos los pasillos saludando a nuestro alrededor a los trabajadores que nos íbamos encontrando. No era raro vernos merodeando por allí. Siempre que podía, ayudaba. Sabiendo que, algún día, dejaría mi profesión de lado y me dedicaría en exclusiva a la elaboración de la bebida escocesa por excelencia.

Mis padres nunca me habían presionado para hacerlo, de hecho, cuando decidieron mandarme con mi familia española a estudiar, lo hicieron muy conscientes de que seguiría mi propio camino, como así ocurrió. Aunque, en mi fuero interno, siempre supe que mi futuro estaba entre esas paredes.

Escuché las carcajadas antes de girar el pasillo que derivaba en las bodegas.

Eran limpias, sin un ápice de contención, y claras. Era la misma risa de la que me enamoré muchos años atrás.

¡Joder!

26 Silvia

Me bajé del coche de Tom, maravillada. Miré a mi alrededor y no pude más que sonreír cuando vi *McGregor & Sons*, incrustado en la fachada de ladrillo rojo.

—Gracias por traerme. Es impresionante. —Me miró con el orgullo pintando en la cara.

Tom se parecía muchísimo a Liam, o lo correcto sería decir que Liam se parecía a su padre. Lo único que los diferenciaba era el color del cabello, en el caso de Tom de un tono cobrizo, aunque ya estuviera salpicado de canas. Tenía algo que provocó que me cayera bien al instante. Quizás, el motivo fue que era la primera persona desde hacía años en comportarse conmigo con naturalidad y no como si estuviera a punto de partirme por la mitad.

—Eso de ahí es la zona donde se amontonan los barriles y son reparados si es necesario —dijo señalando a mi derecha.

—¿Son de roble blanco americano?

Me sonrió con algo parecido al orgullo, tal y como haría un padre con su hija. Sacudí la cabeza cuando una imagen del mío me asaltó. No quería pensar en él.

—Esta es la zona de fermentación. Primero, hay que maltear la cebada para obtener la mayor cantidad de almidón; después de algunos pasos más, se obtiene el mosto.

Agradecí que no entrara en todos los detalles hasta llegar a ese punto y que lo explicara de una manera que pudiera entenderlo.

Seguimos nuestro camino por los pasillos de piedra. Eran una auténtica pasada, sentía que habíamos retrocedido cientos de años en el tiempo.

—Y esto son los alambiques de destilación —dijo con demasiado orgullo en su voz—. Y las formas de cada uno de ellos son diferentes, de eso depende que tengan un aroma u otro.

No salía de mi asombro. Eran de cobre y extremadamente grandes, y tal y como Tom había apuntado, cada uno tenía un diseño distinto.

Dejamos esa sala atrás y recorrimos una serie de pasadizos, todos de ladrillo rojo, hasta que encontramos una pesada puerta de madera maciza.

La abrió y se hizo a un lado para dejarme pasar.

—¿Es la bodega? —Asintió y me adentré en ella.

Olía a licor. Los barriles se amontonaban con orden y mimo a través de las paredes. Mirara donde mirara había pilas de barricas.

—¡Qué maravilla! —Posiblemente, hubiese usado esa expresión más de diez veces en las últimas horas, pero es que... ¡Qué maravilla!

En ese instante agradecí que Liam insistiera en que lo acompañara.

—¿Quieres probarlo?

Asentí. Hubiese sido un pecado disfrutar de una visita guiada a una destilería de whisky y no catarlo.

—¿Puedo hacer unas fotografías?

Saqué mi teléfono del bolsillo del pantalón. Qué pena me daba no tener una cámara a mano con la que poder hacer unas instantáneas como la ocasión merecía. Cuando me quedé satisfecha, me giré y encontré a Tom cerca de una de las tinas, sirviendo dos vasos. Le hice una fotografía. Incluso a través de la pantalla del dispositivo, se percibía la pasión que transmitía haciendo lo que más le gustaba.

—Toma. —Me tendió el vaso y di un trago con tiento.

No hice muecas raras cuando el líquido bajó caliente por mi garganta.

Me fue pasando vasos con distintos sabores; tengo que reconocer que, a partir del quinto, mis papilas gustativas habían dejado de percibir los diferentes matices. Empecé a notar cómo mi mente se embotaba. Los vasos de Tom contenían el triple de bebida que el mío, así que...

Debería haberme sorprendido acabar sentada en ese suelo con un juego de damas entre los dos. Por qué tenía un tablero en la bodega es algo que ni siquiera llegué a preguntarme.

Lo más asombroso de todo fue lo cómoda que me sentí con alguien a quien acababa de conocer.

—*Mo chreach-sa thàinig!*^[2] —exclamó cuando le gané por tercera vez consecutiva.

—¿Qué significa eso?

—Dicho de una manera elegante, algo así como, «¡Dios mío!». Aunque la traducción literal sería algo como «mi ruina acaba de llegar».

Entonces, mi mente abrió una veda de lucidez en mi ética cabeza y recordé las palabras que pronunció Liam cuando nos acostamos la noche anterior.

—¿Qué significa *Luaidh mo chèile*^[3]? —Intenté pronunciarlo de la misma manera.

Creí hacerlo bien, aunque, a juzgar por la expresión de perplejidad en su rostro, no lo conseguí.

—Mejor no lo traduzco, porque seguro que no es que tengo el culo rosa. —Solté una carcajada que retumbó con eco entre esas paredes—. Intenta decirlo despacio y de una manera en la que pueda entenderte.

Asentí e intenté decirlo de una forma pausada y usando la misma pronunciación que creía haber escuchado en Liam.

—*Luaidh mo chèile*. —Me miró ladeando la cabeza con una expresión confundida—. ¿No me digas que ahora te lo he pintado de azul?

—No —contestó entre risas—. ¿Quién te ha dicho eso?

Lo miré sin saber si responder a esa pregunta o no, pero mi curiosidad era tan extrema que terminé por rendirme.

—Liam.

Negó con la cabeza, entre sorprendido y orgulloso, y me puse un poquito más nerviosa.

—Entonces tendrá que ser él quien te responda.

Lo miré indignada, lo que provocó otra ristra de risas por su parte. Se reía como un oso con ronquera, su risa era profunda y con muchísimo carácter.

—Oye, ¡tu whisky es una pasada! No sube.

Estaba en la gloria, el poder mostrarme sin miedo y sin reservas, tuvo muchísimo que ver.

—Entonces es hora de ponernos en marcha.

¿Recordáis eso de no sube? Pues no sabría decir si subió, pero bajar, bajó de golpe a mi estómago en el momento en el que intenté incorporarme.

—*Mo chreach-sa thàinig!* —exclamé.

—Ahora sí que me lo has pintado de azul —dijo antes de soltar una nueva carcajada que lo dobló por la mitad.

Me dio un ataque de risa, de los de dolerte el estómago y llorar.

Guardaría ese instante para momentos de necesidad.

—¡Liam! —exclamé, feliz tendiéndole los brazos cuando lo vi aparecer—. Le he pintado el culo de azul a tu padre.

Y otra risotada por parte de ese enorme escocés.

Podría decir que me levanté del suelo con dignidad, pero la realidad fue que Liam tuvo

que ayudarme e incluso cargar conmigo a cuestas hasta el coche.

—Hueles a... —murmuré.

—¿A qué? —preguntó en un susurro, dejándome en el asiento del copiloto.

—A Escocia. Hueles a hogar.

Me arrebuje mientras él se encargaba de abrocharme el cinturón de seguridad. Me miró, divertido, antes de cerrar la puerta y rodear el coche hasta sentarse tras el volante.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Me acomodé para poder mirarlo—. ¿Qué significa *Luaidh mo chèile*?

—Eres preciosa. —Se apresuró a contestar.

—Tú también eres precioso. —Sonreí satisfecha con la respuesta—. ¿Va a poder conducir tu padre? —pregunté con preocupación al darme cuenta de que nadie más nos acompañaba en el coche.

—Es mi madre quien lo hace. Va justo detrás de nosotros.

Suspiré aliviada, si yo iba algo perjudicada, no quería imaginar Tom, ya que había bebido mucho más que yo.

Me relajé en el asiento y lo miré. El mechón de pelo le caía sobre la frente. Su atención estaba puesta en los retrovisores y la carretera. Lo observé todo de él. Su pose relajada, su mano sobre el cambio de marcha, la manera en la que se le tensaban los brazos cuando realizaba una maniobra. Los años le habían sentado bien. Estaba más guapo que nunca y, al mismo tiempo, seguía siendo él.

Saqué el teléfono y le hice una fotografía.

—¿Acabas de hacerme una foto? —preguntó apartando la vista un segundo para mirarme a mí.

Llevábamos un tiempo indefinido en la carretera cuando me fijé en que enfilaba el camino hacia la propiedad de sus padres.

—Puede. Son maravillosos —dije señalando al coche que nos seguía de cerca.

El que la ventanilla del coche estuviera bajada ayudó a que me despejara lo suficiente como para poder articular una frase sin quedar como una auténtica idiota.

—Sí que lo son. Te dije que les gustarías.

—¿Dónde vamos? —pregunté cuando pasamos de largo la casa familiar.

—A mi casa.

Abrí la boca y la volví cerrar. ¿Tenía casa propia? Me enderecé en el asiento cuando una casita de madera prefabricada se empezó a dejar ver entre dos enormes pinos. Lo miré sin saber qué añadir.

El paisaje era de ensueño. Un pequeño remanso de paz.

—¿Tienes una casa a los pies de un lago?

Me bajé del coche antes de que se detuviera por completo. Todo rastro de alcohol había desaparecido de mi cuerpo al ver ese paraje encantador.

¡Qué maravilla!

Vale, era urgente que retirara esa palabra de mi vocabulario. Culparemos a ese maldito país en el que no llevaba ni cuarenta y ocho horas, y ya me había robado medio corazón.

—Liam, esto es... ¿Cómo eres capaz de regresar a Madrid? —pregunté, sorprendida de que le resultara tan fácil renunciar a algo así—. Yo sería incapaz de hacerlo. Si tuviera un refugio así...

—Bienvenida a mi hogar, nena. —Abrió la puerta y me dejó pasar al interior.

Ignoré ese «nena» y me adentré en la casa. No sabía hacia dónde dirigir la vista.

Cualquier rincón tenía su esencia. Se respiraba Liam en cada pedacito de ella. No había muchos objetos de decoración, tampoco los necesitaba. Era un hogar. Me acerqué a la chimenea y acaricié el pequeño alfeizar de madera que sobresalía de ella. Agarré una fotografía donde salía con sus padres. Era reciente. De unos pocos meses atrás, quizás.

—¿Tocas la guitarra? —pregunté cuando reparé en el instrumento que descansaba sobre el sofá.

—Más bien lo intento.

Se le veía incómodo, no sé si a causa de mi escrutinio o al hecho de que yo estuviera allí. Lo pasé por alto.

—No hay televisor.

—No lo necesito.

Lo entendía. Si yo viviera en esa casa, lo único que querría sería una manta, un buen libro y poco más.

Seguí con mi inspección.

La cocina estaba abierta al comedor, igual que en su piso de Madrid, solo que ese espacio era muchísimo más amplio que el de la capital. Abrí la puerta que encontré a mi derecha y, sin pensarlo demasiado, y dejando de lado cualquier rastro de educación, me adentré en su interior. Era el cuarto de baño, que era más amplio de lo que cabía esperar. Un espejo circular presidía un lavamanos de piedra, encastado en un armario de estilo rústico que me enamoró. Un plato de ducha bastante grande. Lo que más llamó mi atención era la alcachofa, que consistía en un cuadrado de acero inoxidable integrado en el techo. Me dio la sensación de que ducharse ahí dentro sería como hacerlo en un día de lluvia. Cerré la puerta, asombrada.

—¿Puedo? —pregunté acercándome a la escalinata de madera de roble que dirigía a la planta superior.

—Estás en tu casa.

«Ojala fuera mi casa», deseché ese pensamiento de un plumazo y subí las escaleras.

Abrí la boca, impresionada. Un pequeño pasillo y tres puertas. Empecé con la de mi derecha.

Una habitación abuhardillada con todas las paredes forradas de madera. Era como entrar en una película navideña. La cama estaba ubicada en la pared donde el techo era más bajo. Un par de mesitas y una alfombra enorme de color beige. Era preciosa.

Mi maleta estaba a los pies de la cama.

—La mía es la de enfrente —comentó apoyándose en el quicio de la puerta—. ¿Quieres ponerte cómoda mientras preparo algo para cenar? —Asentí, incapaz de dejar de observar a mi alrededor.

Abrí la maleta y saqué unos pantalones de chándal y una sudadera. Me cambié los calcetines y bajé rápidamente los escalones para reunirme con él.

Me senté en uno de los taburetes que encontré en la barra que delimitaba el espacio entre la cocina y el salón.

—¿Una cerveza?

Negué con la cabeza, ya llevaba demasiado alcohol en el cuerpo, y me limité a observar cómo se desenvolvía en la cocina. Estaba descalzo, la única diferencia es que él se había quitado los calcetines. Demasiado sexi para mí y mi ética cabeza.

Se movía con soltura, y yo era incapaz de despegar la mirada de su cuerpo. Y en esas seguía cuando se giró y sonrió de medio lado al mismo tiempo que se apartaba ese dichoso mechón de cabello de la frente.

En ese instante, tuve una revelación. Me envaré en el taburete, consternada.

No quería reconocerlo ni en mis pensamientos, porque eso sería convertirlo en una realidad. Tenía que ser el conjunto de sensaciones vividas durante el día. Solo eso.

¡No podía seguir enamorada de Liam!

—¿Estás bien?

Me sobresalté al escuchar de nuevo su voz y lo miré sin saber qué hacer o qué decir.

—Voy a ver el lago.

Salté del taburete y salí de su radar antes de ponerme a gritar como una desquiciada.

Abrí el ventanal y me detuve a dar una bocanada de aire.

Bajé los escalones del pequeño porche hasta acercarme a la orilla del lago. El sol estaba ocultándose, casi se había puesto, pero aún tenía la fuerza suficiente para que sus rayos se reflejaran en esas aguas de color indefinido. En la orilla opuesta, una gran extensión verde parecía no tener fin. No había nada más alrededor. Solo... silencio.

Me descalcé y me senté en la orilla, abrazándome las rodillas, intentando centrarme en el rumor del agua.

—¿En qué piensas? —preguntó tomando asiento justo a mi lado.

—¿Cuándo aprendiste a tocar la guitarra? —Cambie de tema.

—Cuándo desapareciste —respondió al cabo de lo que me pareció una eternidad.

De repente, esa burbuja de calma explotó llenando el ambiente de hostilidad, rencor y culpabilidad.

—Lo siento...

—Ya. Da igual, Silvia, fue hace mucho tiempo. No creo que merezca la pena que pensemos en algo a lo que no podemos poner remedio.

Sus palabras decían una cosa, pero el tono de su voz y su postura corporal las contradecían.

—¿Por qué me has invitado? —pregunté.

Ya que a pesar de lo que él quería que creyese, no me había perdonado. Supongo que, en su momento, sí me quiso lo suficiente como para que, años después, esa herida siguiera picando. Así que no entendía esa insistencia en que lo acompañara, incluso comprándome los billetes de avión. Empezaba a sospechar que había algo más detrás, pero no conseguía averiguar de qué podía tratarse.

—No lo sé. —Parecía sincero—. ¿Por qué has aceptado?

—Necesitaba unas vacaciones. —Desvié la mirada para que no descubriera la mentira.

Aunque en realidad no lo era como tal. En el fondo, sabía que necesitaba escapar de una realidad y una vida que cada vez me gustaba menos. Parecía que empezaba a no conformarme con lo que me rodeaba o la manera en la que me había resignado durante los últimos años. Lo desesperante era que no sabía cómo cambiar o si la solución a todo eso era él. Pero era la primera persona que me había dado una salida.

Nos sobresaltamos los dos cuando mi teléfono rompió la calma que se respiraba en el lugar. Miré la pantalla y cerré los ojos. Mi hermano debería de estar subiéndose por las paredes. Me había llamado a lo largo del día, y todas y cada una de las veces ignoré el teléfono. Era la primera vez en años que estábamos tantos días sin hablar. Zoe tenía razón, nuestra relación no era sana. En algún momento habíamos pasado de ser los mejores amigos, a depender el uno del otro, y no era saludable para ninguno de los dos. Él se desvivía por mí de una manera obsesiva con tal de mantenerme «viva», supongo que el miedo jugaba un papel importante y yo no ayudaba con mi actitud, pero ¿cómo cambiarla cuando yo misma me había rendido?

Suspiré y me levanté, limpiándome los restos de tierra del pantalón.

—Necesito hablar con mi hermano —dije a un Liam que me miraba con el ceño fruncido mientras me alejaba.

—Hola —respondí a la segunda llamada que realizaba en cuestión de minutos.

—¿Dónde estás? He pensado que podríamos cenar juntos.

—Joel... —murmuré.

—¿Estás bien? Llevo todo el día llamándote.

—Sí. —Carraspeé, incómoda.

Ni siquiera sabía qué decir porque, al fin y al cabo, tampoco estaba segura de haber tomado la decisión correcta al irme de esa forma. Sin tener en cuenta a nadie y sin medir las consecuencias.

—No estoy en casa —confesé en un murmullo—. Yo... he pedido vacaciones y me he ido de viaje. —No iba a decirle que había perdido el trabajo. Hice un apunte mental para esa misma noche arreglar los papeles del desempleo. No podía demorarlo más.

Como explicación daba bastante pena, aunque tampoco es que estuviera mintiendo, o por lo menos, no del todo.

¿Las medias verdades se consideraban mentiras?

—De viaje. —No sé si había asombro en su voz o no, solo sé que no sonó natural.

—Sí.

Miré a mi alrededor, incómoda, como si estuviera justo enfrente y tuviera que justificar mi comportamiento o mis decisiones.

¡Y estaba cansada!

Por otro lado, me hacía sentir mal tener ese tipo de pensamientos. Debería sentirme agradecida, tendría que...

¿Por qué era todo tan complicado?

—Silvia —ese tono de voz no me gustó un ápice—, no creo que en tu estado...

—¿Qué estado? —lo interrumpí antes de que terminara por decir algo que yo no quería escuchar.

—Ya me entiendes.

—No, no lo hago. ¿Tan malo es que quiera un descanso? Llevo años trabajando sin respiro. Y lo sabes mejor que nadie. ¿Cuántas veces me has dicho que frene, que baje el ritmo? —Agradecí que Liam se hubiese marchado.

—¡Maldita sea, Silvia! No se trata de eso. Se trata de que hace dos días...

—¡Vete a la mierda! —escupí con rabia y el corazón apretándome el pecho.

Colgué el teléfono y lo desconecté. Estaba tan enfadada que me dio igual que lo comiera la preocupación. Tuve que respirar hondo, darme unos segundos para calmarme.

¿Cómo podía un día torcerse tanto?

Me daba la sensación de que la felicidad no era más que eso, pequeños momentos que, cuando los acariciabas y querías quedarte en ellos, desaparecían.

27 Liam

La conversación con Joel no había ido bien. Actué como si no hubiese notado la mueca extraña que se dibujó en su rostro cuando intentó sonreír. Tampoco ayudaban las palabras que habíamos cruzado en el lago.

No entendía qué me ocurría, sabía que lo tenía superado. Sin embargo, cuando recordaba aquellos meses, me dejaba arrastrar por el rencor. Y no era bueno para ninguno de los dos.

No podíamos volver a lo mismo una y otra vez.

—He preparado algo de cenar —comenté sacando uno de los muchos platos con los que mi madre había surtido la nevera.

—¿Necesitas ayuda?

—En ese cajón de ahí tienes los cubiertos, y los platos están en ese armario.

Nos pusimos manos a la obra. Me sorprendió la facilidad con la que nos movíamos por la cocina. Como si estuviéramos bailando una danza invisible o tuviésemos una rutina aprendida y nos complementáramos a la perfección.

Y era extraño sentirme cómodo con alguien en mi refugio. El único lugar que no compartía con nadie y que solo era... mío. No quise preguntarme el porqué de esa familiaridad.

Cuando me giré con la comida preparada, me di cuenta de que había dispuesto la mesita de café y un par de cojines en el suelo donde poder sentarnos. La realidad era que yo nunca utilizaba ese espacio para comer. Usaba la barra. Aunque, por algún motivo que no lograba comprender, me gustó que lo hubiese montado a los pies del sofá.

Coloqué los platos sobre la mesa y agarré mi teléfono cuando vibró con la llegada de un mensaje.

—Mi padre quiere que mañana le ayude en la destilería. No me llevará más de dos horas. Luego podemos...

—¿Te importa si te acompaño? —preguntó metiéndose una porción del salmón en la boca.

—No, para nada. —Desvié la vista cuando se me secó la boca al verla hacer un gesto de aprobación con los labios.

Cenamos en silencio.

Cada ruidito que salía de su garganta provocaba que yo me reprochara cómo mi cuerpo reaccionaba a ella. Siempre había sido así y me jodía que siguiera siendo de la misma manera.

No quería volver a caer en sus redes.

¿Ser su amigo? Sin problema.

¿Ayudarla en lo que fuera que le ocurriera? Sin ninguna duda.

¿Enamorarme de ella, otra vez? Ni de coña.

Por eso lo sucedido en el hotel no podía repetirse, porque era muy fácil perderse en su cuerpo.

—Deberíamos descansar, conociendo a mi padre, mañana lo tendremos por aquí antes de que salga el sol.

Recogimos la cocina y nos encerramos cada uno en su habitación.

Me dejé caer en la cama sin desvestirme y la vista clavada en techo, preguntándome si sabía a lo que estaba jugando.

El rato que pasé en la misma posición fue indefinido.

Miré hacia la puerta cuando escuché a través de ella como Silvia se retorció en la cama.
¿Qué soñaría?

¿Qué era lo que conseguía hacer de sus noches una odisea?

Molesto conmigo mismo por ser incapaz de pasar del tema, me levanté y salí de la habitación cuando lo hizo ella.

Me impactó la expresión de terror con la que me miró y su respiración acelerada. Me quedé esperando una reacción, algo que me dijera cómo actuar. No quería asustarla más de lo que ya parecía estar. Recorrí su cuerpo con la mirada, no de manera sexual, más bien, buscando algún signo de que esa pesadilla no fuera a más. No había temblor en sus manos. Respiré algo más tranquilo.

—¿Estás bien? —pregunté sin atreverme a acercarme y ponerla más nerviosa.

Dos pasos es lo que necesitó para unir nuestros labios. Fue un beso lleno de desesperación. Me quedé sin capacidad de reacción cuando todas las alarmas empezaron a sonar en mi cabeza. No debería ser así. No podía convertirme en su pasatiempo nocturno.

La aparté agarrándola de los hombros.

—Lo siento —murmuró desviando la mirada.

Mi determinación duró exactamente dos segundos. Perdí la guerra conmigo mismo al ver su mirada cargada de lágrimas y algo parecido a la vergüenza.

—Si vamos a jugar a este juego, va a ser a mi manera. —Pegué mi cuerpo al suyo hasta que su espalda quedó apoyada en la pared.

Elevó la barbilla pidiendo un beso. No iba a ocurrir, no sería romántico. Lo único que quería enseñarle era que no podía arreglarlo con sexo, que yo no era la cura a sus problemas y, sobre todo, demostrarme que ella no me importaba lo suficiente.

Si en algún momento habíamos significado algo el uno para el otro, quedó enterrado cuando la giré y observé su espalda.

Esperé unos segundos, dándole el tiempo suficiente para detenernos.

No ocurrió y maldije interiormente.

Agarré su cintura por debajo de la camiseta que llevaba puesta. Su piel reaccionó y su respiración, que hasta unos segundos atrás era errática y acelerada, se sosegó y se volvió imperceptible.

No supe si sentirme orgulloso o asqueado de ser yo el causante de esa tranquilidad.

Subí las manos y las ahuequé sobre sus pechos, que respondieron a mi contacto de la misma manera en la que lo hizo mi cuerpo al tocar el suyo. La acaricié acercándome a ella.

Por lo visto, seguía volviéndome igual de loco, por mucho que quisiera negarlo.

—¿Quieres que pare? —pregunté, rezando interiormente para que nos detuviera, aunque yo estuviera llegando al punto de no retorno.

—No.

¡Joder!

Le levanté la camiseta de un tirón y la lancé al suelo, dejando su torso al descubierto. La giré y, agarrándola por las nalgas, la elevé para volver a la habitación. Intentó besarme, no la dejé. Nada de sentimientos que confundieran las cosas y las empeoraran mucho más de lo que ya lo estaban.

La tumbé en la cama que yo ocuparía esos días y abrí el cajón de la mesita. Saqué un preservativo. Me desabroché los pantalones y me los quité sin detenerme a pensar. Si lo hacía, sería yo mismo el que pondría punto final a esa locura. Me deshice de la camiseta y me tumbé sobre ella y apoyé los antebrazos a cada lado de su rostro. Estaba ruborizada.

Preciosa con el cabello desperdigado en la almohada.

No me entretuve a observarla demasiado, ya que, si lo hacía, me dejaría llevar por lo que fuera que despertara en mí y terminaría por besar esos labios que lo único que pedían era que me fundiera en ellos.

Dejé un reguero de besos en la base de su cuello y seguí un camino descendente hasta llegar a sus bragas, se las bajé sin demasiada ceremonia y fui yo mismo el que dejó mi erección al descubierto.

Fue en el momento en el que me coloqué en su entrada, en ese instante en el que, de un movimiento, entré en su interior, cuando me di cuenta de que no se trataba de volver a enamorarme de ella.

Pude enterrar mis sentimientos, incluso olvidarlos. Y ahí estaban de nuevo, de una manera cruel, demostrándome una vez más que daba igual el tiempo que pasara, que hiciera años que no nos viésemos.

Silvia era mi jodida criptonita.

Y era una putada.

Me abrazó las caderas con las piernas.

Salí de ella cuando me di cuenta de que estaba a punto de dejarme llevar por todo lo que despertaba en mí.

Rompí el contacto visual que ella se esmeraba en mantener, escondí la cara en la base de su cuello. Y seguí moviéndome. En la habitación solo se escuchaba mi respiración acelerada, sus gemidos y el choque de nuestros cuerpos.

Hasta que noté las contracciones en su interior que me urgían a acompañarla.

Me había pasado los últimos ocho años de mi vida buscando en muchos cuerpos una mínima parte de lo que ella me hizo sentir en su momento, jamás lo conseguí.

Salí de su interior sin detenerme a mirarla ni, mucho menos, a procesar lo que acabábamos de hacer, otra vez.

Estaba cabreado, no sabía si con ella, conmigo o con los dos a la vez. Quizás, solo era el descubrimiento de saber que daba igual el tiempo que pasara. Silvia seguía teniendo el mismo poder sobre mí. Y, para bien o para mal, yo solo me había metido en la guarida del lobo.

No perdí tiempo en vestirme, salí de la habitación y me encerré en el baño dando un portazo. Me metí en la ducha sin molestarme en regular el agua.

Necesitaba aclararme las ideas. Y, sobre todo, entender sus motivaciones.

—Lo siento —murmuró, por lo menos ella si se había cubierto el cuerpo, aunque hubiese preferido que no lo hiciera. Llevaba puesta mi camiseta.

La agarré de la mano y, tirando de ella, la metí en la ducha conmigo.

—¿Por qué? —No sabía muy bien que es lo qué le estaba preguntando.

—Porque tú me haces olvidar.

No quería seguir escuchando.

¿Olvidar el qué? ¿A él?

El sentimiento de ser siempre el segundo en esa historia se incrementó. Si ya fue duro en su momento saber que yo no jugaba un papel importante en su vida como para quedarse a mi lado, jodía entender que, años después, seguía exactamente en ese mismo punto.

—No quiero volver a enamorarme de ti, Silvia. —Y sonó más a una súplica que al reproche que yo quería lanzar—. No voy a volver a enamorarme de ti.

Una chispa de algo, no sabía el qué, cruzó su mirada. No me detuve a intentar descifrarla. Más que nada, porque tampoco quería que ella viera la mentira en la mía.

Las palabras mienten, en cambio, los ojos no. Esos siempre son sinceros. Y los míos, por la manera en la que podían perderse en los suyos, eran capaces de demostrar todo lo que yo quería ocultar. Lo que incluso había tratado de esconderme a mí mismo.

—¿Quieres que nos acostemos cada maldita noche para que lo que sea que te atormenta te deje respirar?

Me miró abriendo mucho los ojos, como si acabara de darse cuenta de lo que me estaba pidiendo sin decirlo.

—Por lo menos, dime que es lo que pretendes olvidar. Algo, lo que sea que me diga que esto es una buena idea.

—No quiero hacerte daño.

—No vas a hacerme daño —mentí, cerrando el flujo del agua.

Me anudé una toalla a la cadera y me sequé el exceso de humedad del pelo con otra mientras esperaba una respuesta, que, aparentemente, no iba a llegar.

—Vámonos a dormir. Es tarde y mañana tengo que levantarme temprano.

—Liam...

—Si las pesadillas regresan, solo tienes que cruzar el pasillo. Ya sabes dónde está mi cama.

¿Lo peor de todo? Dejé la puerta abierta por si volvía a necesitarme.

Me puse un pantalón de deporte, una camiseta y me tumbé en la cama.

Cerré los ojos intentando no pensar en nada cuando su olor me golpeó.

28 Silvia

Abrí los ojos cuando el olor a café llenó mis sentidos. Me daba muchísimo miedo salir y enfrentarme a él.

Después de la discusión con mi hermano, todo en mi interior se revolvió. Intenté que no me afectara, pero la realidad era que lo hacía. No sabía ni entendía qué estaba ocurriendo. No era fácil darse cuenta de que lo que fuera que tuviera en contra de mi mellizo estuviera floreciendo en ese momento. Y me sentía agobiada. Me pasé horas intentando desentrañar el motivo por el cual estaba tan molesta con él, porque no tenía nada. Ni siquiera un simple reproche del que tirar. Por eso, cuando me dormí de puro agotamiento y soñé con que volvíamos a mantener esa conversación, y él ponía en voz alta las palabras de Zoe...

«Eres tóxica, Silvia».

No salí de la habitación con la intención de asaltar a Liam de nuevo, solo buscaba despejarme. Pero estaba allí, enfrente de mí.

Y era él. Ese fue el problema, que era ÉL.

No me consideraba una persona tóxica, me sentía... perdida, y no sabía como volver a encontrarme o si quería hacerlo. El caso es que, a pesar de todo, tenía la urgencia de saber si mi hermano seguía de mi lado. Era a la única persona que no podía permitirme perder. Era demasiado importante para mí y mi estabilidad emocional, por mucho que pareciera lo contrario por la manera en la que me marché sin hablar antes con él o la forma en la que discutimos por teléfono.

Me levanté sin hacer ruido cuando escuché cómo golpeaban la entrada principal, supuse que sería Tom. No miré la hora, tampoco me importaba, lo único en lo que era capaz de pensar era en arreglar la situación con Joel y con Liam.

Me vestí y bajé las escaleras después de adecentar mi aspecto en el baño.

—Buenos días —saludó Tom haciendo que Liam levantara la cabeza e hiciera contacto visual conmigo.

Tragué saliva con culpabilidad. «No quiero enamorarme de ti», «sois tóxicos el uno para el otro», «por lo menos, dime que es lo que pretendes olvidar», «no creo que en tu estado...».

¿Qué verían ellos que yo era incapaz de ver?

Era cierto que, de unos meses a esa parte, me sentía más revuelta y con ganas de pelea, aunque no supiera con quién. Pero, por lo demás, nada había cambiado. O, simplemente, es que yo no quería verlo.

—¿Papá nos dejas un momento? —Creo que llegué a encogerme ante la pregunta de Liam.

A punto estuve de suplicar para que no me dejara sola con su hijo.

—Lo siento —respondió Tom para mi sorpresa—, Duncan necesita que vayas lo antes posible. Serán un par de horas.

Liam me miró directamente a los ojos, sabía que quería quedarse a solas conmigo, cosa que no iba a ocurrir si de mí dependía. No podía enfrentarme a él tan temprano.

Negó con la cabeza ante mi silencio, y salió de la casa, sin decir nada más.

—¿Nos acompañas? Hay una parte que no pude enseñarte ayer —preguntó Tom cuando agaché la cabeza, frustrada.

No estaba muy segura de que ir con ellos fuera la opción correcta, pero fui incapaz de

negarme ante la sonrisa de ese hombre.

Lo seguí en silencio. Tenía muchas ganas de llorar.

—Nos vemos en la destilería, hijo —dijo antes de guiarme hacia su camioneta—, me llevo a Silvia conmigo.

Adoraba a ese hombre y no hacía ni veinticuatro horas que lo conocía. Me subí en el asiento del copiloto, aliviada de no tener que compartir un espacio tan reducido con Liam.

—Gracias —murmuré.

No dijo nada, como si percibiera que yo no necesitaba una respuesta de su parte. Solo sonrió y dejó que yo perdiera la vista en la carretera y marcara el ritmo de la conversación, si es que llegaba a darse.

—Quizás debería marcharme —reflexioné en voz alta.

—No creo que sea la solución a lo que sea que te esté ocurriendo.

Aminoró la velocidad, haciendo que Liam, poco a poco, se perdiera en la distancia hasta que dejamos de ver la parte trasera de su coche.

No sabía por qué me resultaba tan fácil hablar con él, y más siendo quien era. El padre del hombre del que llevaba enamorada tantos años.

—¿Por qué eres tan amable conmigo? —Tenía que saber quién era yo—. Le hice daño y volveré a hacerlo.

De esto también estaba segura, y más con lo ocurrido la noche anterior. Esa situación se me había ido de las manos y no tenía ni idea de por dónde empezar a arreglarlo.

—A tu primera pregunta, te diré que todos, en algún momento, necesitamos que nos tiendan una mano amiga. Y respecto a lo de hacerle daño, no creo que se lo hicieras conscientemente.

—Desaparecí.

—Parece que estás buscando que todo el mundo te odie de la misma manera en la que lo haces tú.

Abrí la boca para responder que eso no era cierto, sin embargo, no pude hacerlo.

—Hice daño a mucha gente y...

—¿Dañaste a esas personas, en las que incluyo a mi hijo, a propósito? —Negué con la cabeza—. Entonces, es momento de pedir disculpas, si es lo que necesitas, y avanzar.

De verdad que me tenía alucinada ese hombre y su capacidad para calar a las personas, o, a lo mejor, me recordaba tanto a Liam que hacía que quisiera sincerarme con él como no lo había hecho con nadie.

—Si supieras la verdad, no tendrías esa visión de mí. Mi novio murió por mi culpa.

No contestó, solo manipuló el teléfono, que estaba apoyado en el salpicadero, y realizó una llamada.

—Duncan, mi hijo estará a punto de llegar, si es que no lo ha hecho ya. Poneos con los diques y entreténlo con lo primero que se te ocurra.

—De acuerdo, jefe.

Tom dio un volantazo que hizo que me agarrara a la maneta de la puerta con fuerza. Lo miré horrorizada.

Condujo durante unos veinte minutos hasta que detuvo el vehículo en un parking público. No tenía ni la mínima idea del lugar al cual me había llevado.

—¿Dónde estamos? —pregunté cuando miré a mi alrededor.

Me estremecí una vez fuera del coche como si mi cuerpo percibiera que ese lugar era especial.

—Culloden —contestó empezando a caminar.

Lo seguí sin comprender a qué se refería. Perdí la vista en un extenso terreno. La calma que lo rodeaba era inquietante, dramática, me aventuraría a decir.

Lo primero que encontramos fue una casa de piedra con una única puerta de madera y el techo de paja.

—Se cree que se usó como hospital de campaña durante la batalla.

—¿La batalla?

—¿Estás enamorada de un escocés y no sabes nada sobre su historia, Silvia? —me reprendió con algo parecido al cariño.

—No estoy enamorada de... —Me miró alzando una ceja y desistí.

—Aquí tuvo lugar la última confrontación en las Guerras Jacobitas el 16 de abril de 1746. La mayoría de los clanes apoyaban a Carlos Eduardo Estuardo, que pretendía subir al trono. Pero, para eso, debían enfrentarse al ejército británico liderado por el Príncipe Guillermo Augusto, Duque de Cumberland. Esto que ves aquí —dijo señalando el extenso terreno—, es el lugar donde perecieron muchísimos escoceses que luchaban por su país y su rey. Eso supuso que perdieran todo lo que conocían hasta el momento. Ese día murieron, no solo el sistema de división de clanes; sino muchísimas de nuestras costumbres.

—Es un cementerio —afirmé.

—Es un lugar de culto y conmemoración a aquellos que murieron por una causa. Ya fuera correcta o no.

No sabía a dónde quería llegar a parar llevándome allí. Pero tenía el vello del cuerpo erizado, la historia de ese lugar me llegó al alma.

Encontramos un sitio donde sentarnos. Supongo que todos los campos santos del mundo eran igual, pero a eso, había que sumarle la parte histórica.

—¿Quieres contarme cómo murió tu novio?

—Accidente de coche —respondí.

«Clan Mckenzie», leí en una piedra tallada a nuestra derecha.

¿Sería igual la de Luis después de tantos años? Ni siquiera sabía el aspecto que tenía. No había vuelto desde aquel día. Sentí una presión en el pecho que siempre aparecía cuando me permitía, por unos segundos, pensar en él. Sacudí la cabeza. Esa herida seguía sangrando. Y era contradictorio que estuviera allí con el padre de la persona que ocasionó que todo en lo que creía se desmoronara como un castillo de naipes.

—Este es un lugar sagrado, es un recordatorio constante de los que murieron, pero a pesar de que puedan crear espacios como este, la vida continua. No se detiene. Podemos tallar sus nombres en piedra, crear monumentos para recordarlos...

—Yo no me permito pensar en él. Ni siquiera quiero nombrarlo en mi cabeza. Y tu hijo es un recordatorio constante de que él sí puede...

Me detuve al pensar que estaba hablando demasiado.

—De que él está vivo y tu novio no —finalizó por mí—. Te sientes culpable por quererlo. Y, aun así, no puedes dejar de hacerlo

—Algo así.

Era extraña la manera en la que parecía entenderme. Era la primera vez que lo expresaba en voz alta. Llevaba muchos años manteniéndolo a buen recaudo. Y no ayudaba el darme cuenta de que seguía enamorada de Liam.

—¿Continuamos?

Se puso de pie y esperó a que lo hiciera yo también. Seguimos con el recorrido. Me

detuve en cada piedra, todas las que salpicaban ese lugar hasta llegar al gran memorial. No sé el tiempo que nos llevó recorrer ese campo dividido entre banderas rojas y azules, que dejaban claro la posición de cada uno de los bandos. Lo que sí puedo asegurar es que ese día algo cambió en mí. Aunque, en un principio, no me diera cuenta.

—¿Sabes lo que creo, Silvia? Que la vida te está llevando por un camino para que te des una oportunidad. No tiene que ser con mi hijo, si no es lo que quieres. Pero no puedes vivir eternamente en lo que fuera que ocurrió. Disfruta de estos días, vive este país, recórrelo, haz todo eso de lo que te has privado hasta ahora. Llegará el día en el que te vuelvas a encontrar con él y puedas darle las explicaciones que crees que merece.

Miré la construcción de piedra, en memoria de los caídos.

—Gracias —dije sin poder apartar la vista de ese monumento.

Sonrió metiéndose las manos en los bolsillos. Me dieron ganas de darle un abrazo. Apenas lo conocía, no sabía nada de mí y, en cambio, en unas pocas horas había hecho más que cualquier persona en años.

Sentí una punzada en el estómago en el momento en el que me vino la imagen de mi hermano a la cabeza y todas las noches que se quedó a mi lado cuando lo único que yo quería era rendirme. No se lo puse fácil. Y él siguió ahí, inamovible como esas piedras que salpicaban todo el sendero y que habían resistido el paso de los años. Le grité, le aparté, no lo quise cerca ninguna de las noches en las que me desperté desesperada por la que era mi nueva realidad.

—¿Te importa darme unos minutos? Necesito llamar a mi hermano.

Sonrió y se alejó dejándome intimidada.

Marqué su contacto y me paseé, nerviosa, hasta que contestó:

—Hola —saludó con cautela.

—Siento lo de ayer. Siento la manera en la que colgué el teléfono, el modo en el que te grité. Estoy en Escocia con Li... —Vale, una cosa era algo de sinceridad y otra confesarle todos mis pecados—, con Lolo. Me cayó bien, nos hicimos amigos y escuché a Zoe...

Lo solté todo de golpe, de manera desordenada e incoherente, y continué:

—Sé que antes no éramos así, pero...

—Silvia.

—¿Qué?

—Te quiero. Eso no va a cambiar nunca.

—Y yo a ti.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Seguiría a mi lado si descubría la verdad? Empezaba a creer que un reloj imaginario marcaba una cuenta atrás y que, cuando llegara a cero, mis mayores temores se harían realidad.

—Joel, yo...

—Habla cuando vuelvas, ¿vale?

Miré a mi alrededor. Si por mí fuera, me quedaría allí, perdida en ese páramo donde nadie pudiera encontrarme, pero el problema es que yo no quería escapar de ellos, quería hacerlo de mí misma.

Colgué el teléfono con un nudo en el estómago.

—Ya podemos irnos —comenté al alcanzar a Tom.

—No, no podemos.

Lo miré sin entender hasta que hizo un movimiento con la cabeza señalando algo. El corazón se me detuvo cuando vi a Liam de brazos cruzados apoyado en su camioneta. Quise echar a correr a través de ese campo.

El problema es que, por mucho que huyas, los problemas te acaban encontrando.

—Yo me voy ya —dijo, dándome un ligero apretón en el hombro.

Se montó en el coche y, dando marcha atrás, se alejó dejándome delante de un Liam que me miraba sin pestañear.

—¿Te ha gustado? —preguntó abarcando con el brazo la extensión de terreno que nos rodeaba—. No es el lugar que yo hubiese elegido para tu primera visita, pero supongo que, si te interesa la historia de nuestro país, es un buen comienzo.

—¿Dónde me habrías llevado tú? —pregunté acercándome.

No quise contestar si me había gustado o no. Ese lugar era demasiado especial como para lanzar un veredicto a la ligera.

—La verdad es que aún no lo he decidido. ¿Qué te apetece hacer hoy?

—No lo sé. ¿Qué harías si yo no estuviera aquí?

—Nada en especial, solo... estar en casa.

—Eso suena especialmente bien. Hagamos eso. No rompas tus rutinas por mí.

—¿Estás segura? Podemos...

—Liam, vámonos a casa.

Miré a mis espaldas antes de subirme en el coche. El día estaba despejado y las temperaturas eran cálidas, además el sol brillaba con fuerza. Desde lejos, nadie diría lo que escondía ese terreno en el que dejé un pedacito de mi corazón.

Me quedé embelesada cuando, rato después, entramos en la finca de los padres de Liam, quizás porque ya no estaba presa de los nervios y podía disfrutarla. Era extensa. La casa familiar era grande. Pero lo que más llamó mi atención fue el pequeño bosque de abedules, por el que circulábamos para llegar a la del propio Liam.

Imaginaba que, cuando decidió el emplazamiento de su casa, tuvieron que trabajar bastante en el camino para hacerlo transitable. Vislumbramos el lago que, a plena luz del día y con los rayos del sol impactando en sus aguas, me pareció mucho más grande y bonito que la noche anterior.

—Todavía sigo alucinando con que tu casa esté a los pies del lago.

—Siempre tuve claro que, si tenía la oportunidad de tener una casa en Escocia, este sería el lugar. Cuando vuelva definitivamente, mi idea es ampliarla, aunque, para ser sincero, me gusta.

—Es muy diferente a tu piso de Madrid.

—Madrid nunca ha sido mi casa, Silvia.

Me giré para mirarlo. Esa afirmación me apretó el corazón, aunque era algo que yo siempre había sabido.

—¿Tienes pensado volver pronto?

—No lo sé, me gusta mi profesión, pero, a medida que pasa el tiempo, más me doy cuenta de que Madrid no es mi lugar. Mi vida está en Escocia, es donde quiero formar mi propia familia.

Me giré y anduve los pocos pasos que nos separaban de la casa. Esperé a que me alcanzara para que abriera la puerta.

—Voy a cambiarme de ropa —murmuré.

Me miró alzando una ceja, pero no le presté demasiada atención. ¿Qué iba a decirle? «No, mira, es que yo quiero ser la que forme una familia contigo». No, no podía decírselo cuando era algo que ni siquiera podía plantearme. Bastante tenía con aprender a cuidar de mí misma como para añadir en la ecuación el tipo de familia que quería Liam. Pero no por ello dolía

menos.

Me dejé caer en la cama. Y miré al techo.

Odiaba mi vida. Las únicas metas que tenía a corto plazo era que las pesadillas me dieran algo de tregua y que los ataques de ansiedad me dejaran hacer una actividad diaria medio normal. No aspiraba a nada. Tenía un trabajo mal pagado (bueno, ya ni eso), un piso que nunca había considerado mi hogar, porque yo ya no pertenecía a ningún lugar. Y una relación con mi hermano que mi cuñada pensaba que era tóxica. Sí, tenía amigos y, aunque no lo quisiera reconocer, no los consideraba como tal. Quizás Lucas, y porque ya estaba en mi vida de mucho antes.

«La vida te está llevando por un camino para que te des una oportunidad», recordé las palabras que Tom me había dedicado esa misma mañana.

¿Sería verdad?

29 Silvia

Salté de la cama cuando una melodía que no llegaba a reconocer se filtró a través de la puerta cerrada. Estaba tocando la guitarra y no me lo quería perder. Me moría por descubrir más cosas sobre él.

Bajé las escaleras casi a la carrera. Estaba sentado a los pies del sofá. Me quedé ensimismada, no podía dejar de observarle. Rasgaba las cuerdas con cuidado y mimo. Estaba guapísimo con las mangas de la camiseta remangadas hasta los codos, las piernas encogidas y el mechón de pelo cayéndole sobre la frente.

—Me estás poniendo nervioso. —Sonreí acercándome a él, siempre me había gustado observarle.

—Tocas muy bien —dijo a su lado—. ¿Cómo aprendiste?

—Con videos de YouTube y mucha práctica. ¿Quieres probar?

—No sabría ni por donde empezar.

Sin poder evitarlo, le aparté el flequillo de la frente. Abrió los ojos de par en par y yo retiré la mano mortificada.

—Ven. —Fue mi turno de abrirlos con sorpresa cuando señaló con la cabeza para que me sentara entre sus piernas—. Relájate —pidió apoyando la guitarra en mis muslos—. Esta cuerda de aquí es la más aguda. —Ni siquiera sabía cuál era la que había rasgado—. Y esta, la más grave.

Yo, la verdad, estaba más centrada en la cercanía de su pecho en mi espalda, haciendo que el calor traspasara las capas de ropa que nos separaban. Desconecté de la clase improvisada.



Habían pasado cerca de tres meses desde la pelea. Y, para mi sorpresa, hicimos funcionar nuestra amistad. Mis sentimientos estaban controlados, escondidos bajo llave.

La tarde había sido movidita. Se notaba que las Navidades se acercaban. La gente parecía haberse vuelto loca para realizar las compras con anticipación. Eso suponía que la afluencia de clientes se había incrementado. No sabía la cantidad de cafés y chocolates con leche que llegué a servir esa tarde.

Estiré la espalda, llevaba todo el día con un dolor en las lumbares y, con el pasar de las horas, se volvía más insoportable. Estaba deseando llegar a casa y ponerme algo de crema que lo aliviara.

—No puedo esperar a salir —murmuré.

—Ni yo. Voy a bajar la persiana, ¿terminas de limpiar la cafetera y cuadramos la caja?
—preguntó.

—Claro.

Teníamos la costumbre de encerrarnos desde que la policía nos avisó de una serie de atracos en la zona. Por suerte, no nos llegó a pasar a nosotros, pero lo mejor era prevenir.

Me gustaba la rutina que teníamos. Esos momentos con la persiana bajada los aprovechábamos para contarnos nuestro día a día, como harían dos amigos delante de un café.

De vez en cuando, es decir, casi todos los viernes íbamos al pub y nos tomábamos algo juntos, siempre que ninguno de los dos tuviera otros planes.

Fui apagando las luces mientras él terminaba de cambiarse en el cuartito de personal.

—Larguémonos de aquí. —Sonreí, no era la única con ganas de salir de allí.

Apreté el mando a distancia y no sucedió nada. Lo intenté de nuevo, pero ese trozo de metal que nos separaba de la libertad no hizo el menor esfuerzo por moverse.

—¿Qué ocurre? —preguntó al verme hacer aspavientos con la mano.

—No funciona.

—¿Cómo que no funciona? ¿Le estás dando al botón correcto? —Puse los ojos en blanco. Ese dichoso trasto solo tenía dos: subir y bajar.

—No es como si fuera un mando para lanzar un cohete a la luna, Liam —espeté, molesta.

El dolor de espalda era insoportable y me estaba poniendo de bastante mal humor. Solo quería llegar a casa y tumbarme.

—No funciona —corroboró.

Levanté los brazos con frustración. Y saqué el teléfono del bolso. Lo primero que hice es llamar a nuestra jefa para que nos mandara ayuda. Dijo que nos avisaría en cuanto contactara a alguien. Tardó unos buenos diez minutos en hacerlo.

—Poneos cómodos, va para largo —fue lo único que dijo antes de colgar.

Llamé a Luis y le dije que se fuera a casa. Se preocupó y tuve que insistir en que lo hiciera, quería esperarme en el coche, pero era invierno y no sabía el rato que teníamos por delante. Quedamos en que, cuando supiera algo, lo llamaría y volvería a recogerme.

—Tardarán en venir —murmuré a punto de echarme a llorar.

De pensar en sentarme en una de esas sillas me entraban los siete males.

—¿Estás bien? —preguntó al ver mi cara.

—Sí, no te preocupes.

—Silvia...

—Me duelen muchísimo las lumbares —confesé.

—Ven —dijo sentándose en el suelo—, veamos si puedo ayudarte.

Estaba tan desesperada porque el dolor remitiera que ni me lo pensé. Me acomodé entre sus piernas.

—Voy a empezar por los hombros e iré bajando, ¿vale?

Fue masajeando la zona del cuello con suavidad. Cerré los ojos, presa del placer. Me relajé a medida que sus manos iban trabajando la zona. Suspiré cuando sus dedos encontraron una pequeña contractura.

No sabía si fue el estado en el que me había sumido, o que me estuviera tocando de esa manera, pero se me aceleró la respiración de una forma vergonzosa. Y llegué al punto de no retorno en el momento en que sus dedos tocaron la parte baja de mi espalda.

¿Cómo podía hacerme sentir así? Sabía que él no se sentía igual que yo, que sus sentimientos y los míos no se parecían en nada. Aun así, mi piel se incendió. Me hormigueaban los dedos por las ganas de girarme y tocarlo de la misma manera.

Todo estalló de nuevo cuando sentí su respiración acelerada en mi hombro haciéndome cosquillas. Parecía que estábamos en igualdad de condiciones. No podía estar equivocada. No quería estarlo.

Nada ni nadie me hacía sentir tan viva como él. Y era aterrador. Me daba muchísimo miedo.

Intenté coger mis sentimientos y volver a meterlos en una cajita, encerrarlos bajo llave y

tirarlos al mar. Me resultó imposible. Tenía la sensación de que ya daba igual lo que intentara fingir.

—Tengo que contarte una cosa —murmuró.

—Dime. —A punto estuve de dejarme caer contra su pecho.

Ya ni siquiera sentía dolor. En lo único en lo que podía pensar era en él. Estaba llenando cada rincón de mi cuerpo.

—He conocido a alguien.

Fue un jarro de agua fría.

—Para —murmuré con los ojos llenos de lágrimas.

Me levanté de prisa haciéndome más daño, pero...

—¿Te duele? —Asentí de espaldas—. Sé como lo hace. Yo... sufro de lo mismo, Silvia.

Una parte de mí, una muy egoísta, quiso pensar que no se estaba refiriendo a mi lesión de espalda.

Di un respingo cuando golpearon la persiana con fuerza.

—En veinte minutos os sacamos de ahí —gritaron para hacerse oír.

Dieciocho es lo que tardaron en rescatarnos. Y en ese intervalo de tiempo, no volvimos a cruzar una palabra. No me apetecía hablar con él, por lo menos en esa ocasión contaba con la excusa de la espalda. Le mandé un mensaje a mi «novio» para que me recogiera.

Respiré más tranquila cuando me vi en el exterior. Vi a Luis acercarse mientras Liam se alejaba en dirección contraria.

—Hola, peque —saludó dándome un beso en los labios.

Me abrazó por los hombros y me guio hasta el coche.

No pude evitar girarme y el corazón se me saltó un latido cuando me di cuenta de que Liam no dejaba de mirarme. Sonrió con algo parecido a la tristeza y, girando sobre sus talones, me dio la espalda.

Esa vez descubrí lo que era tener un corazón roto.



—¿Me estás escuchando? —preguntó sacándome de mi desconexión.

—¿Qué? —Era vergonzosa la manera en la que mi mente se evadía para traerme esos recuerdos. ¿Por qué no podía, simplemente, dejarlos atrás?

—¿Dónde estabas?

—Sigue tocando —pedí.

Entrelazó nuestros dedos y rasgó las cuerdas.

Esa vez no pude evitarlo, me dejé caer sobre él mientras sus manos se movían con maestría, arrancándole una melodía que sonaba esperanzadora

—¿Qué canción es?

Fue la primera vez en mucho tiempo en que una melodía me llamaba la atención, y quería escuchar la letra. Agarré mi móvil con la intención de buscarla en cuanto dijera el título.

—Cuando aprendas a tocarla te lo digo. —La risa que acompañó a esa respuesta consiguió estremecerme.

En un acto de valentía le di a grabar, pensaba conseguir el nombre como fuera, y sabía a quién debía recurrir. Zoe me lo diría en el primer acorde, estaba segura.

—Vuelve a tocarla.

Me giré como un resorte cuando empezó a entonar una canción popular muy conocida.

—Tramposa. —Soltó una risita al ver mi indignación—. Apaga la grabadora.

Le hice caso, más para que permaneciéramos en esa postura que por otro motivo. No supe el rato que pasamos allí, mientras se esmeraba en hacerme entender la manera de mover los dedos. Yo, por mi parte, y aunque intentaba estar atenta, lo único que conseguí fue rasgar las cuerdas de manera torpe y con un sonido que parecía más un chillido agónico que algo bonito. En cambio, cuando él lo hacía, era una auténtica maravilla.

Nos comimos un sándwich, sentados en el suelo.

Nos reímos de mis intentos por sacar un sonido decente de esa caja de madera y conseguí olvidar por unas horas todo lo que me solía atormentar. Me aventuraría a decir que también le pasó a él. Vi al chico del que me enamoré. La diferencia era que la versión que yo conocía era la de alguien que vivía en una ciudad que, aunque le gustase, no consideraba su hogar.

Pero allí... allí era él al cien por cien.

Hicimos planes para esa misma tarde que quedaron en el olvido.

Me dio la sensación de que quería que aprendiera esa canción a toda costa antes de que regresáramos a Madrid o, a lo mejor, antes de que se diera cuenta de que perder el tiempo conmigo no merecía pena. Solo rezaba para que, llegado ese momento, tuviera la suficiente cantidad de recuerdos para poder recurrir a ellos cuando más lo necesitara.

Esa noche intenté no dormir, no quería que las pesadillas hicieran su aparición y ensombrecieran ese día, ni tener que volver a su cama para que su presencia borrara la oscuridad.

Estaba intentando no cometer otro error, a él le dolía y yo quería muchas cosas, pero que sufriera por mi culpa no era una de ellas.

Ojalá hubiese conseguido mantenerme firme.

30 Liam

—¿Te has propuesto fastidiarme las vacaciones? —pregunté bostezando y rascándome la cabeza.

Era el quinto día consecutivo que mi padre aparecía incluso antes de que saliera el sol para que le ayudara en la destilería con una serie de excusas de lo más inverosímiles. Sospechaba que lo que realmente quería era aprovechar ese par de horas y quedarse con Silvia.

No es que me molestara, al contrario. Me gustaba la sensación de que se llevaran tan bien y, sobre todo, de que ella confiara en alguien. Hubiese preferido que lo hiciera en mí, pero, a falta de opciones, no encontraba nadie mejor que ese hombre que, por las mañanas, me caía bastante mal. Claro que él no tenía la culpa del motivo de mi falta de sueño. No, era de cierta mujer que se colaba por las noches en mi habitación.

Incluso empecé a no cerrar la puerta.

El problema era que no había nada romántico en esos encuentros, los cuales no me atrevía a catalogar.

—¿Qué se te ha ocurrido ahora para mantenerme ocupado? —pregunté, encendiendo la cafetera.

—Duncan necesita que lo ayudes con...

Me reí cuando ni siquiera supo qué inventarse para salir del paso.

Nos giramos a la vez al escuchar bajar a Silvia. Lo hizo totalmente vestida. Empezaba a creer que esos encuentros con mi padre le gustaban tanto como a él. No me equivoqué en el primer contacto que tuvieron. Supuse que, el día que realmenteuviésemos que regresar a Madrid, mantendrían esa especie de amistad. Y eso, por un lado, me gustaba, pero por el otro... no.

Por querer ayudarla, le había dado acceso a toda mi vida. A mis amigos, a los que veríamos en unos días. Mi familia, mi casa y mi cama.

—Buenos días, ¿has traído la cámara? —preguntó, de buen humor, dirigiéndose a mi padre.

—La tengo en el coche, ¿nos vamos?

—Tengo que vestirme. —Si se largaban sin esperarme, después de sacarme de la cama, me iba a cabrear.

— Ya nos alcanzarás.

Salieron de casa y yo me quedé como un imbécil en la cocina con un café a medio beber, ya que la otra mitad se la había bebido Silvia.

¿El problema? Qué empezaba a gustarme demasiado esa rutina que estábamos creando. Aunque seguía teniendo la sensación de que iba a salir escaldado de nuevo.

Me vestí y me puse en marcha.

Estaba entrando en el parking de la destilería cuando sonó mi teléfono.

—Dime.

—Liam... —A través de la línea percibí el temblor de su voz—. ¿Dónde estás? Duncan... Duncan no respira y se ha desvanecido, y estoy sola con él. Tu padre está llamando a una ambulancia y yo no sé qué hacer. No respira... —Detuve el coche de cualquier manera, me bajé y empecé a correr.

—Estoy a punto de llegar —dije con toda la calma que pude reunir—, ¿está de lado o

bocarriba?

—No tardes. —No me estaba escuchando y era importante que lo hiciera.

—Silvia, escúchame, ¿está de lado o bocarriba?

—Tú padre lo ha puesto bocarriba...

—Necesito que hagas algo por él. Ponle una mano en la frente y la otra debajo de la barbilla. ¿Lo tienes?

—Sí.

—Echa su cabeza hacia atrás con cuidado.

—No respira.

No quería que presenciara eso. No debería estar en esa situación.

—¿Dónde estáis?

—En la zona de los barriles.

Me dirigí hacia allí sin dejar de correr hasta que la vi arrodillada junto a un inconsciente Duncan.

—¿Cuánto hace que se ha desvanecido? —pregunté, apartando un poco a Silvia.

—No lo sé.

¡Mierda! Era cierto que no respiraba.

—Silvia, necesito que te centres. Cuando me has llamado, ¿había pasado mucho tiempo?

—No.

Vi a mi padre correr de vuelta hacia el lugar donde nos encontrábamos.

—Llévatela —pedí cuando me di cuenta de que Duncan tenía una parada cardiorrespiratoria.

Me apoyé en su pecho y empecé las maniobras de reanimación.

—Venga —murmuré iniciando las compresiones torácicas.

—Liam...

—Sácala de aquí —pedí antes de insuflar aire por la boca.

Era lo último que necesitaba. Ver morir a alguien no era fácil y, mucho menos, si tienes un mínimo de apego con esa persona.

Silvia estaba pálida y, aunque no dejaba de temblar, agarró la mano de Duncan.

Mi padre intentó incorporarla, pero fue imposible. Se quedó a nuestro lado mientras yo no cejaba en mi empeño de mantener ese órgano en movimiento. No iba a permitir que muriera en mi presencia. Me había visto crecer y enseñado todo lo que sabía en lo que la destilaría se refería.

Presioné, insuflé y volví a presionar. Sin descanso. Me centré en su pecho y en él. Conseguí aislarme del mundo para hacer bien mi trabajo. La vida de Duncan dependía de eso.

No sé el tiempo que transcurrió hasta que escuché las sirenas de la ambulancia a mi espalda.

—Vamos, Duncan —murmuré antes de volver a insuflar aire en su boca—. Papá, diles que traigan el desfibrilador.

No perdió el tiempo.

Me aparté cuando los paramédicos se posicionaron a mi lado y me hacían las preguntas pertinentes mientras preparaban a Duncan, las contesté sin dudar.

—Tienes que dejarles espacio, Silvia —dije, acercándome a ella y hacer que soltara la mano que sujetaba con fuerza.

Se sobresaltó con la primera descarga, y aun así no apartó la mirada.

Contuve la respiración cuando volvieron a la reanimación cardiopulmonar. Pasado el

tiempo correcto, realizaron una segunda descarga sobre su pecho.

Silvia saltó de nuevo en el sitio.

Y gracias a Dios reaccionó.

Tras asegurarse de que había recuperado la consciencia, se apresuraron a acomodarlo en la camilla y subirlo a la ambulancia. Mi padre saltó dentro de ella para poder acompañar a su amigo.

Me dejé caer exhausto y apoyé los codos en las rodillas. Sinceramente, estaba entrenado para actuar en una situación así, sin embargo, era la primera vez que tenía que intervenir con alguien a quien quería tanto.

Sentí como Silvia se incorporaba y, arrodillándose enfrente, me cogió por las mejillas y me besó. No sé quién de los dos temblaba más, si ella o yo.

La agarré por la nuca y profundicé el beso. Todo lo que tenía en la cabeza, el dolor de brazos y la adrenalina que me recorría el cuerpo se evaporó.

Por un instante, fui capaz de ponerme en su piel, sentí esa necesidad de hacer desaparecer todo a mi alrededor. Empatiqué con ella y con sus noches.

Quise borrar a base de besos la imagen de Duncan tumbado en el suelo sin que su corazón reaccionara. Y aunque sabía que debíamos ir al hospital, fui incapaz de detenerme.

No me di cuenta de que estaba llorando hasta que limpió mis ojos con los pulgares. Sus dedos seguían temblando. Toda ella lo hacía. Me di cuenta de lo jodido que estaba cuando quise que lo que podía estar cruzándole la cabeza me afectara solo a mí.

—Vámonos de aquí —murmuré.

Se levantó y me tendió la mano. La cogí y, cuando estuve de pie, la abracé.

—Estaba...

—Se va a poner bien —aseguré sin ninguna convicción.

Anduvimos hasta el coche, que aún seguía en marcha y con las puertas abiertas. Nos acomodamos y apoyé la cabeza en el respaldo. Miré al infinito.

¿Qué narices acababa de pasar?

Intenté serenarme, pero, de repente, toda la adrenalina y el cansancio hicieron mella en mí.

—Déjame conducir.

—No. Dame unos minutos y...

—Liam, déjame hacerlo.

Estaba tan cansado que me di por vencido.

Intercambiamos posiciones y, minutos después, nos pusimos en movimiento. Agradecí que fuera ella, a pesar del estado de nerviosismo en el que se encontraba, quien tomase las riendas. Avisé a mi madre, bastante seguro de que, antes de que me diera tiempo a despedirme de ella, ya estaría de camino al hospital.

Me gustaba mi profesión, aunque no podía decir que la disfrutara. Porque no era fácil enfrentarse a situaciones que se escapaban a tu control y que, según cómo, una vida dependiera de tu proceder. Y no siempre las cosas salían bien. Algo devastador. Cada vida perdida, cada accidente, mermaban un poco más mis ganas.

Sabía que mi vocación nunca desaparecería, pero fue la primera vez que me planteé dejarlo.

—Ya hemos llegado.

Estaba tan perdido en mis pensamientos que el trayecto se me pasó en un suspiro. Me bajé del coche y entré en casa. No me molesté en desvestirme, abrí la ducha y me metí debajo del

Vi a Silvia entrar en el baño, seguía temblando mientras me miraba mordiéndose el labio.
—Ven. —Abrí la mampara y le tendí la mano—. ¿Estás bien?
—¿Y tú?

Me abrazó por la cintura y escondió la cabeza en mi pecho. La rodeé con los brazos, no sé quién de los dos necesitaba más ese contacto.

Olvidarnos de todo.

La dejé caer en la cama y le quité las braguitas, que eran lo único que me separaba de su piel. Lamí el interior de sus muslos.

—Date la vuelta —pedí a media voz.

—Silvia... —murmuré cuando, sin dejar de observarme, se giró, dándome la espalda.

Casi me corrí al tener la mejor panorámica que había visto en toda mi jodida existencia.

—Lo sé, y no pasa nada porque... —dijo agarrándose al cabecero de la cama.

—Tú también lo necesitas —terminé por ella.

Asintió cuando la agarré de las caderas para acercarla a mí.

Lo único que puedo decir es que, por un rato, conseguimos olvidarnos de todo lo que había ocurrido ese día.



Me incorporé con cuidado de no despertarla. Cogí algo de ropa, me vestí y salí de la habitación. Llamé a mi padre, quería saber cómo estaba Duncan.

—Está estable, va a permanecer unos cuantos días hospitalizado. —Hizo una pausa—. Le has salvado la vida, hijo.

—Me dedico a eso...

—Lo sé, pero hoy me he dado cuenta de a qué te enfrentas a diario. No te has rendido —

dijo con asombro en la voz.

—Me dedico a eso —repetí, porque... ¿qué más podía decir?

—No te rindas tampoco con ella.

Me detuve ante esa petición. ¿Qué narices sabía mi padre para llegar a esa conclusión?

—Tengo que dejarte, voy a ver si me dejan entrar a verlo. Estoy orgulloso de ti.

Colgué el teléfono con un nudo en el estómago que se apretó todavía más cuando vi que tenía un mensaje de texto de Joel. Le contesté de manera escueta, no era el día para entrar en detalles.

Tuve que volver a reprimir las ganas de subir los escalones y perderme de nuevo con ella entre las sábanas.

Quería salir de la rutina en la que habíamos entrado.

31 Silvia

—Silvia... —Me moví y me encogí en la cama tapándome hasta la cabeza.

Abrí los ojos con esfuerzo, era la primera vez en mucho tiempo que no me hubiese importado seguir durmiendo.

Miré a mi alrededor hasta localizarlo. Lo vi con la cabeza enterrada en el armario. Vestía un pantalón de chándal y una camiseta que se ajustaba a su espalda. No pude evitar recordar lo que había ocurrido un rato atrás. Intenso sería quedarse corto.

—¿Cómo estás? —Carraspeé al intentar hablar.

—Prepara una mochila para unos cuantos días.

No dio opción a réplica, salió de la habitación como un vendaval, después de asegurarse de que estaba despierta.

Ya con la mochila en la mano, me debatí sobre qué echar dentro. No sabía dónde íbamos, ni qué haríamos y, mucho menos, a qué se debía esa salida.

Seguí el ruido que estaba ocasionando. Lo encontré preparando el maletero con una especie de cofre bastante grande.

—¿Dónde vamos? —pregunté cuando terminó de asegurarlo.

—Voy a enseñarte Escocia a través de mis ojos.

Se me paró el corazón ante esa respuesta porque...



Me costaba acostumbrarme a nuestros silencios.

Algo había cambiado, aunque no tuviera muy claro el qué. Quizás, estaba el hecho de lo que comentó semanas atrás y la chica a la que había conocido.

Después de la sorpresa inicial, comprendí que debía olvidarme de él. Incluso me llegué a plantear dejar el trabajo, pero la realidad era que no me atrevía a dar el paso, ya que estaba centrada en recuperar mi relación con Luis y no alimentar mi interés en Liam.

—¿Cuándo te vas a Escocia? —Terminé de recoger la mesa de los clientes que se acababan de marchar.

—Mañana. —Su sonrisa se ensanchó.

Me encantaba lo bonito de sus gestos cuando de regresar a casa se trataba. Él entero brillaba.

—Sé que va a hacer un frío de narices, pero he preparado una ruta con mis amigos y va a ser impresionante.

—Por lo que parece, vas a estar ocupado.

Volvió a sonreír y se acercó a una mesa en la que se habían sentado unos clientes. Lo observé y no pude hacer otra cosa que maravillarme por la manera en la que se dirigía a ellos. Lo adoraban.

La mañana se nos pasó volando y no fue hasta que nuestro turno estuvo ya casi terminando que pudimos volver a cruzar palabra.

Había llegado la hora de despedirse.

Sentí una presión en el estómago cuando nos detuvimos frente a frente. No sabía qué decirle. Él volvía a casa por las fiestas y yo me quedaba en Madrid. Pensar en que estaría dos semanas sin verlo... me dolía.

—¿Os vais de ruta nada más que llegues a casa? —pregunté, más por retrasar la despedida que porque tuviera curiosidad.

—No, nos vamos el veintiséis y volveremos para Nochevieja.

Asentí y agarré la correa de mi bolso con fuerza.

—Te encantaría —dijo bajito.

Ya sabía que me gustaría, y lo haría mucho más si él fuese el guía. Pero no podía ser.

—Seguro que sí. Tiene que ser bonito ver Escocia a través de tus ojos.

No sé quién de los dos se sorprendió más con la gilipollez que acababa de soltar. Me apresuré a pasar por su lado y marcharme.

—Feliz Navidad, Liam —murmuré al salir de la cafetería.

—Feliz Navidad, Chica con novio —musitó.

Me detuve al escuchar ese apelativo, ¿Cuánto tiempo hacía que no me llamaba de esa manera? Al principio no me importaba, pero me daba la sensación de que era una forma de volver a marcar distancia entre nosotros.

Abrí la puerta y solté todo el aire que, no me había dado cuenta, estaba reteniendo.

Quince días.

Tenía quince días para arreglar mi relación con Luis, olvidarme de Liam y buscar otro trabajo.



«Voy a enseñarte Escocia a través de mis ojos». Lo miré con los ojos abiertos de par en par, porque no podía ser una casualidad que hubiese dicho la misma frase que yo pronuncié años atrás. Aunque no tuviera ninguna lógica.

—¿Has preparado ya la mochila? —preguntó, soltando un destornillador en el suelo.

—No, si no me dices dónde vamos, no sé qué es lo que tengo que coger.

—No te preocupes —comentó al pasar por mi lado—. Yo la preparo.

Lo observé entrar en su casa y fue cuando reaccioné a sus palabras.

¡Mierda!

Salí escopeteada detrás de él. Supongo que el sonido de mis pisadas aceleradas provocó su carcajada, que se escuchó amortiguada al encontrarse ya en la habitación.

—¡Liam, ni se te ocurra tocar...! —Derrapé al entrar en la estancia y casi me dio un infarto cuando lo vi con una de mis bragas en la mano—. ¡Suelta eso! —grazné, lo que provocó que su risa se acentuará.

—Estas se vienen con nosotros.

Lo peor no fue esa afirmación, no, qué va, lo peor fue verlo guardarse mi ropa interior en el bolsillo. Me abalancé sobre él en el momento en el que lo vi sacar el sujetador a juego.

—Y este también. Coge ropa cómoda. Te espero abajo.

¿Qué había pasado desde que nos quedamos dormidos? Su actitud, en cuestión de horas, era totalmente diferente.

Miré mi maleta abierta. Ni siquiera me había molestado en colocar la ropa en los espacios

que dejó libres en el armario para mí.

—¿Cuántos días vamos a estar fuera? Y lo más importante, ¿dónde dormiremos? —grité, haciéndome oír.

—Una semana.

Me quedé aturdida. ¿Una semana? Eso eran muchos días. Me aterró la idea de encerrarme con él en un coche. Ni siquiera sabía por qué.

Me apresuré a entrar en el baño, lo que menos quería es que volviera a aparecer y notara la forma en la que me empezaban a temblar las manos. Me las mojé con agua fría de manera frenética.

—No, no, no —murmuré al borde del colapso—. No es el momento.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, ¿por qué me pasaba eso? Vale, el día había sido difícil, a la vista estaba. Aun así, no era lógico, mi ansiedad no tenía relación con Duncan. Se me aceleró la respiración cuando caí en la cuenta de que no podíamos marcharnos una semana de excursión. Bueno, él sí, pero yo no. Había sido demasiado optimista al lanzarme a la aventura, y esa era la prueba de que nunca podría hacer una vida normal.

Intenté regular la respiración, el corazón se me iba a escapar por la boca. Me senté en el suelo cuando me flojearon las piernas y me abracé las rodillas.

—¿Silvia? —Oí a través de la puerta.

—Ahora salgo. —Intenté que mi voz sonara lo más contundente posible.

Liam abrió y se apresuró a arrodillarse a mi lado. Esperé un «¿qué te ocurre?». O un «¿estás bien?». Esas preguntas conseguían bloquearme mucho más. Él no solo no las formuló, sino que se sentó, acercándose lo suficiente para que mis piernas encogidas quedaran entre las suyas. No hablé, y agradecí su temple y su tranquilidad.

Agarró mi mano con sumo cuidado y la apoyó sobre su pecho.

Arrugué su camiseta en un puño cuando sentí que las pulsaciones se me disparaban, de nuevo. No debería estar perdiendo el tiempo conmigo, tendría que disfrutar de esos días con sus amigos y no cargando con alguien que era un cúmulo de problemas para todo aquel que la rodeaba.

Me saturaba perder el control de mi cuerpo y que no respondiera como yo esperaba. Era como ir subida a la montaña rusa más aterradora del mundo. Mi mente, esa era harina de otro costal. Creo que explicar la manera en la que se plagaba de pensamientos que se pisaban unos a otros, sin ningún orden, resultaría complicado. Podría reproducirlos todos y ser incapaz de ponerlos en palabras.

Tardé bastante en recuperar el aliento y el control sobre mí misma.

Desvié la mirada, mortificada, y retiré la mano de su cuerpo. Quise salir corriendo ante la conversación que se avecinaba. Y sabía por experiencia que no podría explicar nada. ¿Cómo expresar lo que yo era incapaz de entender?

—Gracias. —Me levanté intentando evitar su mirada.

Abrí el grifo y me mojé la cara. Me mordí el carrillo con mucha saña para no llorar. Volvían a temblarme las manos, aunque por un motivo muy diferente. Quise morirme de la vergüenza. Dar ese tipo de espectáculos y sentirme el centro de atención provocaba que me empequeñeciera. No era normal.

Yo no era normal.

—No voy a irme contigo —murmuré.

No iba a cargar conmigo.

No contestó, solo sentí su respiración tranquila y acompasada en la nuca antes de que me

girara con cuidado. Miré al suelo. Apoyó el dedo anular para elevar mi barbilla lo suficiente y entonces... Me besó.

Fue un beso que me supo diferente, no había nada sexual en ese gesto ni tampoco buscaba borrar lo que nos estuviera atormentando, aunque a mí me persiguieran muchos fantasmas. Fue un beso lleno de ternura y empatía.

—Tú y yo, vamos a desaparecer unos días.



—¿Te importaría parar en el hospital? —pregunté cuando ya estábamos en marcha.

Llegamos veinte minutos después.

Me había sentido realmente valiente al pedir que nos detuviéramos, sin embargo, cuando vi las palabras escritas en ese edificio, solo quise vomitar.

Liam no me dio tiempo de pensar, me agarró de la mano y, entrelazando nuestros dedos, me instó a que lo siguiera. Agradecí que no me diera otra opción.

Saludamos a Tom, que lo primero que hizo fue abrazar a su hijo, que seguía agarrado a mí. Noté un apretón, como si en ese momento fuese él quien necesitara ese contacto en vez de yo.

Sabía que no lo había pasado bien. Que ese día estaba resultando difícil para él.

—Quiere veros. —Solté su mano para que, de esa manera, pudiera entrar a ver a Duncan —. A los dos.

—Yo no...

—Vamos. Cuanto antes entremos, antes nos largaremos de aquí —murmuró para que solo yo lo escuchara.

Lo seguí a través de los pasillos. No sé quién inspiró más ruidosamente de los dos, si él o yo, cuando nos detuvimos delante de la puerta entornada.

Se me revolvió el estómago al ver a Duncan conectado a varias máquinas. Parecía que había envejecido muchos años en cuestión de horas. Su cuerpo daba la sensación de que era muchísimo más pequeño de lo que en realidad era.

Era un hombre grande y corpulento. Y verlo así me afectó. No solo porque odiaba los hospitales, más bien era que había estado a punto de morir. Y yo fui incapaz de hacer nada. Si Liam no hubiese aparecido, no habría sobrevivido.

—Me habéis salvado —murmuró con un sonido tan quedo que me costó entender lo que estaba diciendo.

—Yo no he hecho nada, ha sido él.

—Tú no me has soltado la mano.

Desvié la mirada.

No podía explicarle que lo agarré de la mano por no cargar con otra muerte a mis espaldas. Apreté más fuerte los dedos de Liam. Necesitaba ese contacto. Algo que me mantuviera entera. Estaba a punto de derrumbarme y no por la ansiedad.

Yo debería haber sujetado su mano, yo debería haber estado con él en el coche, yo debería...

—Nos alegramos de que estés bien —dijo Liam, aunque toda su atención estaba puesta en mí, como si supiera en lo que pensaba.

Desconecté. Mi mente voló a mil kilómetros de distancia. No escuché nada de la conversación, no volví a prestarles atención.

Cuando me di cuenta, atravesábamos de nuevo los pasillos de ese hospital a la carrera. Por lo visto, no era la única con prisas por salir de allí.

—No nos hemos despedido de tus padres —comenté abrochándome el cinturón de seguridad.

No contestó. Dio marcha atrás y salimos de las inmediaciones del hospital.

—¿Se recuperará? —pregunté mirando por la ventanilla.

—Lo hará. Aunque va a tener que hacer cambios en su día a día. Ha sufrido un infarto, no es una persona de medir las consecuencias, le he dicho muchas veces que tiene que bajar el ritmo.

Apretó las manos contra el volante, el ambiente se tiñó de su frustración.

—¿Cómo lo consigues?

—¿A qué te refieres?

—Mantener el tipo ante esas situaciones? No te has rendido y no has perdido los nervios.

—Supongo que... —Desde mi asiento me di cuenta de que buscaba las palabras adecuadas para responder—. Creo que el socorrer a personas desconocidas lo hace mucho más llevadero. Me apasiona lo que hago, pero es frustrante cuando no consigo...

—Hoy estás frustrado —observé, cautelosa.

—Es la primera vez que tengo que reanimar a alguien a quien conozco.

Deslicé la mano y le di un apretón en el muslo para darle algo de consuelo. Me sobresalté cuando dejó caer la suya y entrelazó nuestros dedos, eso me dio una pista de lo que había supuesto esa situación para él.

—¡Vaya día de mierda! —exclamó, sobresaltándose.

Me dio por reír ante su alarido derrotista. Quizás fue su expresión, o que, realmente, hubiese sido mejor no levantarnos de la cama. Me miró, ojiplático, haciendo que mis carcajadas se incrementaran. Me estaba dando un ataque de histeria en toda regla. No podía parar, aunque no quisiese seguir riéndome. El percance con Duncan había revuelto tanto en mi interior...

Liam negó con la cabeza cuando una sonrisa asomó a sus labios. Hasta que se unió a mí. Tuvo que detener el coche en el arcén, ya que se nos saltaron las lágrimas. Y empezaba a ser peligroso. Nos deshicimos de la tensión del día a base de reírnos. Una manera muchísimo más sana que acostándonos de la forma en la que lo hacíamos.

—¿Por dónde vamos a empezar? —pregunté más repuesta. Aún se me escapaban ruidos extraños al intentar hablar.

—Inverness. Estábamos llegando cuando te ha dado ese ataque de locura transitoria.

Lo miré ofendida, aunque no le faltaba razón.

—Ni se te ocurra —dijo arrancando el motor cuando una nueva risita salió de mis labios.

Nada más bajarme del coche sentí un vuelco en el corazón. Eran cerca de las nueve de la noche, pero el cielo no daba la sensación de que fuera a oscurecer.

Andamos por una calle peatonal llena de comercios, la mayoría ya cerrados al público.

Caminamos por una de las orillas del río Ness. Fue como adentrarse en una realidad paralela dentro de una ciudad, porque, aunque fuera pequeña, no dejaba de ser la capital de las Higlands, y era absolutamente maravillosa.

La orilla plagada de piedras, el agua transparente, la naturaleza y el día que parecía no querer acabarse daban un aspecto mágico a ese lugar.

Cruzamos al lado contrario por un puente que separaba los dos extremos. No hablamos

mucho, no me quejé, mi atención estaba puesta en todos los detalles para no olvidarlos nunca. Hice fotografías, muchas, tantas que llegué a agotar la memoria de mi teléfono.

—Ven —dijo cuando terminamos el recorrido.

Entramos en una calle estrecha que tenía una ligera pendiente, sonreí al vislumbrar un restaurante español. Llegamos a las inmediaciones del castillo de Inverness.

Me quedé sin respiración en uno de los jardines desde donde se podía vislumbrar una panorámica asombrosa de la ciudad.

—Acabo de encontrar mi lugar en el mundo —murmuré, sobrecogida ante la sensación de estar, por fin, en casa.

32 Liam

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Joel a través del teléfono.

Miré a mi alrededor por si a Silvia le daba por volver.

Había estado a punto de no responder a esa llamada. Pero era difícil dejarlo en la ignorancia cuando era capaz de percibir su preocupación a través de los mensajes o, cómo en ese caso, con las llamadas telefónicas.

—Creo que bien. Anoche no tuvo pesadillas y su ansiedad está más controlada —respondí con resignación.

Me sentía un auténtico capullo, no deberíamos estar hablando de ella de esa manera.

—Tengo que reconocer que estoy sorprendido... —dijo con algo parecido a la estupefacción en la voz.

En los cinco días que llevábamos de ruta, el humor de Silvia era diferente. Sonreía con asiduidad, soltaba alguna que otra carcajada y, aunque de vez en cuando seguía aislándose, era capaz de ver cómo respiraba hondo para calmarse. La chica que conocí se había dejado ver en más de una ocasión y, en todas ellas, yo sentía un tirón en el estómago que cada vez me costaba más fingir.

La vi regresar con una sonrisa en la boca, perdida en las fotografías que, seguro, acababa de realizar. El cabello lo tenía revuelto a causa de la brisa que corría, los ojos le brillaban y estaba jodidamente preciosa.

—Está volviendo —comenté con ganas de finalizar esa llamada.

—Lolo...

—Lo sé. —Colgué antes de darle opción a pronunciar ese «no dejes que se entere».

Lo sabía. Tenía claro que si llegaba a saber que su hermano y yo estábamos en contacto... A él terminaría por perdonarlo, en cambio, a mí me sacaría de su vida sin miramiento. Eso era lo que me frenaba para sincerarme con ella.

No quería perderla de nuevo.

—¿Todo bien? —preguntó frunciendo el ceño.

—Sí, no te preocupes. —Me guardé el móvil en el bolsillo.

No le dio más importancia y siguió mirando las imágenes.

—¿Te has quedado satisfecha?

—No. —Sonrió negando con la cabeza—. Pero no tengo más memoria. Y soy una desempleada gastándose el dinero en unas vacaciones, si no, te prometo que me compraría otro nuevo con muchísima más capacidad de almacenaje.

Solté una risotada al escuchar su tono de voz lastimero.

—Silvia, mi padre está buscando a alguien para actualizar la página web, estoy seguro de que, si le envías un par de ellas, te contratará sin dudar.

Aunque no eran profesionales, transmitían la pasión de la persona que las había realizado. Se esmeraba en que quedaran perfectas, jugaba con las sombras, el encuadre y los filtros. Si eso lo conseguía con un móvil, no quería llegar a imaginar lo que lograría si trabajaba con el equipo adecuado. Tendría que formarse, seguro, pero, estaba convencido de que, si lo intentaba, sería buena en ello.

—No voy a cobrar por algo que he hecho con el móvil. —Lo movió para dar énfasis a sus palabras—. Además, se te olvida que no tengo ni idea de páginas webs ni...

—Mándaselas.

—No.

Di un paso en su dirección y, automáticamente, ella lo dio hacia atrás. Iba a mandar esos mensajes como que me llamaba Liam Manuel.

Mi padre me había comentado lo que le estaba costando encontrar a alguien que se ajustara a lo que él buscaba, y yo creía que esa persona podía ser Silvia. No de manera permanente, ya que vivía en Madrid.

—Ni lo sueñes —dijo risueña, antes de arrancar a correr, alejándose de mí.

Olvidé todo lo que me pasaba por la cabeza cuando la escuché reírse a carcajadas.

Salí a la carrera detrás de ella. La agarré por la cintura y me la eché sobre el hombro. Sonreí cuando respondió con lo que pretendía ser un grito indignado.

—¡Suéltame! —chilló removiéndose para librarse de mi agarre.

Podría volverme adicto al sonido de su risa despreocupada. Ojalá pudiera hacer más para que esos momentos se prolongaran en el tiempo. Era una auténtica pasada verla actuar de esa manera. Cuando no pensaba en nada más que en lo que la rodeaba y la hacía disfrutar.

—Pásame la peor de todas, la que descartarías.

—Esto no tiene sentido —gruñó cuando se dio cuenta de que no me iba a dar por vencido—. Bájame.

—Mándamela primero.

Escuché la notificación que avisaba de la llegada de un nuevo mensaje.

La bajé despacio y tuve que reprimir las ganas de dejarme llevar al verla roja, despeinada y tan bonita.

Reenvié el mensaje sin mirarlo.

Sabía que no respondería hasta que llegara a casa. Desde que Duncan estaba hospitalizado, sus jornadas eran interminables. Me había ofrecido a ayudar. No me preocupaba que la hubiese desechado, mi padre sabía sus límites y en el momento en que viera que no daba más de sí, me llamaría.

—¿Vamos? —pregunté guardándome el teléfono en el bolsillo.

—Sigo sin entender cómo eres capaz de volver a Madrid y seguir con tu vida.

La ayudé a bajar por una pendiente empedrada antes de contestar.

—Ya estoy acostumbrado.

Accioné el mando a distancia del coche y las cuatro luces centellearon.

—Sé que estamos de vacaciones, aun así, también soy consciente de que me va a llevar días acostumbrarme al ajetreo madrileño. Así que, en tu caso, tiene que ser más difícil.

Tenía razón, no me acostumbraba a estar lejos de mi hogar, familia y amigos. Solo es que había aprendido a vivir con ese sentimiento constante de añoranza.

Supervivencia lo llamaban algunos, conformismo lo llamaba yo.

Llegamos al coche después de unos minutos.

—¿Dónde? —preguntó abrochándose el cinturón.

—Ni idea. —Desvié la vista cuando volví a escucharla reír.

Estábamos yendo a la aventura, sin una ruta establecida, y me había dado cuenta de que, cuanto más aislado y perdido estuviera el lugar, más lo disfrutaba Silvia. «Hay muchísima gente», murmuró en un castillo popular donde el ir y venir de turistas era algo común.

Por ese motivo, los monumentos más famosos los habíamos evitado o visitado muy temprano. Incluso antes de que saliera el sol. De esa forma, paseamos por el puente de piedra y los jardines del castillo Eilean Donan sin nadie alrededor.

—¿De dónde salen esas personas? —dijo señalando a una pareja que reía entusiasmada y empapada.

Incluso yo, que creía conocer mi país como la palma de mi mano, me había dado cuenta de que no era así. En esos pocos días, visité lugares que, ni intentándolo, sería capaz de volver a ubicar.

Me lo estaba pasando de muerte descubriendo rincones perdidos en ninguna parte. La libertad de hacer lo que nos apetecía de la manera que quisiéramos. Sin horarios, sin presiones ni prisas.

Detuve el coche en una pequeña zona destinada para ello.

—Vamos.

Cruzamos la carretera y, gracias a que eran cerca de las ocho de la tarde, no estaba muy concurrida.

Seguimos el camino que la pareja había dejado atrás, y fue cuando empezamos a escuchar el sonido del agua cayendo con fuerza. Subimos unas rocas húmedas. El tiempo tampoco acompañaba a que la superficie estuviera seca. Había estado lloviendo de manera intermitente durante todo el día.

La sujeté por el antebrazo cuando resbaló.

—Cuidado, hay demasiado musgo y está resbaladizo.

Nos detuvimos los dos ante lo que se presentó delante de nuestros ojos.

—¡Qué maravilla!

Lo era, tres corrientes de agua independientes se unían en una única cascada para terminar en una pequeña piscina natural. Por ese motivo, la pareja estaba mojada, porque, literalmente, habían salido de una piscina.

Miré a Silvia, que me devolvía la mirada con una chispa de emoción en los ojos. Se quitó la sudadera de un tirón, la camiseta y el pantalón en un segundo, quedándose vestida con ropa interior. Bajó por las rocas y sumergió su cuerpo en ese pequeño paraíso que estaba a pocos metros de la carretera.

Me quedé embobado sin poder apartar los ojos de su cuerpo. La manera en la que desapareció debajo del agua para emerger echando la cabeza hacia atrás y apartarse el cabello de la cara me dejó sin respiración.

Una jodida sirena. Y, con cada minuto que pasaba, me costaba más separar el motivo por el que estábamos realizando ese viaje.

Me acerqué y acuclillé en una roca. No estaba seguro de poder contenerme si entraba con ella en ese lugar. Joder, no estaba seguro de poder hacerlo incluso con los metros que nos separaban.

Empezó a caer una ligera lluvia, cosa que pareció no importarle en absoluto. No era el mejor día para disfrutar de un baño de esas características, ya que el agua caía de la cascada con fuerza. Sin embargo, fui incapaz de decirle que no era lo más sensato estar dentro con ese clima.

Se la veía feliz.

Y cuando sonrió, terminé sucumbiendo. Me desnudé y me metí con ella.

—Está demasiado fría, mañana no vamos a poder movernos de la cama —gruñí mientras me castañeban los dientes.

Soltó una risita que me caldeó por dentro y me la puso dura en un segundo.

—Esto es maravilloso —dijo mirando a su alrededor.

Lo era, en otro momento o con otro clima hubiese disfrutado mucho más del entorno, sin embargo, era imposible que pudiese apartar la vista de ella.

La vi salir a la superficie de manera ágil y agarré la mano que me tendió para ayudarme a que la siguiera. Al intentar afianzarme sobre la roca, ella dio un paso hacia atrás volviendo a resbalar. Tiré de ella para que no se golpeará con las piedras. Caímos de nuevo al agua.

—¿Estás bien? —pregunté.

Se limitó a asentir.

Y me perdí. Me perdí en la profundidad de sus ojos azules y en la calidez de su cuerpo pegado al mío.

Quise besarla, besarla de una manera que pudiera demostrarle lo que podíamos ser juntos, si es que alguna vez teníamos la oportunidad. Arrasar su boca y acelerarle la respiración de una manera diferente a como lo hacían los ataques de pánico.

Cerró los ojos en el momento en que me acerqué a sus labios cuando un «no dejes que se entere» se apoderó de mi cerebro.

Me aparté con cuidado, no podía dejarme llevar, no por lo menos sin contarle el verdadero motivo por el que había insistido para que me acompañara. El problema es que no quería explicárselo, ya que eso supondría que esos días terminarían. Más cuando le estaban sentando bien. Sabía que, si descubría todo lo que su hermano y Lucas me habían contado, los pocos avances de esos días no servirían para nada. Porque no solo me cerraría todas las puertas, si no que, además, dejaría de confiar en la persona más importante de su vida.

Por eso me conformaba con enseñarle una canción con la guitarra, con la esperanza de que, si todo explotaba, cosa que acabaría ocurriendo tarde o temprano, la escuchara y entendiera lo que intentaba transmitirle. Eso sin contar lo que le susurraba cuando nos acostábamos, y sus pesadillas hacían acto de presencia.

Emprendimos el camino al coche en el momento en el que estuvimos vestidos.

Puse la calefacción al máximo para ayudarnos a entrar en calor.

—Necesito una ducha caliente.

Sin decir nada, me dirigí a mi casa.

Lo de la ducha caliente tenía fácil solución, en cuanto a lo que me absorbía a mí los pensamientos, no lo tenía yo tan claro.

—The Meeting of Three Waters —dijo mirando su móvil.

—¿Qué? —pregunté intentando despejar mi mente.

—Ese lugar, así se llama. Voy a apuntarlo para no olvidarlo.

—Vale, de todos los lugares que hemos visitado estos días, ¿cuál dirías que es tu favorito?

—Tu casa.

Ella no le dio importancia a esa respuesta, pero provocó que yo me lo empezara a replantear todo. Además, de que, si ese era el lugar que más le gustaba, allí es donde la llevaría.

33 Silvia

Me bajé del coche con prisa.

Estaba congelada, el baño en esa piscina natural no había sido mi mejor idea. Necesitaba urgentemente entrar en calor. Liam se reía de mí, aunque su aspecto no era mejor que el mío.

Pensaba pelear si de entrar la primera en la ducha se trataba.

Lo empujé por el hombro y cerré la puerta. Dos minutos después, suspiré cuando el agua hirviendo entró en contacto con mi piel.

Darí las gracias si no caía enferma.

Conseguí relajarme cuando dejé de tiritar.

Esos días recorriendo los lugares más bonitos que jamás había visto fueron espectaculares. Descubrí que prefería la naturaleza a una ciudad. Que perderme en una montaña o bosque era muchísimo mejor que hacerlo en la civilización. Para una persona como yo a la que no le gustaban las aglomeraciones, era un paraíso. Supongo que la compañía también influía, eso fue lo mejor de todo. El poder compartirlos con él.

La primera noche, cuando paramos en un lugar en medio de la nada y Liam abrió el cofre que iba acoplado al maletero, desvelando lo que escondía en él, no pude creerlo. Una tienda de campaña.

Esa noche, cuando las pesadillas me despertaron y abrí los ojos, horrorizada solo tuve que mirar a mi alrededor y descubrir un cielo plagado de estrellas para tranquilizarme. No tuve la necesidad de despertarlo.

Estaba deseando que nos pusiéramos de nuevo en movimiento.

Salí de la ducha y me di cuenta de que, con las prisas, por entrar en calor, ni siquiera había cogido algo de ropa con la que vestirme.

Me cubrí con una toalla, me puse otra en la cabeza y salí intentando pasar lo más desapercibida posible. Lo encontré en cuclillas encendiendo la chimenea.

Subí las escaleras como un ninja. Ir vestida con una toalla no debería hacerme sentir tan indefensa. Sin embargo, lo hacía, aunque me hubiese visto en peores situaciones.

Me dejé caer en la cama y miré al techo. A medida que los días pasaban, mis sentimientos por él se incrementaban. Por un lado, quería aprovecharlos, empaparme de él, de su manera de ser y atesorar cada momento para cuando no estuviera, porque, si algo tenía claro, era que Liam volvería a irse. Era algo que acabaría ocurriendo; su manera de comportarse, de mirarme... lo demostraba.

Por otro lado, me sentía culpable. Cada risa que me generaba, cada caricia (por muy sutil que fuera), hacía que un ejército de pájaros carpinteros agujerearan mi estómago y mi cerebro. Era un sentimiento demasiado contradictorio. Algo seguía diciéndome que era muy egoísta por mi parte disfrutar de todo lo que se me había puesto al alcance, a pesar de los años transcurridos. Como si yo no mereciera una redención. Pero ¿cómo iba a obtenerla, si yo no conseguía perdonarme a mí misma?

Me incorporé cuando unos golpes sonaron en la puerta. Liam asomó la cabeza y frunció el ceño al verme. Tanto esconderme para nada.

—He preparado algo de cenar.

¿Cuánto tiempo había transcurrido?

—Ahora bajo —dijo con desánimo.

Odiaba darle vía libre a mi cabeza. Cuando eso ocurría, me sumía en un estado de tristeza del que no conseguía desprenderme. Por eso ya no montaba en atracciones, ¿para qué? Mi mente ya sufría de subidas y bajadas suficientes.

Me vestí con un pantalón de chándal y una camiseta bastante ancha. Me miré en el espejo, intentando hacer algo con mi pelo, cuando me di cuenta del conjunto que había elegido. El pantalón de mi hermano, el que me acompañaba en mis horas más bajas, ese que, a pesar de todo, me hacía sentir segura.

Me vi sorprendida al ver un despliegue de comida en la barra de la cocina.

Y él estaba arrebatador, con una camiseta de manga larga remangada hasta los codos, un pantalón de pijama de cuadros y descalzo. ¿Cómo podía gustarme tanto?

—¿Te puedo ayudar en algo? —pregunté, más por cortesía que por otra cosa, ya que, a simple vista, no parecía faltar nada.

—¿Cerveza?

Asentí sentándome en el taburete.

—Gracias. —Cogí la lata que me tendió, la abrí y le di un trago.

—Me han llamado Lucien y Niamh, mañana hemos quedado con ellos —comentó antes de coger una porción de pizza y metérsela en la boca—. No he podido librarme.

—No tienes que librarte de pasar tiempo con tus amigos, Liam. Es normal que quieran verte.

No contestó y supe que ese plan le apetecía, cosa que era lógica, si teníamos en cuenta que apenas los había visto desde nuestra llegada.

—¿Lista para tus clases de guitarra? —Resoplé en respuesta.

No entendía el interés que tenía en que aprendiera esa canción, de la cual no conseguía que me dijera el nombre ni muchísimo menos la letra. Además de que había descubierto que lo mío no eran los instrumentos musicales. Cuando él la tocaba, el sonido era maravilloso, en cambio, si lo hacía yo (o lo intentaba), era como el del maullido de un gato moribundo. Lo que tenía que admitir era que, para ayudarme, se sentaba a mi espalda y me abrazaba para corregirme la posición de las manos y eso... me gustaba.

Demasiado.



El día no podía ir peor, Niamh se había dedicado toda la mañana a fulminarme con la mirada. Lo único bueno que encontraba a esa especie de quedada era ver a Liam vestido con un traje de neopreno.

—¿Quieres que te enseñe a subirme a una tabla? —preguntó Lucien, clavando la suya en la arena antes de sentarse a mi lado.

Me estremecí por las ganas de verme subida a una de nuevo. No era por dárme las de nada, pero les daba mil patadas a los tres si de surfear se trataba. Por decirlo suavemente, eran una panda de aficionados a nuestro lado.

Pero hacía demasiado tiempo que no lo intentaba, ni siquiera había comentado que quizás me gustaría probar, porque... Pensé en mi hermano. En lo que disfrutábamos subidos a la misma tabla haciendo el loco.

—Hola. —Miré a Liam que se sentó junto a mí.

—Le estaba ofreciendo a Silvia enseñarle lo básico para que... —dijo Lucien.

La carcajada despectiva que me dedicó Niamh me crispó los nervios. Me rasqué el pulgar con saña antes de decir algo que pudiera generar malestar a una situación que ya de por sí resultaba incómoda. No iba a ser yo quien pusiera a Liam en esa tesitura.

Miré al horizonte y la voz de mi hermano resonó en mi cabeza: «el surf es paciencia Silvia», y de eso ellos no iban sobrados.

Me sobresalté cuando un deje de frustración me recorrió el cuerpo, lo más extraño es que no provenía de mí. No era yo quien se sentía así. Irritada por la persona que parecía buscar una confrontación conmigo, sí. Pero no frustración.

Me levanté de un salto, Liam me miró con preocupación. Me daba igual parecer una demente. Había sentido algo...

—¿Me dejas la tabla? —pregunté dirigiéndome a Lucien.

—Espera que te enseñe...

—No es necesario —lo interrumpí cuando la rabia me sacudió el cuerpo.

«Joder, hermanito, cálmate».

Esa sensación había vuelto de la misma manera en la que las olas llegaban a la orilla con rabia. Y no supe gestionarla. Muchos años atrás, quizás lo hubiese llamado para preocuparme por el motivo de su turbación, pero hacía tanto tiempo que no estaba conectada a él, que no supe reaccionar.

Por un lado, quería seguir sintiendo a mi hermano, lo deseaba tanto que se me saltaron las lágrimas, pero, por otro, rezaba para que él no percibiera ni una mínima parte de lo que sufría yo a diario.

Lo destruiría.

—Silvia —me llamó Liam poniéndose de pie—, no es buena idea.

No me molesté en contestarle. Iba a entrar en el mar y no necesitaba el beneplácito de nadie.

—Coge la mía, es más pequeña. —Me sorprendió que esa ofrenda viniera por parte de Niamh.

—Gracias.

No sé si lo hizo por hacerme un favor o para ver si terminaba revolcándome en el agua.

Cogí la tabla y me alejé hasta la orilla.

«Cálmate, cálmate, cálmate», pedí en silencio, a él o a mí, daba igual. Uno de los dos tenía que hacerlo antes de que todos los sentimientos me partieran por la mitad.

Me desnudé, quedándome en ropa interior. Y entré en el agua.

Estaba tan saturada que no me importó que estuviera helada y que, posiblemente, acabara con hipotermia o un gripazo monumental. Me tumbé sobre la tabla y empecé a remar con los brazos. Lo hice hasta que me dolieron por la falta de práctica.

Me detuve y me senté con las piernas colgando de espaldas a la orilla.

Volví a percibir la frustración de mi hermano que empezaba a mezclarse con la mía propia, si a eso le sumábamos que, en ese instante, me di cuenta de todo lo que me había perdido durante esos años... Podíamos decir que fue un cóctel difícil de digerir.

Me di la vuelta dispuesta a remar de nuevo a la orilla, pero algo, no sabía el qué, me detuvo. Miré hacia atrás.



—Me aburro —susurré.

Siempre había creído que el surf era subirme a una tabla, aguantar el equilibrio y listo. En cambio, mi mellizo se lo estaba tomando con calma.

Era el segundo verano que practicábamos ese deporte. El anterior lo habíamos pasado intentando aprender a mantenernos sobre ella y no acabar ahogados.

—El surf es paciencia.

Paciencia es lo que yo no tenía.

Me sobraba energía mientras veía a los demás gritar de alegría cada vez que cogían una ola. Y allí seguíamos nosotros. Parecíamos dos cactus en medio del mar, haciendo el idiota.

Decidí que era el momento de abandonarlo. Ir por libre. Sería la primera vez, pero es que estaba al borde de la muerte por aburrimiento.

Me tumbé sobre la tabla, dispuesta a marcharme, cuando me detuvo agarrándome de la mano.

—Cierra los ojos —pidió, entrelazando nuestros dedos.

Lo hice a regañadientes, nunca había podido negarle nada.

Esperé a... ¿qué? Pues ni idea, pero yo esperé. Lo hice hasta que sentí un cosquilleo en la nuca que consiguió estremecerme.

—¿Lo sientes?

En otros momentos, cuando le daba por ponerse en plan maestro ancestral, me reía mucho. Pero es que, por extraño que pudiese parecer, percibí esa sensación de «queda muy poquito».

El cosquilleo se extendió a cada extremidad de mi cuerpo y abrí los ojos, sobresaltada.

Asentí con la cabeza y empezamos a nadar en sincronía. Sonreí llena de júbilo cuando sentí la libertad que otorgaba ese deporte. Joel debió de sentir lo mismo, ya que, cuando quise darme cuenta, su felicidad se entrelazó con la mía.

Llegamos a la orilla después de coger una de las mejores olas del día y con la euforia revoloteando en nuestro sistema.

Desde ese día, entrenamos sin descanso para poder llegar a hacerlo los dos sobre la misma tabla.

Nos caímos mil veces, casi nos ahogamos un millar más. Nunca nos rendimos. Sabíamos que, si lo hacíamos juntos, lo lograríamos, como siempre.



No sé cuál fue el punto de inflexión para dejar de sentir a mi hermano y que ese hilo que nos unía se deshiciera hasta desaparecer por completo. Por eso, no mentía si decía que volver a percibir su estado de ánimo me dejó fuera de onda. No estaba preparada. Porque a mi euforia y tristeza también tenía que sumarle su frustración.

El cosquilleo se intensificó.

¿Cómo íbamos a sobrevivir los dos si él podía experimentar mis sentimientos? Fue fácil hacerlo cuando la conexión era inexistente. Mentir, fingir, era una experta en eso. Pero...

Me envaré en la tabla cuando mi cuerpo exigió que me pusiese a remar. Estaba congelada, el frío me tenía entumecida o solo era todo lo que se arremolinaba en mi interior.

Me tumbé, de nuevo, con una sola idea en la cabeza. Si mi mellizo me percibía de la misma manera en la que lo hacía yo con él, por lo menos, se llevaría algo de entusiasmo por mi parte.

Remé mirando hacia atrás, no estaba segura de ser capaz de ponerme derecha y montar esa ola, aun así, no cedí en mi empeño.

Salté sobre la tabla y todo aquello de lo que yo misma me había privado durante esos años me pasó por la cabeza.

Dicen que, cuando estás a punto de morir, reproduces en cuestión de segundos lo que ha sido tu vida. Yo no necesité estar al borde de la muerte; solo hacer algo que siempre me había encantado para darme cuenta de que era el momento de empezar a cambiar mi vida.

Me vi riéndome a carcajadas, bailando, disfrutando, comiéndome una hamburguesa con mis tres chicos, saltando desde un acantilado, agarrada de la mano de mi hermano.

¿Cómo pude rendirme tan fácilmente?

No merecía lo que me hicieron, pero es que yo sola dejé que me rompieran y que me ganaran con la excusa de: «es por tu bien».

¡Y una mierda!

Llegué a la orilla con la adrenalina fluyendo por mis venas. La respiración la tenía acelerada a causa de la rabia hacia todo el mundo.

Sentí el tirón. Yo le había pedido que se calmara y sabía que, en ese momento, me lo estaba pidiendo él.

Tenía que hablar con mi hermano.

Escuché la melodía de mi móvil, que había dejado tirado en la toalla. Al acercarme, me di cuenta de los tres pares de ojos que me miraban sin pestañear. Fijé los míos en los de Liam. Parecía maravillado.

—¿Quién te ha enseñado a hacer...?

—Tengo que hablar con mi hermano. —Ni siquiera sabía quién se había dirigido a mí.

Me vestí deprisa y, agarrando mi teléfono, me alejé lo suficiente para poder tener una conversación con la persona con la que más miedo me daba volverme a reencontrar.

34 Joel

El día estaba siendo una auténtica mierda.

Me habían sacado de la cama por un error en la maqueta de mi último reportaje. No pude negarme, aun siendo mi día libre, ya que acaba de reincorporarme de las vacaciones.

Miré la pantalla del ordenador intentando encontrar el error. Maldije interiormente cuando creí encontrar el fallo. Intenté solucionarlo, el problema era que cada vez que arreglaba un párrafo, se descuadraba el siguiente. Las fotografías se descentraban y... Me cagaba en la puta.

Había días en los que era mejor no salir de la cama, y menos si en ella se quedaba tu mujer.

Subsanar ese desastre me iba a costar más de lo esperado, a juzgar por el tiempo que llevaba sin solucionar nada. Golpeé el teclado con fuerza cuando la frustración se empezó a apoderar de mí.

Una hora después, estaba a punto de tirarme por la ventana, el único inconveniente era que no había ni un solo resquicio por el que lanzarse al vacío.

—Buenos días. —Escuché su voz adormilada a través de la línea.

—Suspiritos, necesito tu ayuda —pedí derrotado—. El último reportaje tiene un error en la maqueta y no consigo arreglarlo.

—Mándamelo, voy a por el ordenador.

Tamborileé en el escritorio con los dedos hasta que volví a escuchar su voz.

—Ya, déjame ver qué ocurre. —La escuché teclear en su portátil mientras mi ansiedad se incrementaba—. Joel, ¿qué archivo has usado?

—¿Qué? El de siempre.

—No, este no tiene formato, por eso no consigues arreglarlo. Dame un rato y te llamo.

Colgó el teléfono y supe que mi mujer iba a solucionarme la papeleta. Tardó algo más de veinte minutos en volver a llamarme.

—Te lo acabo de enviar, no debería darte problemas.

—Eres la mejor.

—Siento decirte que, si estás intentando ligar conmigo, llegas tarde. Estoy felizmente casada y con un hijo, así que...

—No estamos casados —gruñí.

Contestó con una risita que me la puso dura al instante. Ese era el jodido poder que tenía la mujer que reía divertida en el teléfono.

—¿Estás bien? —preguntó.

No sé cómo seguía sorprendiéndome el poder de adivinación de Zoe. A ella no podía mentirle, aunque estuviera escondiéndole muchas cosas.

—Sí, no te preocupes. El dichoso reportaje ha acabado con mis reservas energéticas.

Suspiró a través de la línea.

Supe que no lo daba por válido, cuando volvió a hablar:

—¿Sabes algo de ella?

—No.

—Seguro que está bien.

Que estaba bien, ya lo sabía o, mejor dicho, todo lo bien que podía estar una persona en

la situación de mi hermana. Además, me preocupaba que se estuviera abriendo a él y cómo la afectaría cuando se diera cuenta de que la implicación de Lolo no era de la manera en la que ella creía.

—Tengo que dejarte, nos vemos en un rato. Te quiero.

—Y yo a ti.

Me dejé caer sobre la silla algo más tranquilo al poder enviar el reportaje.

Me levanté como un resorte cuando una sensación de miedo, ansiedad y euforia me recorrió el cuerpo. Esos sentimientos no eran míos.

Actué sin pensar y, antes de ser consciente de lo que estaba haciendo, la cara de Lolo me saludaba con seriedad a través de la pantalla del teléfono.

—Dime que tu hermana sabe surfear, porque, ahora mismo, estoy a punto de sufrir un infarto.

—Enfócala —urgí.

—No vas a verla, está bastante lejos y no creo que...

—Enfoca a mi hermana.

Lo único que atisbé a ver fue un punto en la lejanía. El miedo me golpeó de lleno en el estómago.

—Voy a entrar a por ella —dijo, nervioso.

—No. Sabe lo que hace.

O eso quería creer.

Nos recordé a los dos cogidos de la mano durante horas, diciéndome lo aburrida que estaba y yo intentando convencerla de que la paciencia nos traería la ola que llevábamos más de un año esperando.

Lo que seguía sin entender es por qué después de tanto tiempo de intentar por todos los medios conectar de nuevo con ella, la conexión llegaba de esa manera cuando estábamos a kilómetros de distancia y nuestra relación no es que pasara por su mejor momento.

La observé girarse dispuesta a regresar a la orilla.

—Aguanta —susurré a nadie en particular.

No puedo decir que no me impactara verla en una tabla de nuevo y que no me jodieran todas las ocasiones en las que había rechazado subirse a una.

En el momento en el que la vi remar con fuerza, supe lo que vendría a continuación. Un remolino de sentimientos que se contradecían unos a otros me golpearon de nuevo.

—¡Joder! —exclamó Lolo a la vez que unas expresiones en inglés sonaban a su espalda.

Colgué el teléfono sin despedirme, con una sensación diferente en el cuerpo, ¿eso era a lo que mi hermana se enfrentaba a diario?

¿Cómo conseguía levantarse siquiera de la cama?

Visto desde fuera y de la manera más egoísta, me hubiese gustado seguir viviendo en la ignorancia, sabiendo que no estaba bien, pero no percibiendo su estado de ánimo.

No estaba listo para esa conversación, aun así, realicé la llamada.

—Rómpela.

Solté una carcajada amarga con la única palabra que pronunció Silvia con urgencia en la voz. Ni que fuera así de fácil. Ni siquiera sabía por qué desde pequeños teníamos la facilidad para percibir el estado de ánimo del otro. Era algo demasiado irreal y complicado para estar buscando una explicación. En aquel entonces, nos gustaba y nos hacía sentir especiales desde nuestra perspectiva de mellizos. En cambio, en ese momento, lo veía como una puta maldición.

—No sé por qué puedo volver a sentirte, Silvia. ¿Cómo carajos quieres que la rompa?

¿Crees que funciona con un interruptor? ¿Que se enciende y se apaga cuando uno quiere?

—¿Por qué ahora? —preguntó con nerviosismo.

—Eso debería preguntártelo yo a ti...

Escuché su suspiro, medio conformista, medio irritado. Y ya podía ser por lo ilógico de toda la situación o porque no sabía cómo aprender a convivir de nuevo con mi hermana, me dio por reír.

—No tiene gracia, Joel. No tiene ninguna gracia.

Cuando más me golpeaba su malestar, más me reía yo, hasta que terminó por contagiarse de mi volátil humor. Si se lo explicaba a Zoe, acabaría encerrándome en el ático después de darme un puñetazo para que espabilara.

—No quiero que te preocupes —dijo al cabo de unos minutos.

—Vivo preocupado desde hace más de ocho años, Silvia. No creo que puedas hacer nada para evitarlo.

Entendí a qué se refería. Saber que estaba mal, era una cosa, podía vivir con ello. Lo complicado era cuando fui capaz de percibir todo a lo que se enfrentaba. Lo primero podía ignorarlo, como si no existiera, lo segundo... no.

—Tú y yo nos debemos una conversación —murmuré, convencido de que me iba a mandar al mismísimo infierno.

—No creo que ninguno de los dos esté preparado para tenerla, Joel.

—No, supongo que no.

—¿Qué haces? —preguntó.

—¿A eso vamos a jugar? ¿Utilizando una medida de distracción?

—Me parece un buen comienzo hasta que tú estés preparado para escuchar y yo lo esté para hablar.

Fruncí el ceño, confundido. No consideraba que me debiera ninguna explicación. Claro que me gustaría que se sincerase conmigo, eso por descontado, pero sabiendo lo poco que sabía por Lolo, estaba convencido de que no había mucho más que explicar.

—Eres muy pesado. Deja de pensar.

—¿Cuándo vuelves?

—No sé si quiero volver. ¿Has tenido alguna vez la sensación de haber estado toda tu vida en el lugar equivocado?

—¿A qué te refieres? —pregunté acojonado.

—Nada. Déjalo.

—Explícamelo, Silvia. Antes solías contármelo todo.

Esperé pacientemente a que se decidiera a hablar conmigo de alguna manera, hasta ese momento no me di cuenta de que mi hermana no había confiado en mí. Habíamos vivido juntos, fueron muchísimas noches las que pasamos en vela, pero, desde entonces, nunca había conseguido que me explicara nada. Ni lo bueno, ni lo malo.

De Lolo ya ni hablemos, eso era otro cantar.

Y de Luis... era imposible pronunciar su nombre sin que le diera un ataque de nervios. Así que dejamos de hablar de él, como si nunca hubiese existido.

—Hace unos días estuve en Inverness y fue una sensación muy rara...

—¿Tiene algo que ver con...?

—No tenses tanto la cuerda.

Bueno, no era lo que pensaba escuchar, pero tampoco un mal comienzo.

—Joel...

—Yo también te he echado de menos —respondí.

Nos despedimos minutos después. Me daba la sensación de que habíamos dado diez pasos hacia delante, aunque no estaba seguro de que fueran en la dirección correcta.

35 Silvia

Solté el teléfono y volví a mirar al horizonte.

Me debatía entre estar feliz y aterrorizada. Lo único que había sacado en claro ese día es que estaba cansada de vivir a medio gas. Subirme de nuevo sobre una tabla de surf consiguió despertar mis ganas de mejorar. De volver a ser una mínima parte de lo que un día fui.

Era consciente de que la situación con mi hermano se iba a complicar muchísimo. Si era capaz de experimentar con lo que yo convivía a diario, no tardaría en insistir en que me pusiera en manos profesionales. Cosa que no iba a ocurrir. No iba a sentarme delante de una panda de charlatanes que la única intención que tenían era la de incrementar sus egos alegando saber cómo ayudar a las personas.

¡Ja! No pensaba pasar por una consulta de nuevo.

—Hola —escuché a Liam a mi espalda.

Miré hacia atrás y me di cuenta de que volvíamos a estar solos. Lo agradecí.

Conecté nuestros ojos de nuevo sin evitar echar un vistazo a su cuerpo. Se había quitado el traje de neopreno en la parte superior y las mangas le colgaban a cada lado de las caderas. Llevaba una camiseta de manga corta que dejaba a la vista sus brazos. Esos mismos que días atrás habían ayudado a salvar la vida de Duncan. El verde de sus ojos brillaba con fuerza a causa de que el sol se reflejaba en ellos. Era como si todos los rayos acabaran en ese punto para que fueras incapaz de apartar la mirada.

—Quiero llevarte a un sitio —dijo tendiéndome la mano.

La cogí sin dudar. Me puse de pie y me limpié la arena que se había quedado impregnada en mis pantalones.

—¿Dónde quieres ir?

—Vamos —dijo, guiñándome un ojo que me provocó un microinfarto—. Tenemos más de cuatro horas de camino.

Quise preguntarle si era un juego como el de la dichosa canción, aunque me mantuve en silencio. Algo parecía haber cambiado en él. Me miraba con ¿ternura? ¿Determinación? No sabría decirlo. No quise darle más vueltas, ya que el día había sido demasiado intenso y revelador. No estaba acostumbrada a tantos sobresaltos o, por lo menos, no a los de ese calibre.

Paramos a comer pasada la media tarde, daba la impresión de que tenía ganas de llegar a ese lugar. Y yo no me quejé. El ambiente en el coche era relajado, algo muy diferente a días anteriores. No sabría definir en que lo notaba, si en su manera de mirarme o la forma en la que agarró mi mano para entrelazar nuestros dedos sobre el cambio de marchas.

Ese gesto me gustó demasiado, muchísimo más de lo que me atrevería a confesar. Esa interacción por su parte hizo que me relajara hasta un punto desconocido, logrando que tarareara la canción que sonaba por los altavoces. Divagué tanto que llegué a imaginar un futuro a su lado. Sonreí a través de la ventanilla. Sé que no le pasó inadvertido, pero se mantuvo en silencio.



Miré a mi alrededor intentando adivinar el lugar al que me había llevado, al que para

llegar tuvimos que cruzar un puente sobre el mar, lo que me dio la pista de que era una isla independiente.

—Vamos —dijo con entusiasmo.

—¿Dónde estamos? —pregunté mirando a la inmensidad del océano que se veía a los pies de un acantilado.

No había un alma alrededor, ni un foco de luz. Solo se escuchaban las olas rompiendo contra las rocas y la nada.

—Aquí es donde vengo cuando puedo y me siento sobrepasado. Es la isla de Skye. El otro día, en Inverness, dijiste que habías encontrado tu lugar en el mundo. Este es el mío.

Lo miré sorprendida, primero, porque recordara lo que yo solo había susurrado para mí misma; y, segundo, porque hubiese querido compartir ese sitio conmigo.

Era magnífico para pensar y estar en soledad.

—Me parece un buen lugar para escapar —dije.

Rompí el contacto visual cuando las ganas de acercarme, abrazarlo y besarle se hicieron insoportables.

Me asomé a la barandilla de madera que nos separaba de una caída espectacular. A mi alrededor solo había césped y un silencio sanador. Me sentí en paz conmigo misma.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —preguntó posicionándose a mi espalda.

Me giré cuando sentí su respiración en la nuca. Se me aceleró el corazón en el instante en el que nuestros ojos colisionaron.

—¿Con quién está tu cabeza?

No entendí a la primera qué era lo que realmente quería saber, aunque solo necesité mirarlo a los ojos para saber a qué se refería.

Temblé, por el lugar donde nos encontrábamos y que había decidido compartir conmigo. Lo hice por la manera en la que me miraba. Lo hice porque, en su presencia, siempre temblaría. Cerré los ojos, sobrepasada. Dudé, no porque no lo quisiera lo suficiente para contestar a esa pregunta, sino por miedo. Miedo a la inmensidad de mis sentimientos. Sin embargo, recordé la sensación de estar subida a la tabla de surf. Recordé cómo se vivía.

«Ahora o nunca, Silvia».

—Contigo —susurré.

Rompí la distancia que nos separaba, enmarcó mis mejillas y con el pulgar acarició mi labio inferior. Se me paró el corazón cuando dejó caer la cabeza y sentí su respiración sobre mi boca.

Y en el momento en el que unió nuestros labios, el instante en que su lengua encontró la mía, todo explotó dentro de mí. Todo el amor, el dolor, mis recuerdos... Volví a la vida.

Con ese beso le entregué la parte que aún seguía siendo solo mía. La que me pertenecía a mí y nadie había conseguido robarme. Esa que siempre fue de él.

Sin dejar de besarme, me alzó y le rodeé la cintura con las piernas.

No dejaba de pensar en que así debería haber sido nuestro primer beso si nos hubiesen dejado, si hubiésemos tenido la oportunidad.

Se sentó en el suelo conmigo encima y me acercó más a él. Mis piernas rodeaban su cintura. Sus manos me sujetaban con posesión por la mía.

Dejó caer la cabeza hacia atrás cuando depositó un beso en la base de mi cuello y agarró el bajo de mi camiseta. Levanté los brazos para ayudarlo a deshacerse de ella. Imité sus movimientos y la suya corrió la misma suerte.

Apoyé la mano en su pecho, siguió el movimiento con los ojos. Su corazón seguía

descontrolado. Y me gustó ser quien provocarara esas sensaciones en él.

—¿Sigues conmigo? —Intentó impregnar seguridad a su pregunta, pero detecté la vulnerabilidad en su voz.

Ahí estaba el verdadero Liam, el que iba con el corazón en la mano. El que sentía y el que me lo hacía sentir todo a mí con su sola presencia. La persona que se desvivía por salvar vidas. Que amaba a su familia por encima de todo. El hombre del que me enamoré y del que seguiría enamorada el resto de mi vida.

Quise decírselo, gritarle que estaba loca por él y que lo quería con todo mi corazón. No lo hice, no podía. Pero, a lo mejor, podía intentar ser la mujer que él merecía.

—Sigo contigo, Liam.

Suspiré cuando acarició mi labio inferior con el pulgar antes de volver a unir nuestros labios.

Pasamos horas besándonos, sintiéndonos. Nuestras manos aprendieron a conocerse, de una manera diferente. Mi cuerpo clamaba por ser tocado por el suyo, anhelaba sentirlo de una forma que me estaba siendo totalmente desconocida.

Besó mi cuello y el nacimiento de mis pechos, mientras me acariciaba la espalda y el alma. Recorrí sus brazos, memoricé sus facciones.

No llegamos a desnudarnos del todo, no fue necesario.

—Deberíamos ponernos en movimiento —dijo, separándose unos milímetros de mi boca.

Apreté las piernas en torno a su cintura para retenerlo.

¿Y si ese momento desaparecía? ¿Y si...?

Mi corazón se detuvo al pensar en que me arrebatará cualquier esperanza de volver a tenerlo de la misma manera. Sentí unas ganas de llorar inmensas al pensar en esa posibilidad.

Solo unos besos y me sentía desbordada por todos los sentimientos que despertaba en mí.

Me sujetó de las mejillas para que nuestros ojos conectaran.

—No voy a hacerte el amor en otro lugar que no sea mi cama, Silvia. —Volvió a acercarse a mí y susurró—: Y cuando eso ocurra, no voy a dejarte salir de ella. Así que, si tus pesadillas regresan, estaremos esperándolas.

Me sonó a promesa por cumplir.

Nos levantamos del suelo y recogimos nuestras camisetas. No hacía ni un minuto que había dejado de tocarme y ya lo echaba de menos. Y apostaría mi vida entera a que a él le ocurría lo mismo porque me giró y apoyó mi espalda en la puerta del coche para apoderarse de nuevo de mi boca.

—Las dos horas más jodidas de mi vida —murmuró apoyando su frente sobre la mía.

Le acaricié las mejillas solo por el placer de poder hacerlo.

—¿Dos horas? No me importaría clavarme una piedra en el culo... —susurré cuando se alejó para dar la vuelta.

«¡Mierda!», pensé cuando lo escuché soltar una risotada que me caldeó un poquito más.

Fui yo misma la que puso la música, no quería dejar ninguna puerta abierta para que todos los fantasmas que solían acompañarme se apoderaran de mi cabeza.

Pasó la mayor parte del camino con la mano apoyada en mi muslo y acariciándome con el pulgar.

Miré por la ventanilla y perdí la vista en esa luna que brillaba con fuerza contra un cielo que no terminaba de oscurecer.

36 Liam

Casi me dio un infarto al verla alejarse mar adentro en la tabla de surf. Y otro más cuando surfeó con maestría una ola que ya hubiésemos querido para nosotros.

En el momento en que saltó a la orilla y me miró a los ojos, aunque supiera que no era a mí a quien buscaba, me hizo darme cuenta de que no podía seguir luchando conmigo mismo.

Perdí la batalla cuando me miró sobre su hombro después de hablar con su hermano.

Estaba, y seguramente siempre estaría, enamorado de ella. De mi Chica con novio. Y, aunque sabía que no podía confesarle mis sentimientos, por lo menos hasta que mantuviésemos una conversación, quizás podría demostrárselo y ver si llegado el momento, decidía quedarse a mi lado.

Por eso había querido compartir con ella ese lugar que tanto significaba para mí. Por el día, por normal general, estaba plagado de turistas. Pero al anochecer, era el mejor lugar en el que desconectar, pensar y estar contigo mismo.

Jamás volvería a ver ese rincón del mundo de la forma en que lo había hecho hasta ese momento.

La miré de reojo, se la veía relajada mientras recorriamos los kilómetros que nos separaban de mi casa. Apoyé la mano en su muslo y, cuando entrelazó nuestros dedos, tuve que tirar de todo mi autocontrol para no detener el coche y dedicarme en cuerpo y alma a quererla.

Aparqué de cualquier manera en la puerta de mi casa. Silvia me miró con una pregunta silenciosa. Creo que lo que ocurría era que estaba igual de asustada que yo.

Supongo que los dos fuimos conscientes de la línea que nos disponíamos a cruzar.

Y necesitaba que, si ocurría, estuviera al cien por cien conmigo.

No por una pesadilla.

No por sacar lo que fuera que la atormentaba.

Que me viera a mí.

—Sigo contigo —dijo en un susurro lleno de determinación.

La agarré de la nuca y volví a perderme en su boca.

Tuve que parar para no terminar de desnudarla en el acantilado y tuve que volver a hacerlo en el coche.

Salimos y anduvimos los pocos metros que nos separaban hasta el interior de mi casa en silencio. Creo que a los dos nos daba miedo pronunciar palabra y que todo terminara por desbordarse.

La dejé pasar delante de mí cuando abrí la puerta.

La seguí escaleras arriba y tiré de ella cuando se detuvo en la habitación en la que yo dormía y en la única en la que nos habíamos acostado.

—Esa no es. Te he dicho que no te iba a dejar salir de mi cama. Y mi cama está ahí. — Señalé la estancia que ella estaba utilizando esos días.

Quien dijera que los hombres no sentíamos miedo era un completo gilipollas, porque yo en ese momento estaba acojonado por volver a abrirle las puertas a la única mujer que me había destrozado. Y a la única que, en cuanto se enterara de la relación que me unía a su hermano, volvería a hacerlo.

Di un paso en su dirección en cuanto la puerta nos aisló con un «clic» que retumbó en la oscuridad de la noche.

—¿Sigues conmigo? —pregunté agarrándola de la cintura.

—Solo contigo.

A lo mejor conseguía que se enamorara de mí con la misma intensidad y eso evitaría que me volviera a dejar. Suelen decir que las segundas partes nunca fueron buenas, esperaba que esa regla se rompiera con nosotros.

La besé agarrándola por las mejillas, las cuales tuve que soltar cuando se deshizo de mi camiseta.

Despacio, le quité la suya, dejándola vestida solo con el sujetador.

—Eres preciosa, Silvia.

—¿Quieres que te diga que tú también? —dijo apoyando la mano en mi pecho.

Ahí estaba la chica que me volvía loco, la del humor ácido, la que conseguía que sonriera con solo una mirada. La que consiguió marcarme de una manera que nunca nadie podría llegar a imaginar.

—Nada como que te digan lo precioso que estás para subirte el ego.

Terminamos de desnudarnos despacio y sin prisas. Di un paso atrás, admirándola de nuevo. Vestida únicamente con las braguitas, estaba bonita hasta decir basta.

Nos devoramos con la mirada, respiré hondo y volví a acercarme a ella. Agarré un mechón de su cabello y se lo pasé por detrás de la oreja. Sonreí cuando la sentí estremecerse. Quería decirle muchas cosas, pero me obligué a guardar silencio. Llegados a ese punto, me daban bastante igual todas las palabras que no nos atrevíamos a decir.

La agarré por la cintura y nos giré dejándonos caer en la cama.

Dejé un reguero de besos desde su mandíbula hasta la base de sus pechos. Me endurecí entre sus muslos cuando la piel se erizaba allí donde mis labios la tocaban. Quería aprenderme su cuerpo de memoria. Supongo que ella opinaba lo mismo porque, rodeándome con las piernas, ejerció la fuerza suficiente hasta que fue mi espalda la que dio de bruces contra el colchón. Acarició mis pectorales con un solo dedo y se apartó para que no pudiera tocarla.

¡Qué jodidamente difícil me lo estaba poniendo!

Se dejó caer lo suficiente y su melena nos rodeó creando una cortina que nos aisló del mundo. No había un lugar mejor donde estar.

La atracción, la complicidad y todo lo que un día fuimos, sin llegar a ser, brilló con fuerza en sus ojos. Azul contra verde.

La agarré de la nuca para acercarla a mí y, cuando nuestras bocas volvieron a estar en contacto, todo se descontroló en mi interior.

Nos giré de nuevo para que ella quedara debajo de mí. Sonreí ante sus protestas, que murieron en su boca a medida que la mía repartía besos por todo su cuerpo.

Esa primera vez, con calma, aprendí que, justo al lado de su ombligo, tenía un punto que la hacía retorcerse de placer. Que Silvia era más dada a la anticipación que a los actos en sí. Que, cuando respiraba sobre su centro, se volvía más loca que si la acariciaba con la lengua. Que le gustaba que lo hiciera despacio, sin prisas, que la venerara. Y joder, me encantaba ver cómo su piel reaccionaba a mis manos o mi boca. Descubrí que sus pechos estaban hechos en la medida exacta para mí. Y que su sabor era adictivo, que podría pasarme toda mi jodida existencia saboreándola o acariciándola.

—Quiero aprenderme tu cuerpo de memoria —pidió metiendo una mano entre nuestros cuerpos agarrando mi erección.

Apoyé la frente en la suya respirando por la nariz.

¡Joder!

Me incorporé y, poniéndome de rodillas, me permití observarla. Su pelo negro contrastaba contra el blanco de las sábanas. Su pecho subía y bajaba a causa de su respiración acelerada. Estaba jodidamente preciosa. Y supe que daba igual lo que ocurriera desde entonces. Siempre iba a ser ella.

Me hice con un preservativo y me lo puse ante su atenta mirada, parecía que esa noche no quisiera perderse nada. Volví a dejarme caer y entrelacé nuestros dedos. Elevé sus brazos hasta posarlos sobre su cabeza.

Posicionándome en su entrada, empujé lo suficiente para que se nos cortara la respiración a la vez. Apreté la mandíbula con fuerza cuando sus músculos internos me absorbieron. Arqueó la espalda y suspiró. Y ¡joder si era la mejor imagen que había visto en toda mi vida!

Supongo que llevábamos tanto rato dedicándonos caricias, que, cuando estuve enterrado completamente en su interior, supe que no iba a durar demasiado. Me detuve intentando respirar, alargar esa sensación de estar con la persona hecha a tu medida.

Salí y volví a entrar despacio, quise dejar una huella en ella con cada penetración, marcarla de la misma manera en la que me había marcado a mí desde el día en que la conocí.

Nuestros cuerpos estaban sudorosos, su piel brillaba debajo de mí. Su respiración se acompañó a la mía. Su pelvis me buscaba cuando me retiraba para volver a entrar.

—Silvia... —pronuncié su nombre en un ruego.

Se soltó de la prisión de mis manos y me agarró de las mejillas antes de susurrar:

—Déjate llevar. Solo...

Apreté la mandíbula al ver como se le cerraron los ojos, arqueando la espalda.

¡Joder!

Agarré su muslo y rodeé mi cadera con él. Quería que me sintiera de todas las maneras posibles. Que supiera que era yo quien la estaba haciendo suspirar.

—Liam... —murmuró contrayéndose a mi alrededor.

El placer se arremolinó en mi columna vertebral al escucharla llamarme por mi nombre al llegar al orgasmo, haciendo que todos mis músculos se tensaran. Empujé una, dos y tres veces. Mordí sus labios en el momento en que la explosión llegó en un rugido que quedó amortiguado en la profundidad de su boca.

—*Tha gaol agam ort* [\[4\]](#)—pronuncié las palabras que llevaban atascadas en mi garganta desde hacía más de nueve años.

Jamás un orgasmo supuso tanto como en ese instante.

Nunca pronuncié un «te quiero» con tanta verdad escondida en dos palabras.

Me derrumbé sobre su cuerpo agotado, con la respiración acelerada y con ganas de volver a empezar.

Esa noche iba a dedicarla a borrar sus pesadillas a base de besos.

—Hola —murmuré cuando conseguí reponerme lo suficiente y poder mirarla a los ojos.

—Hola —susurró con una sonrisa en la boca.

La culpabilidad que solía acompañarla después de nuestros encuentros brillaba por su ausencia. Y aunque nunca dejaría de dudar de si realmente era conmigo con quien estaba, pude diferenciar lo que acababa de ocurrir con el resto de las ocasiones.

Sacudí la cabeza, yo había decidido dejar todo lo que ocurrió atrás, y poco importaba lo que pasó. Lo importante era el presente y averiguar si podíamos tener un futuro. Aunque para eso tuviera que confesarle la verdad.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

La miré y vi como el miedo se asentaba en su rostro.

—Tengo hambre —contesté sonriendo.

Mi estómago respondió con un gruñido que provocó una carcajada por su parte.

Me encantaba hacerla reír.

Nos levantamos y nos pusimos ropa cómoda. Bajamos las escaleras y tuve que reprimirme para no subirla a la barra y darme un festín con ella.

Preparamos una tabla de quesos y algo de pan. Dimos buena cuenta de ello sentados en la alfombra con la espalda apoyada en el sofá.

—¿Quién te ha enseñado a surfear?

Suspiró como si no fuera un tema que quisiera tratar.

—Mi hermano.

—Seguís igual de unidos —indagué con la esperanza de que me explicara algo.

Dejó caer la cabeza sobre el sofá y miró al techo. Le di el espacio de tiempo que necesitara.

—No, ya no estamos tan unidos, aunque pueda parecer lo contrario.

—¿Quieres hablar sobre ello?

—La verdad es que no.

Me levanté y recogí los platos y vasos que habíamos utilizado en nuestro tentempié. Abrí el lavavajillas y, después de enjuagarlos, los deposité dentro.

Al girarme, la encontré de pie mirando a través del ventanal. A veces, me hubiese gustado saber en qué pensaba, tener la capacidad de poder leer su mente. Cuando se abstraía de esa manera, era hipnótico a la vez que descorazonador, ya que su rostro se teñía de una tristeza devastadora.

—Sobre lo que ha pasado...

Me acojoné. Joder, le había abierto las puertas de par en par a mi vida y a mi corazón de nuevo.

—¿A qué te refieres?

—No quiero que termine el día Liam. —Se giró para encararme y la expresión de su rostro me desarmó.

Me permití creer que ella sentía lo mismo que yo. Que sus sentimientos se acercaban a los míos. Que, después de todo, podríamos darnos una oportunidad. Aunque los miedos, por parte de los dos, siguieran allí, rodeándonos y recordándonos que una vez fuimos algo que nunca llegó a ser.

—Entonces, no dejemos que acabe —dije dando un paso para unir nuestras frentes.

—Son casi las cuatro de la mañana, ya ha acabado —dijo con tristeza.

—No, mira. —Señalé hacia el lago—. ¿Ves la luna? —Asintió dejándose caer sobre mi pecho—. Está rodeada de claridad, piensa que estamos viviendo un día infinito. Mientras no oscurezca...

—No se acaba el día —terminó por mí.

Asentí abrazándola por la cintura. No sé si fue el gesto o dejar claro que yo tampoco quería que finalizara lo que fuera que acabamos de empezar.

Nos quedamos en esa postura hasta que fue completamente de día. A nuestra manera, nos aseguramos de que no todo había terminado en el momento en el que salimos de la cama.

—Deberíamos descansar —susurré sobre su cuello.

—Prométeme que si cerramos los ojos...

—Seguirá siendo de día, Silvia. —Giró sobre sus talones y me abrazó.

En un movimiento que no se esperaba la levanté en brazos y me encaminé hacia esa

habitación que, hasta entonces, había sido solo mía, pero que, desde esa noche, siempre le pertenecería.

37 Silvia

Abrí los ojos y me sorprendió la cantidad de luz que entraba por la ventana.

Me asusté cuando me descubrí sola en la cama.

Toqué el lado donde debería estar. Las sábanas estaban frías, se me aceleró la respiración.

¿Y si todo había sido un sueño? No quería que lo ocurrido se quedara en solo una noche.

Lo vivido con él, desde que me llevó a esa isla hasta que nos metimos en la cama para dormir... La manera en la que me había besado, acariciado, era algo que siempre iba a atesorar en mi corazón.

No sabía si mis sentimientos habrían explotado de la misma manera en su momento como lo hicieron la noche anterior, hasta llegar a colapsarme. Por eso, ver que no estaba a mi lado me asustó, haciendo imposible que pudiese reaccionar.

«Seguirá siendo de día, Silvia», recordé sus palabras y no por eso conseguí tranquilizarme. Sabía que no podía esconderme en esa habitación eternamente, aunque las ganas de hacerlo cada vez fuesen mayores.

Agudicé el oído, pero fui incapaz de percibir sonido alguno.

Tuve que armarme de valor para levantarme de la cama y apoyar los pies en el suelo. Caminé los pasos que me separaban de la puerta y abrí intentando no hacer ruido. Salí al pasillo y bajé las escaleras despacio.

Me detuve cuando lo encontré sentado en el sofá con unos auriculares puestos mientras veía algo en su teléfono móvil, concentrado. Quise alargar la mano y apartarle el mechón de pelo que caía sobre su frente.

Levantó la mirada como si percibiera que lo estaba observando. Me removí inquieta esperando su reacción.

«No te arrepientas, por favor», pensé.

Aunque sabía que era del todo egoísta ni siquiera plantearme el empezar algo con él. No sería fácil cargar con una persona como yo. Tan llena de traumas y remordimientos. Pero es que mi parte más codiciosa deseaba que se quedara a mi lado, que, a pesar de todo, me eligiera.

A lo mejor, cuando llegásemos a Madrid podría sentarme con él y explicarle lo que ocurrió. Era algo que debía de empezar a plantearme. Por mucho miedo que me diera.

—Buenos días.

Sonreí aliviada cuando me di cuenta de la manera en la que enfatizó la última palabra.

Bajé los escalones con esperanzas renovadas. Decidido, hablaría con él en Madrid, pero mientras estuviésemos en Escocia, aprovecharía los días que nos quedaban para demostrarle lo profundo de mis sentimientos.

Tiró de mi mano en cuanto estuvo a su alcance y caí sobre su regazo. Le aparté la porción de cabello que tan obsesionada me tenía.

—Buenos días —saludé, acomodándome sobre sus piernas.

No sabía si llegaría a acostumbrarme a estar de esa manera con él, y ojalá que no, porque las sensaciones que me provocaba no eran comparables a nada que hubiese sentido alguna vez. Me tensé al tener ese pensamiento, y todo lo bueno que había traído ese día quedó opacado por la culpabilidad.

Allí estaba yo, sintiéndome feliz por estar con la persona a la que realmente amaba, cuando la realidad era que, por mi culpa, había alguien que jamás podría vivir algo parecido.

No sé si se dio cuenta de lo que me ocurría o de como mi mente se había oscurecido. El caso es que, sin dejar de mirarme a los ojos me besó.

—¿Mejor? —Asentí.

—Lo siento —dije intentando levantarme.

—No tienes que pedir perdón, Silvia. Todos tenemos momentos complicados.

Sí, estaba de acuerdo, pero el problema era que mi momento duraba cerca de nueve años.

Estaba cansada, mentalmente exhausta y...

—¿Quieres hablar de lo que te ha ocurrido? —Negué con la cabeza.

¿Cómo explicarle lo que realmente me atormentaba sin entrar en detalles que no podía dar? Eso sin contar que, para llegar a ese punto, tendría que confesar mis sentimientos y lo culpable que me sentía por quererlo de la manera en que lo hacía.

—¿Te has planteado buscar ayuda profesional? —dijo con tiento.

Estuve a punto de mandarlo al infierno. Sin embargo, su toque escondía tanto cariño y sus palabras, tanta cautela, que no pude hacerlo, aunque algo debió detectar en la manera en la que se me entrecerraron los ojos y me levanté de su regazo.

—Mi padre me ha pedido que le eche una mano en la destilería. Está hasta arriba de trabajo con todo lo que ha ocurrido con Duncan y no he podido negarme.

Agradecí el cambio de conversación y que no pareciera molesto conmigo.

—¿Puedo ayudaros en algo? —pregunté dejándome abrazar.

No contestó. Se acercó a mí para darme un beso que me dejó suspirando por más.

Sonrió de forma gamberra y subió las escaleras.

Me quedé en el comedor como una planta de plástico. Era increíble la facilidad con la que conseguía cambiarme el estado de ánimo. Casi ni recordaba el motivo de mi turbación ya que, lo único en lo que era capaz de pensar era en la manera en la que me hormigueaban los labios.



Menos de una hora después, estábamos montados en el coche, con la música sonando a través de los altavoces y conmigo alucinando por la manera en la que me acariciaba el muslo.

Nos habíamos levantado relativamente temprano, si teníamos en cuenta la hora a la que nos fuimos a dormir. Y me encontraba ridículamente descansada. Una contradicción, porque apenas habían transcurrido tres horas y media. Imaginaba que la ausencia de pesadillas tenía algo que ver.

Cuando entramos en el aparcamiento, Tom ya nos esperaba. Lo que fuera para lo que necesitaba ayuda, debía de ser importante, a juzgar por su gesto tenso y nervioso.

—La producción se está echando a perder por culpa de uno de los alambiques —urgió en cuanto llegamos a su altura—. En eso estoy perdido —añadió negando con la cabeza como si realmente le estuviera suponiendo un mundo pedirle a su hijo que se hiciera cargo del asunto.

—No te preocupes, daré con el problema.

—Y tú, a mi despacho. Necesito hablar contigo.

¿Dónde estaba ese hombre amable que tan encariñada me tenía? No quedaba nada de él.

Me envaré, aunque conseguí relajarme lo suficiente para no salir corriendo. Al entrar en el edificio, Liam se desvió a la zona en la que debía ponerse a trabajar y yo seguí a Tom, de la

misma manera que si me dirigiese al matadero.

—¿La has hecho tú? —preguntó tendiéndome su teléfono móvil nada más cruzar la puerta.

Agarré ese dispositivo como si de una bomba se tratara y miré la pantalla con miedo. La sorpresa fue mayúscula cuando descubrí una de las muchas fotografías que había realizado.

Creo que era la que Liam me obligó a enviarle.

—¿La has hecho tú? —repitió.

No estaba entendiendo nada y mucho menos la frialdad con la que se dirigía hacia mí. La instantánea era bonita, o eso me parecía. Era un puente de piedra que a saber cuando fue construido, pero que se conservaba en perfecto estado, rodeado de vegetación y un riachuelo de agua cristalina. Había tenido la suerte de que, al estar tan absorta mientras la realizaba, justo en frente, en la orilla opuesta, un ciervo había asomado la cabeza y yo había conseguido inmortalizarlo.

—¿Tienes más?

De verdad, no entendía nada. ¡NADA!

Le pasé mi teléfono con la galería abierta, simplemente, por saber hacia dónde nos dirigía todo eso.

—Te quiero en mi equipo —dijo al cabo de diez minutos.

Me atraganté con mi propia saliva, estupefacta. Y entonces lo entendí, no me hablaba como un amigo o conocido, lo hacía como jefe.

—¿Qué?

No, en serio: ¿QUÉ?

—Ven.

Hizo que me sentara frente al ordenador y abrió una página web.

—¿Qué ves?

No sabía qué era lo que quería que viera, aparte de una página de lo más austera. Funcional, pero austera, de todas maneras.

—¿Una página web? —pregunté dubitativa.

—Venga, puedes hacerlo mejor.

Pero... ¿el qué? No entendía hacia donde quería llegar.

—¿Te llama la atención? —preguntó señalando la pantalla con la mano. Negué con la cabeza—. A eso me refiero. A que tus fotografías tienen vida, justo la que le falta a esta página. ¿Qué te parece si le das una vuelta en casa? Mañana nos reunimos y me dices qué harías para mejorarla.

—Tom, de verdad, no sé qué significa todo esto, pero de lo que sí estoy convencida es que no soy la persona que buscas. Además, se te olvida que en breve me marcharé a Madrid.

—Bobadas, puedes trabajar desde casa. Tendrías que venir de vez en cuando. —Fui a objetar que lo que estaba proponiendo era una auténtica locura—. Piénsatelo.

Asentí sin mucho convencimiento, todo con tal de dejar el tema. Seguramente, estaba rechazando una gran oportunidad, pero es que yo no tenía ni la más mínima idea de páginas webs ni, muchísimo menos, de fotografía. Lo único que había hecho esos días era un millón de instantáneas a las que recurrir cuando volviera a quedarme sola para que me acompañaran.

—¿Quieres un café?

—La verdad es que no.

Llevaba tantos sobresaltos en tan pocas horas que, si tomaba caféina, me iba a pasar factura. Sentí la imperiosa necesidad de salir de allí y buscar a Liam para que me besara y mi

cabeza dejara de martillearme con la idea de que lo vivido el día y la noche anterior había sido un sueño.

—Está en la sala de alambiques —dijo sorbiendo el contenido de su vaso.

Me ruboricé de pies a cabeza al darme cuenta de lo transparente que era, por lo menos para él. Nunca me había encontrado a alguien capaz de leerme con tanta facilidad. Quizás por eso me caía tan bien y me sentía tan cómoda a su lado. Parecía saber qué decir o hacer en mi presencia.

Salí del despacho con la cabeza hecha un lío. Más de lo habitual.

Seguí lo que creí que era el camino correcto hasta la sala en la que suponía que estaba Liam. Me gustaba el ambiente que se respiraba en las instalaciones. Era una pasada ver la actividad de la destilería a pleno rendimiento. Los trabajadores iban de aquí para allá. Y todo el mundo parecía ser feliz con sus tareas.

Conseguí llegar de puro milagro, después de perderme entre esos pasillos de ladrillo y piedra. Me detuve cuando el ruido de la nave me llegó a los oídos. Estaba agachado con un centenar de herramientas desperdigadas a su alrededor. Miraba con atención una especie de... ¡Bah, ni siquiera sabía qué observaba con tanta fijeza!

Soltó un trapo con frustración mientras se apartaba el pelo de la frente.

Me acerqué despacio, lo que menos quería era incomodarlo o entretenerlo, pero parecía necesitar unos segundos de descanso.

—¿Estás bien? —pregunté con cautela.

A pesar de su ceño fruncido, sonrió cuando me detuve a su lado.

—Sí, sé cuál es el problema, pero no tengo ni idea de cómo arreglarlo. O estoy espeso, ya ni lo sé.

—¿Puedo ayudarte? —Me senté a su lado.

—Podríamos estar aquí todo el santo día y seguir sin saber solucionarlo.

Imitó mi postura y, apoyando los brazos en sus rodillas, entrelazó sus manos mirando esa inmensa máquina de cobre.

—¿Sabes algo de válvulas? —preguntó mirándome al cabo de unos minutos.

—De las únicas válvulas que sé, son las de la olla a presión, y es que si no sale el vapor... ¡Huye!

—¡Joder, eso es! —Me sorprendió cuando me agarró las mejillas plantándome un beso en los labios que me dejó boqueando como un pez.

Saltó poniéndose de pie y lo perdí de vista durante unos segundos hasta que reapareció. No pude apartar la mirada mientras se movía con seguridad. La manera en la que se le tensaban los músculos o cómo se le iluminaba el rostro cuando se daba cuenta de que iba por el camino correcto, me tenía totalmente embelesada. Por eso no lo escuché hablarme. Mi mente estaba rememorando lo ocurrido unas horas atrás: sus manos llevándome a la locura, su boca conquistando mi cuerpo. La sensación de plenitud cuando me embistió sin dejar de besarme.

—Necesito saber en qué narices estás pensando —dijo tirando de mi mano.

Trastabillé al ponerme de pie y, cuando quise darme cuenta, estábamos escondidos detrás de esa monstruosidad de metal, ocultos de miradas indiscretas. Me temblaron las piernas en el momento en el que me besó agarrándome de la nuca para acercarme más a él.

Viajé a las estrellas.

Se separó de mí lo suficiente para dejarme coger algo de aire. Su mirada estaba nublada por el mismo deseo que me consumía a mí. El ruido y la actividad volvieron a hacerse patentes. Incluso si agudizaba el oído, era capaz de escuchar las conversaciones amortiguadas. Sin

embargo, lo agarré de la camiseta y lo acerqué a mí. No se hizo esperar y volvió a arrasar mi boca con violencia. Me palpitaba el cuerpo a causa de la necesidad.

—Deberíamos parar —murmuré intentando recobrar el aliento.

—Y yo necesito ver cómo te deshaces en mis manos. —Lo miré asombrada cuando desabrochó un botón de mis pantalones—. Vas a tener que ser silenciosa —murmuró sobre mi boca.

Lo miré con el corazón acelerado. Fui incapaz de reaccionar cuando su mano se perdió entre mis muslos.

Solté un gemido vergonzosamente alto en el instante en el que me acarició por encima de mi ropa interior. Quise pedirle que se detuviera, no podíamos... Perdí el hilo de todos mis pensamientos en cuanto su mano apartó mis braguitas a un lado y pude, por fin, sentir su piel contra la mía.

—Liam... —jadeé su nombre cuando ahuecó la palma de su mano sobre...

El calor de su piel estaba provocando estragos en mí. No se movía, no me acariciaba, pero toda la anticipación se acumuló en ese punto que me moría porque tocara, aun siendo consciente de que, en el momento en que lo hiciera, estallaría como una supernova.

Su respiración se sincronizó con la mía. Su pecho bailaba al compás del mío. Sus ojos se habían oscurecido hasta límites insospechados. Agarré su camiseta con las dos manos, estaba a punto de caerme redonda. El placer era tan intenso, tan vívido que, si seguía así, acabaría desmayada.

Introdujo otro dedo haciéndome perder completamente la cabeza, y el corazón en el camino. Me embestía con ellos despacio, con una calma que alimentaba todavía más mis ganas de él. De que no se detuviera. Y solo necesitó apoyar el pulgar en el centro de mi placer para que me dejase llevar.

Me tapó la boca con la mano evitando que mi grito retumbara en esa sala de máquinas.

—Tus gritos son solo míos.

Volé al escuchar esas palabras, a saber por qué.

Quise cerrar los ojos, me resultó imposible, ya que me dejé atrapar por la profundidad con la que me miraba.

—¡Joder! —murmuró apoyando su frente en la mía.

—No me sueltes —conseguí pronunciar.

Y es que estaba segura de que, si no me sujetaba, mis piernas fallarían.

Miré a mi alrededor cuando todo volvió a la vida.

—Ya puedes soltarme. —Aflojé el agarre de su camiseta, para dejar que se moviera.

—No. Vamos a tener que estar aquí escondidos un poquito más. —Lo miré sin entender hasta que desvió la mirada hacia su entrepierna—. No baja.

En momentos como ese, me costaba no dejarme llevar por todo lo que sentía y decirle cuan enamorada estaba de él.

Me mordí el carrillo intentando no reírme cuando me miró con resignación, pero la expresión de su rostro me resultó tan cómica que solté una carcajada que retumbó entre esas paredes.

—Larguémonos de aquí —dijo agarrando mi mano, arrastrándome fuera de nuestro escondite.

Caminamos con premura hasta que nos topamos frente a Tom.

—Arreglado —dijo Liam sin detenerse.

Lo seguí a la carrera, aunque, en realidad, en ese preciso instante, lo hubiese acompañado

hasta el mismísimo infierno si fuera necesario.

No habló en los veinte minutos que duró el trayecto a su casa. Era increíble la manera en la que conseguía hacer que me olvidara de todo para que solo me centrara en él. Porque apenas cruzamos el umbral se abalanzó sobre mí y mi ropa desapareció.

—Eres lo más bonito que he visto en mi jodida existencia.

Y volví a perderme con él.

38 Liam

—¿Cómo está? —Solté todo el aire que estaba reteniendo ante esa pregunta.

—Bien. Ayudando a mi padre con la página web.

Sentí el estómago revuelto, aunque entendía a Joel. Cada cosa que me explicaba de lo que habían supuesto esos años para ellos, hacía que empatizara con él. Se desvivía por su hermana. Las ganas de recuperar esa parte de ella, provocaba que yo estuviese metido en ese embrollo. Y daba gracias de que solo tuviera que tratar con él, ya que era él mismo quien se encargaba de poner a Lucas al corriente.

Aunque, por otro lado, no dejaba de pensar en que estaba traicionando a Silvia. Intentaba darle los menos detalles posibles, solo los necesarios para apaciguar su preocupación.

Esos días a su lado estaban siendo una auténtica locura, de las que te ponen el estómago del revés. Sí, seguía habiendo momentos en los que la tristeza teñía su rostro o en los que se evadía, pero eso ocurría con menos frecuencia, y cuando las pesadillas hacían su acto de aparición, me dejaba abrazarla. Y me conformaba con eso, ya que, en el momento en que se sentía mejor, se daba la vuelta y me besaba haciéndome saber que volvía a estar conmigo. Que era a mí a quien miraba.

—Hola. —Escuché a mi espalda.

—Tengo que dejarte. —Colgué sin darle tiempo a responder.

Respiré hondo antes de dibujar una sonrisa en mi rostro y darme la vuelta.

—¿Has terminado?

—Como jefe, tu padre no tiene desperdicio. —La diversión se había apoderado de ella—. Me ha dado el resto del día libre para, y cito textualmente: sal a recorrer mi tierra y tráeme las mejores fotografías.

Solté una carcajada y la arrastré hacia mí para besarla. Me gustaba la sensación de poder hacerlo siempre que quisiera y que ella no opusiera resistencia. Respondía a todos y cada uno de mis besos con ganas.

—Pues habrá que hacer caso al jefe, ¿no? ¿Qué tienes pensado?

Di un paso atrás o terminaría por arrastrarla de nuevo detrás de uno de los alambiques y dar rienda suelta a todo lo que me hacía sentir.

—Ni siquiera sé por dónde empezar. Creo que tiene las expectativas muy altas conmigo —dijo, caminando hacia la salida.

—Silvia, a mi padre le caes bien, eso es innegable, pero créeme si te digo que ese no es el motivo por el que quiere contratarte.

Me miró dándome a entender que no creía en mis palabras. La dejé estar, teníamos que trabajar en su confianza. Las fotografías y las ideas que le había dado al informático para mejorar la página web eran una auténtica maravilla. Una pena que ella no se diera cuenta del potencial que tenía. Estaba seguro de que, si explotaba su parte creativa, Silvia sería imparable.

—Por cierto, mi madre quiere que vayamos a comer el día de tu cumpleaños.

Se detuvo y me miró de una manera que me fue imposible descifrar. No añadió ni dijo nada. Se había vuelto a aislar.

Ya en el coche, salí dando marcha atrás, observando de reojo cómo mi acompañante perdía la mirada en la ventanilla.

—¿Puedes hablar con ella y decirle que sea para cenar? —dijo apenas en un susurro.

Asentí y conduje con la única idea de eliminar esa expresión de pesar en su rostro. Empezaba a creer que vivir dentro de ella tenía que ser una agonía. No dejaba de sorprenderme la facilidad con la que saltaba de un estado de ánimo a otro. En más de una ocasión había sugerido que necesitaba ponerse en manos de un profesional. Alguien que tuviera las pautas necesarias para ayudarla a lidiar con lo que fuera con lo que ella luchaba a diario.

Al principio de reencontrarnos, creía que lo que la acompañaba era una profunda depresión. Con los días y la cercanía, me di cuenta de que no era del todo así. Silvia, vivía rodeada de fantasmas que solo ella veía, y si no empezaba a verbalizarlos, acabarían por devorarla.

No entendía cómo había conseguido mantenerse cuerda durante esos años.

—No celebro mi cumpleaños —habló cuando llevábamos más de una hora de camino.

La miré confuso. Que yo recordara ese día era un gran día para ella.

—¿Por qué? —pregunté con cautela.

—Es demasiado complicado, pero... —Suspiró—. Ese día no es especialmente bonito. Lo único que voy a querer es hablar con mi hermano, aunque ni yo misma sepa el motivo.

No seguí indagando, era la primera vez que se sinceraba conmigo y no quise tensar la cuerda. Así que, para ayudarla, solo dije:

—Puedes llamarlo mientras estoy en la destilería, y a media tarde, si has terminado, nos juntamos con mis padres. De todas maneras, si no te apetece, no tenemos por qué ir.

—Gracias.

Me costó sacarla del estado de melancolía en el que se había sumido. Sin embargo, allí estaba un rato más tarde, riéndose por alguna chorrada que solté con el fin de volver a verla sonreír.

—¿Qué te parece si mañana nos vamos a surfear? —La miré de arriba abajo comiéndomela con los ojos.

—Prefiero que nos quedemos en casa. Pero hay un sitio al que me gustaría ir ahora.

—Pues no se hable más. Toma, conduce tú —dije, bajándome del coche en un camino poco transitado.



—¿Dónde me has traído esta vez? —pregunté mirando a mi alrededor sin reconocer el lugar en el que nos encontrábamos.

Estaba seguro de que, fuera cual fuera, sería una auténtica pasada. No sabía cómo conseguía encontrar los lugares más espectaculares y en los que apenas nos cruzábamos con nadie. En ocasiones, teníamos que caminar por horas, en otras solo durante unos minutos. Sin embargo, no dejaba de sorprenderme con cada propuesta que realizaba. Además de que descubrir mi propio país a través de ella era una experiencia increíble.

—Tenemos que caminar unos diez minutos. Según el GPS debemos ir por ese sendero de ahí —comentó, sacando una mochila del maletero y colgándosela en la espalda.

La seguí sin poder apartar la mirada del vaivén de sus caderas. Me pasé la mano por la cara, intentando serenarme. No estábamos allí para eso.

Caminamos sobre un pequeño riachuelo, con cuidado de no resbalar a causa de las piedras mojadas. No era una travesía sencilla y transitable, sin embargo, el paisaje era fuera de lo

común.

Nos detuvimos sobre una roca y observamos la cascada de unos quince metros de altura que se dibujó ante nuestros ojos. El agua caía con fuerza para terminar descansando en un pequeño lago cristalino.

—¿Sabes que hay una leyenda que le da nombre a este lugar? —preguntó, emocionada. Negué con la cabeza animándola a continuar—. Según cuentan, un cazador encontró la muerte aquí de forma precipitada, y su madre venía a llorarlo y compartir su dolor con el agua. Si es cierto, supongo que era una manera de sentirse más cerca de su hijo.

—¿Cómo has descubierto este sitio?

Se encogió de hombros por respuesta, sacó su teléfono del bolsillo. Me senté en una roca, dejándola obrar su magia. La observé moverse, mirando todo con atención a través de la pantalla. Viéndola, nadie diría que no disfrutaba de lo que se traía entre manos.

Esperé todo el tiempo que ella creyó necesario hasta que se dio por satisfecha.

—Voy a tener que pasar las imágenes a tu ordenador de nuevo. Me he quedado sin memoria otra vez.

Se sentó a mi lado y apoyó la cabeza en mi hombro. Nos mantuvimos en silencio con la única compañía del sonido del agua al caer. Hasta que se levantó de un salto y, sonriendo con picardía, se deshizo de la camiseta.

—Ni se te ocurra —amenacé, incorporándome para detenerla.

Me veía corriendo hasta el coche, con la ropa empapada mientras nos moríamos de frío. ¡Otra vez!

Sonriendo de nuevo, se desnudó, quedándose con las braguitas, y se sumergió en el agua.

Me volvía loco su lado salvaje, pero es que en una de esas acabaríamos con hipotermia, lo veía venir. Me había hecho saltar desde un pequeño acantilado, bañarme en una piscina natural bajo la lluvia e, incluso subirme a un árbol para encontrar la mejor panorámica del paisaje que quería inmortalizar.

Perdí toda batalla cuando la vi dándome la espalda. Sin poder llegar a observar su rostro, supe que se encontraba en paz consigo misma.

Me desvestí y entré en el agua para acercarme a ella.

—Al final no me has dicho dónde nos encontramos —dije abrazándola por la cintura.

—La cascada de Wailing Widow. Es preciosa.

—Sí que lo es —contesté, aunque mi respuesta no estuviera relacionada con ese salto de agua.

Se giró entre mis brazos y me rodeó el cuello para acercarme a ella. Le aparté un mechón de pelo de su rostro y se lo pasé por detrás de la oreja. La besé por el placer de poder hacerlo.

—Silvia, *tha gaol agam ort*.

No pude evitar el volver a decir ese «te quiero». Era la única manera que había encontrado para confesar mis sentimientos.

—¿Qué me has llamado esta vez?

—Salvaje —respondí antes de dejar caer mi cabeza.

Y entonces la besé.



—¿Qué es eso? —preguntó ya dentro del coche.

—No sé a qué te refieres.

—Para —pidió con urgencia.

Me detuve en el arcén y, bajándose de un salto, cruzó la carretera a la carrera. La seguí cuando la vi con un bulto en los brazos.

—¿Qué es eso?

—Un cachorro. —respondió mirando hacia atrás. Supe lo que se disponía a hacer, antes de que saliera corriendo de nuevo—. Voy a ver si hay más.

Dejé al animal en la parte trasera de la camioneta y la seguí, asegurándome de coger el móvil y poder usar la linterna. La verdad es que era muy pequeño para que hubiese llegado a ese paraje por sí mismo. O lo habían abandonado, o su madre estaba por las inmediaciones.

Pasamos la siguiente hora peinando la zona sin encontrar nada.

—¿Quién haría algo así? —dijo, acomodando a ese pequeño en su regazo.

—¿Cómo lo has visto?

—No tengo ni idea. —Se encogió de hombros y acarició la cabeza de ese perro—. ¿Hay un veterinario por la zona?

—Es demasiado tarde para eso. Podemos ir a casa y mañana buscamos uno.

Pasó todo el trayecto mirándolo y acariciándolo distraídamente. Ni siquiera tenía claro si era un animal de raza o no, tampoco es que importara. Era negro con toques canela. No estaba muy seguro, pero me aventuraría a decir que era un pastor alemán.

Llegamos a casa y lo primero que hicimos fue buscar una manta para que pudiera pasar la noche con comodidad. Silvia cogió un recipiente y lo rellenó de leche, que el animal lamió con avidez.

—¿Qué harán con él?

—No lo sé, supongo que intentarían localizar al dueño o, si no lo tiene, lo pondrán en adopción. —Me miró de una manera que me puso en alerta al instante—. No podemos quedárnoslo ni llevárnoslo a Madrid.

Aunque viéndola allí agachada, mirando al animal con tanta adoración... Sacudí la cabeza, era imposible.

Esa noche, dormir, dormimos poco. Ese cachorro solo lloraba muerto de miedo. Pasamos las horas recogiendo pipí, dándole de comer e, incluso, algo de calor, ya que, había momentos en los que solo temblaba.



A la mañana siguiente, nos convertimos en los flamantes dueños de Skye, a la que deberíamos dejar al cuidado de mis padres hasta que pudiéramos arreglar los papeles para su traslado a España.

—No puedo creer que me hayas convencido.

—Legalmente, la dueña soy yo —canturreó, pasándome a la perra.

Y solo por verla sonreír de esa manera hubiese adoptado a cien Skyes como la que sostenía en brazos.

Así de jodidas estaban las cosas para mí.

39 Silvia

Salí de la cama con cuidado, me agaché y cogí a Skye en brazos.

Me sentía revuelta, era la primera vez que había tenido una pesadilla y no recordaba nada de ella.

Bajé las escaleras y salí al porche trasero. Observé el lago con melancolía. Eran las siete de la mañana y el sol brillaba con fuerza. Sentí un pinchazo en el estómago al recordar el día que era.

Mi cumpleaños.

Nuestro cumpleaños.

Una fecha que desde hacía unos años tenía un significado muy diferente al que estábamos acostumbrados. Ya no lo celebrábamos. Nos limitábamos a pasar las horas en silencio o a mirarnos a través de una pantalla, como cuando se marchó de viaje. Supongo que el que me sacara de la clínica ese día tenía muchísimo que ver con la aversión que sentía hacia ese día en específico. Ni había vuelto a soplar las velas. Era superior a mí, la última vez fueron unas cerillas en una playa de Barcelona. Me reconfortaba pensar que, desde que Zoe estaba en la vida de mi hermano, eso para él, ya no era un problema.

—Feliz cumpleaños, nena —murmuró dándome un beso en la cabeza.

No le contesté, no me apetecía mucho hablar y ni el pequeño bulto que descansaba en mi regazo consiguió sacarme del estado en el que me encontraba.

—Voy a prepararme un café. —Le pasé a Skye y me levanté—. ¿Quieres uno?

Asintió con la cabeza y yo me escabullí. Sentí su mirada quemar mi espalda. Sabía que no era la reacción adulta que se esperaba de mí, pero es que nada en mí lo era, solo que ese día se podía apreciar mucho más. Lo que tenía que ser un motivo de celebración para mí era un auténtico suplicio.

—¿Quieres que cancele la cena con mis padres?

—No.

No es que me apeteciera, pero se habían tomado muchas molestias para hacerme sentir cómoda esas semanas, sobre todo, Tom. Ese hombre era un ángel caído del cielo.

Me agarró por las caderas haciéndome girar. No pude reaccionar cuando su boca arrasó la mía, lo hizo con voracidad, provocando que olvidara lo que me tenía tan entumecida.

Consiguió que todo en lo que estaba pensando desapareciera.

—No podemos...

—Deja que eso lo decida yo —susurró en mi oído.

Fuego. Un bosque ardiendo es lo único que atisbé en su mirada. Me había prometido a mí misma no volver a eso. Pero no era fácil decir «no», cuando te servían en bandeja de plata lo único que conseguía provocar un cortocircuito en la mente. Algo así como esos errores sin sentido que aparecían en los ordenadores con el mensaje: «Error404, *not found*».

Eso es lo que me provocaba él en mí, un fallo general en mi cabeza.

Me lancé a sus labios como quien se lanza por un precipicio buscando la adrenalina.

—Date la vuelta. —El tono ronco de su voz retumbó en la cocina haciendo que yo temblara de anticipación.

En el momento en el que se deshizo de mis pantalones de pijama y mis bragas, me perdí. Y lo hice completamente en el instante en el que me embistió.

No fue bonito, me aventuraría a decir que no había ningún tipo de sentimiento, aunque yo lo sintiera todo por él. Pero, hacerlo de esa manera, solo tenía un fin: que yo desconectara de mi realidad. Y vaya si lo consiguió.

—Gracias —murmuré rato después con el corazón todavía atronándome en el pecho.

—Es la primera vez que me dan las gracias por follar con alguien. —Quise sonreír ante su tono de guasa, aunque los dos sabíamos que la situación no tenía nada de cómica.

Nos giramos a la vez cuando mi móvil sonó en la mesita del comedor.

—Voy a vestirme para ir a la destilería, ¿quieres que me lleve a Skye?

—No.

Asintió y, dándome un beso en la sien, desapareció de mi vista, dejándome sola con un teléfono que no paraba de sonar y un cachorro que se acababa de hacer pipí en el sofá.

—Mierda —grazné, corriendo para ver el destrozo.

Me puse tan histérica al ver esa mancha enorme de orina, que olvidé el motivo por el que me encontraba tan mal.

—¿No vas a contestar? —preguntó, vestido.

¡Mierda, el teléfono!

No me lo pensé. Agarré a mi perra y me senté sobre esa mancha.

¿Por qué reaccioné de esa manera? Ni idea, pero no actuaba con normalidad en situaciones de estrés.

Tuve que contener una arcada cuando la humedad traspasó mi ropa.

¡Qué asco!

—Cuando te vayas. —Me miró arrugando el entrecejo, aunque, por suerte, no dijo nada más.

Agarró las llaves de su coche, la cartera y el teléfono y se dirigió a la puerta.

—Siempre puedes preguntarle a tu hermano si sabe cómo quitar esa mancha del sofá.

Escuché su carcajada incluso aunque estuviera en el exterior de la casa.

Me levanté como un resorte y solté a Skye en su manta, me quité la ropa a tirones y, agarrándola con dos dedos, la metí en el cubo de la basura. Me di una ducha rápida y volví a vestirme con algo cómodo. Fue entonces cuando llamé a mi hermano.

—Feliz cumpleaños, hermanita.

La voz de mi mellizo denotaba la ansiedad de todos los años anteriores y, ya fuera por mi encuentro con Liam o por la mancha que adornaba su sofá, yo ya no me encontraba tan ¿dramática?

—Feliz cumpleaños para ti también. ¿Cómo quito una mancha de pis del sofá? —pregunté con el ceño fruncido.

—¿Qué? ¿Te has meado en el sofá?

Resoplé con impaciencia y lo fulminé con la mirada.

—Yo no, mi perra, idiota. Y tú tienes un hijo, deberías tener experiencia.

—Mi hijo mea en pañales.

—Y mi perra en el sofá, ¿puedes decirme por favor cómo narices quitar esta mancha?

—Y yo qué coño sé.

Lo miré a través de la pantalla y, al ver su rostro lleno de confusión o por la conversación tan surrealista que estábamos teniendo, me eché a reír a carcajadas.

—¿Te han regalado un perro? —preguntó cuando se nos pasó el ataque de risa.

—No. La encontré de casualidad. En el veterinario nos dijeron que la llevarían a un refugio para ponerla en adopción y yo... No tuve el valor de dejarla allí, así que ahora soy la

dueña de una perra que se hace pipí en todos sitios. La pena que me da es que no puedo llevármela todavía, es demasiado pequeña y no tiene los papeles en regla. Aunque no sé dónde voy a meterla, ahora es un ratoncito, pero, en unos meses, va a ser enorme. Tom se ha ofrecido a hacerse cargo de ella hasta que nos la podamos llevar.

—¿Quién es Tom?

En ese momento me di cuenta de lo poco que había hablado con él en esas semanas. Apenas en un par de ocasiones, que no sabía ni llegar a catalogar.

—El padre de Li... de Lolo, el padre de Lolo.

Jamás me acostumbraría a llamarlo de esa manera, era como si fueran dos personas distintas. Lolo para el resto del mundo y Liam para mí.

—Te está sentando bien Escocia. —Sonreí en respuesta.

—No nos desviemos. Necesito ayuda, si no me doy prisa va a ser imposible sacar la mancha y el olor.

—Espera.

Miré impaciente a la pantalla hasta que vi aparecer a Zoe, que arrugó la nariz como si quisiera...

—Tú has follado.

La cara de terror de mi hermano fue equiparable a la mía. Hostia que lo quería con toda mi alma, pero hablar de sexo con él es algo que nunca había entrado en mis planes.

—Lo susceptibles que sois los dos con ese tema, nunca va a dejar de sorprenderme —dijo poniendo los ojos en blanco—. Pon en un barreño agua tibia con jabón y mira si encuentras un cepillo. Frota con suavidad y verás como lo solucionas.

—Gracias.

—Feliz cumpleaños, Silvia.

Desapareció de la pantalla y volví a quedarme a solas con mi hermano.

—¿Quieres quedarte a ver cómo me las apaño con un cepillo y un barreño?

—No me lo perdería por nada del mundo.

Hablamos de cosas sin importancia mientras yo limpiaba la mancha del sofá.

—¡Skye, eso no se hace! —grité con desesperación—. Y tú no te rías, joder. Es exasperante.

A medida que mi malestar crecía, las carcajadas de mi hermano aumentaban.

Por lo menos, esa vez, nuestro cumpleaños transcurrió tranquilamente, sin tener en cuenta que la mayor parte del día lo pasé con un cepillo y una fregona en las manos.

Pero después de mucho tiempo, volvimos a ser nosotros.



—Feliz cumpleaños, preciosa —saludó, Ana, cuando llegué esa noche a su casa.

—Gracias.

Entré en la cocina y Tom me recibió con el mismo entusiasmo de siempre. Me pasó una cerveza y le di un trago, todavía no me sentía demasiado cómoda con la idea de celebrar una cena en mi honor.

—¿Tenéis algo donde dejarla? —pidió Liam a su madre—. Tiene tendencia a eso. —Señaló al pequeño charco que había a sus pies.

Solté una risita cuando esta le dio una fregona.

La verdad es que pasar una mañana tan distendida con mi mellizo provocó que la cena fuera relajada. Sonreí e incluso acepté que cantaran el cumpleaños feliz y me obligaran a soplar las velas.

Agarré el paquete que me pasaron Ana y Tom. Desgarré el papel con cuidado de no romperlo y levanté la mirada de golpe dispuesta a rechazarlo. Era demasiado.

—Es más un regalo para mí que para ti —dijo Tom, tendiéndome también un sobre, que cogí con manos temblorosas.

Solté el aire por la nariz cuando descubrí el contenido: un contrato de trabajo, uno que ya me había encargado de rechazar todas y cada una de las veces en las que me lo llegó a ofrecer.

No entendía qué veía en mí para que tuviera esa insistencia en que trabajara con él. Eso sin contar con el equipo fotográfico que acababa de darme, que aparentaba costar lo mismo que mi alquiler de tres meses.

—Puedes trabajar remotamente, tienes material suficiente en tu teléfono —añadió cuando vio mi reticencia—. Solo tendrías que venir en alguna ocasión.

¿Cómo le explicaba que, por mucho que me apeteciera aceptar, no era la persona correcta? No tenía estudios, y mi vida, aunque durante esas semanas pareciera normal, era un auténtico desastre.

Nos despedimos de ellos un rato después.

Sentía el peso de mi contrato de trabajo en el bolsillo.

—Deberías aceptar. Incluso podrías hacer algún curso si lo que te da miedo es no estar a la altura.

¿Formarme? Nunca me lo había planteado, jamás encontré nada que realmente me hiciera pensar que era a lo que me quería dedicar durante el resto de mi vida. Había pasado por todo tipo de trabajos y ninguno me llenó lo suficiente como para decir: esto es.

—¿Quieres ponerte cómoda mientras termino de preparar una cosa?

Dejé a Skye en una manta (nueva, por cierto) y subí las escaleras.

Me puse un pantalón de deporte, una camiseta ancha y volví al salón. La verdad era que me apetecía trastear con la cámara y aprender su funcionamiento. La saqué de la caja y comprobé la batería. No es que tuviera mucha, pero sí la suficiente para dejarme jugar con ella durante un buen rato.

—Ven —pidió entrando por el ventanal que separaba el porche del comedor.

Me levanté y cogí su mano.

—Feliz cumpleaños, Silvia.

Impresionada, miré a mi alrededor.

Había colgado una sábana blanca entre dos árboles. A unos metros de distancia, y justo en frente, había un sofá cama de ratán gris oscuro con cojines color crema. Un pequeño proyector iluminaba la pantalla improvisada desde una mesa.

Me encantó.

Me giré alucinada para mirarlo a los ojos.

—¿Vamos a ver una película?

—Sí. Tú y yo, vamos a celebrar tu cumpleaños viendo...

El susurro ronco con el que pronunció esas palabras me erizó la piel. Ese «tú y yo» sonaba demasiado bonito. En realidad, todo ese viaje lo había sido. Solté la cámara que llevaba en las manos en la mesita y volví a acercarme a él.

Lo agarré de la camiseta y lo arrastré hacia a mí. Me daba igual la película que veríamos.

Seguramente, nunca lo sabría, pero me había regalado el mejor cumpleaños en mucho tiempo.

Enterré la lengua en su boca. Me levantó por el culo y nos dejó caer sobre esa cama que se me antojó la más cómoda del mundo. Me revolví inquieta cuando se acomodó entre mis piernas y su erección rozó el punto exacto para hacerme perder la razón. Sonrió sobre mi boca, siendo muy consciente de lo que estaba provocando en mí.

Los besos, las caricias... nada tenían que ver con lo ocurrido esa misma mañana.

Boqueé en busca de aire cuando atrapó uno de mis pechos con la mano.

—Me vuelves loco —murmuró dejando un reguero de besos desde mi mandíbula hasta el lóbulo de mi oído, que mordisqueó haciéndome enloquecer—. Completamente loco, Silvia.

La necesidad empezó a arremolinarse en mi bajo vientre. Abracé sus caderas con mis piernas para acercarlo más a mí.

—Ahora vengo —dijo, dejándome con la respiración acelerada y con cara de consternación—. Voy a preparar las palomitas.

La sonrisa que me dedicó prometía tantas cosas...

Me acomodé la ropa lo mejor que pude y me peiné el pelo con los dedos, y volví a agarrar la cámara con tal de mantenerme ocupada o ardería por combustión espontánea. Cogí el pequeño mando a distancia y disparé, el flash iluminó la noche. Me lo iba a pasar genial actualizando la página web de Tom sin tener que preocuparme por la capacidad de mi teléfono.

Abrí la boja estupefacta cuando lo vi salir con un cubo enorme de palomitas, una botella de vino y una manta colgada del hombro.

Le hice una fotografía.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Comprobar la calidad de este cacharro —contesté con suficiencia.

Negó con la cabeza y soltó todo lo que llevaba en las manos en la mesita. No sabía como había conseguido traerlo todo de una vez.

Volvió a sorprenderme con una melodía que empezó a sonar a través del altavoz de su teléfono. Lo miré con desilusión al darme cuenta de que no era la canción que se empeñaba en que aprendiera a tocar con la guitarra.

Tiró de mi mano y, poniéndome de pie, empezó a mecerse al ritmo de la música que sonaba. Tuve el tiempo justo de soltar la cámara en la mesa, descuadrando el proyector de esa pantalla improvisada.

Me agarró de la cintura y me hizo girar hasta que mi espalda se apoyó en su pecho. Dejó un reguero de besos en mi cuello.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¿Qué? —Estaba demasiado perdida en sus labios sobre mi piel.

—¿Qué tienes en la mano?

Bajé la mirada y me di cuenta de que aun llevaba el mando de la cámara.

—Espera, que lo dejo...

—Dámelo a mí.

Se lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón y volvió a abrazarme. Lo miré a los ojos y me recordó a aquella vez, hacía muchos años, cuando por primera vez sentí deseos de besarlo. La diferencia era que, entonces, estábamos rodeados de muchísimas personas, y no solos como en esa ocasión. En una ubicación de ensueño, con el sonido del lago a nuestro alrededor.

—¿Qué canción es?

—*Beautiful things*, de Benson Boone.

Me estrechó entre sus brazos.

No había un lugar mejor en el que estar.

Agarré el bajo de su camiseta y se separó lo suficiente para levantar los brazos y que pudiera deshacerme de ella. Apoyé la mano en su pecho. Su corazón se había convertido en un bálsamo para templar mis nervios. Y me encantaba ser yo la causante de que latiera descontrolado.

Seguí el contorno de sus brazos sin dejar de mirarlo a los ojos. Me mordí el labio llena de anticipación cuando fue él quien se arrodilló para bajarme los pantalones con una lentitud que consiguió erizar toda mi piel.

Se levantó de un movimiento demasiado sexi para mi cordura. Enredó la mano en mi cabello y me acercó a él. Me dejé arrastrar por el beso y por todo lo que sentía por él. Nos movimos hasta que caímos en esa cama. Se acomodó entre mis piernas, y el contraste de sus pantalones con mis muslos desnudos me sorprendió y me excitó de una manera sobrehumana.

Perdí el hilo de mis pensamientos cuando su mano se perdió debajo de mi camiseta. Me mordí el labio cuando jugueteó con el elástico de mi ropa interior. Lo miré mientras él me observaba esperando mis reacciones. Movié más la mano, esta vez aventurándose hacia mi centro y arqueé la espalda.

Apenas si me acariciaba de manera sutil y yo sentía que estaba llegando al punto de no retorno. Lo agarré de las mejillas para que me mirara a los ojos.

¿Cómo podía quererlo tanto? No era que estuviera enamorada de él, es que lo quería de una manera que conseguía desbordarme.

Una urgencia desconocida se apoderó de mi cuerpo en el instante en que su mano libre se perdió entre mi pelo y me acercó más a él. Necesitaba sentirlo por completo, su piel calentando la mía en todos los sentidos en los que pudiera hacerlo. Poder decirle sin palabras lo que significaba para mí. Darle el mismo recuerdo que me regaló en la isla de Skye.

Nos giré sin que opusiera resistencia y lo miré desde arriba. Seguí el contorno de sus pectorales con el dedo. Sonreí cuando sentí el latido acelerado de su corazón. Quería creer que, aunque fuera solo por un instante, él sentía lo mismo que yo, que me quería con la misma fuerza con la que lo hacía yo.

Ojalá pudiera recordarnos como nos recordaba yo, y, si eso nunca ocurría, me encargaría de crearle un recuerdo que jamás pudiese olvidar.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, desabroché el botón de sus pantalones y se los bajé lo suficiente para poder liberar su erección. Su mirada se oscureció y apretó la mandíbula cuando acaricié su carne caliente. Sentí como se hinchaba en mi mano.

—Silvia —bisbiseó respirando por la nariz.

Me incorporé sobre mis rodillas y retirando mi ropa interior me dejé caer sobre él.

—¡Por Dios! —exclamó cerrando los ojos. Me estremecí cuando me agarró de los muslos para detener mis movimientos—. Déjame sentirte.

Me mordí el labio con fuerza con esa petición.

La calidez de poder sentirlo, por fin, sin barreras, me sobrepasó.

Podía morirme feliz. Iría al infierno, pero pagaría mi condena enamorada. Ya que, si de algo estaba segura, era que daba igual el tiempo o la distancia, yo siempre estaría enamorada de la persona que apretaba la mandíbula con el cuerpo igual de desbordado que el mío.

Apoyé las manos en su pecho y me agaché lo suficiente para besarlo. Y cuando ya no pude más, cuando mi pecho se llenó de todo lo que solo él era capaz de hacerme sentir, me contraí a su alrededor.

—Liam —lo llamé en un susurro roto por mi respiración.

—¿Qué? —preguntó, moviéndose debajo de mí profundizando las penetraciones.

Nuestros movimientos provocaron que el mando a distancia que seguía escondido en su bolsillo activara la luz del flash, que iluminó la noche y el orgasmo más intenso de mi vida.

—Sigo enamorada de ti.

Y me derrumbé sobre él.

40 Silvia

Suspiré pasando el contenido de la cámara hacia el ordenador de Liam. Era eso, o perder todas las fotografías.

Miré una en especial.

No revelaba o mostraba nada, pero dejaba muy claro lo que estaba sucediendo debajo de mi camiseta. No se nos veía la cara, nadie podía saber quiénes eran las personas que estaban immortalizadas. Pero yo sí lo hacía, conocía de quién era la mano que aparecía apretando el muslo de la imagen, con las venas hinchadas a causa de la tensión.

A pesar de lo que yo pensaba, era perfecta.

Quise eliminarla, pero Liam se había negado, y la verdad sea dicha, perderla era algo que me daba pena, aunque la razón de mi insistencia no fuera otra que el hecho de que le abriera mi corazón y él no hubiese respondido.

Ni bueno, ni malo.

Nada.

Esperaba algo, lo que fuera, pero no un silencio por su parte. Sabía que mantener una relación conmigo no debía de ser fácil. Joder si hasta yo misma lo evitaría. ¿Quién querría estar con alguien que sufre ataques de pánico y pesadillas? Nadie en su sano juicio. Aun así, no podía evitar ese regusto amargo que supuso ver que al día siguiente se comportara como si nada hubiese ocurrido.

Me dejé caer en la silla de la oficina, sobrepasada. Quedaban apenas tres días para marcharnos, y no estaba preparada. En un momento de temor por si no podía volver al único lugar en el que había sido feliz, acepté trabajar con Tom.

Suponía que, a veces, la necesidad de retener esos momentos especiales te llevaba a cometer locuras como la de aceptar un empleo a kilómetros de distancia de tu casa. Además de que, para bien o para mal, debía dejar atrás algo que, solo de pensarlo, me ponía enferma.

—Volveré a por ti —susurré, acariciando a esa bolita de pelo que crecía por momentos.

Me daba una pena horrible no poder llevármela, aunque sabía que estaría bien.

Salté de la silla cuando la puerta del despacho se abrió de golpe. Miré a Liam que, sin mediar palabra, se acercó a mí y me dio un beso que me incendió al instante. Esos arranques que tenía, como si no se pudiese contener, me volvían loca.

—¿Es...? —preguntó, desviando la mirada hacia el ordenador.

—¿Reveladora?

—Pienso hacer un cabezal para la cama con esa fotografía. —Apoyó la frente en la mía antes de continuar hablando—: Tengo bastante faena, así que toma las llaves del coche. Mi padre me llevará cuando terminemos.

Las agarré, aunque estaba bastante segura de que lo esperaría. Dedicaría ese tiempo a hacer fotografías de la destilería y le diría al informático que creara un apartado en la página web donde poder colgarlas.

—Tengo que irme. —Volvió a besarme y se apresuró a salir del despacho.

No quise darle vueltas otra vez al hecho de que no hubiese respondido a mi confesión, porque, a la hora de la verdad, me lo demostraba con esas muestras de afecto.

«No quiero enamorarme de ti, Silvia», «no voy a enamorarme de ti», sus palabras resonaron con fuerza en mi cabeza, haciendo que me estremeciera recordando la manera en que

las pronunció. Y, al parecer, no lo dijo en broma. No sabía qué esperaba cuando confesé mis sentimientos, pero no ese silencio que llevaba acompañándome días.

Yo no quería seguir acostándome con él, por lo menos, no de la manera en la que lo hacíamos. Lo quería todo. Quería sus sonrisas, sus frustraciones. Lo quería a él. A mi Chico del hámster.

Sacudí la cabeza intentando volver a centrarme en el trabajo que aún me quedaba por delante.

Un zumbido me asustó. Fruncí el ceño al ver sobre la mesa el teléfono de la persona que no conseguía abandonar mis pensamientos. Debía de haberlo olvidado, y era extraño, ya que no solía separarse de ese aparato.

Fue al girarlo para que dejara de vibrar cuando me di cuenta de la persona que lo llamaba. El nombre de mi hermano parpadeaba en la pantalla. Un mal presentimiento me recorrió el cuerpo. Me lancé a por mi propio teléfono por si tenía alguna llamada perdida.

¿Y si había ocurrido algo?

Fruncí el ceño con confusión cuando no encontré nada. Ninguna notificación que dijera que se había puesto en contacto conmigo, además de que habíamos hablado esa misma mañana y todo parecía estar bien.

Intenté tranquilizarme pensando en que eran amigos, que era normal que lo llamara por vete a saber qué. Solté el móvil en el mismo instante en que llegó un mensaje.

Joel: Te agradezco mucho que accedieras a ayudarnos con mi hermana.
No es la misma persona que se marchó.

Me tensé cuando una idea absurda me cruzó la mente. Volví a negar con la cabeza. No, no podía ser, no podían haberme traicionado de esa manera. Ninguno de los dos. Además de que era imposible que mi mellizo le hubiese explicado nada. Aun así, las sirenas empezaron a sonar con insistencia diciéndome que sí, que era posible. Sobre todo, cuando recordé las llamadas que había recibido y no había respondido, la manera tan abrupta con la que finalizaba las conversaciones, o todas las veces que lo encontré hablando con alguien sin que me dijera con quién lo hacía.

«Por favor, que no sea lo que estoy pensando», recé interiormente.

Desbloquéé el teléfono, sin importarme si era correcto o no. Había visto a Liam hacerlo tantas veces que me sabía el código de memoria. Sabía que estaba mal, que no debía invadir de esa manera su privacidad, pero las sirenas de mi cabeza estaban en su máximo esplendor y...

Entré en la conversación que mantenían los dos.

Todo mi mundo se derrumbó.

Eso no era un cruce casual de mensajes. Era un diario desde que había llegado a Escocia. Fotografías mías, todas y cada una de mis pesadillas, los ataques de ansiedad. Mis ilusiones, mis avances y retrocesos. Todo.

A eso habían quedado reducidas las últimas semanas, a una serie de mensajes con el único fin de... ¿qué?

Se me llenaron los ojos de lágrimas y me mordí el carrillo con fuerza hasta sentir el gusto metálico de la sangre.

Me mareé al darme cuenta de la manera en la que me habían manipulado, y yo, como una imbécil, caí de lleno en la trampa.

«Todo ha sido mentira», asentí dándome la razón.

Agarré a Skye y salí a la carrera del despacho. Tuve suerte de no encontrarme a nadie

mientras cruzaba esos pasillos de piedra que tanto significaban y a los que nunca regresaría.

Me quedé parada en medio del aparcamiento, sin tener muy claro hacia donde dirigirme.

Sentí la misma traición a cuando mis padres me internaron en un centro psiquiátrico. Sin embargo, el dolor no se asemejaba en nada a lo que estaba sintiendo en ese instante. Quise bloquear cualquier recuerdo que amenazaba con terminar de absorberme. No lo conseguí.



Me detuve en la acera de enfrente. Las vacaciones de Navidad habían llegado a su fin. Por lo menos, podía decir que sirvieron para tomar una decisión. Mi corazón no dejaba de repetir que era la incorrecta, pero, por suerte, mi cerebro sí me daba la razón.

No podía decir que esos días hubiesen sido maravillosos. Aunque mi relación con Luis había mejorado, imaginaba que estar alejada de Liam ayudó. No mantuvimos contacto alguno, excepto un cruce de mensajes para felicitarnos el año.

«Has tomado una decisión, mantente firme», me recordé al cruzar la carretera.

La campanita anunció mi llegada, haciendo que el corazón se me saltara un latido cuando Liam se giró con una sonrisa preciosa en la boca. Me mordí el labio, nerviosa.

¿Cómo le decía que me marchaba?

Desvié la vista cuando nuestra jefa entró en la cafetería con una expresión de molestia en el rostro. No era por mí, más bien por lo que suponía volver a un proceso de selección.

—Por lo menos, me darás los quince días. —Asentí en respuesta sin atreverme a mirar al chico que tenía los ojos clavados en mí.

—Sí —me obligué a responder—. Lo he puesto en el email que te he enviado.

Sentí tantas ganas de llorar que tuve que tragarme el nudo que se había formado en mi garganta.

No quería despedirme de él, pero era lo correcto. Y los dos lo sabíamos. Odiaba ser yo la que diera un paso adelante para separar nuestros caminos, porque estaba loca por él.

¿Cómo se podía querer tanto a alguien? Lo quería como no había querido a nadie, sin embargo, me daba mucho miedo luchar por él y perderlo todo.

—Mañana pondré el anuncio para encontrar a tu repuesto.

—Vale.

No lo pude soportar más y corrí hacia el cuartito de personal. Me encerré en él y apoyé la espalda en la puerta cuando las lágrimas brotaron a borbotones de mis ojos.

«Has hecho lo correcto, has hecho lo correcto», repetí una y otra vez. Si era así, ¿por qué me sentía tan mal?

Me aparté de la puerta y me limpié la cara con las manos cuando unos golpecitos me anunciaron que debía salir y enfrentarme a ese día.

Abrí la puerta y me encontré con su mirada. Dio un paso adelante, nos encerró en la habitación y me abrazó. Me agarré a su camiseta con desesperación sin poder para de llorar. No entendía la sensación de haberlo perdido todo, cuando a ojos de los demás, tenía a mi alcance la clave de la felicidad. Un novio que me quería, amigos y el mejor compañero de vida a mi lado, aun así...

«Porque no es él, idiota», fue mi corazón el que gritó esas palabras.

—¿Cuándo? —preguntó con la barbilla apoyada en mi pelo.

—El veinticinco —murmuré.

Se separó de mí y limpió mis lágrimas con los pulgares. Me quedé congelada en ese momento.

—Supongo que es lo mejor —dijo antes de abrir la puerta y desaparecer volviéndome a dejar sola.

Mi corazón protestó, pero lo ignoré. Total, llevaba mucho tiempo haciéndolo.

—Se me pasará —murmuré antes de abrir la puerta y salir para enfrentarme a lo que serían mis últimos días en la cafetería.



Esa fue la primera vez que tuve que despedirme de él, aunque el dolor no fuera ni remotamente parecido.

Y lo había perdido, otra vez.

«Nunca lo has tenido».

—Silvia, ¿estás bien? —Me giré para encarar al chico de seguridad, que me observaba con cara de preocupación.

Intenté sonreír, aunque fuera lo último que me apeteciera hacer. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que no solo llevaba a Skye en brazos, sino también el móvil de Liam.

—¿Puedes devolvérselo? Dile que mi hermano lo ha estado llamando. Parecía urgente.

Ni siquiera sé cómo conseguí que mi voz sonara con firmeza cuando solo era capaz de pensar en que la última pieza que quedaba en mí por romper acababa de hacerse añicos. Lo único intacto de mi antigua yo, lo único que nadie pudo contaminar, también me lo habían arrebatado. Por eso siempre lo mantuve en secreto, ni lo mencioné en esos años. Nunca dejé que nadie manchara ese recuerdo, ni siquiera yo misma.

Lo guardé donde no pudieran tocarlo.

Me di la vuelta y me dirigí a la camioneta de Liam cuando recordé que me había dejado las llaves. Ni siquiera me despedí de Brodie.

Arranqué y me marché de allí. Escuché la melodía de mi teléfono, amortiguada en mi bolsillo.

—¡Qué te jodan! —grité como si pudiera oírme.

Sabía que era Joel, todo el odio y decepción que sentí en su momento hacia él regresaron como un ciclón, haciendo imposible que pudiera respirar.

No volvería a dejar que jugaran conmigo. Me agarré a toda la rabia acumulada durante años. No iba a derrumbarme.

Conseguí llegar a casa de Liam y entré sin detenerme a mirar el suelo donde tantas horas habíamos pasado intentando tocar la guitarra, ni la encimera donde... Sacudí la cabeza. No iba a dejarme llevar por la pena. Lo haría, estaba segura, pero si quería salir indemne de esa casa, debía esperar.

Subí las escaleras, dejando a Skye fuera del transportín. Abrí mis maletas de par en par y metí todas mis pertenencias sin ton ni son.

Apagué mi teléfono cuando sonó por millonésima vez en cuestión de minutos.

«Desapareciste», su voz resonó en mi cabeza. Y fue lo que hizo que me sentara en el porche a esperarlo.

Fue la hora más agotadora de mi vida.

Salté de un estado de ánimo a otro. Me sentí tan desequilibrada emocionalmente que a punto estuve de marcharme.

Ojalá hubiese tenido un interruptor con el que desconectarme.

No quería sentir nada.

Ni bueno ni malo.

Escuché el motor del coche mucho antes de verlo aparecer. Y aproveché los segundos que me quedaban para pedir un taxi por una aplicación que había encontrado. Esperaba que no tardara mucho en llegar.

Rompí el contacto visual antes de que nuestros ojos conectaran.

Quería odiarlo. ¿Por qué no podía hacerlo?

Cogí a Skye cuando saltó del coche para acercarse a mí en una manera de protegerme de él.

—¿Puedes hacerte cargo de ella hasta que venga a buscarla? —Odié que mi voz sonara a ruego.

Estaba a punto de derrumbarme.

—No vas a dejar que me explique.

41 Liam

Me sequé el sudor de la frente con cansancio. Todavía me quedaban algunas tareas pendientes. El problema era que, con la ausencia de Duncan, mi padre estaba sobrepasado de trabajo y me había pedido ayuda, además de que me gustaba pasarme las horas entre esas paredes. Y contando con que nos marchábamos en tres días, quería aligerar su carga al máximo.

«Sigo enamorada de ti». Recordé las palabras que provocaron que me corriera con la potencia de cien marmotos. No pude contestarle, no porque no sintiera lo mismo que ella. El problema fue ese «sigo», ya que, entonces, nada tenía sentido. Sacudí la cabeza, agobiado. No podía quitarme de encima la sensación de que algo que se me escapaba. Las llamadas con Joel se habían incrementado esos días solo con la idea de buscar respuestas. Aunque, en el fondo, sabía que la única que podía dármelas era la propia Silvia.

—Oye, Lolo. —Miré a Brodie y agarré mi teléfono cuando me lo tendió—. Tu chica me ha pedido que te lo devuelva, dice que su hermano te ha llamado y que parecía...

Salí corriendo incluso antes de que terminara esa frase. Llegué al despacho que utilizaba para trabajar y lo encontré vacío.

Desbloquéé mi teléfono y lo primero con lo que me topé fue con la conversación que mantenía con Joel.

—¿Cuánto hace que se ha marchado? —pregunté, desesperado.

—Hará una media hora.

Busqué las llaves de mi coche y fue cuando recordé que se las había dejado.

Corrí hacia el aparcamiento para encontrar que mi plaza estaba vacía.

—¿Estás bien? —pregunto mi padre apareciendo a mi espalda.

—Necesito tu coche —pedí con urgencia en la voz.

—Te llevo, no puedo dejártelo porque tengo que hablar con algunos proveedores.

Fueron los veinte minutos más largos de mi vida.

Mi padre pareció detectar que algo no iba bien, ya que se mantuvo en silencio. Intenté centrarme en el sonido que hacían sus dedos al golpear el volante con un ritmo que solo parecía escuchar él.

No quería perderla.

No podía perderla.

Pero, a juzgar por la manera en la que desvió la vista cuando salté del coche, ya lo había hecho.

—¿Puedes hacerte cargo de ella hasta que pueda venir a buscarla? —Su ruego silencioso me rompió el corazón.

No quería que ese gesto en su rostro se debiera a mí. La quería demasiado para que sufriera por mi culpa.

—No vas a dejar que me explique —afirmé.

Necesitaba que me mirara y, sobre todo, que me diera tiempo con el que darle los motivos para que eligiera quedarse conmigo.

Nos giramos a la vez al escuchar el motor de un coche que se detuvo a pocos metros de distancia.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Desde cuándo? —repitió cuando no respondí.

—Desde que estuviste en el hospital —confesé.
La mirada de decepción que me dedicó consiguió bloquearme.
—Entonces, cuando me besaste en aquella discoteca lo hiciste... Por eso te acercaste a mí. Porque te di lástima.
«Sigo enamorada de ti».
—Silvia, tienes que escucharme.
La idea de que volviera a abandonarme me dejó sin saber que decir.
No tenía que enterarse, por lo menos, no de esa manera.
—Escúchame... —rogué.
—Solo te he esperado para que nunca más puedas decir que desaparecí de nuevo. Aquella vez no tuve opción. —Negó con la cabeza—. Pero, esta vez soy yo la que elige marcharse. No quiero volver a verte, Lolo.
Escucharla llamarme de esa forma fue como si me golpearan con una barra de hierro ardiendo.
Hubiese preferido que me gritara, que chillara. Pero esa resignación por su parte hizo que me diera cuenta de que daba igual lo que yo dijera. Silvia había levantado un muro haciendo imposible que lo pudiera saltar para acceder a ella.
—¿Por qué siempre te resulta tan fácil apartarme de tu vida? —pregunté, dejándome llevar por la rabia.
Joder, dolía darse cuenta de que nunca sería su primera opción.
—¿Sabes cuál es el problema? Que has decidido quedarte con la versión fácil, la que me convierte a mí en la desalmada que te rompió el corazón. Pero ¿sabes qué? —Dio un paso en mi dirección y, entonces, sí me dejó ver sus ojos—. Nada de lo que te han contado es verdad. Gracias por hacerme entender que no hay nadie en este mundo en quien pueda confiar. Cuando pensaba que no había nada más que pudieran arrebatarme, llegas tú y me lo quitas todo...
Esa confesión me dejó sin poder de reacción y, cuando quise hacerlo y detenerla, el taxi, se alejaba por el camino de tierra
«Nada de lo que te han contado es verdad».



Había pensado en renunciar días atrás. Si Silvia se marchaba, ya no tenía sentido mantener ese empleo en el que seguía por estar cerca de ella.
No podía decir que no esperara que un día decidiera marcharse, pero no por eso el golpe fue menor.
Me pasé la mano por el pelo con frustración.
Habían sido muchísimas las ocasiones en las que estuve tentado de confesarle mis sentimientos, decirle que estaba tan loco por ella que no me hacía a la idea de no volver a verla nunca más. Era un completo gilipollas, pero, la quería tanto, que me conformaba solo con poder seguir siendo su amigo.
Ese era uno de los motivos por los que había dilatado el momento de decir adiós.
Quería creer que ella sentía algo por mí, pero no podía seguir engañándome. Silvia tenía pareja y yo no debí dejar que llegásemos tan lejos.
Aunque, ¿cómo no hacerlo cuando lo que estaba en juego era el amor de mi vida?

—Pues supongo que ya está —murmuró, tragando saliva.

Sí, yo también lo suponía.

Esa aventura acababa allí.

No podía creer que la primera vez que me enamoraba de esa manera lo hubiese hecho de una persona que no era libre. Silvia tenía su vida y yo no tenía espacio en ella.

Nos giramos los dos cuando un claxon sonó desde fuera. Di un paso en su dirección con la intención de retenerla algo más. Ella se alejó dándolo hacia atrás.

Tragué el nudo que tenía en la garganta.

—Que te vaya bien, Chica con novio.

—Que te vaya bien, Chico del hámster.

Quise acercarme de nuevo, borrar esas lágrimas que estaba reprimiendo.

Se dio la vuelta, y la vi salir de la cafetería, cruzar la carretera y subirse a ese coche que la alejaría de mí, y esa vez, para siempre.

Apagué las luces y cerré la persiana con un nudo en el estómago.

Caminé hasta casa con las manos en los bolsillos sin dejar de rememorar todas las carcajadas, nuestro intercambio de libros, las tardes de los viernes tomándonos una cerveza, los regalos, los abrazos...

—Deberías haberla besado ese día —murmuré para mí mismo, pensando en que, por lo menos, no me hubiese quedado con la duda de saber si sería tan increíble como creía.

Llegué a casa y, cuando las paredes me empezaron a ahogar, me di una ducha, me vestí y me marché a la primera discoteca que encontré disponible.

No me costó dar con alguien que sí estuviera dispuesta a aceptarme como primera opción, por lo menos, durante esa noche.

Me dejé llevar por la bebida y por esa chica de la que no recordaba el nombre. A ella le sobraban ganas, aunque a mí me faltaran muchas.

Algo me llevó a levantar la mirada.

Todo se silenció a mi alrededor cuando me encontré con la mirada de Silvia.

Imagué que pensó que esa era la chica de la que le había hablado meses atrás. Nada más lejos de la realidad. Esa vez mentí para protegernos a los dos, como todas las demás.

Apreté la mandíbula cuando vi la mano que la agarraba con posesión por la cadera.

—Vámonos de aquí —susurró la chica con la que estaba, mordiéndose el labio de forma seductora.

No pude contestar ni sí ni no cuando alguien me propinó un empujón. Me giré y lo único que atisé a ver fue una melena negra perdiéndose entre la gente.

La rabia me recorrió el cuerpo.

Seguí a Silvia sin importarme nada más que alcanzarla, olvidando por completo a la persona que me acompañaba.

—Esto se acaba aquí y ahora —rugí, agarrándola por la muñeca cuando se disponía a entrar en un pasillo que llevaba a los servicios.

—Suéltame —escupió.

La arrastré hasta el punto más oscuro, lejos de todas las miradas.

—¿Te has propuesto joderme la vida? Has tomado tu decisión —dije intentando no dejarme llevar por la furia que quería apoderarse de mí—. Sé consecuente y acarrea con ella.

Intenté serenarme antes de decir algo que nos terminara de destruir a los dos.

Nos retamos con la mirada hasta que agarró mi camiseta y me acercó a ella. Apoyé las manos en la pared a ambos lados de su cara.

¿Qué pasaría si dejara caer la cabeza y la besaba?

—Silvia... No podemos seguir así —dije, intentando tranquilizarme.

—Sé que es tu chica, sé que... No quiero que estés con ella. No quiero que...

—Estoy enamorado de ti.

Dio un respingo cuando me atreví a confesar lo que llevaba tanto tiempo callando. Supongo que decirlo en voz alta lo hizo real para los dos.

Esperé con la esperanza de que ella dijera que sentía lo mismo que yo. No lo hizo. Solo me miraba con esos ojos del color del mar, que tan loco me volvían, mordiéndose el labio. Imaginaba que no quería hacerme daño.

Sacudí la cabeza cuando me di cuenta de que nada había cambiado con esas palabras. Deposité un beso en su frente y me giré, dispuesto a irme.

—No me dejes. —El ruego roto por sus lágrimas detuvo mi marcha.

Se me aceleró el corazón con violencia.

—¿Qué significa eso?

—Que no puedo más —susurró, dejándose llevar por el llanto.

Joder, querer a alguien no debería ser así. Quererse no debería sentirse como si estuviera mal. Aun así, fui incapaz de moverme para consolarla, como había hecho en muchas ocasiones.

—Te prometo que he intentado olvidar lo que siento, que he hecho todo lo que está en mi mano para ignorar lo enamorada que estoy de ti. Pero...

No necesité escuchar el resto. Rompí la distancia que nos separaba y la abracé. Agarré sus mejillas, dispuesto a besarla y demostrarle que ella no era un juego para mí, que apostar por nosotros no sería un error.

Decirle que aún no éramos nada, pero que, si quería, lo podíamos ser todo.

—Voy a besarte —dije.

—No lo hagas. No quiero que nuestro primer beso conlleve engañarlo de esa manera. Bastante le he mentado durante este tiempo. No se lo merece, Liam. Nada de lo que le he hecho. Ni tú tampoco. Por lo menos, esto voy a intentar hacerlo bien.

Di un paso atrás, concediéndole eso.

—Te llamo mañana, te lo prometo —dijo dando un paso adelante para apartar el mechón de pelo que me caía en la frente.

Asentí viéndola marchar.

Pensando en que no me gustaría nada estar en el lado contrario en ese instante, aunque yo me hubiese pasado meses en ese lugar.

—Silvia —la llamé antes de que desapareciera por el pasillo—. Nos vemos mañana.

—Nos vemos mañana.

Y, entonces, desapareció.



Sobra decir que jamás volví a verla hasta ese fin de semana en la casa de la sierra.

Lancé el teléfono contra el suelo en el momento en el que vibró en mi mano. Quise culparlos, pensar que todo eso había ocurrido por ellos dos, pero nada más lejos de la realidad. Era, única y exclusivamente, culpa mía. Ya que, para bien o para mal, no había podido resistirme

a volver a acercarme a ella.

Y la había vuelto a perder.

42 Silvia

Un mes después

—¿Cómo te encuentras hoy? —Me encogí de hombros en respuesta.

Debía conceder que la mujer que me miraba al otro lado del escritorio tenía una paciencia infinita conmigo, también le pagaba para ello, claro está.

Desde que había vuelto de Escocia, los sentimientos me estaban ahogando de una manera en la que se me hacía imposible poder gestionarlos. Ni siquiera salir al balcón después de una pesadilla conseguía calmarme.

Me ahogaba.

Madrid me estaba ahogando.

De igual modo en el que lo hacían las llamadas de mi hermano, de Lucas, y de las chicas. Todo el mundo había intentado ponerse en contacto conmigo.

Todos, menos él.

—Siento que no puedo respirar. Sé que hay algo que debería hacer y no encuentro la energía suficiente para llevarlo a cabo. Aunque no tenga ni la más remota idea de qué puede ser.

—Yo creo que sí lo sabes —contestó, empujando sus gafas sobre el puente de la nariz—. ¿Has tenido contacto con tu hermano? —Negué con la cabeza—. ¿Por qué?

Porque enfrentarlo supondría abrir la caja de los truenos.

—No quiero hablar con él.

Aunque eso supusiera que lo añorara más de lo que estaba dispuesta a admitir. Nunca habíamos pasado tanto tiempo sin saber el uno del otro. Por lo menos desde que salí de la clínica.

—Háblame de Luis.

Eso sí que no, prefería hacerlo de todo, menos de él. Pero claro, sentarte delante de tu psicóloga suponía abrirte en canal, y esa mujer sabía qué teclas tocar para que yo explicara cosas que, para bien o para mal, me hacían daño.

—No quiero hablar de él.

Me miró ladeando la cabeza. Odiaba la sensación de sentir que podía saber en qué estaba pensando.

—Es normal que estés enfadada con él. —Levanté la cabeza de golpe y la encontré tomando notas en su ordenador—. De la misma manera en que lo estés con tu hermano.

—Yo no estoy enfadada con Luis —escupí, saltando de la silla.

—¿No? Entonces, háblame de él.

Me levanté de un salto y salí de la consulta con prisa, solo escuché un «nos vemos la semana que viene». No debería haber dejado que la idea de Liam de ponerme en manos de un profesional se abriera paso en mi cabeza, era ridículo pensar que me iba a hacer más bien que mal. No estaba sirviendo de nada. Solo para que la frustración se fuera apoderando de mí a cada hora que pasaba.

Aunque, para no faltar a la verdad, no lo estaba haciendo por ellos, lo hacía por mí. No estaba dispuesta a dejar que volvieran a manipularme o que tomaran decisiones con la excusa de decir que era por mi bien.

Me costó más de una semana y la visita a varios psicólogos diferentes dar con una persona con la que me sintiera, más o menos, cómoda. No es que lo hiciera del todo, pero sí me

generaba la confianza suficiente para darle una oportunidad. Además de que no le parecía una locura lo que estaba dispuesta a hacer para cambiar mi vida. Es más, aunque no me animaba a que lo llevara a cabo, me dio la opción de seguir con una terapia por videollamadas.

Me caía bien, o por lo menos, lo hacía hasta que dio a entender que...

Enfadada con Luis, era ridículo.

Caminé sin saber hacia dónde dirigirme. Estaba helada, ni siquiera los treinta y cinco grados de la capital conseguían hacerme entrar en calor.

Llegué a mi casa dos horas después de dar vueltas sin sentido. Me cambié de ropa y tiré los pantalones de mi hermano al fondo de la balda del armario. No volvería a vestirlos.

Me estaba preparando un té cuando sonó el timbre de la puerta. Me quedé en silencio, casi sin respirar. Silencié el teléfono.

Fuera quien fuera no parecía querer rendirse, ya que insistieron. Si seguían así, me iban a quemar el timbre. O mis vecinos llamarían a la policía.

Me acerqué de puntillas a la puerta.

—A lo mejor no está. —¿Esa era mi prima?

—Claro que está. —Escuché a Zoe decir con evidente enfado en la voz—. Abre la jodida puerta o llamo a protección civil, tú misma.

—Zoe... —Esa fue Julia.

Abrí de un tirón cuando el timbre volvió a sonar.

Pasaron por mi lado como un huracán, por si me daba por cerrarles la puerta en las narices, cosa que estuve tentada de hacer.

—¿Cómo estás? —preguntó Candela.

Se me llenaron los ojos de lágrimas que me obligué a reprimir. Estaba tan revuelta que me sentía a punto de estallar. Y no quería llegar a ese nivel.

—Bien —susurré desviando la mirada.

—Prueba otra vez y, a poder ser, sin mentirnos —añadió Zoe con condescendencia.

—¿Lo sabíais? —pregunté—. ¿Vosotras lo sabíais?

—No. No teníamos ni idea —dijo Julia.

Me senté en el sofá y me abracé las rodillas. Que no estuviesen al corriente, no quería decir que no lo supieran en ese momento. Miré a través de la ventana al imaginarme a los seis hablando de mí y de todo lo ocurrido en Escocia.

Como si mi vida fuera un maldito *Gran Hermano*.

—Ya veis que estoy bien y que aún no me he tirado a las vías del tren. Y ahora ya podéis marcharos.

Me levanté de un salto y me dirigí a la puerta, invitándolas a irse.

Miré a Zoe cuando me agarró de la muñeca.

—¿Por qué nos tratas así? Somos tus amigas.

—No. No lo sois. Nunca he sido vuestra amiga. Soy la hermana de tu marido. —Suspiré, no quería ser cruel, de verdad que no, pero es que...—. La amiga de tu novio. —Señalé a Julia—. O tu prima. No soy Silvia, vuestra amiga.

—¿Eso es lo que crees? —preguntó Julia poniéndose de pie.

—Eres gilipollas. —¿Adivináis quién soltó esa perla?—. Mira, si hemos venido es porque estamos preocupadas por ti, porque te queremos, a pesar de lo que opines de nosotras. Y si de verdad crees que somos esa clase de personas, es que la que no nos conoce eres tú.

—Dijiste que era tóxica —objeté.

—No. Dije que vuestra relación lo es. Que os queréis tanto que no lo hacéis bien, y a la

vista está que tengo razón. Pero eso no significa que para mí no seas esa persona que vino a verme cuando más lo necesitaba, aun cuando su mellizo estaba pasándolo mal. Te quiero, no por que seas la melliza de Joel o la tía de Hugo. Te quiero por ser tú. Y si mañana o de aquí a diez años me separara de tu hermano, tú seguirías siendo Silvia, mi amiga.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y la abracé. Nadie nunca sabrá lo que significó que ella, precisamente ella, me devolviera mi identidad.

Julia y Candela se unieron a nosotras y tuve que tirar de todo mi autocontrol para no ponerme a llorar. ¿Por qué me costaba tanto mantener mis emociones a raya?

—¿Os recuerdo que soy un llavero? Me estáis ahogando, cabronas. —Sonreí por primera vez en ese mes.

Nos separamos cuando mi teléfono vibró en la encimera de la cocina.

—Dile que estoy bien, pero que deje de llamarme.

Corrí a esconderme en el baño. Me lavé la cara con agua fría. Al volver al comedor, mi teléfono estaba sobre la mesita del café y había dejado de sonar.

No hizo más referencia a la conversación con mi hermano, y agradecí que así fuera.

—¿Quieres contarnos lo que ha pasado?

—No estoy...

—Cuando te sientas preparada, aquí estaremos para escucharte.

Entrelacé los dedos con mi prima. Y sonreí débilmente.

—Toma. —Zoe me pasó un pequeño paquete que cogí con manos temblorosas—. Los compré en China para ti, pero por una cosa o por otra nunca te los he dado.

¿China? Pero eso fue mucho antes de conocernos. Por aquel entonces, aún no habíamos cruzado ni una simple palabra la una con la otra.

—Gracias.

—Llámanos si necesitas algo.

Asentí antes de que se marcharan.

Me metí en la cama, estaba tan cansada que no me costó quedarme dormida.



Salté sobre el colchón con un nudo en el estómago.

«¿Por qué estás enfadada conmigo, si no fui yo quien nos falló?». Me pasé las manos por la cara en un intento de borrar esa pregunta de mi memoria.

Miré el reloj, las cinco de la mañana.

Me vestí a toda prisa y salí a la calle.

Madrid estaba a pleno rendimiento.

Metí las manos en los bolsillos de la sudadera y caminé durante horas.

Me sobresalté cuando me di cuenta del lugar al cual me había llevado mi subconsciente.

Temblé, y el nudo que llevaba años acompañándome se apretó de una manera cruel.

«¿Por qué estás enfadada conmigo?».

Pensé en darme la vuelta, desaparecer y olvidar que había estado allí. Observé el muro blanco y la verja de color negro.

Mis piernas empezaron a moverse aun cuando lo único que me pedía el cuerpo era huir.

Me adentré en el largo camino, temblando más que las hojas de los cipreses que parecían

marcar la ruta a seguir. Me detuve cuando mi teléfono empezó a sonar dentro de los bolsillos de mi pantalón. Mandé mi ubicación, sabía que estaría percibiendo el miedo que me atravesaba el cuerpo. No quería preocuparlo en ese momento.

Ni siquiera sabía hacia dónde tenía que dirigirme. Solo había estado una vez, y supuse que sería como buscar una aguja en un pajar.

Pero, a veces, tu cerebro recuerda cosas que ni tú mismo haces. Por eso me detuve al girar por una de las calles llena de ventanas con vistas a la eternidad.

Me rasqué el pulgar con nerviosismo. Y solo necesité dar un par de pasos más para apoyar la mano en el cristal protector.

Y terminé de caer.

Todos esos años se me echaron encima.

Miré desesperada a mi alrededor, pero allí no había nadie que pudiera ayudarme. Solo estábamos su nombre tallado en esa piedra y yo.

—Siento haber tardado tanto —murmuré mientras el nudo me apretaba más y más—. Lo siento tanto...

El muro de contención que había mantenido mis emociones a buen recaudo se resquebrajó dejando caer la primera lágrima. Me la limpié con rapidez, pero lo único que provoqué fue que esa pared se agrietara hasta derrumbarse por completo.

Lloré sin control por lo que me parecieron horas.

No quería llorar, pero una vez empecé, no pude parar.

El dolor se hizo insoportable.

«¿Por qué estás enfadada conmigo?», recordé la pregunta que me había llevado hasta allí.

—Porque me dejaste —hablé cuando sentí una mano en mi hombro. No necesité girarme para saber de quién se trataba—. Te fuiste sin que pudiera despedirme. Lo quise todo y me dejaste sin nada. —Me giré totalmente deshecha—. ¿Por qué permitiste que lo olvidáramos? No volviste a hablar de él, era como si nunca hubiese existido. Como si... No pude despedirme, no pude decirle lo muchísimo que lo quería.

Me abrazó con fuerza y me dejé llevar por la oscuridad.

Lloré escondida en su pecho. Sus emociones me golpeaban de la misma manera en que las mías lo hacían con él. Me agarré a su cintura con desesperación. No iba a aguantarlo. Después de esa visita, no quedaría nada de mí.

—Fue mi culpa, Joel. Murió por mi culpa y no pude despedirme, no pude decirle que, a pesar de todo, lo quería. No pude decirle nada, y yo...

—Despídete de él ahora, Silvia.

—No —respondí llena de miedo—. No puedo despedirme de él, Joel. No quiero decirle adiós. Eso supondría hacerlo para siempre.

Entonces, recordé las palabras de Tom, en Culloden, cuando me dio a entender que llegaría el día en que nos volveríamos a encontrar y que podría darle las explicaciones que merecía. Y, a lo mejor, se trataba de eso, de no decirle adiós, sino pronunciar un hasta luego.

Cerré los ojos después de mirar a la lápida donde se suponía que descansaba Luis.

—No voy a decirte adiós —susurré—, decirlo sería asumir que ya no formas parte de mi vida. Y no estoy lista para eso, y quizás es egoísta, a juzgar por todo lo que pasó. —Me limpié las lágrimas con la manga y di una bocanada de aire—. Siento haberme rendido. Siento no haber sabido cómo luchar por ti. Creo que me condenaron cuando lo miré por primera vez. Y odio que eso provocara que tú ya no estés.

Hice una pausa cuando el nudo se aflojó lo suficiente como para dejarme respirar, y

continué:

—Fuiste mi primer amor, quien me enseñó a querer, a besar y a sentir. Fuiste mi mejor amigo y te echo de menos, cada día. Siento haber pensado que no recordándote dolería menos no tenerte. Lo siento todo, Luis. Lo siento de verdad. Ojalá hubise sido más valiente.

Di un paso atrás, por primera vez pude llenar mis pulmones de aire. Y el peso que parecía acompañarme desde aquel veinticinco de enero se aligeró lo suficiente como para que pudiera respirar un poco mejor.

Miré a mi hermano que me observaba con los ojos llenos de lágrimas. Eso era lo peor de todo, compartir la unión que teníamos. Lo sentíamos todo por partida doble.

—Tenemos que hablar —dije cuando la determinación se apoderó de mí.

Volteé la cabeza antes de girar la esquina que nos sacaría del cementerio, agarrada de la mano de mi hermano.

—Hasta que nos volvamos a encontrar —susurré.

Me monté en el coche una vez fuera y miré a través de la luna delantera.

Empecé a hablar, expliqué desde el día en que conocí a Liam hasta la noche en la que todo terminó por estallar. No me interrumpió, y yo no dejé nada por contar. Se lo conté todo. Las risas, las confidencias, los viernes por la tarde delante de una cerveza, lo que me hacía sentir y lo culpable que me sentía. Cómo me enamoré de él a fuego lento, a pasitos y de una manera que ni los años consiguieron borrar mis sentimientos.

—¿Qué pasó esa noche? —preguntó con cautela.

—Rompí con Luis.

Había llegado la hora de contar la verdad.

43 Silvia



Nunca imaginé lo que llegaría a doler tener que decirle adiós. Sabía que un trocito de mi alma y de mi corazón se habían quedado entre esas cuatro paredes y que esos ojos verdes que me robaban el aliento me acompañarían durante mucho tiempo.

Lo olvidaría, sabía que acabaría por olvidarme de mi Chico del hámster, pero, hasta que ese momento llegara...

—Vamos a celebrar que has dejado ese trabajo por fin —dijo mi hermano desde el asiento del copiloto.

Sonreí sin ganas y asentí.

Cenamos en una hamburguesería y, mientras ellos se reían a carcajadas preparando las vacaciones de Semana Santa, yo no dejaba de preguntarme qué estaría haciendo.

Al acabar la cena, me arrastraron hacia una discoteca, no es que me apeteciera, pero sí era lo que se esperaba de mí.

Luis repartía besos por mi cuello cuando al levantar la vista, lo vi.

Nuestros ojos conectaron, a pesar de los metros que nos separaban. Lo vi negar con la cabeza antes de romper el contacto visual y centrarse en la persona con la que estaba.

¿Esa era la chica con la que salía?

Me separé de Luis cuando la rabia se apoderó de mí.

—Voy al baño, ahora vengo.

Me escabullí entre las personas que bailaban a nuestro alrededor y golpeé el hombro de Liam con rabia. Seguramente, acabarían la noche juntos, pero, por lo menos, sirvió para volcar mi frustración en ese gesto.

Me interné en el pasillo que llevaba a los servicios cuando alguien me sujetó por la muñeca.

—Esto se acaba aquí y ahora. —La rabia se acumuló en esos dos pozos verdes, oscureciéndolos por completo.

—Suéltame —escupí con rabia.

Nos alejó hasta el punto más oscuro del pasillo. No opuse resistencia, porque, mientras estuviera conmigo, no estaría con esa chica.

—¿Te has propuesto joderme la vida? Has tomado tu decisión. Sé consecuente y acarrea con ella.

Sí, había tomado mi decisión, pero eso no quería decir que no me doliera verlo con otra. Y lo hacía. Mucho.

Lo agarré por la camiseta y lo acerqué a mí. Lo necesitaba más cerca. Sentí su respiración en mis labios al dejarse caer apoyando los brazos a cada lado de mi rostro.

—Silvia... No podemos seguir así.

Lo miré a los ojos, y fue cuando me di cuenta de que lo que fuera que me pasara a mí le sucedía también a él.

—Sé que es tu chica, sé que... No quiero que estés con ella. No quiero que...

—Estoy enamorado de ti.

Mi corazón se descontroló al escucharlo pronunciar esas palabras. Una cosa era ser consciente de mis sentimientos y creer que él no sentía lo mismo por mí. Pero, si estaba enamorado de mí... Eso lo cambiaba todo.

Me miró por un puñado de segundos. Me mordí el labio pensando en que, por no querer hacer daño a Luis, me lo estaba haciendo a mí misma.

Y no podía más.

El beso que depositó en mi frente antes de separarse de mí para marcharse fue lo único que consiguió que mi cuerpo reaccionara.

—No me dejes —supliqué con los ojos llenos de lágrimas.

No quería tener que decirle adiós de nuevo. Aparté a la voz de la razón de mi cabeza y me dejé llevar por la del corazón. Y ese lo quería a él. A mi Chico del hámster.

—¿Qué significa eso? —preguntó, indeciso.

—Qué ya no puedo más —susurré echándome a llorar.

No debería ser así. Quererlo no debería hacerme sentir que estaba haciendo algo mal. El amor era bonito, el amor no tenía que hacerme llorar.

—Te prometo que he intentado olvidar lo que siento, que he hecho todo lo que está en mi mano para ignorar lo enamorada que estoy de ti. Pero...

Rompió la distancia que nos separaba y me abrazó. Brillé como las luces de neón de esa discoteca cuando me agarró de las mejillas.

La manera en la que mi corazón latía me dio la pista de que no estaba cometiendo un error, que apostar por él nunca lo sería.

Aún no éramos nada, pero yo sentía que lo íbamos a ser todo.

—Voy a besarte —dijo.

—No lo hagas. —Nadie sabrá nunca lo que me costó pronunciar esas palabras—. No quiero que nuestro primer beso conlleve engañarlo de esa manera. Bastante le he mentado durante este tiempo. No se lo merece, Liam. Nada de lo que le he hecho. Ni tú tampoco. Por lo menos, esto voy a intentar hacerlo bien.

Di un paso atrás pasándose la mano por el pelo.

—Te llamo mañana, te lo prometo —comenté, apartándole el mechón de pelo que descansaba en su frente.

Me di la vuelta para salir de ese pasillo que volvería a alejarme de él, por lo menos durante unas horas.

—Silvia —me llamó antes de que desapareciera de su vista—. Nos vemos mañana.

—Nos vemos mañana.

Sonreí alejándome. Aunque la sonrisa murió en mis labios cuando vi a Luis.



—No cumplí mi promesa, nunca pude llamarlo.

Me volví a limpiar las lágrimas.

¿Por qué no podía parar de llorar?

Aun así, continué:



—¿Podemos irnos? —pregunté, nerviosa—. No me encuentro muy bien.

Desvié la vista cuando vi a Liam dirigirse a la salida.

Volví la mirada al frente y me encontré con el rostro preocupado del que todavía era mi pareja y de mi hermano. Los dos se posicionaron a cada lado de mi cuerpo y me sacaron de allí.

Y ahí, justo en ese momento, me di cuenta de todo lo que fallaba en mi relación con Luis. Dejando de lado mis sentimientos por Liam, el problema era que nunca fuimos dos, siempre fuimos cuatro, si incluíamos a Lucas. Y una relación de pareja no debería ser así. ¿Cómo nos habíamos conformado con eso? No lo sabía, pero no me imaginaba manteniendo una relación con Liam de la misma forma que con Luis.

Con Liam quería estar a solas, comérmelo a besos, descubrir su cuerpo y sus sonrisas. A lo mejor solo era la novedad, a lo mejor...

Salí del trance en el que estaba sumida cuando el motor del coche se detuvo.

¿Ya habíamos llegado?

Mi hermano salió del vehículo y me esperó para que lo siguiera. Me bajé de la parte trasera, me temblaba el cuerpo entero.

—Necesito hablar con Luis —dije sin mirarlo.

Ahí otro problema, no sentía que solo iba a romper la relación con mi novio, parecía que lo estaba haciendo también con mi hermano.

Me miró frunciendo el ceño y, asintiendo, se alejó con las manos dentro de los bolsillos.

Sin dejar de temblar, me senté en el asiento del copiloto y miré al frente.

¿Cómo se dejaba a alguien que significaba tanto?

—¿Vas a dejarme?

—Luis...

—¿Vas a hacerlo?

Miré esos ojos color caramelo que tanto adoraba y quería, y, aunque sabía que no podíamos seguir así, no por eso, era fácil.

Cerrar esa etapa con él iba a doler. Había sido mi primer beso, mi primera vez, mi mejor amigo. El mejor compañero de aventuras, pero... no estaba enamorada de él.

—Sí. —murmuré con el corazón roto en mil pedazos.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Cómo se llama? —Su voz... Su voz era dura, no escondía nada del cariño con el que solía dirigirse a mí.

—Luis... No...

Me miró con la mandíbula tensa, el dolor se escapaba por cada poro de su piel, y me sentí morir.

¿A eso nos habíamos reducido? ¿Diez años para terminar así?

—Sal del coche, Silvia.

—No, escucha...

—¡Sal del puto coche! —gritó, sobresaltándose.

Abrí la puerta con manos temblorosas. No podía creer que fuéramos a terminar así de mal. No quería perderlo, algo egoísta por mi parte, pero es que no concebía una vida en la que él no formara parte.

*—Espero que nunca tengas que arrepentirte de esto —sentenció.
Me quedé estática cuando dando un acelerón se perdió en la oscuridad de la noche.*



—Lo último que vi de él fueron las luces de posición del coche al perderse en la noche. No volví a verlo, no me dio la oportunidad de darle una explicación. No pude hacer nada. —Necesitaba dejar de llorar—. Luego tú me despertaste y él ya estaba muerto. Si lo hubiese retenido, o me hubiese esperado un día, o si...

Me atreví a mirar a mi hermano a los ojos después de todo ese discurso. Esperaba su rechazo o el enfado por lo que ocasioné. Llevaba tanto tiempo convencida de que fue culpa mía que, cuando no lo encontré en sus facciones, me volví a derrumbar.

—No fue tu culpa. —Levanté la mirada de golpe—. Silvia, no lo fue. Luis no murió porque tu rompieses con él esa noche, lo hizo porque un hijo de puta se saltó una señal de stop estando borracho. —Cogió aire por la boca como si le doliera igual que a mí estar hablando de eso—. No lo olvidé. Lo he recordado por los dos. He estado viniendo desde que regresámos a Madrid, yo he seguido viniendo.

—Lo echo de menos, sé que no tiene sentido después de lo que hice, pero lo echo de menos —confesé.

—Yo también.

Lo miré a los ojos sabiendo qué era lo que quería saber y no se atrevía a preguntar, por lo que, antes de poder arrepentirme, me obligué a pronunciar:

—No lo hice, Joel. No intenté suicidarme.

44 Joel

Salí de casa a la carrera.

La verdad es que llevaba un mes sin poder pegar ojo. Por lo menos, me consolaba pensar que Zoe había conseguido verla y que estaba bien.

Me subí en el coche mirando el reloj, sería un milagro si llegaba a tiempo a la redacción. No terminé de arrancar el motor cuando una sensación de pánico me recorrió el cuerpo. La llamé, joder, estaba asustada.

No respondió, pero si me envió un mensaje de texto con una ubicación.

Casi sufrí un puto infarto al descubrir el lugar donde se encontraba.

De camino, llamé para justificar mi ausencia en el trabajo. Conduje todo lo rápido que los límites de velocidad me permitieron.

Un nudo me apretó el estómago hasta casi impedir que pudiera respirar con normalidad.

¡Joder!

Aparqué el coche y, sin perder tiempo, me adentré en ese camino que, menos de una semana atrás, ya había recorrido.

Tenía que reconocer que la primera vez que pude hacerlo me provocó el mismo dolor que sentía mi melliza en ese momento.

La encontré rota, deshecha en lágrimas. No la había visto llorar en años. Quise cogerla, echármela al hombro y ahorrarle ese dolor, aunque algo me decía que era por lo que tenía que pasar.

Caerse para volver a levantarse.

Apoyé una mano en su hombro, diciéndole sin palabras que estaba allí, apoyándola. Que daba igual lo que ocurriera en un futuro o hubiese ocurrido con anterioridad. Yo siempre estaría de su parte, aunque nuestra confianza estuviera tan hecha añicos que no sabía si conseguiríamos volver a tener la misma relación que tuvimos años atrás.

Aguanté viendo como se echaba la culpa de todo lo ocurrido, asumiendo la responsabilidad, sin poder hacer nada para calmar su dolor. Pidió perdón de todas las maneras en las que un ser humano podía pedirlo desde lo más hondo de su alma.

Y, entonces, entendí que lo que habíamos vivido durante esos años fue por la culpa que la acompañaba. Como si hubiese sido ella la que conducía el coche que se empotró contra el de Luis.

Nos saqué del cementerio agarrándola de la mano. Venir solo era una cosa, pero con ella era otra muy distinta. Nuestras emociones saltaban de uno al otro sin darnos tregua. Y era complicado de gestionar.

—¿Qué pasó esa noche?

—Rompí con Luis —confesó con la mirada clavada en la luna delantera.

¡Joder!

Y narró con todo lujo de detalles lo que realmente ocurrió esa noche. Su último encuentro con Lolo y la última conversación con Luis. La dejé hablar sin detenerla.

Arranqué el motor con su confesión retumbando en mi cerebro.

«No lo hice, Joel. No intenté suicidarme».

Era lo último que me esperaba oír. Tenía que reconocer que todo ese rato escuchándola hablar, lo único que se me pasó por la cabeza fue que, más que por amor, lo había hecho llevada

por la culpabilidad. Pero esa confesión...

Conduje hacia el mirador de Felipe VI. Aparqué y, parando el motor, apoyé la frente en el volante, sobrepasado.

La seguí en silencio hasta llegar a la edificación de madera con forma circular.

—¿Por qué no confiaste en mí para contarme lo que te estaba ocurriendo? —pregunté al llegar al punto más alto.

—No lo sé. Me costó mucho confesármelo a mí misma. No es fácil darte cuenta de que, después de diez años de relación, tu pareja no te hace sentir ni una mínima parte que alguien a quien acabas de conocer. Me dio miedo. Era tu mejor amigo, siempre habíamos sido los tres. No incluyo a Lucas, porque, por aquel entonces, no estaba con nosotros. Fue la primera vez que dudé de si me apoyarías. Nunca había sentido lo que Liam me hacía sentir. Asusta, ¿sabes? Querer tanto a alguien asusta.

—Te hubiese apoyado.

—Lo sé, ahora lo sé.

—¿Lo sabe Lolo? —pregunté, sabiendo que si él fuera conocedor de eso...

—No lo sé, dímelo tú. De todas maneras, ya da igual. —Negó con la cabeza y se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—Deberíais hablar...

—Si vas a decirme que lo llame, ahórratelo. No voy a hacerlo. Ni siquiera debería estar hablando contigo, así que...

—¿A eso quieres jugar? ¿A reprocharnos las cosas? No quieres hablar de él, lo respeto, pero no me jodas, Silvia, que no he sido yo quien se ha pasado los últimos años mintiendo.

Me dio la espalda y se agarró a la barandilla de madera.

—La noche en la que me encontraste, ¿comprobasteis cuantas pastillas faltaban en el blíster? —Negué con la cabeza—. Faltaba la que me diste en el cementerio y una que me tomé para poder dormir. Al parecer lo conseguí hasta que me desperté con una pesadilla. Recuerdo... recuerdo un dolor de cabeza espantoso, nunca me había dolido tanto, te prometo que llegué a pensar que me iba a estallar, por lo que salí al pasillo. Estabas con mamá, escuché vuestras voces. El dolor era tan intenso que lo único en lo que podía pensar era en tomarme algo que lo apaciguara. Y eso es lo que hice, cogí dos de las pastillas del baño de mamá, esas que utiliza para los dolores musculares.

Mi corazón se disparó como un loco sin motivo.

—¿Y después?

—No lo sé. Lo único que recuerdo es a ti llamarme de forma difusa. Te oí gritar mi nombre, ¿sabes? Lo estaba escuchando todo, muy lejano, pero te escuchaba. Y, aunque quería contestar no pude hacerlo. Era como estar dentro de una película. Sé que no vas a crearme y que suena surrealista, sé que no tiene sentido. Pero es que solo te recuerdo a ti llamarme a gritos, los lloros de mamá y papá, querer contestaros y ser incapaz de hacerlo. No podía abrir los ojos. Me sentía entumecida. Y pensé... pensé que estaba teniendo una pesadilla. Lo recuerdo de forma nublada, a veces pienso que yo misma me lo llegué a inventar, buscando una explicación a lo que ocurrió.

—Silvia... —di un paso en su dirección.

—Mi psicóloga cree que fue una intolerancia a la pastilla que me tomé para el dolor de cabeza. No suele ocurrir, pero puede pasar. Un efecto adverso de ese calmante y que, además, mezclado con el tranquilizante para la ansiedad, provocó que me sumiera en ese estado de catatonia. Si es que se le puede llamar así.

No sabía si sentirme aliviado o rabioso ante la explicación que me estaba dando.

—Cuando desperté me vi rodeada de médicos y...

—¡Joder! ¿Intentaste hablar con papá y mamá? —No necesité una respuesta, sus ojos dijeron lo que ella no llegó a pronunciar.

Me paseé como un perro rabioso por esa superficie de madera. Le destrozaron la vida y, de paso, me la destrozaron a mí en el camino. Ella intentó explicarlo y no la creyeron.

—No lo hagas —pidió cuando me vio sacar el teléfono—. No voy a enfrentarme a ellos. No quiero verlos. No sé si algún día llegaré a perdonar el que no me creyeran. Yo también tuve la culpa Joel, fue culpa mía. Todo es culpa mía. —Negó con la cabeza con los ojos llenos de lágrimas—. Me desesperé tanto porque no me creyeran que les dije que, cuando saliera del hospital, no volverían a verme más. Creo que no entendieron lo que quise decirles. Tampoco ayudaron los ataques de nervios. No sé si siguieron los protocolos, ni si me hicieron un lavado de estómago, aunque lo más probable es que de todas maneras no hubiese servido de nada, pues los dos ansiolíticos que tomé ese día eran de los que se deshacían debajo de la lengua...

No quería ni llegar a imaginar lo desesperada que tuvo que sentirse. Lo sola y asustada...

—Te lo he contado porque... Ni siquiera sé por qué. Han pasado muchos años y... Mira, se supone que cometieron una negligencia médica o algo así. Me da igual, porque eso no va a cambiar que nuestros padres firmaron los permisos para que me ingresaran, aunque les repetí una y otra vez que no había intentado suicidarme, y les rogué que no lo hicieran. Eso no cambia que ningún psicólogo quisiera escucharme. ¿Sabes cuántas veces oí eso de «es por tu bien»? Tantas que hasta yo llegué a convencerme de ello. Y lo qué más rabia me da es que yo no necesitaba la ayuda que ellos querían ofrecerme, yo no fui tan valiente como para acabar con todo. Hay muchísimas personas que sí necesitan ayuda y no la tienen. Hay personas que esperan durante meses, e incluso años, para que alguien los escuche. Yo podría haberme recuperado, con algo de terapia eso sí, pero no de la forma en la que vosotros...

—¿Por qué no me lo dijiste cuando saliste de la clínica? Podría haberte ayudado. —Desvió la mirada. ¿Sabéis lo peor de conocer tanto a alguien? Que sabes las respuestas a las que realmente no quieren contestar—. No confiabas en mí. Para ti soy tan culpable como ellos.

Y estalló como una bomba cuando el contador llegó a cero. Y quizás era lo mejor. Que, por fin, ese momento hubiese llegado y que los dos pudiéramos pasar página.

—¡Me abandonaste! Rogué que vinieras a verme, que tú podrías explicar lo que había sucedido. No viniste Joel, ni una vez. Vinieron papá y mamá, pero tú nunca lo hiciste. Me dejaste sola cuando más te necesitaba. Cuando más necesitaba a mi mellizo no solo no estuvo a mi lado, sino que tardó seis meses en venir.

—¡Me condenaste incluso antes de saber si era culpable! —La rabia se había apoderado de mí y supe que de esa no nos reponíamos—. ¡No me dejaron! —grité, cabreado con ella, conmigo y con todo el mundo en general—. No te imaginas lo que llegué a pelear para que me dejaran verte.

Demasiados años de mentiras, de darlo todo por alguien que, al fin y al cabo, no me quería a su lado.

Me sentí traicionado, aunque, en el fondo de mi alma, supiera que, de estar en su lugar, yo jamás hubiese dejado que se volviera a acercar a mí. Pero, aun así, dolía ver en lo que nos habíamos convertido. Y todo por algo que, para bien o para mal, nunca estuvo en nuestra mano.

—Tienes razón en una cosa: no confiaba en ti, me sentía demasiado traicionada por los que supuestamente debían protegerme. No voy a decirte que no fue tu culpa, ya que creo que una parte de mí siempre va a culparte, y lo siento, siento no poder quitarme de encima la sensación

de que me fallaste cuando más necesitaba que estuvieras conmigo. Pero la que se rindió fui yo. Les dejé ganar. Me dejé ganar. Y de eso, solo yo tengo la culpa.

Quise echarme a llorar como un niño pequeño. A mi edad, lo único que me apetecía era meterme en la cama, cerrar los ojos y pensar que los últimos años habían sido una puta pesadilla.

—Osea, que no intentaste suicidarte. Todo fue un error... Y nadie te creyó —dije intentando asimilar todo lo que me había explicado—. ¿Alguna vez...?

—Sí, Joel pensé en acabar con todo. En más de una ocasión. Pero eso fue mucho después.

Tuve que sentarme en el suelo, totalmente desbordado. No quise preguntar ni cuándo ni cómo. Esa vez era yo quien no estaba preparado para escuchar.

—Voy a irme —dijo.

Lo peor era saber que iba a tener que acostumbrarme a vivir sin ella, a caminar sabiendo que siempre me iba a preocupar, pero que era el momento de soltar.

—¿Te vas por él?

—Sí y no. Sí, porque Liam es demasiado bueno para mí, él se merece a alguien que lo quiera sin reservas y sin sentimientos de culpabilidad.

—Tú lo quieres...

—Más que a nada en el mundo, Joel. Yo por él lo siento todo. Lo bueno y lo malo, pero no es suficiente. No para él. Además de que él no siente lo mismo por mí. —Tomó aire por la boca para continuar—: Y también me voy por mí. Me voy porque Madrid me ahoga. Necesito recuperarme y hacerlo sola. Aprender a conocerme, a aceptarme y quizás, con el tiempo, consiga perdonarme.

—¿Dónde vas a ir? —pregunté, pasándome la mano por el pelo.

—Al único lugar que me ha hecho feliz en los últimos años.

Se agachó y me cogió las mejillas con las manos, fue cuando me di cuenta de la forma en la que estaba temblando.

—Solo quiero que sepas una cosa, fuiste mi tabla salvavidas. Si estamos teniendo esta conversación fue por ti, así que gracias por no rendirte conmigo.

La abracé y escondí la cabeza en su cuello. Joder era mi hermana, mi otra mitad y aunque nadie entendiera nuestra relación, daba igual, era mi melliza.

Nos quedaba la parte más difícil: sanar y hacerlo por separado.

—¿Estás bien? —pregunté.

—No, pero lo estaré. ¿Y tú?

—No, pero lo estaré.

Negó con la cabeza y soltó un resoplido cuando imité sus palabras.

Intenté retenerla sabiendo que ese abrazo no se repetiría en mucho tiempo.

45 Liam

—¿En serio vas a marcharte?

Sonreí a Lucas que me miraba con algo parecido a la desesperación, ya que el que yo me marchara suponía que su nuevo compañero de trabajo fuera Manu. Una semana le daba antes de que me llamara desesperado.

—No te quejes, princesita.

—¿Sabes algo de ella?

Cerré la maleta y la solté sin ganas en el suelo. Mi piso estaba completamente vacío, todas mis pertenencias habían llegado ya a Escocia.

—No.

Siempre me pregunté cuál fue el motivo que me tenía tan atado a Madrid. Ya tenía la respuesta: ella y la esperanza de volver a verla y saber que era feliz. Y, aunque contaba con más problemas de los que podía llegar a imaginar, podía quitarme esa espina. Además, estaba molesto. Con la única persona con la que no había hablado de lo ocurrido fue conmigo, así que eso dejaba muy claras sus prioridades. Y yo no era una de ellas.

Sabía que ella y Joel habían tenido una conversación. De la misma forma en que la había mantenido con Lucas. Eso hizo darme cuenta de que yo no era igual de importante de lo que ella lo era para mí, pues ni siquiera me había permitido darle una explicación.

«Sigo enamorada de ti».

¡Y una mierda! Si fuera el caso, hubiese abierto la puerta en alguna de las ocasiones en las que intenté verla y darme la oportunidad de explicarle los motivos por los que...

Daba igual.

Era hora de volver a casa y olvidarme de que alguna vez me enamoré de la Chica con novio.

—A lo mejor...

—No lo entiendes, ¿verdad? Se acabó. Ni ella quiere saber nada de mí, ni yo de ella.

Eso no era del todo cierto, por lo menos por mi parte. Estaba jodidamente enamorado de ella. Pero también dolido.

—¿La quieres?

Puse los ojos en blanco. Me había hecho la misma pregunta todos y cada uno de los días del último mes. Y empezaba a ser agotador a la par que frustrante. No me molesté en responderle.

—Oye, tengo que salir a hacer unas compras antes de irme al aeropuerto.

Levantó las manos con frustración, un gesto al que me había acostumbrado en las últimas semanas.

No es que no quisiera hablar de ella, pero es que parecía que todo dependiera de mí.

«¿La quieres?».

«¿Has hablado con ella?».

«¿Sabes algo de Silvia?».

No, la respuesta era «no» a todas esas preguntas, más que nada, porque ella se había encargado de cerrar todas las puertas a un posible acercamiento por mi parte.

—Voy a echarte de menos —terminó por decir ante mi silencio cuando estuvimos ya en la calle.

Joder, y yo. Habían sido demasiados años trabajando juntos. Muchas horas dentro de la ambulancia y frustraciones compartidas.

Le di un abrazo. No me gustaban las despedidas y, mucho menos, si eran con personas a las que realmente apreciaba, como era el caso.

—Lláname si necesitas cualquier cosa.

—Lo haré —aseguré—. Y tú hazlo cuando tengas ganas de matar a Manu, no quiero tener que visitarte en la cárcel.

Soltó una carcajada y tomamos direcciones opuestas.

No dejaba de sorprenderme que esa etapa de mi vida hubiese llegado a su fin. Una parte de mí siempre extrañaría Madrid y lo que dejaba detrás. Aunque, por otro lado, necesitaba volver a encontrarme a mí mismo y ver si era capaz de crear una versión después de Silvia.

Sabía que quedándome en España no iba a lograrlo, pues nunca desaparecerían las ganas de ir a buscarla.

Sacudí la cabeza y casi di con los dientes en el suelo al tropezar con un carrito de bebé.

—Lo siento, lo siento, iba distraída y no te he visto.

—No te preocupes —respondí.

—¿Lolo?

¡Venga, ya! De todas las personas con las que me podía encontrar, tenía que ser ella.

—Hola, Zoe.

Me miró ladeando la cabeza y desvié la mirada, incómodo. De Lucas acababa de despedirme y de Joel lo había hecho por teléfono, pero con ella me dio otro tipo de sensación.

—¿Cómo estás?

¿No os ha pasado nunca que solo necesitáis que alguien, quién sea, haga la pregunta correcta? Eso ocurrió con ella. Era la primera que la realizaba, y no fue la cuestión en sí, más bien la empatía con la que se dirigió a mí.

—Jodido —respondí con sinceridad.

—¿Nos tomamos un café?

La seguí unos cuantos metros hasta que encontramos una cafetería con terraza.

—¿Quieres hablar sobre ello? —preguntó sacando a Hugo del carro.

—No creo que pueda contarte algo que ya no sepas —contesté.

—Me gustaría conocer tu parte de la historia, si es que quieres explicármela.

—¿Por qué?

—Hubo un tiempo en el que también necesité que escucharan la mía. —Se encogió de hombros—. Yo también me convertí en la villana de la historia. —La miré alzando las cejas—. Dejé al amor de mi vida plantado en un karaoke, mientras se me declaraba. Y no contenta con eso, cogí un avión y me largué de allí.

—Entonces, la historia se repite, ella se largó sin darme la oportunidad de...

No sé qué me llevó a sincerarme con ella, quizás es que realmente necesitaba que alguien escuchara lo que yo tenía que decir. Se lo expliqué todo, desde que la conocí hasta que se marchó de Escocia. No escatimé en detalles.

—Y esa es mi parte de la historia —concluí dando el último sorbo a mi café.

—La quieres —afirmó.

—¿Sabes lo jodido que es perder al amor de tu vida? Pues yo lo he perdido dos veces.

—Vuestra historia es...

—Una putada —contesté.

—Iba a decir triste, aunque putada la define bastante mejor.

—De todas maneras, ya da igual. Hoy vuelvo a Escocia. Así que...

Me miró de una manera que no conseguí llegar a interpretar. Lo dejé pasar, más que nada, porque el tiempo se me estaba echando encima.

—Tengo que marcharme. Ya debería estar de camino al aeropuerto.

—Toma. Si alguna vez necesitas ayuda, no dudes en llamarme.

Miré el papel en el que acababa de garabatear su número de teléfono. Lo guardé en el bolsillo del pantalón, sabiendo que era bastante improbable que ella pudiera llegar a ayudarme si se diera el caso.

—Gracias, Zoe.

—No me las des. Cuídate, Lolo.



—Bienvenido a casa, cariño —dijo mi madre cuando me bajé del coche.

Mi padre salió limpiándose las manos con un trapo y una sonrisa inmensa. Supongo que no debía de haber nada como el que los vástagos volvieran al nido, aunque el vástago en cuestión tuviese unos cuantos años.

—¿Dónde está Skye? —pregunté al no escucharla ladrar.

Esa perra era todo un terremoto y me extrañó no verla corretear a nuestros pies.

Mis padres se miraron con incomodidad.

—¿Cuándo?

—Lo raro es que no os hayáis cruzado.

Me cabreé, no tenía derecho a llevarse a la perra.

Joder, era algo de los dos. Dijimos que nos haríamos cargo juntos. Lo único que pensaba que me quedaría de ella, se lo había llevado también. Y eso es lo que ocurría si no estabas entre las elecciones de una persona.

—Voy a dejar la maleta. Nos vemos en un rato.

Toda la prisa que me di en desaparecer de la vista de mis padres no sirvió de nada cuando entré en mi casa. Iba a ser mucho más complicado de lo que había supuesto en un inicio. Su olor estaba impregnado en cada rincón de ese lugar.

Subí las escaleras, mis cajas estaban en la que era mi habitación, la misma que ella había ocupado. Ni me molesté en entrar, solté todas mis pertenencias en la de invitados.

Bajé las escaleras, sin muchas ganas de hacer nada, aunque tampoco es que tuviera algo con lo que mantenerme ocupado.

Abrí el ventanal y lo primero que vi fue el sofá cama.

Me di la vuelta, cogí la guitarra y las llaves de casa.

Me monté en el coche y conduje las dos horas de trayecto. No me di cuenta del error que cometí hasta que llegué a ese lugar.

Miré la inmensidad que se desplegaba ante mí. Esa que tenía el mismo color de sus ojos.

«Sigo enamorada de ti».

Olvidarla iba a ser mucho más complicado que la primera vez.

Pasé horas sentado en el mismo sitio en el que, aunque ella nunca lo supiera, le abrí mi corazón de par en par.

Sabía que yo no había actuado bien, pero no podía arrepentirme, no cuando la había visto

reír, saltar de un acantilado y... vivir, sobre todo, vivir.

¿Si volviese atrás actuaría igual? Posiblemente.

Si solo hubiese abierto la puerta una vez... Si me hubiese dejado explicarme. Decirle lo que le dije en otro idioma, quizás...

No hubiese cambiado nada.

Al amanecer, miré las fotos que nos hicimos durante esas semanas en las que lo fuimos todo, y toqué por última vez la canción que nunca podría decirle que siempre sería suya.

Me despedí de ese lugar, y de esa parte de mí que siempre le pertenecería a ella.

46 Silvia

Actualidad

—Lo he terminado —digo a la persona que me saluda a través de la pantalla.

—¿Cómo te sientes?

Desvío la mirada y agarro mi taza de té. Hace un frío que pela y aunque tengo la calefacción puesta ni con esas consigo entrar en calor.

—Mal —confieso.

—¿Por qué?

A veces, la empatía con la que se dirige a mí me crispa los nervios. Hoy no es uno de esos días, estoy tan revuelta que...

—Me ha resultado difícil.

—Cualquier viaje al pasado, sea de la forma que sea, no es fácil, Silvia. ¿Crees que plasmar lo que ocurrió te ha ayudado?

—No lo sé —respondo con sinceridad—. Ahora mismo no lo sé. Siento que me he despedido de los dos y duele. Hice tantas cosas mal... —Niego con la cabeza.

—¿Cómo va la relación con tu hermano?

—No va.

—¿Cómo te sientes al respecto?

Vuelvo a mirar a Bea. No quiero contestar a esa pregunta, aunque sé qué tengo que hacerlo.

—Mal.

—Os queda un largo camino por delante, pero, Silvia, no porque quieras correr, vas a llegar antes a la meta.

—Lo sé.

Vuelve a sonreír y yo me dejo caer en la silla, agotada.

No solo ha sido el «viaje al pasado», como ella lo llama. Más bien un cúmulo de cosas: el cambio de vida, acostumbrarme a estar sola y en un país que es de él. Cada rincón que descubro, cada esquina que giro... Todo me recuerda a Liam, que me persigue como un fantasma allí donde voy. No consigo desprenderme de su presencia, y me duele.

Han pasado cerca de nueve años desde aquella noche y es ahora cuando estoy intentando aprender a vivir en el después de ellos dos.

¿Por qué no me llamó? Vale que, desde que regresé a Madrid hasta que me mudé a Inverness, me centré en estar ocupada, y el poco tiempo libre del que disponía lo dediqué a machacarme corriendo, pero es que no me llegó ninguna noticia de su parte. Nada. Solo silencio.

—¿Estás bien? —La voz de Bea me devuelve al presente. He vuelto a evadirme. Asiento con la cabeza—. Se nos ha acabado el tiempo. ¿La semana que viene a la misma hora? —Vuelvo a asentir—. Si necesitas hablar, mándame un mensaje y busquemos un hueco, ¿de acuerdo?

—Feliz Navidad, Bea.

—Feliz Navidad, Silvia. Avísame con cualquier cosa.

Cierro la pantalla del ordenador y miro a mi alrededor.

Me gusta mi pequeño piso con vistas al río Inverness, pero no consigo quitarme de encima la sensación de que me falta algo. Puede que sea toda la montaña rusa que han supuesto

los tres últimos meses.

Tener que reinventarme no está siendo fácil, de la misma forma que no lo ha sido plasmar en un papel lo que ocurrió, volver a pasearme por la parte más oscura de mi vida.

No sé quién soy, ni quién quiero ser. Hay partes que estoy descubriendo de mí que no me gustan. Aprender a gestionar que está bien no ser capaz de perdonar, cuando siempre lo he hecho, es complicado. En realidad, no consigo entender el motivo por el que no soy capaz de confiar en mi hermano. Según Bea, está bien sentirme así. Me está costando comprender que una vez pierdes la confianza en alguien es casi imposible recuperarla. Hay personas que lo logran en días, otras no lo consiguen jamás. Todavía no sé en qué grupo estoy yo.

Además, Joel y yo hemos entrado en un bucle infinito de reproches del que no sabemos salir y, cuando lo intentamos, acabamos discutiendo. Es agotador. Ni siquiera de adolescentes lo hacíamos con tanta frecuencia. Por eso, hemos decidido comunicarnos por mensajes. Lo peor es que lo echo terriblemente de menos, aunque sepa que este distanciamiento es necesario. Necesitamos sanar y, sobre todo, por separado.

No sé si llegaremos a ser los que éramos. Posiblemente, no.

Tengo tantos frentes abiertos que, cuando intento cerrar uno, se abren siete más. No tengo ni idea de hacia dónde enfocar la atención.

Sacudo la cabeza. Me levanto y agarro la correa de Skye. No sé como lo hace o si mi manera de moverme es distinta a, por ejemplo, si lo hago para ir a la cocina, pero sabe cuando nos toca salir a pasear. Aunque no es lo más sorprendente de todo, qué va. Es la capacidad que tiene para percibir mi estado de ánimo. Y la adoro por ello.

—Vamos a tener que trabajar en tu tendencia a llevarme a tirones a todos sitios.

Es como un husky siberiano, la diferencia es que yo no soy un trineo del que tirar. Y esta perra tiene mucha energía y mucha fuerza.

Llegamos a casa una hora después y lo primero que hago es ordenar todo el desastre que tengo en la mesa, entre los cursos que estoy haciendo y el trabajo, me queda poco tiempo para organizarme. De ahí que haya bautizado este rincón como el de los horrores.

Tendría que ponerme con la cena de Nochebuena, sin embargo, vuelvo a sentarme delante del ordenador y abro el archivo en el que he estado tan inmersa.

Cuando lo empecé, me quedé durante horas mirando el documento en blanco. Me aterraba ponerme a escribir todo lo que ocurrió. No lo hice con la idea de que lo leyera nadie, ni siquiera sé si seré capaz de hacerlo yo algún día.

No sé hasta que punto eso va a ayudarme de verdad, pero confío en mi psicóloga y, si ella cree que puede ser un punto de inicio en mi recuperación, que así sea. Aunque ahora mismo tenga todas mis emociones bailando una conga. Y cada una en una dirección distinta.

Muevo el cursor de arriba abajo.

Mis demonios están ahí plasmados, y los días más felices de mi vida, también.

Suspiro y, sin saber muy bien por qué, le doy a imprimir. El sonido de la impresora consigue relajarme lo suficiente como para que me levante y me ponga con la cena.

No preparo nada del otro mundo, estoy sola y no tengo que sorprender a nadie.

Me siento en el sofá con la sopa que me he calentado y lo acompaño con un vaso de vino.

—Feliz Navidad, Silvia —me deseo a mí misma.

Cuando termino de cenar, agarro mi móvil y mando un par de mensajes al grupo que tengo con las chicas, otro a Lucas y dejo a mi hermano para el último. No sé qué decirle, es la primera vez que pasamos unas fiestas, separados. De alguna manera, eso demuestra lo destrozada que está nuestra relación.

Joel: Lo conseguiremos.

Sonríó ante su mensaje, y sacudo la cabeza. Es lo malo de sentirnos de la manera en que lo hacemos, es como tener una señal bluetooth las veinticuatro horas del día.

Joel: Feliz Navidad, hermanita.

Yo: Feliz Navidad.

Suelto el teléfono y mi vista se dirige a la impresora. Niego con la cabeza cuando una idea me cruza la mente.

No.

Ni hablar.

Y, aun no queriendo, cojo los folios, los meto en una carpeta, me pongo el abrigo, un gorro, unos guantes y salgo a la calle a la carrera.

—Esta es la peor idea que has tenido nunca, Silvia.

Conduzco con cuidado. Las carreteras están heladas y no es que haya mucha visibilidad. Llego a mi destino veinte minutos después y me estremezco. Soy incapaz de soltar el volante. Mi vista está fija en esa pequeña casa de madera y en el lago que se ve detrás.

Dejo caer la cabeza. Sé que está aquí, solo que estará celebrando esta noche en familia.

Subo los tres escalones y me agacho sobre el felpudo para dejar la carpeta que llevo en la mano.

Lo único que me quedaba por hacer para cerrar el círculo lo estoy haciendo ahora. Despedirme de él. No quiero hacerlo, no quiero decirle adiós. Quizás podría haberlo llamado yo, decirle... ¿Qué?

Me sobresalto cuando la ventana que está a mi derecha se ilumina y me incorporo como un resorte, con el corazón a punto de salir despedido hacia la luna, y entonces la puerta se abre.

No sé quién está más sorprendido de los dos.

No sé quién tiene más cara de horror ahora mismo.

Solo sé que me gustaría estar en cualquier otro lugar que aquí, frente a él.

Se ha cortado el pelo, ese mechón que tanto amo, ya no está. Va vestido con un tejanos y un jersey de cuello alto de lana negro. Y está... tan guapo que hace daño.

Estoy teniendo un *déjà vu*, solo que esta vez es él quien está al otro lado de la puerta y me está mirando como si se le hubiese aparecido un fantasma. Y yo, yo quiero que se abra un agujero en la tierra y me escupa en Estocolmo.

Esto ha sido la peor idea del mundo, no sé qué pretendía viniendo a su casa.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

No está lanzando un reproche, más bien es la sorpresa de verme parada como una auténtica idiota en la puerta de su casa.

El corazón me late tan rápido que estoy a punto de desmayarme.

—Silvia...

Mi nombre saliendo de sus labios me transporta a las estrellas. Pero estoy tan nerviosa que miro de forma frenética a mi alrededor. No quiero perderme en sus ojos y que descubra lo mucho que me duele.

Da un paso en mi dirección y yo, de manera instintiva, lo doy hacia atrás. Si dejo que se acerque, voy a acabar por suplicar. Quiero acercar la mano a su pecho, tranquilizarme con el latido de su corazón y...

Le tiendo la carpeta que tiembla en mis manos.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—Todo lo que pasó. Querías saber qué ocurrió... —Me tiembla tanto la voz que tengo

Tira de la carpeta y una parte de mí se resiste a soltarla, porque sé que, cuando la deje en su poder, todo habrá acabado.

Salgo escopeteada y me monto en el coche. Antes de dar marcha atrás, me permito volver a mirarlo. Sus ojos siguen clavados en mí. Su postura es rígida.

No es hasta que llego a la seguridad de mi casa, que dejo caer las lágrimas que he estado reprimiendo desde que lo he visto, y me meto en la cama sin ni siquiera cambiarme de ropa. Skye se sube conmigo y me hago un ovillo. Me lame la cara y me dejo llevar por la tristeza.

No esperaba verlo, la verdad. O sí. Ya ni lo sé. No debería haberle dado los papeles. ¿En qué estaba pensando?

Suspiro mientras paseamos por un camino desértico. Al ser un día festivo, no hay nadie a mi alrededor, y lo agradezco. No dejo de darle vueltas a la cabeza.

No es ni media tarde, y ya está completamente oscuro. Algo a lo que aún no me he acostumbrado es a lo pronto que anochece en este país. Las horas de luz son tan escasas que cuando quieres darte cuenta ya han desaparecido. Y no deja de sorprenderme que, con él, los días fueran casi eternos y, en el momento en el que salió de mi vida, la oscuridad ganó terreno. La metáfora de mi vida.

Freno de golpe al divisar su coche y se me vuelve a acelerar el corazón. Miro alrededor, frenética, y, entonces, lo veo a él, sentado en el mismo lugar donde me besó y se lo entregué todo. Tiene la carpeta en las manos. No parece importarle el frío que hace, ya que ni siquiera lleva el abrigo puesto.

Es momento de la retirada.

Todo ocurre muy deprisa: Skye pega un ladrido como si lo reconociera, Liam levanta la cabeza y nuestros ojos conectan. Y yo... yo tengo que salir de aquí.

Una cosa es que le haya dado la llave para que se dé un paseo por mi alma, y otra es que esté preparada para volver a enfrentarme a su mirada y al verde de sus ojos.

¡Ni hablar!

Doy marcha atrás lo más rápido que puedo y acelero.

—Tú y yo no podríamos ser ladronas, nos detendrían antes de intentarlo.

Skye responde con un ladrido y yo bufo en respuesta.

Freno el coche de golpe al volver a escuchar a mi (nuestra) perra, lloriquear.

No puedo hacerles esto, ni a ella ni a él. Bastante mal me comporté con la manera en que me la llevé. Era lo único que me quedaba de él y no estaba dispuesta a perderlo también. Eso y un puñado de recuerdos. Pero Skye es tangible y una prueba de que nosotros fuimos, aunque fuera por unas pocas semanas y solo por mi parte.

Vuelvo a dar la vuelta y detengo el coche en el mismo lugar que unos minutos atrás.

Intentando no hacer ruido me bajo y abro la puerta trasera. Skye sale disparada antes de que me dé tiempo a detenerla.

Era muy pequeña, sigue siéndolo, ¿cómo puede ser que lo recuerde y acabe de tirarse sobre él de esa manera?

Desvío la mirada al ver su sonrisa.

Y cuando ya no lo soporto más, pego un silbido y Skye viene hacia mí. Sube de un salto y no puedo evitar volver a mirarlo.

El tiempo se para, soy incapaz de seguir escuchando el rugir del mar. Niego con la cabeza al ver su intento de levantarse. Su frustración me golpea de lleno y me meto en el coche.

Y entonces, sí, retomo el camino a casa.

Tardo un poco más de lo normal en llegar, ya que las lágrimas me nublan la visión.

—Solo unos días más. Luego regresará a Madrid y os olvidaréis el uno del otro.

Y la sola idea de que realmente me olvide o hacerlo yo, me parte por la mitad.

Mi corazón no va a reponerse de las últimas veinticuatro horas. Vuelve a latir descontroladamente cuando el móvil me avisa de la llegada de un mensaje.

Liam: Necesito hablar contigo.

Los últimos cuatro meses caen sobre mí como una losa, cortándome la respiración.

No debí permitir que volviera a acercarse a mí, lo sabía, sabía lo que ocurriría, y, aun así, dejé que lo hiciera. Salí de mi zona de confort, quise... Lo quise todo y me pegué la hostia de mi vida, otra vez.

Y no puede volver a ocurrir. Bastante me está costando salir adelante sin morir en el intento como para dejar que vuelva a hacerme daño.

Debería haberme dado cuenta de lo que ocurría. Tendría que haber entendido que, si consiguió olvidarme, jamás volvería a enamorarse de mí.

47 Liam

Solo he necesitado leer las primeras páginas para darme cuenta de lo que tengo entre las manos. No he podido continuar, en esas pocas líneas he sentido su desesperación.

Quería respuestas y, ahora que las tengo a mi alcance, no creo estar listo para conocer la verdad.

Miro al infinito y pienso en nuestro encuentro de ayer.

Lo que menos me esperaba al abrir la puerta para ir a trabajar, era encontrarme con ella.

Me quedé sin poder de reacción. Silvia siempre ha conseguido bloquearme de una manera que me parece antinatural. Tuve que pestañear dos veces para asegurarme de que no era una alucinación. Pero no, allí estaba, tan preciosa como siempre, con un gorro de lana y unos guantes a juego. Su cara de sorpresa al verme fue lo que me dio la pista de que no esperaba encontrarme allí.

Su idea era clara, dejar la carpeta y desaparecer de nuevo.

Ya estaba siendo complicado aprender a vivir sin ella, otra vez.

Y he vuelto a la casilla de salida con ese encuentro.

Me giro sorprendido cuando escucho un ladrido.

Estoy tan abstraído que ni siquiera me he dado cuenta de que un coche se ha parado a unos metros del mío.

Y todo se detiene cuando la veo detrás del volante.

Juro por Dios que, con su presencia, vuelve a hacerse de día.

Y tal como ha llegado, desaparece.

No han pasado ni un par de minutos cuando vuelve a detener el coche, sonrío cuando se baja despacio, intentando que no la vea, y abre la puerta trasera. Una bola de pelo sale disparada en mi dirección.

—Hey, chica. —La acaricio mientras me lame la cara.

No sé si sorprenderme porque la haya traído con ella, pero agradezco el gesto de que me deje verla.

Juego un rato con Skye, que tiene más fuerza de la que debería al ser solo un cachorro. Y vuelve a correr en dirección a su dueña cuando esta le silba.

Hago el intento de incorporarme para poder acercarme y me detengo al verla negar con la cabeza. Toda sonrisa desaparece de mi rostro cuando se monta detrás del volante y, sin dudar, se marcha. Y esta vez no regresa.

Y, entonces, vuelve a hacerse de noche.

Cuatro meses desde la última vez que la vi.

Han pasado cuatro meses y no ha habido día en el que no haya pensado en ella. Vuelvo a mirar la carpeta. Está demasiado oscuro como para poder seguir leyendo, así que me levanto y retomo el camino a casa. No deja de sorprenderme que precisamente nos hayamos encontrado aquí. Hacía varios meses que no volvía a pisar este lugar, y la última vez que lo hice, fue para despedirme de ella.



De regreso en casa me abro una cerveza y me siento en el suelo con la espalda apoyada en el sofá. No sé si quiero seguir con la lectura de lo que sea que me ha dado.

Las pocas páginas que he leído hablaban de cómo fue el reencuentro con su hermano en la clínica donde estuvo ingresada. Me ha revuelto las tripas sentir su desesperación.

Se me ha pasado por la cabeza llamar a Joel y echarle en cara que no fuera a verla durante esos meses. El como ella lo esperó hasta que se rindió. Me ha ayudado a entender el motivo por el cual no le gusta celebrar su cumpleaños. Y le mando un mensaje.

Quiero verla.

Necesito verla.

No obtengo respuesta, algo con lo que ya contaba. Por lo que empiezo con la siguiente tanda y se me para el corazón cuando menciona que algo la hizo detenerse en el hospital, el día en el que Hugo nació. Nos cruzamos y nos sentimos sin ni siquiera saberlo.

Era ella, y no la vi.

Tengo que detener la lectura, muy a mi pesar, ha amanecido y me toca ir a trabajar. Dejo la carpeta, aunque estoy tentado de llevármela a la central. Estos días no hay mucho que hacer y están siendo aburridos que te cagas.

Realizo una llamada. Y una voz cantarina me saluda al otro lado del teléfono.

—La he visto —digo saliendo a la carretera principal.

La línea se queda en silencio. Me detengo en un semáforo y dejo caer la cabeza hacia atrás, sobrepasado por haberme encontrado con ella y por lo que he leído. Me ha abierto las puertas a su alma y no sé como sentirme al respecto.

—¿Quieres hablar sobre ello?

—No lo sé —digo con sinceridad—. Me estaba costando un mundo no volver a coger un puto avión para ir a buscarla. Estaba intentando aprender a olvidarla, ¿sabes?

Es la primera vez que hablo con Zoe de ella desde la última vez que nos vimos. Sin embargo, no hay nadie más con quien hacerlo. Lucas y Joel, no son una opción, ni siquiera sé si ella lo es. Aquel, «llámame si necesitas ayuda», se ha convertido en una buena amistad. Hablamos, a menudo, de chorradas. Desde aquel día, no habíamos entrado en temas personales.

—La quieres —afirma sin ningún tipo de duda.

—Sí. Joder, claro que la quiero. Pero ella...

—Escúchame, no puedo contarte nada, no soy yo quien tiene que hacerlo, pero llegados a este punto, vas a tener que ser el que luche por los dos.

—¿Cómo lo hago? —Y me estoy empezando a cabrear, aunque no tenga ni idea de hacia donde va dirigido mi malestar—. No me ha dejado acercarme a ella. Debe de estar camino de Madrid. La última vez que fui a verla, me enteré de que se había mudado, ya que la mujer que abrió la puerta me quiso invitar a unas lentejas, Zoe. No sé ni por donde empezar a buscarla. Es como volver al principio de todo.

—Es que, quizás, es por donde tenéis que empezar. Por el principio de todo.

Frunzo el ceño y, haciendo una maniobra, vuelvo a casa.

—Tengo que dejarte. Te llamo en unos días.

Con una excusa de lo más ridícula, justifico mi ausencia al trabajo, se supone que soy el novato, aunque les duplique en experiencia a la mayoría, pero ahora mismo me importa bien

poco si tengo que demostrar algo o no.

Mi padre me mira con el ceño fruncido cuando paso por delante de su casa.

«El principio de todo».

Vuelvo a abrir la carpeta y paso las páginas que ya he leído. Llego a nuestro reencuentro. Y vuelvo a sumergirme en ella, en Silvia.

Cuando me doy cuenta de que recuerda a la perfección la primera vez que nos vimos en la cafetería y la manera en que vivió ese momento es cuando dejo caer la cabeza hacia atrás.

Yo también me quedé impresionado, no solo por su belleza, sino por el conjunto de todo. No recuerdo que nadie me llamara tanto la atención en tan poco espacio de tiempo.

Pero también está la parte mala, la que explica lo que la desestabilizó volver a verme en la sierra. Lo nerviosa que se puso. Y reconoce... reconoce que se enamoró de mí. Y yo fui un capullo con ella, y me maldigo por ello.

Me paso las horas leyendo y haciendo un viaje a sus recuerdos, a nosotros, desde su punto de vista.

El día en el que salí corriendo porque Silvia estaba en el hospital. Y no fue por lo que todos creíamos, fue por un puto ataque de ansiedad generado por la paz que le transmitía estar conmigo y lo mucho que eso la estresaba al mismo tiempo.

A cada página que leo más me doy cuenta de que sus sentimientos hacia mí son igual de fuertes que los míos hacia ella.

«Nunca quise dejarte».

Siempre pensé que la manera en la que pronunció esas palabras fue llevada por el alcohol, no supuse que fuera consciente de haberlas dicho.

Está siendo una putada verme desde su punto de vista. Porque me estoy viendo a través de sus ojos.

Las horas pasan y, cuando quiero darme cuenta, son las tres de la mañana y yo sigo leyendo sin poder parar.

Nuestra primera vez juntos, las que le siguieron y la noche en Skye. Lo que supuso para ella esa noche. Y lo que supuso para mí. Fue un punto y aparte en nuestra relación. La manera en la que se dejó llevar sin poder evitarlo, aunque se sintiera culpable por ello.

A eso se reduce todo, a la culpa que la acompaña, aunque no tenga claro el motivo.

Pero llego, claro que llego.

Y no miento si digo que tengo que detener la lectura en el momento en el que se derrumbó delante de la tumba de Luis. Su dolor traspasa las páginas y me golpea de lleno. Dándome una hostia de realidad al entender lo que ocurrió esa noche.

La maldita noche que marcó el destino de los tres.

No sé si sentirme aliviado al saber que no me mintió o asqueado por cómo esa noche marcó su vida.

Creo que hubiese preferido la opción de que me hubiese mentado.

¡Por Dios!

Suelto las páginas, sobrepasado cuando llego al final. Ni el saber que está viviendo en Inverness consigue alegrarme lo suficiente como para salir del estado en el que me encuentro.



Las siguientes dos semanas las paso en una nube.

He renunciado al trabajo. Creo que he perdido toda la fe en mi profesión, ¿cómo no se dieron cuenta?

He releído esas páginas más veces de las que puedo llegar a enumerar. Y en cada palabra, en cada línea, me enamoro más de ella. De la mujer que fue, de la que es y de esa parte que nunca será mía y siempre será de Luis. De esa, quizás es de la que más lo hago.

Pero, a pesar de eso, no sé cómo acercarme a ella. Ni gestionar saber todo lo que pasó.

Durante estas semanas, no me he relacionado con nadie. Ni siquiera he contestado a las llamadas de Lucas y Zoe.

Pero algo cambia en mí en el momento en el que recuerdo como temblaba al pasarme la carpeta. Su mirada cuando volvió para dejarme ver a Skye.

Nunca le dije te quiero de una manera en la que pudiera entenderlo.

Ella piensa que nos olvidé, y voy a demostrarle lo equivocada que está.

—Necesito tu ayuda.

—Llevo tres meses esperando esta llamada.

Y la imagino dando saltitos mientras palmea con las manos, emocionada.



—Lee esto. —Estoy por zarandearlo para que me ayude.

Entiendo su reticencia, joder, hasta yo sé que puede salir muy mal.

No es que vaya a permitir que lo lea todo, sería estar demasiado loco.

—Mira, bastante mal está la relación con mi hermana. No voy a jugármela de nuevo, he aprendido la lección, y tú deberías hacer lo mismo.

Mis ojos se cruzan con los de Zoe, que da un paso adelante. Por lo menos, sé que ella está de mi lado en todo esto.

Sí, he cogido un avión y me he presentado en su casa sin avisar.

—Léelo, Joel —dice ella situándose a su lado y lo agarra por las mejillas—, y si cuando termines no quieres continuar con esto, no lo hagas. Yo voy a estar de tu parte decidas lo que decidas.

—¿Tú lo has leído?

La manera en la que se miran deja patente lo mucho que significan el uno al otro.

—No. No necesito hacerlo, pero tú, sí.

Se deja caer en la silla y agarra las tres páginas, gruñendo.

No le lleva más de diez minutos levantar la mirada.

Suelta los papeles de mala manera y, sin decir una palabra, sale de la habitación.

Sé que no es fácil de gestionar lo que acaba de leer. Joder, yo no soy parte implicada y me destrozó, así que no quiero saber lo que le debe estar cruzando por la cabeza.

—¿Vas a dejarme leer el resto? —pregunta, apareciendo a mi espalda.

—No.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunta de nuevo.

48 Silvia

Levanto la persiana de la cafetería donde estoy trabajando mientras veo como Rufus, mi jefe, se acerca renqueante.

Es un hombre corpulento y tiene bastante mal humor. No consigo entender la manera en la que ha conseguido mantener su negocio a flote los más de veinte años que lleva abierto al público.

Recuerdo el «no me gusta hablar» que me dedicó cuando hice la entrevista. Lo primero que pensé fue en lo bien que nos íbamos a llevar. En aquellos meses no es que estuviera muy comunicativa.

Tiene un acento muy cerrado y una barba espesa que, a veces, dificulta que pueda entenderlo. Pero, aunque nunca lo confiese en voz alta, lo adoro. Y sé que él me adora a mí. Eso o es que estoy pasando una época demasiado optimista.

—Buenos días —saludo, abriendo la puerta y encendiendo las luces.

Me responde con un gruñido pasando por mi lado y se mete en la trastienda.

Enciendo la cafetera para que se vaya calentando. Mientras tanto, bajo las sillas de las tres mesas y que esté todo listo cuando empiecen a llegar los clientes.

Abrimos a las seis y cerramos a las cinco. Me maravilla el horario escocés. Es muy diferente al ajetreo madrileño, pero, para mí y mi paz mental, me está viniendo genial.

Nos ponemos en movimiento cuando la primera tanda de madrugadores hace su aparición, y aunque el flujo de clientes no es muy elevado, es suficiente para que las horas se me pasen volando.

Cuando quiero darme cuenta, son las once de la mañana.

Me giro al percibir un movimiento al otro lado de la puerta. Y me quedo congelada.

Mi corazón se acelera sin motivo.

—¿Tengo que llamar a la policía? —pregunta Rufus, situándose a mi lado de una manera protectora.

—Es mi hermano.

—¿Y qué haces aquí parada?

Su voz es lo que me hace reaccionar y salgo disparada hacia él. Me da igual que nuestra relación no esté en su mejor momento. Hace cinco meses que no lo veo y estoy demasiado contenta como para contenerme.

Abro la puerta de un tirón y me lanzo hacia él con la fuerza de un luchador de sumo. Trastabillamos y me encaramo en su cuerpo. Lo abrazo todo lo fuerte que mis brazos me permiten.

No sé cómo ha dado conmigo. Quiero decir, él sabe desde el principio donde estoy, pero no el lugar dónde trabajo, y esta cafetería está demasiado escondida como para que no le haya costado dar conmigo.

Se me llenan los ojos de lágrimas cuando su olor me golpea. Y creo que a él debe de pasarle algo similar porque refuerza el abrazo.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunto resistiéndome a soltarlo.

—Puede que haya tenido que visitar todas las cafeterías de esta maldita ciudad.

Sonrío y me bajo de su cuerpo.

—¿Quieres un café?

—Vamos a verte en acción.

—Demostraciones de afecto en mi negocio, no. Ya os podéis largar de aquí —refunfuña Rufus, dándome la espalda—. Nos vemos el lunes.

—Gracias. —Me acerco a él y, cruzando la línea jefe-empleada, le planto un beso en la mejilla.

—Lárgate de aquí si no quieres que te despida. —Y, a pesar de sus palabras, lo veo levantar la comisura de la boca en un intento de sonrisa.

—Vamos, te invito a un café en casa. —Lo arrastro de la mano hacia la calle—. ¿Qué haces aquí? —pregunto mientras caminamos hacia mi diminuto piso.

—Tengo que decirte dos cosas —responde, encogiéndose de hombros.

No añade nada más y yo no pregunto por miedo a saber qué será.

Abro la puerta y dejo que entre.

Skye sale de la cocina y ladea la cabeza, pongo los ojos en blanco cuando menea el rabo, emocionada.

—¿Quieres un café? ¿Una Coca-Cola? —Me mira, divertido.

Estoy nerviosa. Muy muy nerviosa. Su postura corporal es relajada, no queda nada de la hostilidad que nos ha acompañado durante meses.

—Solo quiero decirte que lo entiendo. —Lo miro con sorpresa, no sé a qué se refiere—. Entiendo que no confíes en mí, te fallé cuando más lo necesitabas... —Se pasa la mano por el pelo, en ese gesto tan suyo y continua—: También entiendo el motivo por el que no me dijiste la verdad. Todos te habíamos fallado y, aun así, permitiste que me quedara a tu lado.

Se me llenan los ojos de lágrimas y me muerdo el carrillo con fuerza. No me lo esperaba y parece ser que he perdido la capacidad de hablar. Porque soy incapaz de pronunciar palabra.

—Sé que no volveremos a ser los que fuimos y creo que... creo que eso está bien. No somos los mismos, nunca lo seremos. Pero sí creo que podemos construir una relación nueva, diferente. No tiene por qué ser mejor ni peor... ¿Qué me dices?

Ha venido a pedir perdón por algo que se escapó a nuestro control y siento que una de las muchas heridas que arrastro, se cierra.

—Me parece una buena idea. Joel... yo...

Sé que tengo mucho por lo que pedir perdón también, y soy incapaz de hacerlo, no porque no quiera, es que no sé por dónde empezar. Así que hago lo único que se me ocurre. Me acerco a él y lo abrazo por el cuello.

—Lo siento —consigo susurrar escondida en él.

—Yo también lo siento, Silvi. —Me estrecha entre sus brazos y yo doy paso a las lágrimas. Estoy de un sensible que no hay quien me aguante—. Y lo otro que quería contarte es que vas a ser tía de nuevo.

Levanto la cabeza de golpe. Con el corazón atronándome en las costillas.

—¡Dios, felicidades! —grito, emocionada—. Voy a volver a Madrid.

No quiero perderme nada y parece ser que podemos intentar arreglar lo que sea que esté roto entre nosotros. Y...

—No. No vas a volver a Madrid. Mírate, Silvi. Estás bien, estás contenta, estás saliendo adelante y lo estás haciendo sola. Desearía que siempre estuvieras cerca, pero es que Madrid no es tu sitio, creo que no lo era ni cuando éramos unos críos. No vas a volver, porque eso te haría infeliz. Tu lugar no está conmigo.

Salimos de nuevo a la calle, y le enseño mis lugares favoritos de esa pequeña ciudad hasta que lo llevo al lugar en el que sentí que, por fin, estaba en casa.

Hace demasiado que no pasamos un día solo disfrutando de la compañía del otro, sin preocupaciones por lo que nos reímos con los avances de Hugo, que ya los está volviendo locos.

—¿Cuándo te vas? —pregunto abriendo la puerta del pub donde vamos a cenar.

—Mañana por la mañana.

Ojalá pudiera quedarse más, pero ha sido un día maravilloso a su lado y no pienso quejarme.

No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba pasar un día con mi hermano, sin presiones y sin ese nudo que, de vez en cuando, sigue cortándome la respiración, pero que ya tengo más o menos controlado.



Ayer me despedí de mi mellizo y, cuando lo vi subirse al tren que lo llevaría de vuelta a Edimburgo para coger el vuelo a Madrid, supe que estábamos en el camino correcto.

Escucho la campanita que avisa de la llegada de un nuevo cliente.

—Un momento —pido, mientras termino de untar la mantequilla a una tostada.

Me doy la vuelta para dejarla en el recipiente para llevar que he dispuesto en la barra y la sonrisa desaparece de mi rostro.

—¿Me pones un café, por favor? —Asiento de manera automática y la tostada se me cae de las manos.

Maldita Ley de Murphy, la mantequilla se queda pegada en el suelo y yo estoy aquí sin poder escapar. Rufus ha salido a hacer unas gestiones al banco y tardará un buen rato en aparecer.

Agarro ese pan, lo tiro a la basura e intento evitar que vea el temblor de mis manos. Me giro para darle la espalda y...

¿Qué tenía que hacer?

«Una tostada, idiota, para la mujer que sigue esperando por su desayuno y que empieza a estar impaciente». Ah, sí, eso...

Un par de minutos después le cobro a la señora que sale refunfuñando por la lentitud del servicio.

—¿Solo o con leche? —pregunto sin mirarlo.

—Solo, por favor.

—¿Para llevar? —Y creo que sonrío ante mi manera de pedirle amablemente que se marche.

—No, voy a sentarme en esa mesa.

Me giro, nerviosa y manipulo la cafetera.

Vuelvo a sentirme de la misma manera que la primera vez, solo que esta vez es peor, ya que estoy enamorada de él.

Le sirvo el café y me permito mirarlo. El mechón de pelo ha vuelto a crecer, pero no lo suficiente como para que le caiga sobre la frente. Está enfrascado leyendo un libro. Así que empiezo a pensar que este encuentro ha sido algo fortuito.

Me giro dispuesta a esconderme detrás de la barra cuando dice:

—Gracias.

Los minutos pasan y soy incapaz de apartar la mirada, es magnético. Su manera de pasar

las páginas y de sonreír de forma distraída, consigue que no pueda respirar con normalidad.

Me sobresalto cuando se levanta, se acerca a mí y mi corazón se revoluciona al ver el verde de sus ojos. Deja dinero en la barra y se va de la misma manera en la que ha llegado, sin hacer ruido. Y yo expulso el aire que he estado reprimiendo.

Me acerco a la mesa para poder limpiarla y es cuando me doy cuenta de que ha olvidado el libro que estaba leyendo. Lo agarro y, sin pensármelo, salgo corriendo. Miro a mi alrededor, pero no consigo verlo. Voy hacia la derecha, que lleva a la calle peatonal y es donde suele haber más movimiento. Ni rastro de él.

Camino de regreso a la cafetería y dejo el libro junto a mi bolso. Sigo teniendo la manía de esconderlo debajo de la barra. Estoy tentada de mandarle un mensaje para que pase a recogerlo. No tiene nada que ver con que quiera volver a verlo. No es eso. Y, entonces, caigo en un detalle.

¿Qué hace aquí?

El día se me pasa entre clientes y miradas de soslayo hacia ese libro. Y no es hasta que llego a casa que me fijo en la portada. Una pareja sale besándose en un acantilado. Mi corazón se detiene cuando leo el título: Hasta que nos volvamos a encontrar. Y no sé por qué reacciono así por un simple libro. Pero es que esas palabras son las que pronuncié en el cementerio cuando me despedí de Luis y...

Skye ladra a mis pies y recuerdo que tengo que sacarla a pasear.

Esta vez el paseo, que suele durar más de una hora, no llega a diez minutos. Me pongo algo cómodo y vuelvo a agarrar ese libro.

Paso las páginas y casi colapso cuando llego al primer capítulo.

«Prólogo. Silvia».

Cojo el teléfono sin pensar y marco su teléfono. Espero impaciente hasta que responde y vuelvo a sentir un microinfarto cuando escucho su voz.

—¿Qué es esto? —susurro—. ¿Por qué...?

No sé qué es lo que debo o quiero preguntar. Vuelvo a mirar mi nombre impreso y...

—Leelo, y cuando...

—¿Para qué? Ya sé lo que pone, lo he escrito yo.

Me estoy empezando a estresar, y no puedo estresarme. No quiero estresarme. Hace semanas que me encuentro bien, que no siento que se me cae el mundo a pedazos. Pero ver todo lo que escribí para... ¿Por qué lo ha hecho? Se lo di para que lo leyera solo él.

—¿Lo ha leído alguien?

Lo escucho respirar por la nariz y empiezo a temblar. Toda mi vida está entre esas páginas. Mis sentimientos, la parte buena y la parte mala de mí, está ahí plasmada.

—Sí.

Y todo vuelve a caer sobre mí como una losa. Cuelgo el teléfono. Me visto y esta vez no me llevo a Skye conmigo. Necesito correr hasta que me ardan las piernas o me folle y haga que me olvide de todo, pero eso ni siquiera es una opción, ya que él es el culpable de mi estado de nervios.

Recorro todo el camino por la orilla del río con el corazón atronándome en los oídos. Y, entonces, una ráfaga de viento me aclara lo suficiente las ideas como para darme la respuesta a la pregunta sobre quién lo ha leído.

Vuelvo a mi casa e, ignorando las llamadas y mensajes de Liam, llamo al contacto de mi hermano.

—¿Lo has leído? ¿Por eso has venido a verme?

Me cuesta hablar a causa del rato que llevo haciendo deporte.

—Silvia, léelo.

—¡Contesta a mi pregunta! —grito—. ¿Lo has leído?

—Solo el prólogo. Y no, no he ido a verte porque me lo haya pedido él o tengamos un trato en el que estés implicada. He ido a verte porque te he hecho de menos y porque, para bien o para mal, solo he necesitado leer esa parte de ti para darme cuenta de todo.

—No voy a leerlo.

Escucho una refriega al otro lado de la línea y escucho la voz de Zoe.

—Te dije que nunca te mentiría. Te está diciendo la verdad. Nadie aparte de tu hermano ha leído esa parte. El resto solo lo ha leído Lolo. Léelo Silvia.

—Ha hecho un libro con mi vida —murmuro, limpiándome las lágrimas con la mano que me queda libre.

—No. Ha hecho un libro con vuestra historia.

Me detengo de golpe, tanto que Skye choca con mis piernas y gruñe en protesta.

—¿Qué?

—Leélo.

Cuelgo el teléfono.

Me armo de valor y siguiendo el consejo de mi cuñada, abro el libro por la misma página por la que la he cerrado.

Al final releo algo que yo misma he escrito, está tal cual plasmé mis sentimientos en ese momento. Cuando llego al primer capítulo, que no es otro que el nacimiento de Hugo, se me detiene el corazón cuando encuentro una nota en la que dice «yo también te sentí», refiriéndose al momento en el que me detuve en las escaleras incapaz de apartar la mirada de su espalda.

Sigo avanzando y casi me caigo del sofá al encontrar un capítulo con su nombre. ¿Pero...? Me muerdo el labio al leer lo que significó para él nuestro reencuentro en la sierra. Acaricio las páginas, mucho más tranquila, al percibir la preocupación cuando me desperté con la pesadilla.

Mi teléfono suena a mi lado y, sin pensármelo, lo cojo.

—¿Has empezado a leerlo?

—Sí.

El suspiro de alivio que emite traspasa la línea y me golpea de lleno.

—No he dejado que nadie lo lea, nunca haría algo así. Sé que no confías en mí... Que después de todo lo que pasó...

—¿Quieres que lo leamos juntos? —No sé por qué pregunto esa absurdez.

—Solo si me dejas verte.

Temblando, le doy al icono de videollamada y su cara se dibuja en la pantalla. Solo le veo el rostro.

—Espera, voy a ver cómo poner el teléfono.

Miro a mi alrededor y al final, usando otros libros, lo dejo apoyado en ellos. Él está haciendo algo parecido.

Vuelvo a sentarme en el suelo y Skye apoya el morro en mi muslo. Le encanta hacer eso cuando está tranquila y yo muy nerviosa, es su forma de relajarme. Y funciona, podemos pasarnos horas en esa postura. Y yo soy incapaz de apartarla de mi lado. Ha sido mi gran aliada durante estos meses. Y una de las mejores cosas que me han pasado.

—¿Por qué me miras así?

Sonríe y, aunque no quiero, le devuelvo la sonrisa.

—No sabes lo que daría por estar ahí con vosotras. Estáis preciosas.

—Vente. —Carraspeo dándole alas a mi corazón—. Quiero decir...

No sé si debería hacerlo, ni siquiera sé si él siente algo por mí, si esto es lo correcto o no, pero es que necesito... Si vamos a hacer esto, quiero que lo hagamos juntos.

Se pone de pie de un salto y veo ese pantalón de pijama de cuadros, con el que suele estar en casa.

—Mándame la dirección.

Cuelga la llamada y hago lo que me ha pedido.

Los siguientes veinte minutos los paso dando vueltas por mi comedor.

Abro la puerta de un tirón cuando suena el timbre.

—¿Has venido en pijama?

—No quería darte tiempo y que te arrepintieras.

Quiero besarlo, que me rodee con sus brazos y que me quiera, sobre todo, que aun sabiéndolo todo, me quiera, pero imagino que para que eso ocurra...

—¿Me dejas pasar? Hace un frío que te cagas.

Me hago a un lado. Cierro la puerta y observo como Skye se deshace entre sus brazos.

¡Traidora!

49 Liam

No sé qué ha pasado para que acabemos sentados en el suelo, cada uno con su libro, aunque no seré yo quien se queje. La verdad, cuando la he escuchado pedir que viniera, ni me lo he pensado. Tanto ha sido así que no me he molestado en cambiarme.

No puedo dejar de observarla, se muerde el labio mientras avanza en nuestra historia, el pelo le cae en cascada sobre los hombros. Va vestida con una camiseta ancha y un pantalón de deporte. Jamás la he visto usar un pijama.

—Me estás poniendo nerviosa —murmura sin mirarme.

—Ahora sabrás lo que yo sentía cuando me mirabas de la misma manera. —Sé que no esperaba esas palabras, sus ojos se abren con sorpresa—. ¿Por dónde vas?

—La noche de los tequilas —murmura, revolviéndose en el suelo.

Llega a una de las pequeñas notas que he ido dejando repartidas entre todo el libro.

Vuelve a levantar la vista de golpe cuando lee: «Te besé porque me moría por hacerlo, no porque me dieras pena. No me imagino un mundo sin ti».

—Liam... —susurra.

Y, joder, me cuesta mantenerme en la misma posición y no perderme en su boca. Me recoloco la erección y gruño cuando se muerde el labio. No quiero correr, quiero que antes lo sepa todo. Y después veremos si está dispuesta a que nos demos una oportunidad sin ningún tipo de secreto entre nosotros.

—¡Mierda! —grita, sobresaltándose—. Tengo que irme a trabajar.

Se levanta de un salto y se encierra en el baño, juro que no he visto a nadie correr tanto y estar lista en menos de treinta segundos. Se toma el café de un trago.

—¿Puedes sacarla, por favor? Le gusta ir a la orilla del río, o... Dios, llego tardísimo. Ten, la copia de las llaves, tíralas luego por la ranura del correo.

Sale escopeteada.

—Tú y yo nos vamos de excursión, señorita.

Da un ladrido y yo sonrío, encantado cuando se me ocurre una idea.

Recojo los dos libros, la correa de Skye y salgo de su casa.

Paseo en pijama hasta las inmediaciones de la cafetería y me detengo cuando Skye da un par de ladridos al reconocerla.

—¿Quieres un café? —pregunta asomando la cabeza por la puerta.

—Te lo agradecería.

—Dame un minuto.

Sale de nuevo con un vaso y me lo tiende.

—Voy a secuestrar a nuestra perra.

No sé si su cara de sorpresa es por lo que acabo de decir o por el incapié que he hecho al pronunciar ese «nuestra perra».

—¿Qué?

—Que si quieres recuperarla, esta noche nos toca seguir leyendo en mi casa.

—Liam...

¡Estoy jodidamente enamorado de ella!

—Hasta esta noche. —Me despido con la mano dando un trago a mi café.

Me paso el día jugando con Skye y supongo que la falta de sueño me juega una mala

pasada porque nos quedamos los dos dormidos en el sofá.

Pego un salto al escuchar que alguien golpea la puerta. Abro y la veo parada en el umbral.

Lleva el mismo gorro de lana y el cabello le cae a cada lado de la cara.

—No sé qué hago aquí.

Tiro de su mano antes de que le dé por escaparse y cierro la puerta.

—Ponte cómoda, voy a por unas cervezas.

Asiente mientras se quita el abrigo, los guantes y el gorro. Lo deja todo sobre uno de los taburetes junto a la barra de la cocina.

Se agacha y la llena a Skye de mimos. La perra mueve el rabo, emocionada.

—Gracias —murmura mirando todo a su alrededor.

Mi casa no ha cambiado nada, quizás está un poco más desordenada porque llevo viviendo aquí cinco meses. Pero, por lo demás, está exactamente igual.

Dejo las cervezas y los libros en la mesa de café.

Está rara. Evita hacer contacto visual conmigo y su postura no es relajada, no es como ayer por la noche en su casa.

—¿Estás bien?

Niega con la cabeza y alarga la mano hasta que acaricia el pelaje de Skye, que no se ha separado de ella, como si supiera que Silvia está intranquila.

Me siento a su lado sin saber muy bien qué hacer o decir.

—¿Cuándo regresas a Madrid? —pregunta al cabo de unos minutos.

—Silvia...

Se levanta del sofá con la mirada empañada y se acerca al taburete donde están todas sus cosas, se empieza a abrigar de forma frenética.

Me incorporo de un salto y la agarro por la muñeca con suavidad. Y cuando consigo que me mire me quedo sin respiración por la lágrima que se desliza por su mejilla. Está llorando. Por una vez en todos estos meses, me está dejando ver que hay algo que le duele.

—¿Qué ocurre? —pregunto limpiándole los ojos con los pulgares—. Silvia, habla conmigo.

—Vas a volver a irte. Vas a irte de nuevo, y yo no quiero acabar con el corazón hecho pedazos, Liam. ¿Sabes lo que me costó reponerme del encontronazo en Navidad? Varias sesiones exprés con mi psicóloga. Llevo meses intentando avanzar y está siendo lo más difícil que he hecho en mi vida. Si vas a irte, esto no tiene ningún sentido.

—Tienes que seguir leyendo, Silvia. —digo, levantando su rostro para que me mire a los ojos—. Solo te pido eso, que termines de leerlo todo.

—¿Por qué?

—Porque quiero que me conozcas de la misma manera en la que me has dejado conocerte a ti. En esas páginas estoy yo, Silvia. No el Lolo que conocen los demás. Ahí, está Liam, la persona que solo tú conoces.

Le tiendo la mano para que me acompañe de regreso al sofá y, dándole un trago a su cerveza, coge su libro y vuelve a abrirlo por la página donde nos hemos quedado esta misma mañana.

Se descalza y sube los pies al sofá para ponerse cómoda. Hago lo mismo.

A pesar de que lo hacemos cada uno en un extremo, estamos más cerca que nunca.

Yo me sé su parte y la mía de memoria. La única que no he leído son esos capítulos que Joel ha escrito. Eso es algo de ellos dos.

Cierra el libro de golpe y deja caer la cabeza hacia atrás apoyándola en el respaldo del sofá.

—Ahora entiendo por qué vino este fin de semana. Estoy por salir corriendo al aeropuerto y hacer lo mismo que ha hecho él. Siempre ha sido mi roca, ¿sabes? Y yo... —Niega con la cabeza—. Gracias por devolverme a mi hermano.

No añade nada más. Y vuelve a descender la vista a ese puñado de palabras. Pasan unos minutos y sé que está en la parte en la que llegamos a Edimburgo. Se remueve nerviosa, y yo sonrío.

—¿Me mentiste? —Su voz indignada me hace gracia.

Sacude la pequeña nota que le he dejado, indignada.

—Vuelve a hacerme la pregunta —digo sin levantar la vista del libro—. Silvia, vuelve a hacerme la pregunta.

—¿Qué significa *Luidh mo chèile*?

—Amor de mi vida.

—No... Espera... No... —Niega con la cabeza, incapaz de articular una palabra en condiciones—. ¿Me estás mintiendo de nuevo? Dijiste que no querías enamorarte de mí, que no ibas a enamorarte de mí.

—Sí, bueno... Tengo que reconocer que ahí no estuve muy acertado.

Gruñe algo que no logro entender y vuelve a enterrar la mirada entre las páginas. Yo también lo hago.

Cuando veo que ha pasado un buen rato sin que diga o añada nada más, la miro.

Se ha quedado dormida. Supongo que la noche en vela le ha pasado factura. No quiero despertarla. Por lo que me levanto con cuidado y, cogiéndola en brazos, subo las escaleras y la deposito en la cama.

Vuelvo al comedor y me encargo de sacar a Skye a pasear. Tardo más de una hora en regresar, esta perra tiene tanta energía que es imposible que la agote en poco tiempo. Al volver, se bebe un tarro enorme de agua.

Vuelvo a subir las escaleras y me siento en la cama, justo a su lado, y me pinzo el puente de la nariz. No sé si estoy haciendo bien o no, si esto va a servir de algo. Lo único que tengo claro es que no quiero perderla.

—Tumbate a mi lado. —Me giro al escuchar su voz adormilada.

—Vuelve a dormir, Silvia. Y te prometo que cuando abras los ojos, seguirá siendo de día.

50 Silvia

Abro los ojos y parpadeo. No hay nada de luz, ni un solo resquicio del que tirar.

Me levanto con cuidado y, a tientas, salgo de la habitación, enciendo la luz del pasillo y bajo las escaleras.

Lo primero que hago al llegar al comedor es ponerme el abrigo y abrir el ventanal. Me estremezco por el frío que hace, aun así, me siento en los escalones de madera con el libro entre las manos.

La pequeña luz que alumbra ese espacio es suficiente para dejarme ver las letras.

Anoche no me atreví a decírselo, pero necesito hacer esto sola, soy incapaz de concentrarme si está a mi lado.

Me he dado cuenta de que tengo que tomar una decisión y todo depende de lo que haya aquí escrito. Y sé que me estoy dejando llevar por el miedo. Miedo a no ser suficiente, a no ser lo que se merece.

Mi hermano tiene razón, yo no puedo volver a Madrid. Mi vida está aquí y, aunque sé que Liam, con el tiempo también acabará regresando, su lugar todavía no está en Escocia, y yo no puedo pretender que lo deje todo por mí. Eso sin contar la mochila que yo arrastro.

Me levanto llena de determinación, silbo flojito para llamar a Skye y, sabiendo que mi corazón se queda en esta casa, me marchó a la mía.

Veinte minutos después, estoy en mi sofá, tapada con una manta y Skye tumbada a mi lado.

Cojo el libro y continuo leyendo. Y es entonces cuando consigo relajarme lo suficiente para poder continuar con la mente fría.

Las partes en las que habla él me hacen comprender lo mal que se sentía con las llamadas y mensajes de mi hermano. La forma en la que se rindió a nosotros, el día que me vio encima de la tabla, la noche que me llevó a la isla de Skye. Yo pensaba que se lo había dado todo, pero es que él no se guardó nada.

Y lloro, lloro cuando me doy cuenta del amor que sentimos el uno por el otro y la forma tan cruel en la que el destino ha jugado con nosotros. Me veo reflejada en su manera de verme y no me reconozco. No reconozco esa parte de mí de la que él está enamorado.

Él me ve con mis partes buenas y las más oscuras.

Me paso las horas leyendo, perdiéndome en él, en su manera de ser, de querer a quien tiene la suerte de tenerlo en su vida, pero, sobre todo, me pierdo en la forma de amarme a mí.

Me levanto cuando es hora de ir a trabajar, aunque de lo único que tengo ganas es de quedarme en el sofá y seguir conociéndolo. Ni me molesto en adecentarme lo suficiente como para causar una buena impresión. Salgo de casa y camino con las manos en los bolsillos.

—Fuera de mi vista —gruñe Rufus en cuanto me ve.

—Buenos días.

—He visto piedras con mejor cara que tú, así que hazte un favor y házmelo a mí. Vete a casa.

Se gira dando la conversación por finalizada y yo no sé qué hacer, estoy tan saturada que soy incapaz de moverme.

Mi jefe vuelve a darse la vuelta y, dando un suspiro de cansancio, baja las sillas de una de las mesas y, agarrándome de la mano, me hace sentar en ella.

Me sirve un té.

—Gracias. —Envuelvo las manos en la taza humeante.

—Tómate el tiempo que necesites y, cuando estés mejor, vete a descansar.

Es lo más amable que me ha dicho desde que trabajamos juntos.

Vuelvo a mi piso media hora después, tengo que reconocer que ese brebaje que me ha preparado me ha sentado bien.

Adopto la misma posición y agarro el libro de nuevo.

Y llego a la noche de mi cumpleaños y lo que significó para mí, lo que significó para él. Mi miedo cuando no respondió y el suyo al escuchar ese «sigo enamorada de ti».

Son más de las doce del medio día cuando cierro el libro.

Dejo caer la cabeza hacia atrás. Fue a buscarme. Cuando regresó a Madrid intentó verme. Me dijo «te quiero», aun cuando sus miedos eran equiparables a los míos. Él fue el valiente de los dos. Él puso en palabras, aunque fueran en un idioma que yo no podía entender, que me quería. Y no sé como sentirme al respecto.

Porque ahora que sé la magnitud de sus sentimientos hacia mí, no sé qué hacer con ellos. Me siento abrumada.

Y mi hermano... Ni siquiera sé qué decir sobre él.

Agarro mi teléfono y lo llamo, no tengo muy claro que es lo que le quiero decir, pero, por lo menos, quiero que sepa que lo he leído y que...

—Ni se te ocurra pedirme perdón —gruñe al otro lado de la línea.

—Gracias —digo de corazón.

—Tú y yo, ¿recuerdas?

—Contra el mundo. —Y creo que jamás he pronunciado esas palabras con tanta convicción—. Gracias por quedarte conmigo, por no rendirme, Joel.

—Silvi...

—No, escúchame. Siento haberte mentido, ni haberte dicho lo que me estaba ocurriendo con Liam. A lo mejor... si lo hubiese hecho Luis...

—No fue tu culpa, y si tengo que llamarte cada puto día hasta convencerte, lo voy a hacer. —Hace una pausa para coger aire y continua—: Escúchame, he visto como os miráis. —Quiero preguntarle que cuándo lo ha visto si apenas ha estado con nosotros, pero soy incapaz de parar de llorar—. No voy a menospreciar lo que tenías con Luis, porque os queráis. Joder, crecisteis juntos, pero es que jamás os vi miraros en la manera en la que lo haceis Lolo y tú.

—Era tu mejor amigo...

—Lo sé, y no sabes lo que daría porque siguiera con nosotros, pero es que no está. Y aunque lo estuviera tú no estás enamorada de él. —Vuelve a quedarse en silencio y yo no sé que añadir—. Voy a hacerte una pregunta y se sincera. —Asiento, aunque no pueda verme—. ¿Qué es lo que quieres?

—A él. Lo quiero a él.

—Entonces, ¿qué haces hablando conmigo?

Cuelgo sin darle tiempo a decir nada más. Recojo mis pertenencias a la carrera y cuando llego al coche recibo un mensaje de texto.

El simple hecho de ver su nombre en la pantalla revoluciona mi sistema de una manera que no es normal.

Abro el enlace que me ha enviado y se me llenan los ojos de lágrimas cuando escucho los primeros acordes de la canción que quiso enseñarme a tocar con la guitarra.

¡Por Dios, nunca voy a superar a este hombre!

Call you mine, de Daughtry suena a través de los altavoces del coche mientras recorro el camino que da acceso a su casa.

Golpeo la puerta, nerviosa, y todo estalla dentro de mí cuando la abre.

Nos miramos por un puñado de minutos a los ojos. Quiero decirle tantas cosas que no sé por donde empezar. Y creo que a él debe de pasarle algo similar porque lo único que hace es tenderme la mano.

La miro, sabiendo que si la cojo, no habrá vuelta atrás.

Alzo la mía y entrelazo nuestros dedos, no paso por alto la manera en la que su cuerpo se relaja cuando nuestra piel entra en contacto.

No hemos cruzado palabra y, aun así, creo que nos lo hemos dicho todo.

Lo sigo hasta su habitación.

Miro a mi alrededor. La noche anterior, al irme de la manera en que lo hice, no reparé en que está totalmente cambiada. La cama está en la pared opuesta. Pero lo que consigue cortarme la respiración y transportarme a otra dimensión, es la foto que nos hicimos por error la noche de mi cumpleaños.

Pierdo la vista en sus manos en mis muslos desnudos, la tensión con la que me agarra.

Si cierro los ojos, soy capaz de llevarnos de vuelta a esa noche.

Me acerco y acaricio ese lienzo donde salimos, aunque nadie pueda apreciarnos. Pero eso no importa, y mejor así, el tener algo que solo nosotros sepamos el significado.

—Te dije que haría un cabezal para nuestra cama con ella. —Su voz acariciándome la nuca consigue estremecerme.

—Estás viviendo aquí —digo, girándome para poder mirarlo a los ojos.

—Por lo que parece llegamos el mismo día. ¿Quieres ponerte cómoda? —pregunta acercándose al armario.

Asiento y cojo los pantalones de deporte que me tiende.

Se da la vuelta dándome algo de intimidad y me deshago de mis vaqueros.

Me siento en la cama y lo miro sorprendida cuando saca una caja enorme del armario.

La abre, sentándose enfrente de mí, y me la tiende.

—¡Dios, pensé que la había perdido! —Me tiemblan las manos al agarrar la cadenita de plata que me regaló hace tantos años.

—Recuperé todo lo que dejaste cuando..., bueno, ya sabes cuando.

Rebusco en esa cápsula del tiempo y sonrío al encontrar todos los libros de *Harry Potter*, incluso los que nunca llegamos a comprar. Los tiques del bar donde nos veíamos los viernes, la vela de cumpleaños cuando le regalé la guía de Escocia. Nuestras camisetas...

Todo lo que un día fuimos sin llegar a ser está aquí dentro. Y parece mentira que un puñado de objetos y papeles signifiquen tanto para mí.

—No nos olvidaste —murmuro, sobrepasada.

Me limpio las lágrimas cuando veo una fotografía nuestra, salimos haciendo el idiota, yo tengo la lengua fuera mientras él pone los ojos en blanco.

—No.

—¿Por qué me hiciste creer que...?

—Porque estaba asustado, Silvia. No entendía que después de tanto tiempo siguiera sintiendo lo mismo. Fue la única manera que encontré para protegerme de ti.

Y quiero darle algo también, aunque no tenga ni idea de qué, ya que todas mis pertenencias están repartidas entre mi mini piso en Inverness y Madrid. Entonces veo la guitarra.

—Aprendí a tocarla —digo, señalando la guitarra—. La canción. No te lo dije porque me

gustaba demasiado la sensación de tenerte detrás de mí abrazándome.

El verde de sus ojos explota en un millón de tonalidades que llena mi corazón de esperanza. Quizás, después de tantos años, la Chica con novio y el Chico del hámster puedan darse una oportunidad. Quizás...

—Lo quiero todo. —Lo miro, impactada—. Quiero salir contigo a pasear de la mano. Te quiero en mi cama cada noche.

—Liam... —susurró con el corazón en la garganta.

—Quiero tus risas y tus lágrimas. Tus sueños y tus pesadillas. —Se acerca hasta que puedo sentir su respiración sobre mis labios—. Y quiero cuidar de esa parte que nunca será mía hasta que se la puedas devolver a él.

Todo estalla a mi alrededor.

Lo miró mordiéndome el labio, porque sé que si abro la boca me voy a poner a llorar. Y no quiero llorar, no en este momento.

—Yo también lo quiero todo —murmuro.

Me dejo caer sobre el colchón cuando su boca atrapa la mía.

Nos desnudamos despacio, por primera vez en sincronía el uno con el otro.

Vuelvo a aprenderme su cuerpo de memoria. Sus gestos cuando lo acaricio, la manera en la que sus manos me hacen sentir al entrar en contacto con mi piel. Su boca en mis pechos. Hay tanto amor en sus movimientos que creo que me voy a desmayar, y solo espero estar transmitiéndole lo mismo a él.

—Te quiero —susurro en su oído cuando se desliza dentro de mí.

—*Tha gaol agam ort*^[5] —murmura antes de arrastrarme con él a las estrellas.



—No has escrito un epílogo para nuestro libro —digo mientras rasgo las cuerdas de su guitarra y él me abraza por la espalda.

—No. —Su respiración me hace cosquillas en la nuca y me estremezco entre sus brazos.

—¿Por qué?

No es que me importe, ni tampoco es que quiera que nuestra historia vea la luz, por ahora prefiero que sea algo nuestro.

Seguimos desnudos, en su cama, esa que dice que es nuestra, con Skye a nuestros pies. La claridad entra a raudales por la ventana. Y yo... me siento feliz. No sé si será así mañana, pero si no es el caso, sé que él estará a mi lado para ayudarme a caminar cuando me vuelva a ahogar.

—Por qué eso sería darnos un final.

—¿Qué quieres decir? —pregunto dejándome caer sobre su pecho.

—Que tú y yo... vamos a ser eternos.

—Liam...

—¿Qué?

—Te quiero. —Siento su sonrisa en mi cuello haciéndome cosquillas.

—Y yo a ti, Chica con novio.

No sé si como él dice vamos a ser eternos, lo que si sé es que, por primera vez, estoy convencida de que vamos a ser reales.

FIN

Agradecimientos

Y vuelvo a estar en este punto sin tener muy claro como he llegado hasta aquí. Aunque, lo único que puedo decir es que he estado muy bien acompañada.

A mi marido, gracias por ser mi mayor apoyo, por estar ahí sin quejarte mientras yo pierdo las horas entre auriculares y teclas. GRACIAS en mayúsculas por la aclaración de que el cobre de los alambiques es un metal, pero un metal «precioso» y como intentaste sacar la fórmula del agua para hacerme reír cuando más desesperada estaba. Eres el mejor ejemplo de implicación y constancia. Te quiero hasta el infinito y más allá.

Si alguien sabe lo que me ha costado sacar esta historia adelante, son ellas: Mis Super Nenas, Deborah P. Gómez y Charlotte T. Loy, no sé qué sería de esta historia sin vuestro apoyo. Sois el mejor equipo de *cheerleaders* que alguien pueda tener. Gracias por estar a mi lado, por confiar en Silvia y Liam, cuando ni yo misma lo he hecho. Por leerlos con tanta ilusión y darme el empujón que necesitaba para llegar a este momento. Por esas amenazas veladas cuando algo no os cuadraba. Y, sobre todo, por manejar a mi síndrome del impostor sin desesperaros en esos momentos de desconfianza hacia mí misma. ¡Bendita paciencia tenéis conmigo!

GRACIAS por aparecer en mi vida cuando más lo necesitaba y por esas quedadas literarias que han florecido en la gran amistad que tenemos hoy en día. Por nuestras conversaciones desde que sale el sol hasta que se pone, por las risas por cualquier chorrada que se nos ocurra. Podríamos sacar historias míticas solo con nuestras idas de olla. Por vuestras historias que me hacen suspirar.

Siempre he pensado que hay que rodearse de personas que sean capaces de sacar nuestra mejor versión. ¡Qué poco habéis tardado en sacar la mía! Gracias por demostrarme que no se trata de tiempo, si no de calidad. Y de eso, vosotras vais sobradas.

Por eso, solo os puedo decir: Sois tan grandes que el mundo se os queda pequeño.
#Supernenasforever.

A la @bibliotecadecarmen, que suerte la mía el día en que nuestras lecturas se cruzaron. Gracias por acompañarme de nuevo en esta aventura, por tus consejos y por el apoyo durante estos meses. Así que lo siento, pero no puedes marcharte.

A mis hermanos, mis grandes compañeros de vida. Os quiero hasta la luna y vuelta a empezar.

Ary, gracias en mayúsculas por todos esos consejos que solo Liam y tú entendéis.

A mi Mar Adentro, ya te lo dije una vez: todos mis libros serán siempre tuyos. Las Maldivas nos siguen esperando. Te quiero.

A mis amigas, las de siempre, gracias por seguir conmigo. Vosotras sabéis quienes sois. Os quiero.

A todas las bookstagramers que me han acompañado desde mis inicios, sois muy grandes. Gracias por seguir conmigo: @Laurelleeyescribe, @Worldsbooks__,

@lalokadeloslibros_84, @Leyendoconestrella y @bookbyirene69.

A mi familia, todos los que formáis mi día a día. Os quiero.

Y, por último, a ti, gracias por acompañarme de nuevo. Espero que, si habéis llegado hasta aquí, sea porque os habéis enamorado de Silvia y Liam de la misma manera en la que lo he hecho yo.

¡Nos vemos a la próxima!

Biografía



Mi nombre es Jessica, aunque suelen llamarme Jessy o Jess, depende del país donde me encuentre. Nacida en Barcelona, resido en Reino Unido desde hace nueve años con mi marido y una camada de zorros que han hecho de mi jardín su hogar.

Soy una apasionada de los libros y es raro el día en que no tengo uno en la mano.

A parte de escribir en el tiempo libre del que dispongo, trabajo en una fábrica de chocolate y me paso el día entre bombones, nubes de colores, huevos de pascua y figuras de navidad.

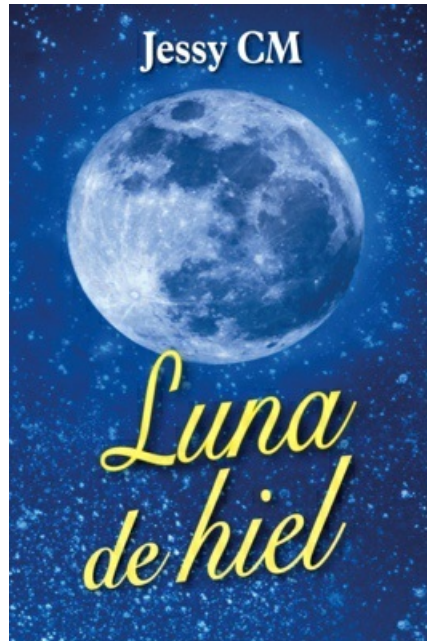
Si quieres saber un poquito más de mí, puedes seguirme en mis redes sociales.

[Sígueme en Instagram.](#)

[Sígueme en Facebook.](#)

Otras obras publicadas

Luna de Hiel



¿Hay algo que pudiera odiar más que levantarme por las mañanas? La respuesta es sí. Mi nuevo compañero de trabajo.

¿Había conocido alguna vez a alguien capaz de sacarme de mis casillas con solo abrir la boca? La respuesta es sí. Mi nueva compañera de trabajo.

Un proyecto en común.
Seis meses, doce destinos.

¿Qué podía salir mal?

Sencillamente... TODO.

Tú, yo y un salto al abismo



Zoe odia en lo que se ha convertido su vida
y recibe una noticia que tambalea todo su mundo.

Joel detesta pasarse los días enclaustrado en un despacho,
lo que hace que se ahogue cada vez más.

Hugo y Silvia ven como su familia se peligra, y deciden tomar
cartas en el asunto bajo el lema:
Medidas desesperadas requieren actuaciones espaciales.

Un matrimonio en crisis y un par de hijos dispuestos a todo.

Tres semanas y un viaje a contrarreloj.

¿Qué podría salir mal?

ABSOLUTAMENTE... TODO

[\[2\]](#) Mi ruina ha llegado, en gaélico escocés.

[\[3\]](#) Amor de mi vida, en gaélico escocés.

[\[4\]](#) Te quiero en gaélico escocés.

[\[5\]](#) Te quiero en gaélico escocés.